



EL SECRETO DE LOS  
NOCTURNOS

SERGIO VILLANUEVA



Valencia, 1589. Un alto representante del clero y persona de confianza del Rey Felipe II encuentra la muerte entre las sombras silenciosas de la noche. La necesidad de taparlo y encontrar a los culpables provocará que las altas cúpulas de la Santa Inquisición recurran a un habitual colaborador, el padre Francisco Agustín Tárrega.

Las capacidades analíticas y deductivas del padre Tárrega lo embarcarán, junto a sus pupilos de artes teatrales, Guillem de Castro y Lope de Vega, en la resolución de un misterio que sacará a la luz peligrosas intrigas que agitarán a las altas esferas del poder. Todo ello en el marco de una población y un tiempo en el que las diferentes culturas conviven con el miedo y la desconfianza. Una época en la que también la razón, la esperanza y la lógica escapaban de la férrea sombra católica en reuniones clandestinas y sociedades secretas.

Sergio Villanueva

El secreto de los Nocturnos

2019, Sergio Villanueva

2019, Penguin Random House Grupo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Samuel Gómez

Fotografía de portada: Alejandro Colucci

EL SECRETO  
DE LOS NOCTURNOS

Sergio Villanueva



*A mi abuelo Joaquín*

*Quien no quiere pensar es un fanático.  
Quien no puede pensar es un idiota.  
Quien no osa pensar es un cobarde.*

FRANCIS BACON

*Algunos de los sucesos que a continuación se narran  
nunca tuvieron lugar*

*... o sí...*

# Praefatio

Salvo alguna antorcha colgando en los húmedos muros, o la débil luz de algún candil temblando ante la figura de un pequeño santo, solo la luna iluminaba la oscuridad de las calles donde inquietantes penumbras se perfilaban en las fachadas. Se percibía un incierto olor a muerte en cada esquina. Sobre todo a ciertas horas bien asentadas en la noche, cuando surgían figuras encapuchadas y algún solitario y famélico gato. Ni siquiera un hombre de Dios estaba a salvo en aquellas peligrosas callejuelas, cuando ya las rondas de los alguaciles concluían y quedaba el silencio presente entre las piedras y tejas musulmanas. Ese hombre santo había preferido no recurrir a la lumbre de un farol, porque para participar en reprochables actos, aquellarres o ignominias de la carne, no podía ser reconocido. Por ello tampoco le acompañaba un criado para ampararle en la negrura. Pero al percibir que era observado, un extraño frío recorrió su espalda. Lamentó entonces no haber recurrido a la compañía de un fiel seguidor. Sus blanquecinas sienes comenzaron a sudar. Sin detener sus pasos, y al girar su cabeza hacia atrás, rozó la luz próxima de otra antorcha colgada en la rasposa fachada delatando a la figura encapuchada un miedo intenso. Sus manos adiposas acudieron prestas al encuentro del crucifijo de oro y gemas oculto dentro de su eclesiástica indumentaria. Dos nuevas figuras también ocultas, sin catadura ni nombre, le cortaron el paso. El grave pavor era una garra invisible enmudeciendo la boca femenina y grasienta. Aunque su mirada gritó clemencia a los persistentes sicarios, supo claramente que no la tendría cuando se aproximaron a él subrayando con lentitud y seguridad que aquella era su hora última. A la distancia adecuada uno de ellos apartó su capucha, aquel rostro conocido, algo más viril que hacía años, era para la eclesiástica víctima la consciencia plena de que sus pecados eran de imposible redención. Cada uno de los sicarios embozados desnudó su propia arma. Solo el gato grisáceo y famélico, desde uno de los tejados, fue testigo del encuentro de las figuras negras con la alta y

católica víctima. Solo ese gato de ojos amarillos presenció cómo las capas enlutadas engullían con hambre de tripas a su rolliza, patética y arrodillada presa en un sinfín de concluyentes cuchilladas. Solo el gato y la luna que también quedó rasgada por una nube en forma de daga.

Manteniendo firme el farolillo y con inapelable premura, el padre Matías Ricart alcanzó la zona donde se distribuían las estancias de los canónigos cuidadores de la Seu. Se detuvo en una de las austeras puertas de madera y la golpeó con sus ancianos y flacos nudillos. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió y asomó al umbral de la misma otro canónigo más alto y espigado, de no tan anciana edad, cercano a los cuarenta años.

—Padre Tárrega, lamento importunaros a estas horas de la noche —se adelantó a decir el anciano Matías.

—No os preocupéis. No dormía. Decidme qué sucede.

—Un alguacil, con dos guardias de la Santa. Preguntan por vos —contestó con susurrante voz entrecortada.

—Calmaos —le respondió apoyando su elegante mano sobre el hombro de su compañero—. ¿No han dicho de qué se trata?

—Solo que os hiciera llamar. Y que era muy urgente.

—Está bien —contestó tras unos segundos con la mirada fija en la oscuridad del pasillo—. Esperad que coja algunas cosas.

El padre Matías observó en silencio desde el pasillo, en el umbral de la puerta, cómo el padre Tárrega introducía unos instrumentos de la mesa de su escritorio en una alargada arqueta que introdujo seguidamente en el interior de su hábito, así como un cuaderno de tamaño pequeño con tapa de cuero del color del vino añejo. La figura se perfilaba ante una magnífica colección de libros y manuscritos que ocupaban todos y cada uno de los rincones de las paredes de su pequeña estancia, visión que siempre fascinaba al padre Matías, cuya única devoción, fuera de la catedral, la dedicaba a un pequeño huerto.

—Vamos —dijo el padre Tárrega al tiempo que sopló la llama de la vela de su escritorio.

## Prima Itineris

Los primeros bosquejos del alba comenzaban a diluir la noche en la marítima línea del horizonte. Unas embarcaciones se acercaban silenciosas y prudentes a la playa. A bordo de las mismas, decenas de cetrinos hombres de afiladas y montaraces miradas apercibían aquello que todo hombre de mar sabía de buena fe: que una playa dormida y silente puede llegar a ser la más concreta de las advertencias.

Era el casi amanecer en el Grao de Valencia cuando presidía la costa una atmósfera húmeda e inescrutable bajo la vigilia de una encogida luna. Solo se apercibía en ese momento desde la orilla el liviano acudir de olas y las embarcaciones cada vez más próximas. Pero desde las dunas agazapadas, donde se alcanzaba el olor de la brisa salobre, imperceptibles figuras contemplaban alineadas y vigilantes la llegada a la orilla de esas embarcaciones a remo.

Había, en ese instante, más naves sedientas de esa tierra que los infieles consideraban legítimamente propia, eso calibraban algunos de los soldados guardados en los relieves de fina arena, esperando sus órdenes, cuando solo quedaba algo menos de una hora para que amaneciese otro día más del Señor o de algún cabrón que pretendiera arrancarles la vida. Eso mismo pensaban los armados soldados de la Guardia de Costas que acechaban con cautela la llegada de esos berberiscos piratas. Permanecían todos quietos pero alerta, a la espera de la orden última de su joven capitán.

A pocos metros de la conclusión de las bravas espumas los misteriosos hombres saltaron de las barcas. Sus botas puntiagudas y sus pantalones bombachos fueron engullidos parcialmente por el agua. Algunos con las dagas de media luna en la boca, otros teniéndola bien prieta en el fajín, a la altura del abdomen para ser pronto agarrada, fueron empujando las embarcaciones con un fantasmal silencio tal como si fueran la misma bruma personificada. No había más noche que la noche de sus pupilas alertas. Y ya cuando las barcas y

los piratas se encontraron próximos a la arena, surgió el contundente y rasgado grito del joven capitán desde las dunas.

—¡Fuego!

La última sílaba se fusionó a los primeros disparos de pistolas, arcabuces y pedreñas. Buena parte de los bravucones moros cayeron en la espuma de las orillas levantinas. Hubo otra ráfaga más de confuso y atronador fuego; y seguidamente una nueva orden a grito del arrojado capitán.

—¡Al ataque!

Con inmediato acato los soldados de la Guardia de Costas se dirigieron con arrojo y valentía al encuentro de los aceros. De súbito callaron los mosquetes y fue el creciente rechinar de las espadas al desenfundarse de las vainas y pretender el encuentro de las otras espadas diferentes, de media luna, o mejor dicho de las carnes de quienes las manejaban. Y fue también el griterío viril para autosugestionarse y provocar desconcierto en el enemigo al que se enfrentaban, y el salto de caballos guiados por sus jinetes al encuentro de herejes hostiles, y algún nuevo y solitario disparo de escopeta cristiana atrincherada en las dunas desde las que todavía, de un modo ininteligible, se trataba de ahuyentar a los bravos piratas berberiscos, con certeras punterías en las cabezas y en los desprotegidos pechos. Creció de un modo cruento el enfrentamiento, hombre a hombre, espada a espada, confundiéndose los mordidos improprios en las diferentes lenguas. Algún soldado valenciano quedó malherido por un golpe de espada musulmana. Comenzaba la sangre a mezclarse con el agua salada. Ahí las sangres son siempre iguales, también en cualquier tierra. Por eso los soldados respetan a sus oponentes, porque se reconocen de una extraña manera como hermanos. Así había sentido al enemigo don Juan de Austria, por ejemplo, para desespero de su hermanastro, el rey Felipe, que por el contrario nunca tuvo que manchar sus manos ni la mirada con una sangre próxima.

En medio de aquel galimatías de luchas desconcertantes algunos de los piratas menos bravucones o tal vez más pragmáticos comenzaron a desplegarse a nado hasta encontrarse con su barco en el que replantear con tiempo un nuevo ataque con el que obtener mayor fortuna.

El joven capitán celebró con sus hombres la victoria. No había rehenes, solo algún cuerpo enemigo flotando en el agua. De los hombres de la guardia algún herido de gravedad, pero nada mortal en sus carnes cristianas.

—¿Los seguimos, capitán? —preguntó uno de los guardias.

—No —le respondió tajante tras fijar unos segundos en suspenso su mirada afilada hacia las cada vez más lejanas embarcaciones berberiscas—. Dejadles ir noramala.

—Se reagruparán presto —insistió el buen soldado.

—Mala condición es la de quien no tiene buena ley. Y estos son moriscos que no escarmientan —añadió otro de sus leales hombres.

—Sí, los bellacos iban con malicia —apuntó uno más de la guarnición.

—Volverán, ¿no cree vuestra merced? —precisó pensativo el primer guardia.

Escrutó el bravo capitán con sus ojos como rejonos cómo algunos de sus propios soldados confirmaban la muerte de algunos piratas. Uno de los soldados le lanzó de repente una mirada sutil y cómplice. Entendió entonces que esa noche una vez más habían tenido suerte.

—Volverán, sí —dijo apoyando el enguantado dedo índice en su perfilado bigote—, pero no más pronto que en siete días. ¡Fenollet, mi caballo!

El soldado cumplió recio la orden. Al llegar al bravo corcel introdujo en una de las talegas de la alforja que quedaban en la parte posterior de la silla lo que parecía ser algo cuadrado envuelto en tela de saco. Todo sucedió de un modo rápido e imperceptible al tiempo que el capitán Guillem de Castro se dirigió resolutivo a su caballo.

—Dejad hombres de centinelas, que se vayan turnando. Los demás podéis descansar y beber lo que queráis en la fonda donde son mis dineros hermanos del buen yantar y el mejor vino. Después que cada cual eche por su calle.

—¿Vos no nos acompañáis?

—No. Tengo en la ciudad asuntos de importancia que requieren puntual mi presencia. Ya sabéis que... *para cualquier dulce efeto / solo, solícito y sabio / y con fama de secreto.*

Los bravos hombres rieron tras esas esclarecedoras palabras.

—Por la tarde me encontraréis en el corral de la Olivera. Y si fuera menester, por la noche aquí me tendríais si osaran otra vez los cabrones en intentarla.

—¡Sea en buena hora! —dijo el soldado Fenollet.

—¡Sea!

Y con un toque perfecto de espuelas salió al galope hacia la ciudad de Valencia.

El recién nombrado capitán de la Guardia de Costas cabalgó desde las dunas del Grao hasta los arrabales que se extendían por todas partes. Continuó por las ricas huertas, disfrutando de sus embriagadoras fragancias, hasta que pronto comenzó a vislumbrar las cada vez más próximas murallas. Atravesó seguidamente el recinto amurallado cristiano, entrando por el portal Grande del Mar. A vista de pájaro tras cruzar las murallas, Valencia no dejaba de recordar todavía a una típica medina.

Con elegante trote y posterior paso continuó entre las callejuelas centrales con imperturbable gravedad en el rostro. Algunos niños golfillos que jugaban en la calle a esa hora primera de la mañana se le acercaron justo al pasar por el portal de la Valldigna, donde tras sonreírles observó cómo algunos hombres colocaban un nuevo retablo bajo la atenta mirada de representantes de la Iglesia y de algún cercano mercader de legumbres que, al estar fijando su atención en la representación, no apercibía cómo menguaban en número sus garbanzos, que pasaban a las manos sucias y traviesas de los pilluelos desdentados, y de allí a toda prisa a sus casas pobres y próximas. La talla que estaban fijando representaba a la Virgen María con los escudos de la ciudad de Valencia y del monasterio de la Valldigna. Ya al paso lento, pudo leer sin dificultad la inscripción que decía:

*Nostra Dona de la Bona Son,  
pregue por nos,  
portal de Valldigna*

A dos callejuelas del portal de la Valldigna detuvo el paso, se apeó del caballo y dejó las riendas al recaudo de aquel expectante niño morisco de mirada viva y límpida que era yo mismo hace ya muchos años.

—Esta vez ten especial cuidado, Walel —me indicó con tono paternal, al

tiempo que se quitaba los guantes para encontrar un maravedí con el que iluminar mi infantil cara.

Guillem de Castro descolocó con cariño mi pelo. Mostré mi agradecimiento con una sincera sonrisa y metí el caballo en caballerizas. Una vez ahí dentro me aseguré de que ni un alma merodeara a mi alrededor, para poder inspeccionar en la talega derecha de la alforja, junto a la silla de montar, algo oculto en tela de saco. Volví a asegurarme y descubrí la tela para encontrarme con un libro mudéjar en el que figuraban cuatro orlas concéntricas decoradas por hierros y ruedas con elementos curvos y entrelazados. Con cuidado extremo lo abrí y comencé a pasar algunas hojas. Pero el súbito sonido de un carruaje pasando junto a las caballerizas me hizo esconder el libro en la tela y casi introducirlo de nuevo en la talega, acción que no concluí del todo al comprobar que el carruaje pasó de largo por la calle.

Coloqué la importante mercancía en una alforja y salí de las caballerizas en dirección a la plaza de la Seu. En el recorrido por el carrer Cavallers siempre tenía que esquivar algunos pequeños malandrines mañaneros que jugaban ajenos, desdentados y traviosos, con los rostros ennegrecidos por las grasas y la tierra, junto a los mercaderes que comenzaban a preparar sus puestos de legumbres, especias y tinajas de aceite. De súbito frené un poco mi aligerado paso, atemorizado ante una negra y conocida comitiva con broqueles y lanzones del Santo Oficio que marchaban a unos cincuenta metros hacia mí. No supe bien cómo reaccionar hasta que para mi alivio observé cómo giraban los de la Santa a su izquierda, hasta desaparecer por una perpendicular callejuela.

Cualquiera en esa época tenía motivos para temer la sola presencia de esas figuras oscuras. Sobre todo al niño que yo era entonces, no solo por soportar en ese preciso momento el ligero peso de cierta comprometida alforja, sino por algo mucho más comprometido que les desvelaré más adelante.

Con el espinoso artículo que llevaba, aceleré mi paso, sin apercibirme de que, oculto en un portal de ancha entrada, un no rostro encapuchado, embozado en una fosca y amplia tela, me observaba con atención. El encapuchado comenzó a seguirme hasta el carrer Catalans, donde desde la distancia vio cómo me detuve en el portal de un importante palacio, y cómo a continuación golpeé la puerta con el historiado aldabón. Creí confirmar que nadie me había seguido cuando abrieron la puerta. Me introdujo en el interior sin poder contar con la maestría de la misma figura amagada en la parda capucha que estaba comenzando a controlar todos mis movimientos aquella mañana.

Guillem de Castro acompasó con su puño, ya desprovisto de guante, unos golpes musicales en la puerta. A los pocos segundos se abrió el ventanillo de la misma, tras cuyas rejillas apareció el rostro de una mujer latina, de nariz aguileña y atractiva mirada de ojos verdes felinos. El capitán llevó sonriente a la altura del ventanillo una flor que portaba guardada en el puño izquierdo de su camisola.

—Para vos.

—¿Solo una flor?

—Es una malva rosa, se están comenzando a plantar por las playas.

—Allí tendríais que quedaros —incidió la dama con un fuerte y oclusivo acento.

—Son originarias de China —respondió él aproximando con resabida lentitud la flor al ventanillo.

—O allí os tendríais que perder.

La mujer cerró el ventanillo, desprendió la falleba y abrió la puerta. Cuando fue a coger su flor, el astuto galán la apartó para fundir en su boca aquellos labios matinales y frescos. El encendido amante ahora sí, conquistando esos labios, cerró de golpe la puerta, se deshizo del sombrero de ala ancha, del jubón, de la camisola y por supuesto de su espada y de la daga vizcaína entre besos o mordiscos con los labios como hambrientos dientes en celo, y ya alcanzando la alcoba a dentelladas el uno en el otro, la bellísima y fuerte mujer le apartó con su mano para volver a increparle.

—¿Por qué no vinisteis a verme ayer al corral? Os estaba dedicando la función —le dijo con un acento napolitano.

—Tenía órdenes de establecer a mis hombres en las dunas. Un espía morisco nos alertó de un posible ataque. —Se abalanzó directo a su boca.

—*Laboro, laboro, sempre laboro!* —Una vez más la italiana le detuvo con enérgica prestancia—. Solo vengo una *volta* al año. *E sempre laboro!*

—Ahora estoy aquí. —Esta vez sí que pudo alcanzar su propósito de labios y su masculina boca continuó por el cuello níveo de la italiana.

—No, *sei* mentiroso. Tenéis una *altra mugliere*.

—Ya os he dicho muchas veces que sois la única. —La italiana comenzaba a sentir cómo su piel se tornaba líquida.

—¿Vendréis a verme esta *notte*? —preguntó en casi un gemido—. Es la última función antes de *partire* a Sevilla.

—Iré, pero no me aproximaré a vos tras la representación. —La italiana se detuvo súbitamente. Guillem de Castro se justificó—. Vuestro marido me advirtió la última vez con una clara mirada insidiosa.

—Él no sabe *niente*.

—Él lo sabe *tutto*.

—Además, también tiene amante. *Non sono stupida*.

—No, no lo eres *principesca*, mi diosa italiana, reina de mi carne y de mis apetitos todos...

—Ah, no no, *sempre* con la *parole*, con los versos —se apresuró a decir la voluptuosa italiana apartando al capitán con las manos en su pecho.

—*Si os levantáis de mañana / De los brazos que os desean / Porque en los brazos no os vean / Y alguna afrenta liviana, / Pisad con planta de lana / Quedito pasito, amor, / No espantéis al ruiseñor.*

Pero la mujer napolitana quedó a merced de los labios de su amante con la consecución de esas palabras de miel, vino o acanallado y latino veneno.

—Voy a beberme tus pestañas de seda, voy a morir en tus adentros...

Nada había que más le conmoviera en su más recóndita esencia de mujer que el susurro de aquel caballero valenciano. Nada más a él que el oscuro cabello sobre la almohada, todo un soneto tangible a la luz ya de la mañana que se filtraba por la ventana, y que resbalaba en las sábanas y las pieles húmedas y sedientas de los furtivos amantes. En el paisaje de tejas y campanarios sobresalía majestuosa la torre del Micalet. Desde su corona las campanadas que anunciaban las ocho horas de otra nueva mañana en la capital del Turia.

Escuchó la conclusión de la octava campanada en la soledad de una pequeña sala donde permanecía de pie. El afilado rostro del padre Tárrega contenía cierto aire de preocupación. Hacía unos minutos que había atravesado los muros que separaban la luz matinal levantina del exterior para introducirse, custodiado por los guardias, en la penumbra macilenta y castellana. Tampoco podía el canónigo mostrarse indiferente ante la percepción de aquellas paredes que encerraban tras de sí pobres almas que coleccionaban neumonías y tantas otras provocadas penas. Cierta sentimiento de culpa abordaba a todo hombre de bien como era el propio padre Francisco Agustín. Aquellas lamentaciones eran voces cansadas, suplicantes, sin casi poder ser entendidas. Eran los lamentos de auxilio o locura de algunos reos inocentes cuyos procesos podían durar años. Y es que en su obcecado objeto de librar a España de herejes y evitar los crímenes contra Dios y la Iglesia, llegaba la propia Inquisición a postularse de un modo contrario a muchos miembros de la Iglesia misma, que incluso preconizaban la crítica de los métodos oscuros del Santo Oficio, cada vez más alejada de la palabra del Señor. La mano dura de la Inquisición comenzaba por aquellos años a no ablandarse ante nadie, por muy siervo del Señor que fuese, porque defendía que los poderes del maligno eran inescrutables y todo asomo de los mismos debía ser eliminado de raíz. Esta fiebre sucedía paralela y mimetizada a la fiebre misma del ya quizá no tan Prudente Felipe II, un singular monarca cuya oscuridad emocional se propagaba a cada rincón de su imperio, el más vasto conocido hasta la época.

El canónigo escuchó cómo se abría la puerta. Uno de los guardias dio paso a una figura impertérrita que entró en la sala con una sonrisa límpida e inesperada en un blanquecino semblante.

—Padre Tárrega, bienvenido a la casa del Santo Oficio —dijo el joven inquisidor de cuidado cabello oscuro, mirada azul y reconocible austero

atuendo negro.

—Le agradezco a vuestra merced la deferencia, pero no es la primera vez que pisan mis pies este suelo.

—Nadie ha dicho que así sea —contestó sin desdibujar en modo alguno su inquietante sonrisa.

—Aunque recién llegado a Valencia, soy conocedor de sus colaboraciones con esta santa casa.

—Bien se echa de ver, padre, que es usted nuevo en esta casa, sí.

—Ah, ¿sí? —respondió el joven inquisidor tratando de disimular su tono contrariado.

—Su tez pálida, no muy propia de estos lugares cálidos y, más aún encontrándonos en los albores del estío, aunque se le requiera mucho tiempo en rincones, como este, cerrados. Su acento, que presumo de alguna pequeña localidad entre —ya aquí se quedó el padre Tárrega en un ligero suspenso— Tordesillas y Valladolid, si no me equivoco.

—Continúe, por favor —interpeló con un claro destello de elogio en la mirada hacia el canónigo segorbino.

—Es vuestra merced merecedor de la tutela del inquisidor Zárate tras una amplia dispensa de buenas labores al Oficio. No solo en cuestiones notariales, por lo que se aprecia en vuestras manos fuertes pero llenas de magulladuras y callos no provocados precisamente por el ejercicio caligráfico.

En efecto, las manos del joven inquisidor mostraban algo de rudeza, pese a su pulcritud, y alguna pequeña cicatriz o arañazo.

—Sois muy buen observador, padre Tárrega —apreció frotando levemente sus manos.

—¿Es él quien me ha hecho llamar?

Antes de contestar a esa última pregunta, el joven inquisidor hizo un ademán con la pulcra cabeza al guardia para que le dejara solo junto al canónigo. Sin dejar de mirar al padre Tárrega, y una vez los pasos del servil escolta casi fueron imperceptibles, el joven inquisidor propuso con un fino gesto salir de allí. El canónigo aceptó. Ambos abandonaron la sala. El silencio se prolongó al tiempo que guiaba al canónigo por el pasillo fosco, en el que de súbito entraba la luz de la mañana afilada como las notables espadas forjadas en Toledo cuando sucedían ciertos ventanales cortando la oscuridad y sombra de un modo intermitente.

—Mi nombre es Jerónimo Díaz del Castillo —dijo con esa susurrante voz

que ya el padre Tárrega comenzaba a sentir molesta—. Fui destinado a Valencia hace un mes. Vengo de Valladolid, pero en realidad nací en Simancas.

—¿Qué os ha pasado en el cuello?

—¿Esto? —preguntó señalándose una pequeña pero nada desdeñable herida, ya seca pero reciente—, no es nada —dijo—, un rasguño sin importancia. Me cayó hace unos días un libro de un estante.

—Un libro con remaches metálicos, supongo.

El joven inquisidor no pudo controlar una pequeña muda en su sonrisa. El padre Tárrega continuó sin dirigir la mirada hacia el perfil de su joven acompañante y sí contemplando las paredes y detalles del lugar, como solía hacer sin ya casi apercibirse de ello para desespero en ocasiones y desconcierto siempre de sus interlocutores.

—El suyo es un rasguño curioso.

—¿Curioso, padre?

—Sí, suele acontecer en cuellos de caballeros que han tenido, digamos, alguna disputa con su joven dama o bien en plena furia descontrolada en las amatorias circunstancias.

—No os entiendo.

—Las damas suelen llevar algún tipo de anillo que en la vehemencia del juego del amor puede concluir de alguna forma rasgando la piel del amante y generando una herida como la suya.

—Sabéis mucho de damas, padre.

—No. Solo un poco de anillos y rasguños.

—¿Estáis poniendo en tela de juicio mis palabras acaso, padre?

—No, jamás haría tal cosa, el Señor me libre, pero a fe que la herida que asoma es propia de esas causas. Solo quería señalar eso. Y también lo suficientemente fresca como para deducir que no cumple ni una entera jornada.

—Se habrá vuelto a abrir, entonces. ¿Cuántas veces ha sido calificador?

«Cambiáis de tema con agilidad», le hubiera gustado precisar al padre Tárrega, pero en lugar de ello...

—En un par de ocasiones. Como ya sabéis, a los teólogos nos compete a veces determinar si en la conducta del acusado existe delito contra la fe. ¿Es por ello que he sido llamado?

No recibió respuesta. Continuaban dirigiéndose al patio interior. Lo alcanzaron sin ceder al encuentro luminoso y restallante de ese lugar, bordeándolo hasta dar con una puerta.

—¿Estudió también teología?

—Así es.

—Y le gusta ejercitarse con el teatro. Vuestra merced escribe... comedias, ¿no es cierto?

—Os han informado muy bien.

—Yo mismo he sido actor.

—¿Vos?

—Sí, de niño participé en algún auto sacramental en papeles muy pequeños. Pero recuerdo que disfrutaba mucho. Vos, sin embargo, no escribís temas religiosos.

—Escribo sobre el hombre, la mujer, los conflictos con los que viven, las posibles soluciones a sus problemas. De alguna forma, yo a eso también lo llamo religión.

—¿Religión el teatro?... En una ocasión me enseñaron, padre Tárrega, que todo hombre de Dios que estudia libros diferentes a las Sagradas Escrituras es otro hombre más haciéndose preguntas, cuestionándose cosas. ¿Se hace preguntas entonces vuestra merced?

—No entonces. Me las hago en todo momento. ¿Vos no?

—Si me las hiciera significaría que estaría dudando, y mi servicio me impide dudar. ¿Acude la duda a vuestra alma a menudo?

—En ocasiones, sí. Como a Cristo, Nuestro Señor.

—¿Y dónde buscáis las respuestas?

—Aquí —dijo señalando el corazón—. Y, por supuesto, aquí. —Indicó la mente.

—¿No en Nuestro Señor? —preguntó sin diplomacia alguna y desafiante el joven inquisidor.

—Como bien sabéis, el Señor Nuestro se encuentra en todas partes. También aquí y aquí... —dijo volviéndose a señalar la cabeza y el corazón.

Tras unos segundos con las miradas en suspenso, el joven inquisidor abrió una puerta que daba acceso a una sala austera con la única presencia de una mesa y una silla, así como un crucifijo vigilante como un insecto enorme posado en la pared de cal blanca.

—Esperad aquí.

—¿Una vez más me dejáis solo?

—Nunca se está solo del todo. Él también está aquí... —concretó imitando su mismo gesto, señalando el pasillo y la estancia antes de desaparecer

volviendo a cerrar la puerta—... y aquí.

El padre Tárrega examinó el aposento. El único contacto con el exterior lo proporcionaba una ventana enrejada que daba al patio interior, lleno de margaritas. Se acercó a ella y exhaló aire contemplando aquellas sencillas y límpidas flores, no sin mostrar un notable signo de preocupación con el que regresó junto a su analítica mirada hacia la puerta cerrada.

A una media docena de calles de distancia, otra puerta conocida recibía unos contundentes golpes que quebraron la apasionada entrega de carne de los amantes. Quedaron avizores entre las sábanas. Tras unos segundos volvieron con mayor insistencia. Y, entonces, el capitán indicó en silencio a la lozana napolitana que se aproximase a la puerta. Esta le obedeció, colocándose su camisola.

—¿Quién es? —preguntó sin abrir el ventanillo viendo a su gentil caballero valenciano vestirse a toda prisa.

—¿Don Guillem de Castro? —increpó una voz firme y varonil desde fuera.

Con una mirada de indefensión, la mujer no supo qué contestar. El capitán comenzó a desenvainar con preciso y lento tacto su espada del tahalí que quedaba descansando en la silla más próxima. Le hizo otro ademán a su amante hacia la puerta. La italiana captó de inmediato el mensaje.

—Pregunto quién es —repitió la mujer al tiempo que el capitán se aproximaba lentamente aferrando con mayor fuerza la espada.

—... *Silencio*... —Y al oír esta palabra de un modo categórico y claro, recobrando la serenidad, apartó a la mujer con un gesto tranquilizador para abrir con prontitud el ventanillo y observar tras la rejilla a un caballero de noble talle y rostro enflaquecido, de casi la misma edad que el propio capitán de la Guardia de Costas, y junto a él estaba yo con la mirada absorbida en mi infantil rostro. El capitán cerró el ventanillo y abrió la puerta. Entró el caballero vestido de negro, incluso azabache era el herreruero que llevaba terciado en los hombros con la notable roja cruz florlisada en las puntas, propia de los caballeros de la Orden de Calatrava, y bordada tanto en la corta capa como cubriendo la altura del pecho en el sayo. Era ese fuliginoso tono el más usado entre los hombres, pues acentuaba el aspecto de seriedad que la mentalidad de la época requería. En los rasgos y gestos del nuevo caballero podía presumirse una alta alcurnia. Pero sobre todo, en ese instante, podía

adivinarse en toda su noble persona una enorme preocupación que no pasó desapercibida desde el primer instante a Guillem de Castro. Yo guardaba silencio, desprovisto ya de la comprometida alforja.

—Tranquila, Flavia. Son amigos.

Guillem de Castro oteó alrededor antes de cerrar con decisión la puerta.

—Pensaba que os seguían. Por eso no abrí cuando escuché vuestra voz. ¿Qué ha pasado? ¿Está a buen recaudo lo que te entregué Walel?

No supo qué contestar y lanzó una mirada apesadumbrada hacia el caballero de la Orden de Calatrava.

—Me lo ha traído, sí. Lo hemos guardado. No en su preciso lugar, pero a buen recaudo, como vos decís —se adelantó a precisar.

—¿Qué queréis decir?

—No hemos tenido tiempo.

—Hasta que no se encuentre en su justo sitio no hay recaudo seguro para esa mercancía. Vos lo sabéis —puntualizó Guillem de Castro al tiempo que agarraba una jarra de barro desde la que abocó un poco de vino en dos vasos.

—Os lo acabo de confirmar.

—¿Y entonces por qué me mira así de asustado el chico? ¿Vais o no vais a decirme qué ha ocurrido?

Don Bernardo se encauzó el bigote nerviosamente y buscó un sitio donde sentarse antes de proseguir.

—Justo al llegar el chico a mi casa uno de mis criados nos ha informado que han apresado al padre Tárrega.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. —De un trago hizo cuenta de su vaso.

—¿Esta misma noche?

—Eso han comunicado algunos hermanos canónigos de la Seu —contestó, sentándose en un taburete de madera de tres patas, moviendo su tahalí y espada—. Alguaciles de la Santa. Hemos venido lo más rápido posible.

—Pero ¿quién...? ¿Qué más sabéis? —preguntó a don Bernardo.

—Nada más que lo que os he dicho.

—¿Se ha podido comprobar si iban los bellacos con malicia?

—Nada se sabe.

Guillem de Castro se dirigió pensativo hacia la jofaina donde comenzó a lavarse la cara y las manos para refrescarse, o tal vez para despertar de esa posible pesadilla si es que llegaba a ser cierto lo que estaba escuchando.

—Esto es muy preocupante —dijo como si se tratase de un pensamiento escapado al aire.

—Ya os lo he dicho —añadió don Bernardo—. Esa gente es experta en hacer a sus presos mencionar nombres...

—No saquemos las cosas de quicio de momento.

—... aunque nada de culpa tengan.

—Don Bernardo —atajó suave pero firme Guillem de Castro—, bien sabéis que el padre Tárrega ha intervenido como colaborador en algunas investigaciones de la Inquisición. Igual le han vuelto a convocar por ese mismo motivo.

—Dios quiera que se trate solo de eso, don Guillem.

Sí, Dios lo quiera, se dijo a sí mismo Guillem de Castro, esta vez para sus adentros sin dejar de perderse una vez más en mi medrosa mirada de niño morisco.

## 6

La puerta de la sala comenzó a abrirse. El joven inquisidor había regresado cuadrándose en silencio para dejar paso al gran inquisidor Zárate que, con expresión incorruptible, ligera curvatura de su espalda y boca frailuna y fosca saludó apacible al canónigo.

—Padre Tárrega, buenos días.

—Buenos días nos dé el Señor, Excelencia.

El inquisidor Zárate mostraba un rostro albino y amable al tiempo que escrutaba su figura, o quizás algo mucho más insondable en el propio cuidador de la catedral. Le extendió su mano y este besó el anillo rojo que coronaba aquella femenil y blanquecina mano. Tárrega comprobó de inmediato que, ante la presencia del superior cargo, el más joven inquisidor demostraba un punto añadido de mansedumbre junto a la puerta, como si cifrara con todo su anhelo una pretendida apariencia de perfecto candidato a continuar escalando en los rigurosos estamentos jerárquicos de tan cifrado Oficio. Con toda seguridad, otro futuro adusto y fanático inquisidor que orienta su inteligencia a las sombras y no a las razones o lógicas, pensó.

—No es la primera vez que ha estado vuestra merced en esta casa. Lo lleva en la mirada. Lo lleva en la piel.

—Así es, Excelencia, he estado en más de una ocasión llamado por su antecesor para asesorarle en alguna cuestión puntual.

—Debo deciros que vuestra alta reputación os precede, hermano, y por ello os he hecho llamar. Tenía ganas de conocer a vuestra merced.

—La próxima vez os pediría, si lo tiene su ilustrísima a bien, que enviara un discreto mensajero y no una de sus habituales comitivas protocolarias para dar preso a un nuevo sospechoso de herejía. Provocan cierta alteración gratuita en la auténtica casa del Señor cuando se presentan con sus lanzones.

La palabra «auténtica» pareció llegar como un afilado dardo a la sien derecha y plateada del inquisidor Zárate. Le costó recomponer su gesto. El

joven inquisidor acusó el instante con un sutil pero reconocido movimiento de su cuello hacia un lado. Nada se le escapaba al padre Tárrega, ni siquiera las verdaderas respuestas encubiertas en palabras disfrazadas o arriesgados silencios como el que acababa de construir el viejo inquisidor antes de asomarse como una especie de hurón a la ventana que daba al patio por donde continuaban filtrándose los aullidos y lamentos de los torturados. Había estudiado bien la traducción de los gestos a partir de tratados antiguos orientales traducidos al latín en anteriores épocas.

—¿Los escucha? Pobres, almas pecadoras. Pero ahora están encontrándose con el cuerpo de Cristo. Queda tanto por hacer...

—Vuestra merced dirá —dijo el canónigo.

—Si sois tan amable —respondió el viejo inquisidor mostrando la puerta de salida.

—Como gustéis.

El joven inquisidor abrió entonces la puerta una vez más. El inquisidor Zárate cruzó entre su joven discípulo y el padre Tárrega con lentitud soberana y la espalda algo encorvada por el peso de lo vivido o no vivido. Le siguió el canónigo con distancia prudencial. Y, una vez fuera de esa colección de penumbras que, sin duda, resultaba ser la ya prescindida estancia, el inquisidor se dirigió a su ayudante.

—Dejadnos solos, hermano Jerónimo, si no os importuna.

—Claro, ilustrísima —manifestó diligente y respetuoso el joven con una ligera inclinación de su fina cabeza romana.

El joven inquisidor los abandonó regresando por el pasillo. Y cuando ya sus pasos fueron apagándose, tiempo que empleó el viejo inquisidor para seguir escrutando al canónigo con ligera sonrisa indeleble y con aire satisfecho, emprendieron lento paso hacia la dirección opuesta.

—Es un buen ayudante. Llegará muy lejos. ¿Está vuestra merced contento? —preguntó el inquisidor con voz meliflua.

—No os entiendo, Excelencia.

—¿Vos no entendéis? ¿Hay algo que «no entiende» el padre Tárrega?

El canónigo segorbino presumió que se encontraba ante un prelude de inequívoco juego especulativo. Seguía sin saber por qué motivo había sido llamado. El inquisidor continuaba preguntando.

—Me refiero a su labor como cuidador de la catedral. ¿Está con ello contento?

—Estoy contento, sí.

—Pero vos sois un hombre de muchas inquietudes, según tengo entendido.

—Todas ellas me aproximan a nuestro Señor.

—¿El teatro también? —Aquí el padre Tárrega escogió el silencio como respuesta—. Aproximarse tanto a esos corrales y sus cómicos y canallescas ¿no es algo que puede hacer cuestionar su inquebrantable fe, padre?

—Los cómicos se dedican al noble arte de apaciguar los espíritus de la gente. Abstraerse de la realidad cruda en la mayoría de las ocasiones y enfrentarse a las miserias y virtudes propias que suceden como en una especie de mágico espejo es algo que reconforta, que puede nutrir, que orienta hacia el buen camino. Los cómicos son de una casta especial. —El viejo inquisidor clavó con seriedad su mirada en el canónigo tras estas últimas palabras—. De alguna forma hacen una labor muy parecida a la nuestra —concluyó.

—¿Eso pensáis, padre? —preguntó el inquisidor Zárate sin disimular un arranque de risa.

—Eso mismo que he dicho.

—A fe que sois canónigo de... —el inquisidor buscó aquí con exactitud las palabras—... pensamientos no muy apropiados.

—¿Por qué decís eso?

—Porque esas que acabáis de emplear con claridad de juicio no deberían ser palabras dichas por alguien que viste esos hábitos. —El padre Tárrega se quedó mirando impasible como si todavía no hubiese escuchado la respuesta requerida, como si estuviera aún esperándola—. Buscar tantas respuestas —prosiguió el inquisidor—, ejercitar eso que llaman intelecto no es lo que a vos se os encomienda.

—Perseguir la Verdad es perseguir a Nuestro Señor.

—A Nuestro Señor no hay que perseguirlo. Llega a uno mismo siempre que se le abre el corazón y el alma. Entonces entra con una fuerza poderosa para nunca abandonarnos más. Pero el hombre es débil, sucumbe con facilidad al maligno, incluso hombres como vos, siervos de Dios, pueden caer en la tentación. Solo una férrea conducta, solo un fuerte posicionamiento ante el dolor puede reconducirnos a la luz. Ahora más que nunca que los tiempos están críticos, que el maligno gobierna cada rincón amagado en sombras y escondrijos, y seduciendo a tantas simples almas. Están sucumbiendo hasta los más puros.

Habían llegado a otra puerta por la que se filtraban más próximos y

presentes los gemidos y lamentaciones de las pobres almas sometidas a tortura. Tras una pausa en la que ya no hubo esa sonrisa inquietante por parte del inquisidor y sí una mirada algo más incisiva y afilada, este golpeó la puerta tres veces. Siguieron suspendiendo sus miradas o inteligencias. Al poco escucharon unos pasos como provenientes de las profundidades.

—Dígame, padre Tárrega, ¿ha llegado vuestra merced a conocer todos los rincones de esta santa casa?

La puerta se abrió en ese instante como ejerciendo de concluyente signo de interrogación.

Los mercaderes reclamaban con voces altas a la posible clientela al tiempo que los escuálidos perros husmeaban con olfato carroñero los rincones de sus detenidos carros de madera donde mostraban, ya quietos y a modo de tenderetes, las diversas telas, paños, legumbres, tahonas o especias que las mujeres compraban con alguna que otra reticencia de buena mañana. Una nueva colección de pequeños malandrines levantaba el polvo de la tierra con sus juegos callejeros para desespero de algún holgazán limosnero aposentado en un portal cerrado, para evitar las algazaras de ciertas horas. Un tendero salía corriendo tras otro taimado que se acababa de apropiarse de una libra de carne con la que huía como alma perseguida por el mismo diablo. Todo ello se mezclaba en un galimatías de ruido, tejidos, rostros y formas en las calles próximas al portal de la Valldigna que acababan de cruzar don Guillem de Castro y don Bernardo Catalá de Valeriola con paso firme y resuelto, portando las capas terciadas al brazo. Junto a ellos, con dificultad de alcanzar la misma enérgica pisada, iba yo, lanzando de vez en cuando alguna mirada inocente que no solo dirigía a las insignes figuras de los dos caballeros mezclándose en la algarabía del matinal entresijo de voces y no muy convenientes semblantes, sino también a los sospechosos alrededores desde los que recibía, no de una manera determinada, una especie de sensación extraña como de estar siendo espiados. Percepción que no hacía mucho acababa de experimentar cuando portaba, como venía siendo frecuente, otro libro o pergamino más, de un modo inescrutable a la casa palacio de Catalá de Valeriola. Ya no tenía por qué temer nada pues, de momento, el libro mudéjar se encontraba a buen recaudo, eso mismo pensaba yo cuando me sobresaltó una puerta que se abrió de golpe para que una criada expulsara a la calle el agua sucia de la palangana que, aun con el acompañamiento del consabido grito de «¡Agua va!», no pudo evitar que fuera a parar a un par de mujeres que por allí pasaban y que comenzaron a soltar una cantidad seguida de improperios tal que podría haberse tratado de

algún tipo de extraña femenina gangarilla, que es como se denominaba a esa manera de compañía de teatro de tres representantes masculinos con algún joven interpretando el papel de dama que ya había podido ver en alguna ocasión con mi maestro y mentor Tárrega y con los dos caballeros que ahora acompañaba, en la casuela que tenían dispuestos los caballeros en el corral de la Olivera.

—Cada vez que esos obcecados inquisidores escuchan las locuaces palabras de los librepensadores, creen hallar en esas voces al diablo mismo hablando desde dentro —comentaba el joven caballero de la Orden de Calatrava, Catalá de Valeriola—, y sabéis que si algo le pierde a nuestro querido Tárrega es el demostrar su razón y lógica, incluso desafiando al oponente sin calibrar lo peligroso que este puede llegar a ser.

—No toméis al padre Agustín como un simple. De sobra sabéis que se maneja como un virtuoso con esas armas suyas del verbo, la argumentación y el raciocinio, incluso ante la Inquisición —apuntó Guillem de Castro.

—Y vos no subestiméis al Oscuro Oficio. Bien sabéis que muchos verdaderos y fieles cristianos, por culpa del testimonio de enemigos rivales, esclavos y otras personas bajas, e incluso menos apropiadas y sin pruebas de ninguna clase, han sido encerradas en prisiones seculares, torturadas y condenadas como herejes relapsos. Esa gente no se amilana. Las privan de sus bienes y propiedades, y las entregan al brazo secular para ser ejecutadas, con peligro de sus almas, dando un ejemplo pernicioso y causando muchos escándalos. Esos no se andan con lógicas, verbos ni raciocinios. Basta con que indiquen sus negros dedos enguantados a cualquiera, aunque inocente para que comience a dar nombres. Incluso Tárrega puede sucumbir ante el miedo.

—No sé por qué os acude a vos tal temor ahora. Ya conocíais el riesgo desde el principio.

Bien infundados eran los temores de don Bernardo, pues a todo ello que comentaban había que añadir las nuevas fórmulas con el fin de paliar cualquier resquicio por débil que fuera de herejía y pecaminosa actitud, como, por ejemplo, el diseño social de una subterránea red de espionaje en la que participaban los propios ciudadanos o aldeanos plebeyos como agentes secretos que informaban sobre los vecinos que les inspirasen sospecha. En alguno de los casos, vecinos espían a los propios vecinos. Y en ciertas ocasiones, como para ganarse el cielo, o tal vez la exención absoluta del posible tormento, lanzaban informaciones falsas de ciertos semejantes a los

que debían escudos o de los que no sentían la simpatía adecuada. Con todo ello pululando por las calles de cualquier ciudad, es lógico pensar que lo que reinara en el ambiente fuera el miedo, ese que esclaviza las mentes para no dejarlas pensar con claridad.

Me abordó una vez más la referida sensación que venía provocándome desde hacía unas calles girarme atrás como esperando hallar respuesta a mi intranquilidad. Así lo hice mientras los caballeros seguían con sus palabras, pero solo la callejuela y su típico gatuperio observé.

—¡Walel!

Guillem de Castro me llamó al ver que me quedaba rezagado. Inmediatamente, a la voz del capitán apresuré el paso hacia ellos cuando ya doblaban para encontrarse en el carrer Cavallers.

—El capitán sabrá aconsejarnos ante este acontecimiento —continuó Guillem de Castro—, pero de momento, os lo ruego, mantened la calma, don Bernardo, porque ya estáis contagiándome vuestro nada recomendable ánimo.

—Sabéis lo mucho que me juego con todo esto.

—Lo mismo que todos nosotros nos jugamos. —Tras unos segundos pensativo—: Por eso se postuló en el cargo que ya sabéis para asuntos no muy confortables con el Santo Oficio a... *Relámpago*.

—Un familiar de la Santa Inquisición poco puede hacer cuando las decisiones ya se contemplan últimas.

—Estáis empezando a cargarme con tanto pesimismo. —Y aquí don Guillem de Castro sí que detuvo el paso—. Walel, llama a la puerta de don Gaspar Mercader y, cuando te lleven ante él, cuando estéis a solas, y solo entonces, le indicas que se trata de un... *Secreto*. Después, que te entregue su material, llegas al estudio y continúas tu trabajo.

Asentí con inmediata obediencia, y al ir a cruzar la calle, con la celeridad inconsciente propia de mi edad, el capitán me cogió fuerte del brazo.

—¡Espera, alma de Dios!

En ese preciso instante un elegante carruaje pasó ante mí a una distancia algo imprudente. Los animales negros relincharon con fuerza. Pude sentir muy próxima la saliva de los pencos.

—¿No te ha enseñado el padre Tárrega que hay que mirar siempre la calle antes de cruzar?

Borré mi preocupado gesto cuando Guillem de Castro me sonrió. Le devolví la sonrisa infantil y transparente. Comprobé que ningún lance podría

ocasionar mi cruce y me dirigí al portal del palacio de don Gaspar Mercader, conde de Buñol.

—Vayamos a avisar a nuestro otro don Gaspar —propuso el capitán a don Bernardo.

—¿A por... *Sombra* también?

—La unidad de todos los fundamentales del grupo es vital. Toda información que podamos reunir tenemos que compartirla.

—Os creéis muy docto en estos asuntos, pero no tratáis con berberiscos argelinos en vuestras costas, recordadlo bien, capitán —apuntó don Bernardo Catalá.

—Lo importante ahora es no precipitarse en conclusiones o acciones torpes hasta no saber a ciencia cierta lo que sucede con Tárrega.

Dirigí mi mirada hacia los dos caballeros que quedaban frente a la casa como justificando su presencia. Un criado abrió la puerta del palacio renacentista. Frunció el ceño para ajustar su mirada hacia don Guillem y don Bernardo. Este llevó su dedo índice derecho desnudo hacia la altura de su bigote en un gesto natural que continuó hasta rozar la parte inferior de su nariz con la parte superior del dedo en una sutil pasada de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. El criado entendió y me dejó pasar. La puerta se cerró y los caballeros entonces continuaron su paso en dirección a la Seu sin advertir que, no muy lejos de donde se encontraban, otra figura reconocible y encapuchada no podía alcanzar sus palabras, pero sí el lenguaje de sus preocupados gestos.

Incluso un hombre de erudición, prudencia y valor incuestionables como el padre Tárrega no podía evitar sucumbir ante la arrebatada impresión que suscitaba la bajada circular hacia ciertos sótanos cargados de un acometedor aroma a dolor, sangre, fuego y no clemencia. Era la primera vez que descendía a los subterráneos de la casa del Santo Oficio, donde podían oírse más presentes los gritos y gemidos que solo sucedían como perceptibles apuntes lejanos en la superficie y que cada vez parecían arañar las paredes de la propia piel del canónigo.

De todos era sabido, no importaba su condición, que el uso de la tortura era común en aquel lúgubre lugar. Muchas veces solo consistía en exhibir al reo la sala de tormento, los verdugos y los instrumentos de tortura. Con solo mostrarlos se conseguían confesiones y delaciones pretendidas. Pero en los casos en los que el reo insistía —aun con razón y verdad— en sus convicciones, era sometido, efectivamente, a tormento. Así venía sucediendo desde hacía mucho tiempo. Y así sucedería de igual y brutal forma durante otros siglos más. Los más usados eran, por ejemplo, el conocido como la cuerda, el cual consistía en sujetar al reo sobre una mesa y luego dar vueltas a una cuerda arrollada a sus brazos y piernas produciendo estiramiento de las articulaciones y un fuerte dolor. También estaba otro tormento mediante el cual se vertía agua sobre el rostro del torturado impidiéndole respirar. El del garrote consistía en una tabla sostenida por cuatro patas con estacas que se ajustaban hasta producir un impío dolor en las extremidades. Y también conocido era el tormento de la garrucha, en el que el torturado era atado de las manos, elevado y dejado caer sin llegar al suelo, lo que provocaba intensos dolores en las articulaciones. Así se encontraba el reo más cercano bajo la atenta vigilancia de los torturadores cuando alcanzaron el último escalón de la escalera tallada en espiral y ya se hallaron en el sótano iluminado por varias antorchas fijadas a la pared. El padre Zárate se dirigió hacia el dolorido y

martirizado reo. El vigilante le dijo algo al oído al viejo inquisidor. Y tras una pausa que podríamos describir como teatral, Zárate se acercó a la víctima con un inquietante tono protector.

—¿Cómo te llamas? —El pobre hombre no podía articular casi palabra, tal era su suplicio—. ¿Sabes por qué te han detenido? —El viejo inquisidor sabía interpretar a la perfección sus pausas para generar auténtico terror no solo a quien se dirigía en aquel momento; sobre todo sabía suspender su intervención para que no se solapara con los gritos y gemidos de otras estancias próximas—. La Inquisición no detiene nunca a nadie sin motivo, ¿eres consciente de ello? —Dudó antes de asentir—. Ah, sí que lo sabes. Eso está muy bien. ¿Tienes alguna confesión que hacer? ¿Sabes que la confesión voluntaria es la que menos problemas te acarrearía?

—No, no...

—¿Cómo?

—No... no he hecho nada... padre.

—Hombre de Dios, algo habrás hecho, ¿no? —espetó con ironía y apoyándose en Tárrega con una sonrisa—. ¿O es que tal vez nos estáis llamando injustos e incompetentes?

—No, no, yo no... —El pobre hombre, que sufría lo indecible, comenzó a toser o, mejor dicho, a ahogarse en sus propias palabras impedidas.

—Vamos, vamos, no llores. Y nada temas, que no tiene por qué pasarte nada si tú no quieres. Vas a ir a tu celda y a pensar en ello. ¿Te parece bien?

—Sí, sí, ilustrísima...

El inquisidor dibujó una compasiva sonrisa al reo, caminó un paso y, cuando ya sobrepasó su semblante al del pobre diablo, su rostro mutó hacia una gravedad ya conocida. Volvió el circunspecto rostro al del canónigo segorbino y el padre Tárrega recibió una mirada espinosa del inquisidor. Supo que esa era la forma en la que esos siervos de la oscuridad imponían su estatus ante los demás. El inquisidor Zárate ordenó con un magnánimo ademán que le bajaran y se lo llevaran. Así mismo lo hicieron los manejables y sudados torturadores al tiempo que de nuevo se dirigía con aquella sonrisa inmanejable y blanquecina hacia el padre Tárrega, en cuyo semblante, aunque estoico, se podía adivinar fácilmente un completo rechazo a las acciones que acababa de presenciar.

—Ahora quedará encerrado, en soledad, con frío, hambre, sin comunicación, como los demás en esas otras celdas. —Indicaba a otras tantas

compuertas cerradas por las que seguían filtrándose agónicos quejidos—. Perfecto para meditar como un santo. Solo tendrá como compañía al carcelero. De noche volveré a visitarlo para preguntarle: «Bien, ¿hay algo que quieras decirnos?» Tal vez no esta misma noche, tal vez no la siguiente, pero sí alguna dentro de una semana o un año. No tener prisa es tener el poder. Sí, él hablará, comenzará a dar una pequeña información para que le dejemos en paz. Lo que él no sabe es que si nos dice algo, por muy exiguo dato que sea, no hará sino iniciar el auténtico interrogatorio. Todo lo contrario a lo que piensa. No, no queremos migajas, queremos todo el plato. Sí. Y por eso mismo seguiremos hurgando en la herida, presionando en su ánimo y voluntad. Y sin llegar a las manos ni las cuerdas ni los hierros, querido Tárrega. Porque, en su soledad, ese pobre diablo no hará sino pensar en su situación, para prever un desenlace similar para los miembros de su querida familia. No se soporta esa presión. Nunca. Y por eso siempre acaban confesando. Más tarde o más temprano. Bendito sea el miedo.

—Y si ni aun así confiesan, echan mano de la ayuda para conseguir su propósito.

—Somos hombres de Dios con infinitud de recursos. El poder del Señor ha de ser invicto. Así el nuestro sobre los hombres.

—¿Acaso os consideráis un no hombre? —se atrevió a cuestionar el canónigo.

—Soy un hombre —y volvió a interpretar esa fastidiosa pausa— elegido por Dios para la salvaguarda de su verdad.

—La verdad de Dios es infinita, Excelencia. Su salvaguarda es imposible por un hombre.

—¿Por qué os empeñáis en ese atrevimiento de querer jugar conmigo a una especie de competición de la que bien sabéis nunca podréis ganar?

En ese momento el padre Tárrega prefirió suspender unos segundos su respuesta, calibrando como estaba haciendo el lugar subterráneo y abyecto, los instrumentos de tortura como vigilantes soldados ante ellos dos que por unos instantes habían quedado de hombre a hombre, de alma a alma, en un incómodo lugar donde confluían energías oscuras perceptibles tras tanta colección acumulada de lamentos y muerte. Eso mismo se podía respirar en aquel lugar viciado.

—Porque en el fondo de vuestro corazón —dijo el padre Tárrega sin abandonar la mirada de los instrumentos de tortura que les rodeaban— habita

una lógica mucho más poderosa que cien bulas papales. Y, aunque debáis vuestra dedicación con fuerza y plenitud de fe a un cometido tortuoso para el hombre, que es el hijo de Dios, sé que el conflicto anida cada noche en vuestras almohadas y que el descanso no es tan certero como debiera tenerlo un buen siervo de Dios.

—Mi alma descansa en la tierra y algún día lo hará en el cielo.

—Su alma puede que se encuentre como vos decís, mas no vuestra espalda, que responde, con esa perceptible curvatura, a un daño de agarrotamiento debido en casi todos los casos a un mal descanso nocturno y una tensión concentrada en ciertas fundamentales vértebras. Dada su elevada posición, es de suponer que no se debe a un mal dosel. El dolor que se inflige en este lugar es una energía que queda sellada en la mente y el corazón de los torturadores y que encuentra su particular lugar poco a poco en las propias carnes.

—Sois poseedor de grandes conocimientos, padre Tárrega. Conocimientos que no son aprendidos en los libros sagrados. Y vos sabéis que tanto su majestad como nosotros mismos defendemos a ultranza la censura de ciertos, llamémoslos, saberes. No escatimamos en firmeza, rigor y fuerza en ello. Bien conocéis lo acontecido en el valle de Arán.

—Sí, bien lo conozco.

—Al parecer un mercader herético trataba de introducir en nuestras tierras católicas al mismo diablo.

—En realidad trataba de introducir ciertos papiros y otros textos que se creían inexistentes, perdidos, pero que...

—¡Libros reprobados y heréticos! —selló tajante el inquisidor dando un sorprendente golpe a la tabla de madera donde tantas pobres almas sufrían retorcidas fórmulas en sus débiles carnes a diario—. Como os podéis imaginar, fue apresado —añadió el inquisidor con un tono mucho más suave, fingiendo haber recobrado la calma—. Y como os podéis imaginar...

—Torturado.

—Castigado —matizó el inquisidor de un modo categórico— de un modo ejemplar para que no haya posibilidad de incentivo y ocasión a que otros se atrevan a lo mismo y con ello pretendan comunicar y sembrar una vez más sus detestables errores.

—¿Errores?

—El saber, padre, el conocimiento, es un veneno del que es difícil saciarse. Una vez probado, uno no puede dejar de recurrir a él. Abrir la mente,

que vuela el alma como pretenden ciertos heréticos grupos de gente en otros reinos enemigos de nuestro imperio.

—¿Y eso es malo?

—Eso es para la Iglesia el auténtico peligro. Porque si la gente piensa comenzará a cuestionar, a poner ciertas inamovibles razones en tela de juicio.

—Vos sabéis que la gente no puede comenzar a cuestionar, porque conoce qué les puede esperar en el interior de esta y otras santas casas.

—Veo que va comprendiendo nuestro poder y santo cometido, padre Tárrega.

—Pero vuestras mercedes necesitan de vez en cuando de esos mismos saberes prohibidos para resolver asuntos de su propia incumbencia.

—Eso se llama política. Y viene siendo ejercida desde hace tiempo.

—Desde la Grecia clásica, palabra que significa «los asuntos de la polis», los asuntos de la ciudad, de los ciudadanos. Pero que cada vez se va malinterpretando como los grandes términos y valores de ciertas épocas de luz anteriores.

—¿A qué padre Tárrega?, ¿anteriores a qué? Si denomináis aquella época anterior como la de la luz, ¿qué denominación empleáis para esta época actual nuestra, por el contrario? —se adelantó a precisar el inquisidor.

—Anteriores a nuestra época de luminosidad distinta —matizó no negando la pregunta el clarividente canónigo, y continuó—: Lo que vos llamáis política, permitidme expresarme con claridad, yo lo llamo hipocresía.

—Lo que vos llamáis hipocresía, permitidme expresarme a mí también con claridad, yo lo llamo no saber medir las palabras ni sopesar el lugar donde os halláis.

Quedaba claro hasta dónde podía llegar el padre Tárrega. El canónigo segorbino guardó silencio, pero no por ello dejó de mirar a los encendidos ojos del inquisidor Zárate. Este prosiguió con el mismo tono que acababa de emplear con el pobre prisionero al que habían devuelto hacía unos minutos a su celda o casi epílogo.

—Por hablar de otros asuntos, me han informado que os suelen ver acompañado por un jovencito de «los nuevos». —La forma en la que recalco esto último el inquisidor rezumaba sombra y no buen augurio.

—Debería decir a sus espías que se ganaran con mayor acierto sus monedas —concluyó el padre segorbino ocultando una grave preocupación—. Suelo encontrarme con el joven de quien habláis lejos de cualquier

tendenciosa actitud, aunque eso desearais comprobar, en la Seu, fuera de ella y en casi todas las zonas públicas de nuestra ciudad.

—No necesito desear comprobar, solo tengo que decidir las cosas. Así funcionamos nosotros, padre, vos mismo deberíais saberlo y mostrar algo más de respeto o temor. O acaso no teméis a nada.

—Yo solo temo al temor de los otros, a lo que ese temor provocado por la ignorancia puede generar.

—¿La ignorancia? —Se tomó otro teatral tiempo para continuar—: Yo lo que temo es que de tanto ir vos por ahí y por allá, de un modo tan público, tan..., como diríamos..., libre, sí, con un jovencito, y morisco, haga pensar a muchos que la Santa Sede no está realizando como se precisaría su obra.

—Walel es un buen cristiano —atajó el buen canónigo—. Yo mismo le educo y le forjo en la fe de nuestro Señor, para que alcance a ser un ciudadano respetable en estos convulsos tiempos.

—Y eso es muy favorable por vuestra parte, padre Tárrega. Pero ya sabe vuestra merced que nuestra divina labor consiste en eliminar cualquier atisbo de posible herejía que conlleve a una degradación de la única religión verdadera. Cualquier atisbo, por muy pequeño que este sea.

—Eso mismo le dijeron a los abuelos de Walel, y por ello se bautizaron, prometiéndoles que con ese acto mantendrían sus propiedades y talleres. Eso mismo a sus padres, pero fueron ejecutados en un auto de fe.

—Según mis informes habían vuelto a practicar la religión prohibida por sus católicas majestades.

—Veo que os habéis informado respecto al joven con amplio y sumo interés. Pero debo corregiros. Los padres de Walel solo estaban bañándose.

—¡De una manera libidinosa y lujuriosa! —Y aquí sí que la voz del inquisidor se alzó con rabia incontenible sin ánimos ya de fingimientos diplomáticos.

—Eran marido y mujer, dándose un baño.

—¡Eran mujer y hombre pecando con sus carnes impúdicas! Sus carnes que ya eran, se supone, cristianas. Y ningún cristiano ha de encontrar goce carnal en el baño, ni encontrarse con otro cuerpo en la misma agua. El agua es bendita. La lujuria, pecado. Y el pecador ha de pagar.

—Eran matrimonio, familia.

—¡Familia no hay más que una, la cristiana! ¡Y esa única y verdadera familia es la que nuestro Señor nos ha encomendado formar! ¡Sin nuestros

principios cristianos no hay familia! —Se tomó un tiempo para dulcificar de nuevo su tono, limpiando sus comisuras de blanquecina espuma—. ¿No se da cuenta, padre, de la locura, del caos que se generaría en el mundo sin un orden como el que le estoy refiriendo? —El viejo inquisidor dirigía estas palabras ahora de espaldas al padre Tárrega—. Solo nosotros podemos salvaguardar esos estamentos sagrados, lo divino y perfecto de sus formas.

—Se estaban bañando...

—Dejad ese asunto ya —añadió secándose con un fino pañuelo de seda la blanca saliva incontrolable de sus comisuras.

—... del mismo modo que nuestro Señor lo hizo con el Bautista, del mismo modo también como se bañaba con sus santos apóstoles hermanos.

El gesto del inquisidor con el pañuelo en los laterales de sus labios quedó en suspenso. El aire pareció solidificarse en ese mismo instante en la húmeda y abyecta estancia. La furia hervía en sus ojos. Agarrando un hierro con toda la inesperada fuerza, mordió la siguiente amenaza:

—Cuidad vuestras palabras, padre Tárrega. Ya os he advertido antes. No solo estáis en la casa de la Santa Inquisición, sino que estáis ante algo que protejo con absoluto esmero.

—¿A qué os referís?

—A mi dignidad.

—No son más esas palabras. Son las de san Mateo.

—Sois muy locuaz. Pero eso que apuntáis no está escrito en ningún santo libro.

—Sí lo está.

El tiempo pareció detenerse al instante. El inquisidor respiró hondo sin pestañear.

—Si yo mismo llegara a sospechar que obran próximos a vuestras manos ciertos libros —prosiguió con tono bajo y amenazante—, haría que los alguaciles acudieran a vuestro encuentro por otro motivo bien diferente al que hoy nos incumbe.

El padre Tárrega estaba a punto de averiguar ya el motivo de su llamada.

—El saber no solo se encuentra en las escrituras, también en los pensamientos, y estos se divulgan con el verbo, con la palabra. No es culpable quien encontrándose en algún lugar llega a escuchar de modo azaroso ciertas informaciones.

—Pero sí es culpable aquel que se niega a dar el nombre de quien se atreve

a postular ciertas ideas y de todo aquel que escucha en el mismo contexto esas infectadas palabras que inciden como mal sellado por el propio diablo en el alma pura, inocente y noble del cristiano que ya con la sola sospecha del nuevo conocimiento se llena sus adentros, otrora limpios, lacrados. No me pongáis a prueba, padre. Si seguís caminando por ese terreno hallaréis fango y desniveles en los que podríais tropezar.

—Pero aunque cayera, y aunque vos lo negarais, y yo mismo bajo el dolor inexplicable de vuestras torturas, esas escrituras seguirían existiendo.

—¿Adónde queréis llegar, canónigo?

—¿A saber adónde queréis llegar vos, Excelencia?

Con esta valiente prueba para reconocer su sitio en la conversación había aclarado para sí mismo que, en realidad, comenzaba a tratarse de un asunto en el que se erigía el padre segorbino imprescindible para los propósitos del inquisidor. Se sintió de alguna forma poderoso.

—Muy bien —dijo el inquisidor—. Pues vais presto a saberlo. —Y tras otra pausa infinita con la que rasgó con su sombra el rostro más o menos tranquilo del canónigo, añadió—: Respóndame vuestra merced a una cosa, padre Tárrega. ¿Cuándo fue la última vez que os enfrentasteis de verdad a la muerte?

No sabía muy bien cómo interpretar esas palabras. Pero no tuvo que seguir buscando posibles respuestas en su interior. El viejo inquisidor continuó con sus pétreas palabras.

—Me refiero a que, si no mal me han informado, las veces que habéis sido llamado por el Santo Oficio como colaborador han sido meros trámites analíticos desde el estudio de los informes, o incluso presenciando un interrogatorio, pero nunca que yo sepa habéis estado frente a frente con el dolor y su posterior mortandad cara a cara. Y por ello estoy calibrando si, tal y como me han indicado, vos sois el idóneo para este urgente asunto de vital importancia.

—¿De qué asunto habláis?

—Algo horrible ha acontecido esta misma noche en una callejuela de la ciudad. La providencia divina ha querido que un par de nuestros alguaciles se encontraran con lo que estáis a punto de presenciar antes que cualquier vecino. De no haber tenido esa fortuna, bien lo sabéis, la noticia hubiera corrido como la seca pólvora.

El padre Tárrega empezó a ver tambalearse en su interior la seguridad que

había conseguido en el reciente diálogo con su oponente.

—Deberéis ser algo más preciso. —Fueron las únicas palabras que lograron salir de su boca, advirtiéndole al inquisidor Zárate con ojos casi de piedad.

—Y vos debéis entender que lo que vuestros ojos contemplen será algo que no puede difundirse. Pero insisto, decidme, ¿está vuestra mirada preparada para ello?

—Solo contemplándolo lo sabremos. Mostradme, pues, lo que quiera que con tanta urgencia ha provocado mi llamada.

El inquisidor Zárate se quedó mirando al canónigo unos segundos. Luego desvió su mirada pensativa hacia el suelo y se dirigió a una de las puertas de no gran tamaño que permanecía cerrada en esa misma estancia abovedada, húmeda y en penumbras por la que entraba un circular y afilado haz de luz desde una concavidad elevada que justo caía a modo cenital en la tabla de madera que se disponía, en el centro mismo del tortuoso aposento, para el inicio del escabroso viaje inicial de interrogaciones y lesiones calculadas, de tal forma que los pobres inculpados sintiesen en ese haz de luz afilado como un brazo esperanzador del auxiliador Señor que desde lo alto acudía presto por la salvación de su desventurada alma.

Calculaba la teatralidad predispuesta en el espacio, la forma de incidir en la luz y las sombras con el lapidario instrumental de tortura colocado en el lugar preciso para incurrir no solo en la directa carne, sino también en la indirecta no materia de los pensamientos. En esas cavilaciones se encontraba el canónigo segorbino al tiempo que el inquisidor sacaba una elaborada llave de hierro forjado que rechinó de tal manera al entrar en el ojo de la cerradura que hizo erizar la carne ahora intranquila del canónigo. Tras tres sonoras y contundentes vueltas de la misma, el inquisidor abrió la puerta de la que emanó de inmediato un putrefacto olor ya conocido y tan solo la oscuridad pronto finita. El canónigo se quedó quieto donde estaba, sin avanzar ni un paso, mientras el viejo inquisidor preparaba la macilenta lumbre de un farolillo con el que iluminar la estancia.

—¿Estáis preparado?

—Sí —contestó no muy seguro de sí mismo el padre Tárrega.

Porque algo en lo más hondo de su alma previno al canónigo que de todas las imágenes que había visto en vida, de todas las imágenes que vería hasta el último de sus días, jamás podría encontrar algo parecido a la brutal y

desgarradora visión que seguro estaba a punto de presenciar. El inquisidor avanzó primero.

Los acuciantes bronce del campanario románico de la iglesia del Santísimo Cristo Salvador anunciaban las doce de la mañana, momento de rezar el ángelus. La totalidad de campanarios hermanos emergían también de un mar de tejas hacia el encuentro de un cielo límpido y celeste, coronado por un incisivo sol restallante en esa misma hora del avemaría. La ciudad del Turia en pleno, sus fachadas de terracota, sus tejados y campanarios y los rostros de quienes se encontraban bullendo en sus calles recibían el seco lamido de ese sol pletórico.

Aun con la inexorable semejanza de una medina rodeada por las consabidas murallas poderosas, la ciudad de Valencia no había podido desprenderse del todo de cierto aire tolerante y multicultural, a pesar del oscurantismo que se cernía en la península desde que los Reyes Católicos emprendieran una salvaje limpieza étnica por la unidad de España y el alcance de una religión única, la suya propia, la católica. Porque, pese a que también se pretendió con fuerza la eliminación de signos urbanísticos o arquitectónicos, quedaban y quedarían señales muy palpables de una realidad imposible de borrar: ochocientos años de vida y cultura musulmana, y muchos más siglos de la presencia de judíos. De un modo mucho más potente que en sentido urbanístico, sucedía esto mismo en las mentes y los corazones de los valencianos cristianos que habían estado acostumbrados a vivir en perfecta armonía con los judíos y musulmanes desde hacía varias centurias. Pero en lo que se refiere a la atmósfera que se respiraba, algo había cambiado, nublando, mutando la vibrante alegría de un cielo, de un aire que rezumaba libertad, tolerancia, armonía y mezcla durante mucho tiempo y que ahora cojeaba en luz y vislumbre. Esa oscuridad tenía un nombre: el miedo, y ese miedo, un adjetivo: el católico.

Concluyeron las campanas el anuncio del ángelus, y el importante y regio pasamanero Aguilar salió de las dependencias de un conocido zapatero

próximo a la Seu para empezar a caminar con paso firme seguido por su hijo, quien trataba, con muy poca fortuna una infructuosa ocasión más, que su padre comprendiera que sus propósitos de vida se encontraban en líneas opuestas a la del pretendido designio análogo de que continuara con las obligaciones consabidas burguesas que derivaban, por una matemática de sencilla aplicación, en la persistencia del negocio familiar para ir así viviendo, como buen Aguilar, la misma vida que había sido otorgada a su padre. La misma vida también a su abuelo.

—Pero padre, tenéis que entenderlo, sentimientos como ese no se viven más que una sola vez en la vida.

—Sentimientos como ese pueden ofrecéroslo sin problemas mujeres como estas cada tarde por un par de maravedíes —se refería a un par de mujerzuelas de pelo alborotado y generosas carnes casi a la vista que comenzaban a lanzar su proclama con sonrisas libidinosas y algún guiño taimado de oscuro ojo en el inicio del carrer dels Aguilons—, pero para casaros ya os dije mil veces que con una joven de buen nombre y mejor apellido y no con una de humildes trazas.

—¿Cómo podéis hablarme así? Yo os hablo de amor, del verdadero, del único, y vos solo me respondéis con oprobios.

—¿Oprobios? Sois joven inexperto y con la cabeza llena de pájaros y quimeras. —El viejo pasamanero sonrió a una de las mujerzuelas de esa forma en la que se presupone que ya existía entre ambos un anterior conocerse—. En vez de pasaros todo ese tiempo con líricas y versos deberías estar ayudándome en el almacén, donde más manos serían de agradecer. Y complacerme con alguien digno para mis nietos. Que dineros y amor mal se encubren. Y no quiero para los de mi apellido un mal vivir con canina hambre.

Hambre sentía en esos momentos el viejo pasamanero por ciertas rollizas carnes morenas. El anhelo sistematizado de aquellas épocas había llevado a estructurar de manera concisa el oficio de la prostitución. La prostituta debía de ser mayor de doce años, abandonada por su familia, de padres desconocidos o huérfana, y nunca de familia noble. Además, tenía que haber perdido la virginidad antes de iniciarse en las labores del sexo, y el juez, antes de otorgar la puntual aquiescencia, tenía la obligación de persuadir a la muchacha de no abrazarse a prácticas tan pecaminosas. Tras este requisito, la joven recibía la adecuada credencial con la que ejercer el oficio más antiguo del mundo. Por otra parte, médicos destinados a estos menesteres tenían que

revisar su salud, y una vez al año, el viernes de Cuaresma, las prostitutas tenían que ser llevadas por los alguaciles a la iglesia de las Recogidas donde el predicador con elevado tono paternal las amenazaba con las penas del infierno y las invitaba con sudores en la frente, ojos cerrados y voces en grito a abandonar su desconsolado oficio, no sin antes procurarse un bocado de sus tiernas, tentadoras y amorales carnes.

—¿Por qué no podéis entender que yo no tengo que vivir vuestra propia vida, ni la de vuestro padre? —le inquirió el joven Gaspar Aguilar no siendo ajeno al intercambio de miradas tontuelas entre la joven morena libertina y su señor padre—. Quiero perseguir mis propios sueños.

—A vuestra edad ya deberíais saber que cierta clase de sueños son como zanahorias colocadas con una caña al frente del hocico de un penco.

—¿No habéis sentido vos eso mismo que en mí habita?, ¿ni siquiera con mi madre?

—A vuestra madre ni mentarla. Traza la conversación por otras partes.

—¿Todavía seguís así?

—Prefiero guardarme de ciertas cosas.

—Hablad con ella.

—No ha menester, hijo.

—¿Qué rarezas decís?

—Me entendéis perfectamente.

—Como queráis. Pero entendedme también vos a mí. Nada pretendo con respecto a vuestro negocio de pasamanería. Bien sé que sois un hombre allegado a toda virtud, pero no quiero ser un cordonero toda mi vida. Y no me malinterpretéis.

—Ah, ¿no?, ¿y qué queréis?, ¿ser pobre y holgazán como esos de ahí? — Señaló a un grupo de mellados y acurrucados orinando en el portal de cierta casa por no mucho tiempo, pues en el mismo instante salía un ama a golpes, improperios y patadas sacándoles de su entrada e interrumpiendo el desalojo del común y amarillo líquido.

—Quiero vivir con coherencia a mis anhelos.

—¿Y de qué viviréis vos y esa pobre esposa vuestra?, ¿de plegarias?

—Se llama Luisa, bien lo sabéis. Y viviremos de nuestro amor, bien lo saben los cielos.

—De eso no se come, bien lo saben las tripas. Ni de esos papeles que escribís y que solo sirven para doraros los nombres y aplaudiros entre los

mismos raros con los que os reunís en esos recitales, justas y otras cosas de fémimas, bien lo saben los infiernos.

El comerciante Aguilar no detenía el paso para desespero de su hijo, quien tampoco lograba que se mantuviera mirándolo a los ojos algo más de dos segundos, ya que no dejaba de saludar en todo momento a la gente, tal popularidad tenía entre los vecinos próximos a la parroquia de San Esteban, que es adonde se dirigía el célebre mayorista.

—No es cosa de fémimas, ya os lo he dicho decenas de veces. Algunos de los de las reuniones son gente de bien, de apellidos insignes y puestos de importancia en cualquiera de los estamentos.

—¡Pues hacedlos clientes de nuestra pasamanería, válgame Cristo!

—¡A fe que...!

—¡Qué...!

—A fe que... —y en esta ocasión escogió con tiento sus palabras— en ocasiones sois imposible.

El viejo comerciante sacó una bolsa llena que sonó a pretendidos y tranquilizadores metales.

—No debería ya, pero tomad esta, Gaspar —dijo entregando en mano la bolsa a su hijo—. Y organizaos bien con lo que viene en el interior, pues son los últimos dineros que os proporciono. Los demás estipendios os los buscáis como ya toca, no como niño, y sí como un hombre.

—Gracias, padre.

—¿Gracias, padre?

El comerciante Aguilar y su hijo Gaspar quedaron en un suspenso de miradas en el que sí se escuchaban las no palabras del paternal e inevitable cariño.

—Y una cosa más.

—¿Sí, padre?

—Un consejo que os doy.

—Decidme.

—De poetas, cómicos y otras canallescas cuidaos como la peste.

—Y vos de ciertas femeniles y tentadoras compañías.

—Hay que ver lo que te pareces a tu santa madre.

El viejo comerciante sonrió a su hijo con masculina complicidad y acto seguido apremió sus pasos hacia la parroquia. Su hijo pudo alcanzar a ver cómo se santiguaba en el recién alcanzado interior de San Esteban. Viéndole

desaparecer entre las católicas sombras del interior de aquella santa casa, supo de un modo concluyente que en ciertos aspectos jamás lograría hacerle ver a su padre las cosas como él mismo las contemplaba. Pero ya tenía la bolsa con los dineros precisos. Ya podría empezar una vida con Luisa, la mujer que amaba, aunque fuese de condición humilde y el apellido que la acompañaba, Peralta, no fuera el pretendido por el conservador padre. Una mujercuela se le acercó con propósito de inmediato negocio y cabellera parrandeada. El joven Gaspar Aguilar le negó amable y sin ánimos de causar perjuicios. En ese momento se aproximó a ellos, con torpeza propia de muy anciano, un vagabundo encorvado y con la cabeza cubierta por la capucha que quedaba prolongada de su manto. La prostituta se apartó con cara de aversión en el preciso instante en el que dirigía la mendicante mano oculta por su enorme tela de saco, el harapiento y posible leproso, casi hasta el rostro del joven caballero al que le comenzó a llamar su atención con un inteligible sonido o murmuración entrecortada propia de los castigados sin habla, de los mudos. Gaspar Aguilar, tras una rápida negativa con su cabeza al anónimo andrajoso, regresó con cierta prisa por el bullicioso carrer Aguilons.

El astroso anciano sin rostro se quedó contemplando cómo se alejaba el caballero sin apercibir que se le aproximaron dos figuras más, erguidas y embozadas en idénticas telas con capucha, y mirando al mismo lugar que el anciano que, una vez sintiendo a sus semejantes compañeros, comenzó a recomponer su espalda y a erguir su figura hasta clonarla a la de sus ahora paralelos cofrades. Los tres comenzaron a caminar en la misma dirección que acababa de tomar Gaspar Aguilar, siguiendo un invisible rastro con un paso elegante y casi intangible, pues parecía como si fluyeran sus amagados pies en el suelo en vez de pisarlo. Esa analogía abordó el pensamiento de un indigente desdentado, esta vez sí anciano, tullido y auténtico que, sentado en la entrada de la parroquia, acababa de presenciar la extraña mutación de la figura encapuchada que ya se perfilaba junto a sus exactos priostes en las piedras de la última fachada que alcanzaba su castigada vista.

Próximo a la entrada de los Doce Apóstoles de la Seu, se encontraba el carrer Cavallers. Debía su denominación a las muchas casas de personas de antiguo y alto linaje, como el palacio de Malferit, el de la insigne familia de los Centelles o el de los condes de Oliva de estilo gótico. Estaban construidos muchos de ellos con grandes sillares de piedra de las canteras de Godella y Rocafort, y ornamentados además con zócalos de azulejos de Manises y Paterna. Otros se veían constituidos en la mayor parte de sus salas de mármoles de Buixcarró y madera tallada de los bosques valencianos.

Cada vez que me encontraba en el interior de alguno de esos palacios no dejaba de quedar maravillado, como si su materia y no materia se encontrase en un universo paralelo a la realidad angosta y amenazadora de las callejuelas del exterior. Había comenzado a frecuentar esas casas notables desde que mi mentor Tárrega inició ciertas reuniones con todo tipo de nobles, con todo tipo de altos personajes de cualquiera de las instituciones de la ciudad. Aquellas asistencias se realizaban con secretos propósitos de los que yo era ya partícipe.

Seguí en silencio al espigado criado que llegaba a recordarme a una de esas garzas que en ocasiones volaban a ras de las aguas del Turia cuando me encontraba jugando con otros chicos de mi edad en los extramuros. El criado se volvió y borré de inmediato mi sonrisa. Atravesamos un salón enorme con una historiada chimenea de azulejos azules y dimensiones formidables con la que nutrir del calor preciso esa misma amplia estancia llegado el invierno.

Continuamos avanzando unos metros por el pasillo iluminado por la luz que se filtraba caleidoscópica por los ventanales amplios de vidrieras de colores, en los que venía elaborada la representación del escudo de armas familiar y otros signos más o menos reconocibles. Llegamos entonces hasta una puerta cerrada. El criado se quedó allí contemplándome desde lo alto con su serio semblante. Creí percibir en ese momento una ligera sonrisa cómplice en el

rostro del adulto, antes de que golpeara dos veces la noble madera de la puerta con sus pulcros y delgados nudillos.

—Adelante —se escuchó desde dentro de un modo varonil, arrastrado y como ausente.

—Señor.

—¿Sí?

—El chico de Tárrega.

—Ah, Walel.

Miré con natural recelo al criado. Gaspar Mercader entendió que precisaba quedar con él a solas.

—Miquel, ve a la cocina y trae algo de comida para el chico.

—Como digáis, señor.

—Tienes hambre, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—¿El señor conde querrá que sirva la comida en el salón?

—No, traedla aquí mismo. Yo no tengo mucho apetito, cualquier cosa me bastará.

Así pues, el displicente criado se retiró no sin antes inclinar la cabeza a su señor, que todavía permanecía sentado a la mesa de su escritorio.

—Estoy algo bloqueado con unos versos que no me salen —me reveló el conde de Buñol—. Y son para la reunión del próximo miércoles. Aghhh... —Golpeó tres veces con ambas manos en su cabeza—. En fin.

Con un toque rápido y musical en la mesa con las yemas de sus dedos se levantó de la silla para acercarse a mí. Me tocó con gentileza la cabeza y acto seguido me indicó que podía servirme de los papeles y de una pluma de bronce y el tintero como gustase en un solo y escueto ademán como en otras ocasiones. Escribí cuatro palabras. Y don Gaspar Mercader mudó la sonrisa de su rostro hacia una inmediata seriedad cuando leyó en el papel los siguientes vocablos:

*Miedo*

*Santa*

*Corral*

*Secreto*

El conde de Buñol se apresuró a guardar el papel portador del apremiante mensaje a la altura del pecho de su ropilla y se dirigió a un lateral de su estudio donde se encontraba, sobre una fuerte mesa de noble madera valenciana, un escritorio muy especial lleno de cajones y tiradores

historiados.

—Te gusta, ¿verdad? —me preguntó aun sabiendo la respuesta al tiempo que sacaba de uno de los cajones unos documentos—. Me lo acaban de enviar de Salzburgo.

Recuerdo que quedé extasiado ante la belleza, elegancia y complejidad de aquel escritorio. Sobre el tablero del bufete descansaba la pieza única de marquetería. El frente contaba con un buen número de figuras de sublime delicadeza talladas en alabastro. Comenzaba a embelesarme con algunas de aquellas diminutas representaciones enmarcadas por pequeñas pilastras jónicas también con fustes de alabastro y basas y capiteles de boj.

—Mira esto —me indicó con gentileza Gaspar Mercader—, son unos tiradores con sorpresa. Prueba.

El noble me apremió sonriente para que abriera otro de los compartimentos. Hice lo propio y cuál fue mi agradable sorpresa al comprobar que dentro había un montón de ricas piñonadas.

—Come las que quieras —me dijo susurrando de un modo irónico y cómplice como si de un secreto en medio de un juego se tratase.

El conde de Buñol notó que cambié la expresión de mi rostro al contemplar detalles de la marquetería.

—¿Lo estás viendo? —preguntó don Gaspar.

Moví afirmativamente la cabeza sin despegar mis cálculos de cada uno de los finos detalles del escritorio que ante mí comenzaban a mutarse a algoritmos.

—*Geomatria et perspectiva. Corpora regulata et irregulata* —apuntó Mercader—. El que te voy a dar hoy está delante de ti, en este mismo escritorio austriaco.

Comencé a calcular las probabilidades en aquel laberíntico galimatías de ebanistería, y al tiempo que iba llevándome a mi boca más piñonadas recordé las palabras de mi maestro, cuando me enseñó que los griegos ya anunciaban que la presencia del número en un monumento o en cualquier otra cosa obedece siempre a una necesidad de emular y comprender el orden trascendente por medio del cual lo divino separa cosmos de caos.

Sin desviarme del análisis poliédrico del conjunto de madera regresaron a mi mente informaciones y datos referentes al inmediato acertijo al que me enfrentaba. Contemplé el cómputo total de las figuras representativas que acontecían a cada lado de la composición central un poco más elevada en

cuanto a escala. Sobre esta, encima del conjunto representativo arquitectónico en miniatura, acontecía la representación de unos jóvenes enamorados dentro de un círculo, el único que surgía en toda la obra. Abandoné las piñonadas en el saliente de la base de madera donde descansaba el escritorio, y cuando comencé a aproximarme concentrando mi atención en ese mismo pequeño círculo y la imagen que rodeaba, fuimos sorprendidos por unos nuevos golpes en la puerta. Se trataba una vez más del criado. Junto con otro joven ayudante, también alto y lamido, entraron portando con maestría natural dos bandejas de plata. El criado Miquel portaba en la suya un plato de albóndigas aderezadas con cilantro y otro de alboronía de berenjena, y también el vino. El ayudante, un pequeño recipiente con una masa blanca y mantecosa que se hacía cuajando la leche en moldes de mimbres por entre los cuales se escurría el suero sobrante al que llamaban requesón, nueces, pasas e higos; pan blanco, de cereal, propio de las clases sociales altas, pues a los de humilde condición se destinaba el de aspecto negro o moreno y de baja calidad.

—Albóndigas, plato típico de los tuyos Walel, así como esta fresca alboronía de berenjena, prodigiosa verdura también árabe —puntualizó el conde de Buñol ante el neutro desasimiento de sus criados—. Qué maravillosa cosa es la mezcla de culturas.

El criado mordió su mandíbula y afiló su mirada ante tales arriesgadas palabras de su señor.

—Gracias, Miquel —dijo el conde de Buñol totalmente consciente de la reacción que solían provocar siempre sus palabras ante los devotos católicos.

El criado volvió a inclinar la cabeza y a desaparecer. Don Gaspar se giró hacia mí y se dio cuenta de que yo no prestaba atención a la llegada de las deliciosas raciones.

—Come primero, luego te pones con eso, que la comida no es cuestión baladí.

El conde de Buñol se sirvió del recién inventado utensilio para la mesa de los aristócratas y demás sector pudiente llamado tenedor, con el objeto de agenciarse de una de esas ricas albóndigas que comenzó a comer allegado a toda virtud y sin ni siquiera sentarse. Sí que lo hice yo, a la mesa donde los criados habían dispuesto de un modo improvisado mi almuerzo, del que empecé a dar buena cuenta sin dejar de contemplar el escritorio. El conde, mientras tanto, me miraba con admiración indulgente. De repente algo se reveló claramente ante mi mente. Me levanté de la mesa y me dirigí al

escritorio bajo la atenta mirada de Mercader. Al llegar hasta la fina pieza de madera y marquetería, aproximé mi mano derecha a ese círculo que me continuaba sugiriendo una posible solución. Que me centrarse en esa parte del mueble acentuó la mirada fija y seria de don Gaspar. Presioné el círculo. Nada pasó. Pero de pronto recordé las palabras que un día me enseñó el maestro Tárrega: «Cómo es arriba es abajo.» Mi mano infantil comenzó a girar el círculo colocando las pequeñas figuras boca abajo para sorpresa de Mercader, que vio cómo una vez más resolvía en cuestión de segundos una dificultad diseñada para romper la cabeza de cualquier otro. Ahora sí, al empujar el círculo, este cayó hacia fuera manteniéndose como pequeña compuerta horizontal y queda. Introduje mi pequeña y morena mano y saqué con sumo cuidado del compartimento secreto unos pergaminos bastante ajados por el tiempo.

—Nunca dejarás de sorprenderme. ¡Bravo, Walel!

Sonreí con la boca llena.

—Come, come. Este papiro tiene un valor incalculable —explicó el conde de Buñol—. Se trata de uno de los textos de Aristarco salvados de la Biblioteca de Alejandría. Durante mucho tiempo se ha creído que la casi totalidad de volúmenes de aquel lugar desapareció en los diversos incendios e invasiones acaecidos durante siglos. Pero ya en su día existía el contrabando de papiros, Walel. Muchos copistas se encargaban de procurar duplicados por buenas sumas de dineros. Observa qué maravilla. En tus manos tienes un original que todo el mundo ha creído desaparecido.

Gaspar Mercader volvió a cerrar la casilla circular. Y de un cajón próximo extrajo un pedazo de cuero oscuro con un cordel en el que introdujo el pergamino enrollándolo para guarecerlo de miradas oscuras y otros comprometidos elementos.

—Ten mucho cuidado con él. Y colócalo en mi estante cuando llegues al estudio.

Asentí y lo guardé en el interior de mi sayo.

—Y ahora ven.

Con un pronto ademán e imprimiendo algo más de celeridad en sus movimientos, Gaspar Mercader me indicó que lo acompañara a un lugar arrinconado de su propio estudio. Se cercioró de no escuchar paso alguno. Parecía sospechar hasta de su propio lánguido criado. Nos dirigimos a un lugar de la estancia en el que solo una importante porción de la pared blanca

se contrastaba con nuestros rostros; el caballero Mercader se inclinó hacia el conocido suelo de mosaico de cerámica que, con temas iconográficos, geométricos y vegetales, los mudéjares continuaban realizando con aplicaciones de óxido de cobalto en Manises y Paterna. En la intersección de cuatro azulejos distanciados medio metro de la pared, justo donde un círculo hacía las veces de nexos, así en todo el conjunto de uniones en el suelo, Gaspar Mercader despegó las cuatro piezas del mismo para destapar una anilla de hierro forjado que llevó con fuerza hacia sí, lo cual provocó la instantánea apertura de otro conjunto de azulejos situados a un metro del caballero y del chico. Se trataba así mismo de otra compuerta secreta. Esta vez del tamaño justo para que un hombre pudiera bajar por ella. Aunque en esta ocasión de manera algo más desahogada porque la iba a precisar solo un niño.

Cuando me adentré hacia los ocultos subterráneos del palacio con los movimientos ágiles propios de aquel niño que era entonces, Mercader volvió a cerrar el mecanismo. Supongo que se dio la vuelta para contemplar el rostro enjuto de su padre contemplándole serio e incisivo desde aquel lienzo que presidía su magnífico escritorio. Y tras perder la mirada unos segundos en la nebulosa de ciertos recuerdos, regresó de su ensoñación alejándose de su estudio presto a cumplir con su cometido.

Como un jaranero vendaval entró en su casa, cargado con una caja de madera en la que traía una libra de pan blanco, media de carne, cien gramos de garbanzos, algo de fruta y tocino.

—¡Luisa!, ¡Luisa!... ¡Nada de ligeras pitanzas hoy, voto a Cristo!

El pletórico Gaspar Aguilar comenzó a sacar las viandas de la caja tras lanzar eufórico su sombrero de ala ancha contra una silla del fondo.

—Pero mujer, ¿dónde andas? ¡Luisa!... —Se quitó la capa y al ir a colgarla dijo—: Ah, aquí estás.

La mujer apareció con una serenidad nada natural que en un principio no pudo apreciar su marido, tal era el estado de feliz excitación que consigo portaba. Ya fusionado a ella en un fuerte abrazo notó en su cuerpo la descompensada energía del de la mujer a quien amaba.

—¿Ocurre algo, vida mía?

La cara de preocupación que aconteció en las dulces facciones de su esposa le comenzaron a preocupar. De ese modo en el que los amantes verdaderos ya se dicen todo sin la necesidad de las palabras, sus ojos sostuvieron las miradas hasta el inmediato y preciso instante en el que una voz conocida interrumpía su silencio.

—Vaya festín de viandas. ¿Acaso es tiempo de Carnestolendas?

Gaspar Aguilar volvió su rostro para encontrarse a un sonriente truhan de agrietado rostro entrando en la estancia desde la puerta que daba al salón principal, y alcanzando una de las recién traídas manzanas para llevársela a su boca. Con una ligera inclinación de cabeza, sobrepasando la figura de aquel bellaco, Aguilar pudo comprobar con preclara hechura que allí mismo, en el salón, se encontraban también otros dos acompañantes de las mismas encomiásticas y rudas trazas.

—Luisa, déjanos un momento a solas.

La mujer regresó al lenguaje silente de la mirada en la que cualquiera podía

apercibir el poco gusto por la presencia de esos caballeros que ya en algunas otras ocasiones habían provocado la ausencia por jornadas de su marido para asuntos que nunca ella llegaba a saber.

—Luisa, por favor...

—Yo no me muevo de tu lado —contestó la joven esposa con no poco arrojo—, me quedo aquí.

—Mujeres —comentó el recién llegado, flanqueado por sus dos enormes secuaces, antes de propiciarle otro contundente mordisco a la cárdena y fresca manzana.

—Vaya dispensa que os habéis mercado. ¿No vais a invitar a los hambrientos amigos? —continuó con no muy acertada ironía y casi metálica voz como de mil demonios.

Gaspar Aguilar, en un gesto protector, llevó a su mujer hacia atrás con su brazo sin pestañear hacia la mirada insidiosa y cargada de malos augurios del rufián, al tiempo que dos bellacos más, uno de ellos desmirlado, comenzaban a adoptar posiciones de acorralamiento en una lentitud amenazadora, propia de animales de presa.

—Traigo lo que os debo. He tardado en recoger la suma, pero aquí la tengo.

—No juguéis más conmigo, señor Aguilar, que ya son varios los escudos que me debéis por vuestras malas rachas con los naipes, y muy poca ya mi paciencia. Que cada cosa tiene un límite y este ya lo habéis casi galopado. Así que ahora más os vale que vuestras palabras sean ciertas, porque de lo contrario...

—¿De lo contrario qué?...

Una conocida voz proveniente de la pequeña balconada hizo acto de presencia como el fino y certero acero de una toledana intimidando la garganta. Los ceñudos visitantes se giraron hacia la ventana. De un modo casi fantasmal se encontraban junto a ella, ya dentro de la sala, el caballero de la Orden de Calatrava, don Bernardo Catalá de Valeriola y don Guillem de Castro. Eran tiempos en los que malandrines de cualquier proporción y sayo quedaban cohibidos ante la apariencia y escudo de ciertos caballeros. Y de todos era bien sabido que entrar en menesteres sablistas, por motivos de deudas de juego, con el hijo de un acomodado pasamanero podía ser, pero encontrarse en asuntos de acero o pistola con gente de alcurnia y cercanía al alto clero ya era asunto bien distinto.

—Nada de este negocio va con vuestras mercedes. Lo que es justo es justo. Y este caballero me debe ya una cristiana suma de dinero por sus deudas de juego en ciertos palomares y leoneras. Quien tal hace que tal pague.

La joven esposa comenzó a mirar a su joven marido como empiezan a mirar ciertas esposas ya a sus hombres, cada vez más inservibles, cada vez más niños.

—¿Es eso cierto? —preguntó la mujer mientras Guillem de Castro no apartaba la mirada de los rudos acompañantes que, con harapiento pero fuerte aspecto, se mostraban alertas para cualquier tipo de posible suceso.

—Es cierto. Pero también lo es que aquí mismo llevo la bolsa con los dineros que perdí y que debo, y que quería venir a casa a darte una sorpresa. —Y aquí se volvió a girar a sus no convidados para precisar—: No me vengan, pues, con innecesarias impaciencias.

—Sois muy locuaz y muy docto con la palabra. Pero conmigo no hay levas. A vuestra jovencita esposa podréis engañar, mas no a mí, que bien sé de dónde habéis sacado esos maravedíes.

—No habléis de mi esposa en ese tono, no en mi presencia.

—No hablo en ese tono de vuestra esposa, sino de vos mismo, Aguilar. Y no os preocupéis, que no pienso seguir haciéndolo. Solo quiero lo mío. Y salir de aquí sin más ánimos de reencontrarme con vos. Ni en callejuelas, ni en coimas, ni en tabernas. Donde ya me ocuparé yo de dejar bien claro vuestro nombre como el de menor formalismo para asuntos de naipes, cuando andan estos acompañados de dineros.

Don Bernardo y don Guillem nada podían objetar a tan claras palabras. Gaspar Aguilar pudo apercibir eso. Tomó de su cinto la bolsa que no hacía ni una hora su padre le había dispuesto y con cuyo contenido había elucubrado otros inmediatos objetivos bien distintos al de ir zanjando ciertas deudas de juego. Gaspar Aguilar, ante el reinante silencio de todos, le lanzó la bolsa a su prestamista. Este comprobó su contenido.

—Falta algún maravedí.

—Es todo lo que tengo.

—Está bien. Bien está lo que bien acaba. Así que, señores, por mí asunto vencido. Con estas nos despedimos y nos vamos a la calle con lengua comida por gato. Ya conocemos la salida.

Los caballeros entendían que nada de tinglado pretendían los tres hombres ya complacidos con el pago de Aguilar. Los dejaron salir de la estancia. Y una

vez se encontraron fuera de la casa, el tunante sonrió para mostrar sin pudor sus mellados y careados dientes, por los que se filtraron las siguientes palabras.

—Las del juego ya están resueltas, don Gaspar. Otro día vendremos a ajustar las cuentas de sus mujerzuelas.

Los tres hombres rieron con escándalo al tiempo que cerraban la puerta sabedores de haber provocado el gran cisma entre los jóvenes enamorados. Luisa golpeó a su marido comenzando un llanto incontenible con el que se refugió con prontitud en una habitación dando un portazo. Gaspar Aguilar se volvió hacia don Bernardo y don Guillem.

—¿Cómo habéis...?

—Un chico nos avisó en la calle de la súbita visita de vuestros amigos —respondió don Bernardo—. Imaginábamos el motivo de la reunión y por ello trepamos con cuidado hasta el balcón.

—No solo la Inquisición tiene espías por todas partes —apuntó Guillem de Castro—. Y un asunto de extrema urgencia nos apremia.

—¿Qué sucede?

—El padre Tárrega —respondió don Bernardo—. Esta misma noche ha sido apresado por los alguaciles de la Santa.

—¡Qué decís!

—Seguimos sin tener nuevas. De momento nada podemos conjeturar —prosiguió Guillem de Castro.

—En ocasiones se le ha encomendado el papel de colaborador en el análisis de algún caso. Puede que esta sea la razón, ¿no? —precisó Gaspar Aguilar.

—Pero es extraño que todavía no tengamos noticias de él, la verdad —añadió don Bernardo con el tono de preocupación que mantenía incorruptible desde el principio de aquella mañana.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó el hijo del conocido pasamanero.

—Encargaos como siempre de reunir a los más fundamentales con urgencia.

—¿No levantaremos sospechas?

—Tiene razón —indicó con tono prudente don Bernardo a don Guillem.

—Sí, es cierto. —Y quedó pensativo unos segundos antes de proseguir—: En tal caso, y dado que el chico ya ha ido a avisar a *Relámpago*, ocupaos vos de la citación de... *Descuido*, *Estudio*, *Centinela*, *Trueno* y *Tristeza*...

—Servíos de alguno de mis caballos si lo deseáis. Pero disponéis tan solo

de cinco horas.

—¿Dónde les digo?

—En el corral de la Olivera, como ya viene siendo costumbre. Y para ello, ya sabéis, actuad como *Sombra*. Algunos ya están avisados.

—Una cosa más —precisó don Bernardo—, ¿cómo es posible que siempre os encontréis en semejantes gatuperios con maulladores y prestadores?

—Ya se sabe que «Coimero sin prestador es rey sin capitanes, galeras sin remo, navíos sin pilotos, bolsa sin dinero» —contestó Aguilar.

—El juego os matará algún día, y puede que también aun sin jugar a alguno de nosotros —concluyó don Bernardo.

Y es que Aguilar era un apasionado en todo tipo de juegos de apuesta o suerte, más conocidos como albures, que estaban mal considerados e incluso, en ocasiones, vedados tanto en palacios, tabernas o ataranzas. Se contaban entre ellos el monte, la banca fallida, el treinta y cuarenta, el bisbis, la auca, los dados, el cacho, la flor, el quince, el chaquete, incluso la pelea de gallos. Y tanto don Bernardo como don Guillem se mostraban condescendientes ante su compañero de reuniones y literarios propósitos por ser ellos mismos concededores del disfrute de esos envites y de que al haber pedido las Cortes Valencianas al soberano la supresión de los bancos privados hacía dos años justos, y al hacerse efectiva esa medida, la actividad de los usureros y prestamistas se veía beneficiada para los interesados, que no podían evitar recurrir a los fondos del mal dinero y sus consabidas dificultades de vueltas. Por ello muchas calles se regaban con la sangre de los deudores, pobres o no, que al no poder extender las bolsas con la deuda zanjada, se encontraban con la fría hoja de acero entrando por sorpresa o no sorpresa en desnudos cuellos, o tripas mal escudadas por simples sayos, e incluso confiadas espaldas.

Tras unos segundos de serios semblantes, Aguilar sonrió y extendió las manos en un claro gesto con el que apelaba a la aquiescencia de sus nobles amigos, viniendo a corroborarles la imposibilidad de controlar su propia naturaleza débil ante ciertos tipos de materias.

Se les había escapado quizás a los montaraces castellanos que la clandestinidad implicaba un evidente dilema moral para el morisco; y que, como consecuencia de los avances de la Reconquista, algunas comunidades musulmanas se habían preguntado por la legitimidad de permanecer sometidos al dominio cristiano. Diversas consultas formuladas a prestigiosos *alfaquines* del norte de África habían resucitado la doctrina de la *taqiyya*, destinada a salvaguardar la permanencia del Islam en un medio hostil, y que permitía la disimulación y la ocultación de las propias creencias, con el fin de salvar la vida. En cualquier caso, la mayoría de los moriscos valencianos que permanecimos en el reino conservamos nuestra fe después del bautismo y mantuvimos la mayor parte de nuestras prácticas en lugares insondables bajo el discurrir de entramados de callejuelas y edificaciones. De ese modo, toda una complicada red de alcantarillados árabes servía de vía para el encuentro de musulmanes que albergaban su fe en lugares amagados, como sucedía en Roma en tiempos de persecución a los cristianos. En muchos sitios ocultos guardábamos nuestras festividades, rezábamos como es natural nuestras oraciones y practicábamos abluciones rituales; incluso manteníamos el ayuno del Ramadán. Mientras, en el exterior, manteníamos las vestimentas y la lengua, las formas de relación social y familiar, la cultura, en fin, todos los elementos de esa imposición cristiana. Con plena libertad cuando podíamos, y escondidos cuando existía el riesgo de ser detectados por miradas indiscretas.

No muchos conocían que la ciudad entera del Turia descansa sobre las bóvedas de un gran subterráneo que comenzó a ramificarse en diversos brazos desde levante a poniente. Esta obra, semejante a las grandes construcciones romanas, consiste en una sólida bóveda de piedra, apoyada en los robustos muros, por donde pasa el cauce que queda a un lado, con un andel de piedra en el otro, de suficiente tamaño para que no solo un niño pueda pasar por ahí de un modo desahogado sino también, en ciertos tramos, incluso un hombre a

caballo.

Al igual que los moriscos o judíos, los cristianos habían utilizado tales argucias con las oscuras tripas de la antigua Roma, para huir de los centuriones del imperio que defendían la religión pagana con sus varios dioses temáticos. En sus más inmediatas entrañas, otra Valencia acontece, como una especie de maquinación o urdimbre a modo de secreto hormiguero. Insignes palacios se conectan entre sí, también iglesias en esas tripas del urbanismo cifrado, pues la mayoría de ellas se erigen sobre la base de antiguas mezquitas. Las venas y arterias de una cultura incuestionable, la árabe, tan procuradora de la higiene en la ciudad, tan adoradora de ese bien tan escaso en sus tierras áridas y desérticas de origen: el alma. Que es como los musulmanes denominamos al agua.

Gracias a ese sistema de alcantarillado no es tan brutal y apocalíptico cualquier atisbo de peste. No así pasa en otras ciudades de la gran Europa cristiana, avanzada y civilizada, como ya me había explicado mi maestro Francisco Agustín Tárrega. Pero regresemos al punto donde nos habíamos quedado.

Con la ayuda de don Gaspar Mercader, había descendido desde el estudio del noble caballero hacia las acuosas y malolientes tripas de la ciudad, y ahora, ya perfilando mi pequeña figura, con la ayuda de un farolillo, en el discurrir de las sucias aguas y con cuidado de no mojar en demasía mis sencillas abarcas, dirigí mis pasos desde lo que vendría a ser el convento de Trinitarios descalzos en dirección, más o menos, al Temple, recorriendo aquel laberíntico y húmedo cruce al que se le añadían ramificaciones de conductos y más y más alcantarillas por donde se filtraban las inmundicias de todos los valencianos de esa superficie que quedaba por encima de una techumbre goteante y mohosa.

¿Dónde se encontraría el canónigo segorbino? ¿Estaría sufriendo mi maestro algún tipo de tortura, de interrogación funesta por parte de los señores oscuros del mal? No paraba de agolpar este tipo de pensamientos en mi fresca pero agitada cabeza, continuando, con resquemor, mi camino por el oscuro entramado de alcantarillas. Había sido aleccionado para entender que allí abajo hasta las solitarias ratas podían ser espías del inescrutable Santo Oficio. Por ello solo comencé a sentir algo más de tranquilidad al llegar al lugar por el momento pretendido, pues ser portador del tipo de material que tenía encomendado no era asunto de tomar a la ligera. Venía siendo responsabilidad

mía, casi exclusiva, trasladar esa clase de delicado contrabando en su recorrido último. Y, como esa, otras tantas comprometidas e importantes tareas que pronto desvelaré.

Alcancé un concreto recodo en el que tan solo un muro de piedra se oponía a mí. Lo empujé con ambas manos hacia su derecha y el muro dio de sí acompañado de un sonido propio de unas piedras rodando. Un sistema interno de poleas no muy complicado propiciaba la apertura y cierre de esa fingida entrada. Ante mí, una vez abierta la compuerta, unas escaleras de obra talladas en la misma piedra llevaban a una cercana puerta de madera. Miré hacia el cruce de alcantarillas que acababa de dejar atrás. Lo hice con desconfianza, de un lado a otro. Solo algún solitario goteo propiciado por filtraciones se escuchaba no sabiendo con certeza su procedencia, tal era la influencia del eco en esas bóvedas empapadas. Y, aunque ni un alma se pudiera apercebir, no hacía nada desacertado al optar por asegurarme de no estar siendo espiado justo antes de abandonar las alcantarillas. Una vez ya dentro, sellé la entrada secreta tal y como había sido aleccionado. Subí por una nueva escalera tallada en la piedra que se encontraba a escasos metros de la puerta, recordando la primera vez que estuve en aquellos secretos lugares subterráneos con mi padre, tal y como sucedía cada una de las veces que tenía que descender hacia esos entramados de canales de aguas macilentas. Vino a mi preocupada mente una vez más mi mentor, el padre Tárrega. Todavía en la casa del Santo Oficio, imaginaba. Pero preferí apartar de mi cabeza ciertos pensamientos oscuros y nada halagüeños que tal vez se mimetizaron al rozar mi visión las paredes húmedas de aquellos sépticos subterráneos. Qué poco podía imaginar lo próximo que se encontraba mi maestro en ese mismo subsuelo, en ese mismo momento.

El padre Francisco Agustín Tárrega, mi maestro, me contó en una ocasión que cuando tenía la misma edad con la que yo contaba durante los acontecimientos que hoy estoy narrando, presencié de manera fortuita un hecho que marcaría por siempre su vida. Corría por la orilla del río Palancia siendo perseguido por dos de sus implacables e improvisados enemigos con pequeñas espadas de madera. Esquivaba como bien podía los cañizos y charcas, sabiendo que pronto no podría hacer otra cosa sino asumir su inexorable destino en el que tendría que armarse de valor cristiano para enfrentarse a los dos herejes que su tierna vida pretendían y acorralaban. Era uno más de los juegos infantiles en los que el niño Tárrega sucumbía a una fe teatral prodigiosa. Lo mismo sus dos amigos también pretendientes a sacerdotes. Lo mismo cualquier niño de cualquier tiempo con espadas infantiles y tarugas.

Al llegar a una pronunciada curvatura del río, se dio cuenta de que un matorral entrante en el agua clara y fría impedía la continuación de sus chicos pasos, motivo por el cual se dio claudicante la vuelta. Respiró hondo. Enfrentó su mirada límpida y aguzada a las sonrisas siniestras de Vicent Taberner y Albert Sarmiento, que detuvieron el paso. Estos comenzaron a aproximarse de un modo amenazante a su acorralado amigo. El niño Tárrega aferró con fuerza su espada y comenzó a encomendar su alma al Señor cuando de repente vio que los infantiles rostros de sus oponentes comenzaban a transmutarse en una seria petrificación, con incluso color mudado. Albert se quedó con los ojos asustados y la boca abierta, Vicent pareció recibir el invisible tatuaje del mayor horror en su tierno semblante al tiempo que se le caía de su mano la espada de madera. Francisco Agustín, con una respuesta propia de cualquier hombre o niño, giró su cabecita rapada hacia el lugar de donde procedía la causa de la helada súbita de los ánimos y corazones de los infantes. Sus ojitos de aceituna contemplaron aquella imagen de un hombre flotando inerte en

aquellas aguas del Palancia, figura inmóvil y ya de piel violácea que se dejaba arrastrar por el fluir de ese río con vida cuando ya era un rostro con ojos abiertos y pronunciada muerte. Los niños se quedaron en silencio. No lloraron. No gritaron. Solo contemplaron el cadáver pasar flotando en el río.

La misma expresión que tenía aquel niño, años después la tuvo el hombre cuando no era ya el bucólico lugar abierto de Segorbe y sí el cerrado subterráneo fosco de la casa del Santo Oficio de Valencia.

—¿Estáis seguro de querer seguir, padre Tárrega? —insistió una vez más el viejo inquisidor Zárate.

—¿Vais a hacerme esa misma pregunta en cada nuevo paso de este asunto?

El ducho inquisidor calibró con serenidad esas últimas palabras del canónigo al que todavía no sabía a ciencia o fe cierta si ubicarlo en el pabellón privado de sus colaboradores o en el justo pabellón opuesto. Tras un leve carraspeo se dirigió al cadáver envuelto con aquella mortaja. Sus manos agarraron uno de los vértices que quedaban colgando a media altura, y con un lento y casi libidinoso movimiento fue despejando aquella muerte macabra a los ojos del padre Tárrega.

Ante el segorbino, sobre otra especie de sudario blanco inundado de sangre, quedaba estática y flotando, en la mesa rectangular de robusta madera, la mortecina figura blanda y adiposa de ese cadáver cada vez mejor iluminado al encender el inquisidor nuevas lumbres de distintas antorchas.

—Está tal cual lo encontraron esta misma noche. —Y quedó pensando aquello último que acababa de pronunciar para precisar—: Hace unas horas.

—¿Así lo encontraron?, ¿desnudo?

—Sí, solo que tapado con su sotana.

El padre Tárrega se volvió de golpe hacia el inquisidor como pretendiendo la corroboración de lo que acababa de escuchar. Este le contestó con un movimiento afirmativo de cabeza. El canónigo se acercó a contemplar el estático semblante del cadáver que, mostrando unos labios violáceos, se mantenía pegado a la mesa y vuelto hacia la parte derecha. El canónigo no pudo evitar un considerable asombro.

—Dios mío...

—Eso mismo dije yo al verlo.

—El cardenal Ortiz de Liñana.

—Uno de los hombres de confianza de Diego de Espinosa —se adelantó a

precisar el inquisidor—, sí. Que como sabéis a su vez vino a ser durante pasados años el brazo derecho de nuestro rey en temas fundamentales y presidente del Consejo de Castilla y...

—... y del Consejo de la Inquisición —se adelantó a precisar Tárrega—. Aunque también se formó en Salamanca y, desde la muerte de su mentor, Espinosa, se especulaba con su nombre para sucederle en la superintendencia de los asuntos de la Guerra, Estado, Hacienda.

—Y otros tipos también de secretas consultas.

Los dos diferentes hombres de Dios se advirtieron que por vez primera comenzaban a entenderse en una especie del mismo código no pactado. Y que aquel cadáver hediondo era de importancia tal que al asunto correspondía el hermético trato que se le estaba dedicando desde el principio. Todo ello pululaba en las pupilas ahora hermanadas de los dos, en ese preciso lenguaje de las no palabras que pronto fue quebrado como siempre por ellas mismas.

—El cardenal Ortiz de Liñana —precisó Tárrega— todavía no ejercía a los ojos de los demás como tal, aunque sí en privado con el rey, porque su Prudente Majestad ya no ha vuelto a estar dispuesto a confiar a otro tanto poder como había tenido Espinosa.

—Dios le tenga en el cielo —añadió con tono patriarcal el inquisidor.

Con una fina lentitud el canónigo comenzó a observar aquel despojo. Primero analizó su general forma, poco a poco cada uno de los precisos detalles. Su piel estaba muy cuidada, como si hubiera dedicado femenino cuidado de alta dama. Se encontraba boca abajo. Con algunas precisas heridas de daga y otras más profundas incisiones del acero entero de las vizcaínas en los costados y garganta.

—El estómago y el pecho están llenos de esas puñaladas —puntualizó el inquisidor al contemplar a Tárrega poniendo especial interés en esos indicios—. Y en la espalda, como podéis comprobar, le han hecho... —Trató de buscar la palabra adecuada—: Eso.

El canónigo ya había dirigido su atención a la espantosa espalda violácea de aquella forma inerte y hedionda. Del tamaño de un palmo más o menos aparecía un extraño signo que había sido marcado al rojo vivo, y que formaba una figura que podría describirse como una especie de S cruzada por una línea o palo en diagonal.

El padre Tárrega no paraba de procesar datos y posibilidades, aunque en su rostro no se observaran otros diferentes indicios a la seriedad y la

preocupación. En una época oscura como la que le había tocado vivir, y con los años, había aprendido que todo hombre que forjaba su camino con las herramientas de la razón y la lógica debía de construirse un universo reservado, paralelo e impenetrable, sobre todo a los ojos de la Inquisición — en cuyas tripas mismas se encontraba ahora bajo la atenta mirada del más alto representante en la ciudad de Valencia—, aunque fuese la misma institución quien precisase de su sagacidad y sus dotes deductivas.

—¿Le dice a vuestra merced algo ese signo?

—De momento no, a fe.

—Quizás hayamos sobrevalorado sus aptitudes analíticas y su claridad de juicio.

—Necesito algo de tiempo. Solo eso.

—Hay algo más que deberíais observar en el cadáver, tal vez con ello comencéis a acariciar posibles respuestas.

—¿Os referís a su mano derecha? Sí, ya había advertido la amputación del *digitus anularis*.

Tras unos segundos de reflexión, apartándose del cadáver para calibrar posibilidades analíticas desde una perspectiva más generalizada, de súbito se agenció de un par de telas próximas con las que algún torturador se secaría las manos en medio de brutales faenas. Sirviéndose el canónigo segorbino de aquellas improvisadas y no muy apropiadas telas, separó las enormes piernas achaparradas de aquel despojo sin la necesidad de rozar con sus manos la pestífera carne. Acto seguido, de bajo de su hábito sacó la alargada arqueta de madera de no más de veinticinco o treinta centímetros, de la que a su vez extrajo una pinza de acabado metálico con perfectos aros donde poder meter los dedos para mejor y más precisa acción. Se trataba de un instrumento propio de médicos. Con suavidad y minuciosidad, y ante la silente y estupefacta figura del inquisidor, el canónigo introdujo las pinzas en el recto, y tras unos segundos concentrado en algo del interior logró enganchar algo que comenzó a desalojar para provocar en el viejo inquisidor Zárata un no muy voluntario signo de la cruz desde su rostro hasta su pecho.

El padre Tárrega acababa de revelar lo que parecía ser un colofón siniestro propio de una enferma mente no cristiana. En el orificio anal habían introducido el propio dedo anular. El inquisidor no pudo evitar un gesto de rechazo en su cara ante tal impiedad. Pero su rostro se tornó en desconcierto al comprobar que en el mismo anular permanecían incorruptibles dos importantes

anillos de oro.

—¿Sabéis lo que es esto? —le preguntó el canónigo, mostrando el dedo con ambos anillos.

—Una terrible atrocidad. Y, bueno, sí, dos anillos pastorales.

—Un signo.

—¿Cómo decís?

—Observad que también mantiene el crucifijo de oro, perlas y piedras sutiles y preciosas. ¿En qué tiempos vivimos como para que tras un asesinato no se apropien los homicidas o sus coadjutores de todo posible objeto de valor del cadáver?

—¿Coadjutores?

—Cuatro. Ni uno más, ni uno menos, aparte del principal verdugo, que presumo marca un estatus de poder especial frente a los demás.

—¿Pero cómo podéis saber...?

—«El cómo» es lo de menos. «El porqué» es lo que nos apremia en este momento. Bien, a parte del crucifijo, tenemos un par de anillos —prosiguió vívidamente el canónigo—. Observad que el principal y superior responde a un anillo de metal precioso, con una nada desdeñable gema, una joya otorgada a obispos y abades mitrados en la ceremonia de su consagración y bendición abacial, sin ningún tipo de inscripción. En cambio, el segundo, perdonadme que os corrija, no se trata de un anillo pastoral, sino más bien al contrario, su sello recoge un escudo con un signo que responde al mismo que el que tiene la víctima sellado a fuego en la espalda. Esa S con el palo cruzado en diagonal que...

—¿Y bien?

—Veamos, sabemos que el anillo es conocido desde la antigüedad como signo de distinción y poder, con la finalidad, además, de sellar y autenticar los documentos emanados del poseedor. Por tanto, el segundo anillo, a parte del ya consabido signo de honor y símbolo de los desposorios místicos entre el obispo y su iglesia, puede corresponder también a un posible sello para documentos secretos.

—¿Documentos secretos?

—No deberíamos descartar esa posibilidad.

—¿Pero qué estáis tratando de decirme?

—Que los asesinos han querido de un modo muy consciente que recibiésemos este mensaje, este significado.

—El anillo pastoral significa, además, el don del Espíritu Santo y es, también, símbolo de soberanía y de la confirmación en la fe, padre Tárrega.

—Me refiero al segundo anillo. Olvidaos del anillo pastoral. Ved más allá, no la superficie, sino el entrelineado de este enigma. Dos anillos, en el mismo dedo amputado e introducido en el recto. Pero ¿por qué?

—Bien, padre —apuntó el inquisidor—. No podrá negar vuestra merced lo evidente.

—No os entiendo.

—¿A quién se le puede haber ocurrido esta atrocidad si no a un hereje, si no a un judío irreconciliable o un resentido moro del infierno? ¿Entendéis por qué estamos guardando este horrible hecho en el más absoluto de los secretos? ¿Se da vuestra merced cuenta de lo que podría significar esto?

—Sí, lo sé. Su majestad no solo se encuentra en esta tercera edad suya con mucho mayor recelo y obsesión por los no cristianos puros, sino que tenía en alta estima al cardenal Ortiz. Pero hemos llegado a un punto en el que todos y cada uno de los ciudadanos de su vasto imperio somos posibles culpables de altos delitos —continuó precisando el canónigo segorbino sin apartar la mirada del cadáver—. La sombra de su sospecha es la que cubre todas las tierras de España y de las Indias. Y vos y toda la institución que representáis sois el brazo ejecutor de sus designios.

—¿Qué queréis decir con eso que apuntáis?

—Que puede que tuviésemos ayer un imperio en el que no se ponía el sol. Pero que hoy tenemos un imperio en el que es más grande el miedo que cualquier astro de los cielos.

—El miedo de los hombres nos protege a nosotros —sentenció el inquisidor—. Y hay que temer a su majestad —prosiguió con firmeza—, sí, y hay que tener mucho cuidado con este asunto si no queremos que en su sangre hierva la proclama de una brutal venganza en la que correría mucha más sangre en el Turia y en las murallas y calles de nuestra ciudad que en tiempos no muy lejanos de Germanías. Es fácil que su dolido corazón sienta que una bellaquería tal no deba pasar así.

—El rey no debería malgastar los esfuerzos de un mermado ejército para luchar contra su propio pueblo.

—Vos bien sabéis que lo que al rey preocupa es la exigencia de limpieza de sangre.

—Y vos sabéis, a fe, que eso también va por los inquisidores, oficiales y

ministros del Santo Oficio. —El inquisidor guardó un revelador silencio ante las palabras desafiantes del padre Tárrega.

—El rey alaba, y permitidme que use más o menos sus mismas palabras, la buena y loable costumbre que se usó desde que el Santo Oficio se fundó en nuestros reinos de Castilla y León y en los de la Corona de Aragón de recibir información de la genealogía y descendencia de cristianos viejos limpios de toda raza y mácula de judíos o moros, y que no desciendan de personas condenadas o reconciliadas por el Santo Oficio de la Inquisición o penitenciadas por el delito de la herejía.

—Sí, lo sé —afirmó el canónigo segorbino—, y también dijo: «Que esta orden se guarde inviolable y no se derogue o perturbe por alguna causa o razón, por el celo que yo tengo a las cosas de nuestra santa fe católica, y el Santo Oficio de la Inquisición y con particular deseo de hacer bien y merced a las personas que se ocuparen en estos tiempos en tan santo ejercicio.»

—Como bien habéis puntualizado, no tendréis que hacer uso de vuestras aptitudes deductivas para saber interpretar sus palabras y conocer de buena fe que no va también eso, como vos acabáis de sugerir, por los inquisidores, oficiales y ministros del Santo Oficio.

Hubo otro silencio en el que conectaron con un invisible hilo a la entera relación de sus pensamientos. El inquisidor se aproximó a una distancia que hasta el momento no habían tanteado, bajando el tono de voz para decir:

—Lo que nos urge aquí y ahora, padre Tárrega, es si podemos contar con vos para esclarecer este asunto antes de que llegue a los oídos de cualquier mediocre y asustadiza alma.

—No hay suceso que no escape a ciertos oídos.

—¿Qué queréis decir?

—Podéis estar bien seguro de que esta información ya debe estar siendo filtrada y pronta a llegar al propio monasterio de San Lorenzo.

—Veo que toda ocasión en la que se han ensalzado vuestras argumentaciones lógicas han sido plenamente justificadas —precisó el inquisidor—. Sí, por mucho celo que hayamos mantenido en ocultar el sombrío suceso y dado el nombre que denominaba a esta pobre alma. Es bien cierto que la nueva volará como el afirmado viento hacia el Prudente Austria.

—Cuando lleguen tales nuevas a su majestad ya no será la prudencia lo que lo denomine. A fe que podéis contar con mi humilde ayuda, pues nada soy más que un pobre siervo del Señor, y si mis posibles capacidades analíticas y

deductivas pueden servir para salvar inocentes almas, en el empeño me centraré con inmediata premura.

—Estaba deseando escucharos decir esas palabras. ¿Qué necesitáis para empezar?

—De momento quedarme en esta estancia a solas. Y que nadie me moleste hasta que yo lo diga.

—¿No preferís que os acompañen a vuestro aposento para recoger el instrumental que preciséis?

—No, Excelencia, cuento con lo preciso y, como ya os acabo de decir, me temo que no contamos con mucho tiempo.

Justo antes de abrir la compuerta secreta que daba acceso desde el trillado y acuoso entramado de alcantarillas y otros túneles con la capilla de planta circular del palacio de los Catalá de Valeriola, me serví, como en otras ocasiones, de un artilugio que me esperaba siempre junto a la escotilla, y que venía a estar elaborado con un palito largo de madera y dos pequeños espejos colocados mediante cuerdas en cada punta con una orientación mediante la cual, asomando uno de ellos por un pequeño orificio que desprendía hacia sí, y de un tamaño no mayor de tres centímetros, me aseguraba, con el juego retrovisor, de hallarse la capilla exenta de almas en rezo o penitencia antes de abrir la totalidad del acceso que venía a ser del mismo tamaño que el que acababa de utilizar en la casa palacio de don Gaspar Mercader. Se trataba de un mecanismo de apertura común bastante diferenciado del complicado ingenio del anterior, pues solo requería para ser abierta la compuerta de una llave como la que tenía en el interior de mi sayo.

Ya dentro del oratorio de planta circular y sin la consabida necesidad de santiguarme, me adelanté hacia el pequeño presbiterio como una exhalación. En la mesa descansaba el libro sagrado, en el misal, sucediendo como el único vigilante de la furtiva acción del niño. Alcancé el propio altar, y bajo la imagen de aquel Cristo cuya sangre acontecía casi negra como el color del temido Santo Oficio —tal y como en ese momento pensé—, y que era el resumen quedo de ese inmenso dolor acumulado en la cruz, tal vez por las ignorancias de los fuertes; justo en la base, apoyé la palma de la mano derecha en la cuadrada parte de madera que quedaba frontal como base a los pies del Hijo del Dios cristiano y la deslicé para dar con la mercancía envuelta con la tela de saco. La abrí. Confirmé que seguía estando allí el prohibido libro mudéjar con cuatro orlas concéntricas, decoradas por hierros y ruedas, que me había proporcionado esa misma mañana, ya pronto a concluir, don Guillem de Castro.

Sin dilación alguna salí de la capilla cruzando el pasillo bajo la techumbre o cubierta de madera policromada en bandas azules y rojas que siempre contemplaba de soslayo con admiración, así como el resto de aquel palacio de la familia Valeriola, cuyos miembros —aunque habían sido desde tiempos inmemoriales oriundos de Navarra— habían pasado a establecerse en el Reino de Valencia hacía ya considerable tiempo, desde la llegada del rey Jaime I el Conquistador. Ese alto linaje valenciano de los Valeriola se desplegaba en sendos cuadros a lo largo del pasillo, arrancando con Arnaldo o Arnau de Valeriola, primer barón del Valle de Alcalá y señor de Vinalesa. El de Vinalesa era el rostro que más me inquietaba y que se encontraba justo en el lado izquierdo de la puerta por la que entré para hallarme en una breve antesala oscura. De allí se alcanzaba seguidamente la salida por la puerta que quedaba bajo la escalera gótica del patio central. En ese lugar mismo di con un hombre de buen talle, con rostro soliviantado bajo una montera ladeada, y elegantes haldones y gabán, vestuario propio todo él de un secretario de altas funciones en ese mismo palacio.

Sin mediar saludo alguno, el secretario me acompañó hacia otra puerta del patio en la que nos adentramos con ininterrumpida premura atravesando nuevos pasillos por los que criadas discretas concentraban su atención en la limpieza de los suelos de cerámica. Doblamos el amplio corredor para encontrarnos con una robusta puerta de cierta importancia que el secretario abrió con una de las llaves que portaba bajo su gabán. Entré en el amplio estudio, una estancia diseñada antaño tal vez como espacioso salón común y que con el tiempo había pasado a suceder como lugar de trabajo por la cantidad de libros y otros tantos apuntes y menesteres que el caballero de Calatrava, con el pasar de los años, había ido acumulando. El secretario me dejó allí y volvió a cerrar con llave. Observé con tranquilidad cómo se accionaba el cerrojo. Después escuché los pasos del secretario alejándose con elegante firmeza por la galería. Giré mi infantil rostro para encontrarme con la enorme e historiada chimenea renacentista sin lumbres ni brasas, a cuya boca me dirigí con natural decisión, hasta mezclarme con la estoica oscuridad que acabó, como en tantas otras ocasiones, engulléndome.

El secretario de don Bernardo Catalá pisaba con decisión sus pulcros borceguíes en los adoquines del patio, dejando atrás los arcos escarzanos que delimitaban el patio y el dintel de los ventanales geminados. Le restaban tan solo ya unos sencillos metros para salir por la puerta principal que daba justo al carrer Catalans. Abrió la señorial puerta y salió de allí comprobando que nadie le observaba. Algunos charlatanes discutían con unos conversos errantes acerca de tales y cuales negocios rodeados de no pocos harapiientos y tullidos. Comenzó a caminar, pasando entre ellos, en dirección a la Seu sin advertir que un perfil más oscuro que su propia sombra y de recio talle le contemplaba apostado en un patio separado unos metros de la entrada del palacio, dándose cuenta de que el secretario portaba en su mano una especie de paquete cuadrado envuelto por una sencilla tela de saco. Hizo un pequeño gesto a sus dos acompañantes, que se dirigieron prestos rodeando la manzana y, con apremio, comenzó a seguir al secretario.

Caía un sol de justicia cuando alcanzó el secretario la plaza de la Seu. Momento preciso en el que sus pasos se detuvieron de un modo seco y precipitado al darse de lleno con dos figuras de negro hartas conocidas a cuya presencia no solía chistar alma terrena, sobre todo cuando a uno le cortaban el paso.

—Vos sois el secretario personal de don Bernardo Catalá de Valeriola, ¿no es así?

La voz no pertenecía a ninguna de las figuras que tenía flanqueándole de frente, al contrario, era una voz que acudía a sus oídos o erizada columna justo por detrás. Se giró para calibrar, más que comprobar, la procedencia de esa frase.

—El mismo —dijo con notable apostura al patentar que se trataba de un alguacil de la peligrosa Santa.

—¿Se encuentra en palacio?

—No, tenía importantes menesteres desde bien empezado el día.

—Ya... Importantes menesteres.

Comenzó a escrutar con incómoda paciencia al recto secretario que trataba de lanzar con su actitud corporal la nota o información de no amilanarse ante las oscuras vestiduras prontas a posibles coerciones. En un incómodo silencio, de esos que tal enseñaban en las formaciones de la Inquisición, el alguacil, como no creyendo sus palabras, comenzó a rodearle hasta que advirtió el paquete envuelto en tela de saco que portaba.

Trataba de disimular el pánico en su rostro, templándose ante esos alguaciles frente a los que se hallaba de sopetón, portando como bien se sabía mercancía tan comprometida.

—¿Adónde os dirigíais con tal premura? —preguntó al secretario con un tono en el que era fácil intuir amenaza.

—A cumplir con unos recados de mi señor.

—¿Unos recados de su señor? ¿Y eso que lleva vuestra merced ahí?

—¿Esto?

El alguacil alzó su mano derecha enguantada y con un par de movimientos de sus dos negros dedos de cuero le indicó que le entregara el paquete envuelto. Comenzó a notar una gota de sudor resbalando desde la montera por su sien izquierda. Sin mediar palabra alguna se lo entregó, notando como si una importante porción de su endeble existencia se fuese acompasada con ello.

—Bien, bien, bien... ¿qué tenemos aquí? —le preguntó moviendo el paquete a la altura de su rostro obediente y asustado—. ¡Abridlo! —ordenó a uno de sus hombres sin apartar la mirada de pánico del secretario.

Uno de los alguaciles se apresuró a cumplir la orden. Quedaron las miradas en suspenso debatiéndose en un no aire mientras desenvolvían el paquete. El hombre que cumplió con la orden quedó en silencio al ver el verdadero contenido, buscando con la mirada la complicidad de su compañero, que también quedaba detrás justo del alguacil, sonriendo impertérrito.

—¿Y bien?

—Una libra de turrón, señor.

—¿Cómo? —El rostro mudó de súbito a distinta forma al tiempo que se giraba para comprobar por sí mismo la respuesta que había recibido.

—Una libra de turrón —repitió.

El alguacil arrancó con su mano enguantada el contenido envuelto en la tela. Y, en efecto, de eso mismo se trataba: una libra de exquisito turrón.

—Lo llevo envuelto en esa tela por el calor —agregó el secretario.

—Sí, ¿eh?

—Sí, es fácil que pueda derretirse.

—Os creéis muy listo, ¿verdad? Pues esto pasa a ser un bien de la Inquisición —dijo el alguacil tratando de recuperar por todos los medios su perdido estatus.

—Me temo que eso no os va a ser posible, ya que me dirijo con ese turrón al palacio del Patriarca. Se trata de un detalle de la casa Catalá de Valeriola con el arzobispo Juan Ribera.

El alguacil quedó en jaque. Sus hombres trataban de evitar un amago de risa que a borbollones parecía empezar a querer salirseles por los ojos y las narices ante tal elegante puesta en evidencia.

—Aun a riesgo de causaros algún posible perjuicio al hábito y dignidad de vuestras mercedes —se adelantó a decir el secretario—, ¿alguna cosa más por la que me queráis retener?

No halló respuesta por parte del alguacil, así que tomando licencia con llaneza dijo:

—Si me permitís...

El secretario se adelantó con medida suavidad hacia la libra de turrón que de nuevo envolvió tal y como estaba con la tela de saco.

—Caballeros —añadió con tono de despedida al tiempo que paralelamente a una leve y reverente inclinación con la cabeza comenzaba a alejarse del lugar.

—¿Le seguimos, señor?

—No, no lo seguimos. ¡Vamos de aquí enhoramala! —concluyó el alguacil tratando de recomponer su autoridad ante sus hombres y limpiando restos de turrón en su guante.

La hora de la comida se aproximaba para los que pudieran agenciarse, en aquella bien entrada jornada, un plato de legumbres y pan con algo de tocino. Comenzaron a alejarse, mezclándose en el bullicio algo más escaso a esas horas adelantadas de la concluyente mañana. Uno de los hombres del alguacil tropezó con un vagabundo encapuchado. Ni siquiera se volvió para pedir disculpas. Sí que lo hizo ese cierto vagabundo embozado en una tela ajada con un giro enigmático de su algo ya conocido no rostro, mientras, cada vez más lejos, el secretario caminaba serio y algo más relajado portando en su mano aquel turrón envuelto en la tela de saco con el que acababa de dar quiebro a

los representantes de la Santa.

Desde el amagado y oscuro interior de la chimenea renacentista, por una secreta escalera circular de piedra hacia los sótanos del palacio de los Catalá Valeriola, y con la ayuda de una lámpara de aceite, descendía yo en ese mismo momento con la comprometida mercancía: el pergamino y el libro mudéjar.

Mis abarcas de niño concluyeron los escalones dando con un suelo elaborado de un modo mimético a la piedra de la escalera. El lugar era pequeño, austero y de planta cuadrada, con no más de cuatro metros de distancia en diagonal. Se trataba de una bóveda de crucería simple, con arcos torales y formeros y ojivas diagonales, todos ellos propios del estilo abasí. La escalera concluía en uno de esos arcos. El de enfrente poseía una puerta de madera encajada en el interior del mismo arco. Los dos restantes, a los laterales, estaban sellados con piedra. Así pues, solo una posibilidad, tras bajar las escaleras, proponía aquel pequeño lugar de paso que estaba cruzando con la prestancia propia de quien ha pasado por ahí en diversas ocasiones.

Alcancé la robusta puerta de madera mudéjar con fuertes remaches de forja. A continuación, coloqué la lámpara de aceite en el suelo para poder sacar con facilidad y soltura de mi sayo el collar en el que venían dos llaves de recio hierro y de considerable tamaño. Me aproximé con una de ellas a la cerradura, la introduje y tras cuatro vueltas la puerta se abrió. Recogí entonces el candil. Me introduje con él en el interior de la estancia. Una vez dentro, cogí un taburete de madera próximo y me subí a él con la lámpara para poder alcanzar la altura requerida. Dirigí con cuidado la llama hacia el punto central donde convergían los arcos de la puerta y, en un espacio algo más elevado a ese perfecto vértice, la aproximé hacia el inicio del pequeño canalillo surcado en la pared y que atravesaba la totalidad de la misma. Al provocar el contacto de la llama con el canalillo comenzó a surgir en este un prodigioso fuego recorriendo con prontitud y de un modo espiral hacia arriba, hasta llegar con uniforme desenvoltura a las tres completas vueltas. Gracias a aquel ingenioso

circuito controlado e inflamable, se conseguía una iluminación perfecta con la que poder apreciar la totalidad de la sala que respondía a una cámara sellada al afianzar la puerta. Tan solo un pequeño orificio en el centro del techo a modo de respiradero sucedía como vínculo con el aire preciso. Prosiguiendo con la descripción del magnífico lugar, la clausurada estancia venía a ser una especie de abovedado laboratorio y biblioteca de amplitud enorme y perfecta planta esférica. La pared circular era llana hasta los dos metros y medio, altura a partir de la cual comenzaba la curvatura de la bóveda que venía a recoger lo que parecía ser el plano estelar y cosmológico a partir de apuntes astronómicos árabes. Cada uno de los puntos equivalentes a estrellas resultaban ser puntos de oro más o menos del tamaño de un maravedí. Me encantaba contemplar siempre aquella sugerente imagen en la techumbre. Bajo la espiral inflamable acontecía la ya mencionada pared nutrida por una enorme cantidad de libros, papiros e incunables, todos ellos ordenados por temáticas y autores dispuestos de manera circular y llegando desde la parte superior del muro hasta la altura de la tabla de madera que también de un modo integral lo rodeaba y permanecía bien alimentado de útiles para la escritura dispuestos de un modo tal que era fácil presuponer que en esa tabla que formaba una perfecta circunferencia pegada a la pared trabajaban en el estudio y escritura un número muy importante de personas. Concurría a simple vista una colección de antiguos *stylus* de hueso y de marfil de origen árabe, y de hierro y plata griego e incluso romano; así como otras tantas plumas de ave, invento revolucionario alemán en aquel mismo siglo que había acabado con la pluma de caña. Había tinteros y demás recipientes donde preparar los diferentes tipos de tinta, como, por ejemplo, las elaboradas a partir de los taninos de las cortezas vegetales, cuya principal virtud era la impermeabilidad al agua y el oscurecimiento de la tinta con el paso del tiempo, debido a su oxidación; también la tinta obtenida de las agallas del roble, que daban una caligrafía de color marrón o sepia muy intenso, así como la tinta obtenida de la corteza del castaño de Indias, de una tonalidad verdosa; e incluso la obtenida de la piel de las granadas. Había aprendido en esa misma sala-laboratorio todo tipo de procedimientos, como el de disolver las cortezas vegetales en agua, en caliente o frío según el caso, para extraer los taninos; los cuales, al reaccionar con el vitriolo azul o verde que venía a ser el sulfato de cobre o de hierro, daban unas tintas magníficas. Se encontraban dispuestos en la tabla diferentes tipos de papel, cuchillos y cortaplumas, y pequeños raspadores de piedra

pómez para hacer pequeñas correcciones.

Pero no solo los utensilios caligráficos componían el grupo de herramientas en la mencionada tabla. Astrolabios, anillos astronómicos, esferas armilares, nocturlabios con los que se observaba la posición de una estrella circumpolar, así como relojes solares, todo ello máquinas científicas de aquel oscuro o no tan oscuro tiempo. Y también instrumentos elementales de navegación, como compases de una mano, tablas astronómicas, relojes de arena de diferentes procedencias e incluso almanaques y brújulas, elemento este último que ya era conocido por los propios árabes desde mitad del siglo IX, aunque, al igual que otras técnicas de navegación, lo habían sabido mantener en férreo secreto para proporcionar a los navegantes andalusíes grandes ventajas sobre sus enemigos.

En los estantes de primer nivel, cuyos compartimentos estaban separados por sus respectivos nombres o metáforas, en círculo acontecían, uno junto al otro, rodeando la pared:

<i>Sombra</i>	<i>Miedo</i>	<i>Trueno</i>	<i>Secreto</i>
<i>Relámpago</i>	<i>Silencio</i>	<i>Estudio</i>	<i>Centinela</i>
<i>Vigilia</i>	<i>Tinieblas</i>	<i>Descuido</i>	<i>Sosiego</i>
<i>Fiel</i>	<i>Sueño</i>	<i>Temeridad</i>	<i>Horror</i>
<i>Temeroso</i>	<i>Tristeza</i>	<i>Recogimiento</i>	<i>Luz</i>
<i>Soledad</i>	<i>Industria</i>	<i>Recelo</i>	<i>Consejo</i>
<i>Reposo</i>	<i>Sincero</i>	<i>Tranquilidad</i>	<i>Cuidado</i>
<i>Olvido</i>	<i>Peligro</i>	<i>Oscuridad</i>	<i>Niebla</i>
<i>Cautela</i>	<i>Lluvia</i>	<i>Sereno</i>	<i>Norte</i>
<i>Lucero</i>	<i>Atrevimiento</i>	<i>Espía</i>	<i>Cometa</i>
<i>Resplandor</i>	<i>Tiento</i>	<i>Asombro</i>	<i>Estrella</i>

Deposité con cuidado el pergamino del conde de Buñol en su sitio correspondiente, denominado como *Relámpago*; y el libro mudéjar en el del capitán de las Costas del Grao, *Sombra*. Me aproximé al estante que recogía mis libros y textos favoritos, los de mi propia cultura árabe, y me agencié de un volumen que llevé junto a un conjunto de calculadores esféricos que solían destinarse a resolver problemas astronómicos y algún que otro *sexagenarium*, regla de cálculo con la que se resolvían los problemas trigonométricos que derivaban del cálculo de la longitud de un planeta. Estos nuevos

instrumentales estaban dispuestos en la enorme mesa redonda central de la biblioteca y sala-laboratorio, de tal forma que varias personas podíamos trabajar y estudiar en plena comunicación, sentados alrededor de la mesa donde estaban dispuestas a su vez decenas de sillas y también sin necesidad de levantarse de las mismas, pues gracias a un ingenioso sistema de ruedecillas en la parte inferior de las patas, podíamos establecer una fluida comunicación con cada uno de los estantes o partes de la tabla con instrumental caligráfico o de ciencia. En el respaldo de esas sillas especiales venían también selladas esas denominaciones o metáforas:

*Sombra            Miedo            Trueno            Secreto            Relámpago...*

Ayudado por la regla de cálculo, comencé a anotar en unos papeles, ya con fórmulas y gráficos en árabe, las probabilidades que ya hacía un tiempo venía trabajando con aquellas maquetas semicirculares que correspondían a representaciones a escala de los clásicos teatros griegos y romanos. No perdía de vista las pequeñas posibilidades que ofrecía la otra frugal maqueta, que de un modo mucho más sobrio interpretaba las formas sencillas, por no decir pobres, del típico lugar para representaciones teatrales. Me incliné a la altura de las tablas reconstruidas en miniatura de ese corral de comedias a escala que teníamos en el estudio. Comencé a calcular el espacio desde el escenario hasta aquellas butaquitas llenas de minúsculas cabecitas de madera sin rostro y aplauso imposible cuando sentí otra vez un ligero dolor en el pecho que venía acompañándome desde que había empezado a abandonar mi niñez, hacía muy poco. Me puse recto, estirando la espalda. Algo dolorido me quité la ropa. Aflojé la tela que enredaba con fuerza mi pecho. Quedé con el torso desnudo y volví a mirar mis pechos ya liberados, ya creciendo inexorablemente. Respiré o no respiré, como en cada una de las ocasiones que en soledad me deshacía de mi disfraz de chico, de mi masculina penitencia. Y cada vez sería más difícil seguir ocultándolo porque inexorablemente me estaba convirtiendo en mujer.

Una vibrante mezcla de voces y algarabías acontecía en las puertas, como un incitante torrente al que unirse desde el Vall Cobert de l'Olivera. Restaban unos minutos para que las campanas de las iglesias próximas anunciaran las cinco de una nueva tarde de comedias. El propio interior del corral de la Olivera comenzaba a nutrirse no ya con diminutos rostros de madera, aunque algunos lo pareciesen, y sí con los briosos semblantes de esos nuevos espectadores que ya se aposentaban en las *casuelas* o tomaban asiento en los taburetes de madera. Toda aquella algazara festiva, mucho más enérgica y consabida en la levantina capital del Turia, se encontraba a tan solo una calle de un recién nacido palacio para el silencio, el recogimiento y otras cuestiones clausuradas. El palacio del Patriarca, en aquel momento todavía en construcción, debía su denominación a la ilustrísima persona que lo estaba impulsando y que ya lo habitaba pese a no estar sus obras acabadas. Al todopoderoso arzobispo de Valencia, Juan de Ribera, le hacía muy poca gracia hallarse tan próximo desde sus santas paredes al afamado corral de la Olivera, porque aquel era un templete abierto al teatro, los versos y la pronta lisonja. El corral de comedias de Valencia, conocido en todo el Mediterráneo, se erigía junto al notable lugar en construcción que el arzobispo pretendía convertir en uno de los complejos religiosos herméticos más importantes de la ciudad y de casi toda la imperial España católica.

—¡Esto del teatro y los corrales no es sino un puchero de malas inclinaciones e intolerables desvergüenzas!

Su ilustrísima sufría en esos días los consabidos ruidos de los obreros en plena faena por las mañanas, y el trajín de los cómicos por las tardes, de ahí sus ánimos alterados en cualquier momento.

—Pero no me negaréis que también una nada desdeñable fuente de ingresos para nuestras iglesias, conventos y cofradías —precisó un misterioso acompañante de la Orden y similar jerarquía que se encontraba sentado

también en la crepuscular estancia.

—Deberíamos volver a prohibir a los comediantes ejercer su oficio, por la jarana que suelen liar.

—Da igual, tienen tal inventiva que empezarían a improvisar nuevos escenarios con los que llevar a cabo sus representaciones. De momento el pueblo está contento y no piensa tanto con esas comedias.

—No estoy tan seguro con eso que decís de que no piensa tanto el pueblo. —Una nueva colección de griteríos y algaradas se filtró hasta la cámara para desespere del arzobispo—. ¡Me podéis decir vos, mi querido Bartolomé, cómo es posible que esté tan cerca nuestro ese infame corral de comedias!

—No es de extrañar, ilustrísima —comentaba de un modo relajado el cardenal de nariz recta, inquietante boca pícara y esbelta forma mientras daba cuenta de otro pedacito del turrón recién entregado como obsequio al patriarca por parte de la casa Catalá Valeriola—. Este tipo de posibles paradojas son bien comprensibles en el tiempo en que nos hallamos. Pero sobre todo en el lugar.

—¿A qué os referís cardenal de Borja?

—A que vuestra querida Valencia viene siendo desde hace muchos siglos una ciudad viva, inquieta, pródiga hacia el exterior, con un pueblo que desconfía de los sufridos moriscos, pero que también los ha abrazado como hermanos pese a los sufridos conflictos raciales y religiosos.

—Lo decís en un tono complaciente que me desconcierta.

—Vamos, ya sabe vuestra merced que algunos de los que nos reunimos en esta ocasión gustamos de esta ciudad, pues es un floreciente lugar para la permisividad, el hedonismo y la grácil sonrisa a la vida, propiciada tal vez por un clima reconocible muy diferente al seco y árido que reina en toda Castilla —comentaba al tiempo que acariciaba su propio anillo pastoral.

—Volviendo al tema, ya que lo decís, no creo que deban vuestras mercedes seguir adelante con esa cierta reunión, de la que prefiero no escuchar detalles, tras los hechos acontecidos.

—La muerte de nuestro hermano Ortiz ha sido una lamentable pérdida —se adelantó a precisar el cardenal inclinándose de su asiento para alcanzar otro pedacito del turrón—. Si hubiera sido prudente y no tan impetuoso, hubiera esperado a la reunión, donde la seguridad y discreción están más que aseguradas. Pero tuvo que cometer la torpeza de aventurarse él solo por esas callejuelas de mala muerte donde unos ladronzuelos le dieron cuenta —y al

decir estas últimas palabras se llevó los dedos, uno a uno, a su inquietante boca para chupar los pequeños restos pegados de turrón en sus yemas.

—¿Cómo sabéis que se trataba de unos sencillos ladronzuelos?

—Está bien claro que quien a ciertos lugares se aproxima a ciertas conclusiones se arriesga.

—Nada todavía han despejado desde la casa del Santo Oficio. Mi querido Bartolomé, sigo pensando que todas vuestras mercedes deberían posponer esa reunión tal vez un tiempo.

—Y yo sigo pensando, mi querido Juan, que no vamos a suspender todo por la fatídica muerte del cardenal Ortiz de Liñana. Nos ha costado mucho organizar esta nueva confluencia. Lamentaremos la pérdida con los demás hermanos cardenales y le homenajearemos con unas palabras dignas que honren su memoria.

Comenzaron en ese momento a sonar las campanas de la iglesia parroquial de San Andrés anunciando las cinco.

—Comienza la representación en el corral —dijo el patriarca—. ¿Sabíais que fue una de las primeras iglesias que se fundó tras la conquista de Jaime I?

—El arzobispo Ribera se volvió para observar que el cardenal se encontraba más atento al turrón que a sus palabras.

—Una vez más construida sobre una antigua mezquita —dijo para sí el cardenal llevándose complacido otro pedacito de turrón a la boca.

Mientras el cardenal volvía a relamer uno de sus dedos, pudo apreciarse un sutil gesto de desprecio del arzobispo hacia su indiferente acompañante, justo antes de mirar por la ventana.

En ese preciso instante, lejos de allí, en un sótano abovedado húmedo e insondable, permanecía inmovible un misterioso grupo formado por ocho arcanas figuras. Vestían con enormes capas oscuras con capucha que impedían ver sus rostros, formando un inquietante círculo. Un silencio aterrador envolvía la hermética estancia. Las propias sombras se dibujaban distorsionadas y titilantes en las húmedas paredes en curva, proyectadas por la luz de cirios de tamaños grandes y distintas formas, instalados en el centro de la congregación. También los había en otros tantos pequeños recodos de piedra, y en la misma especie de púlpito situado a tres peldaños en el que descansaban, sobre una tela negra, un lóbrego cáliz junto a una bandeja de plata. En ella había depositados vegetales secos recién prendidos al fuego, de suerte que emanaban un inquietante efluvio. También se hallaba en la bandeja una historiada daga de cuchilla reluciente que fue recogida con una acción firme y elegante por otro mismo encapuchado y enigmático personaje, cuya única diferenciación de los demás consistía en encontrarse detrás del púlpito elevado.

El superior, con la otra mano libre, se agenció el cáliz. Y una vez con daga y cáliz en las manos, bajó con lentitud los tres escalones al encuentro de sus hermanos, recorrió el círculo que habían formado hasta quedarse quieto en el centro mismo. Fue entonces cuando todos comenzaron a asomar desnudas las palmas de sus manos, estirándolas hasta el maestro, en una especie de reunión donde resaltaba la blancura de la piel de las manos entre tanta fosca indumentaria. El impoluto filo de la daga recorrió con sutil inmediatez y certera seguridad cada una de ellas. Por último el maestro pasó el fino filo incluso por su propia mano como epílogo del siniestro acto. La sangre, que brotaba espesa de cada una de las nueve manos, fue a parar conjunta al umbroso cáliz. Todos facilitaron la labor de recogida de la nada desdeñable cantidad del hermanado líquido cárdeno en una agrupación colectiva mediante

la cual, apretándose las ensangrentadas manos, el acuoso elemento se exteriorizaba de un modo más concreto y generoso en el que se multiplicaban las posibles gotas que iban llenando el cáliz hasta la mitad de su posible recogida.

Llegado a ese punto, el maestro se dirigió con el cáliz otra vez al púlpito. Colocó este sobre la tela negra y de debajo del estrado sacó un paño también negro del que todos se sirvieron para ir limpiando y atajando el individual flujo sanguíneo o quizá sanguinario.

El maestro, ya situado en su pedestal del mismo modo ceremonial del principio, elevó el cáliz, entonando unas palabras de ofrenda en latín para concluir bebiendo un pequeño sorbo. Todos y cada uno de los hermanos se colocaron en fila y por organizado turno comenzaron a subir al púlpito. Sus respectivos labios ocultos por las capuchas fueron bebiendo litúrgicamente la sangre. Así lo fueron haciendo, uno a uno, como macabro final de una reunión cuyo motivo no era difícil traducir como el prolegómeno de algo no muy suave pronto a pasar. Una vez tomaron todos los partícipes de la oculta y perversa ceremonia, marcharon del lugar, dejando solo al maestro en la negritud inmensa de su no rostro y alma.

—Tengo un mal presentimiento —dijo el arzobispo Ribera sin apartar la mirada de su ventana.

—Nada temáis, querido Ribera, todo está bajo control. Y en cuanto a su majestad, calmaremos la negrura de su corazón en el instante que conozca lo que le ha sucedido a Ortiz de Liñana. Bien, ahora os he de dejar, ilustrísima. Asuntos importantes me esperan en casa noble y católica —dijo levantándose de su asiento y llevándose a la boca un último pedacito del delicado dulce—, de otro modo acabaré con vuestro turrón.

—¡Cielo santo! —profirió el arzobispo Ribera contemplando una vez más desde su ventana—. ¡Es que siempre habremos de sufrir el mismo trajín cada vez que hay teatro! ¡Tenemos que reformar la Iglesia! ¡Prohibir el teatro! ¡Sobre todo ahora que desde hace dos años se levantó la prohibición que impusimos nosotros mismos a que participaran actrices! ¡Nos estamos debilitando! ¡Y una Iglesia débil es inadmisibile!

—Las corralas, como ya os he apuntado antes, nos proporcionan ingresos. Y eso es lo que de verdad nos hace fuertes. Llegado el tiempo en que no nos favoreciera esa actividad, ya estableceríamos motivos para acabar con ello. Pero, por ahora, dejad que el pueblo ría y disfrute.

—Yo solo sé que toda cuestión de diversión y risa desde esos corrales incita al alejamiento de la rectitud de fe y al sufrimiento de la Cruz que debiera existir como un tributo al Hijo del Padre, en todas sus tortuosas y oscuras formas. Al creciente gusto por el teatro de los corrales se está uniendo una afianzada tradición dramática y densa actividad literaria de dramaturgos, editores y poetas aquí, en la capital del Turia. Y eso comienza a preocuparme. ¡Ya son dos los corrales de comedias que tenemos! ¡No uno! ¡Dos! ¡Este corral de la Olivera y la casa dels Santets, un poco más adelante, calle arriba! ¡Y, para colmo, también está disponible la universidad, que en ocasiones se emplea como sala suplementaria en el caso de que se encuentren en Valencia

dos compañías a la vez!

El arzobispo trató de serenarse mientras contemplaba cómo el cardenal, de un modo seguro y pausado, fue abandonando los aposentos del patriarca, al tiempo que los gritos y risas desde el corral de comedias alcanzaban una vez más la serena estancia en penumbras.

Al cabo de unos instantes, su excelencia Bartolomé de Borja salió del palacio del Patriarca y pasó junto a dos protectores subalternos. Con paso firme continuó la calle, ahora despejada de bullicios, cruzando por la entrada del corral, donde todo el mundo se encontraba dentro, disfrutando de una tarde más de comedias con las danzas y las piezas preliminares. Tres figuras oscuras comenzaron a seguir al cardenal, mientras sucedían los gritos y jolgorios dentro del corral. En pocos segundos fueron sumándose dos encapuchados más con malicioso tapujo.

No hacía mucho tiempo habían prohibido a los comediantes ejercer su oficio en posadas por motivos de altos desórdenes y pependencias. Así que con inventiva empezaron a formar compañías que optaron por construir patios o corrales con tablados fijos para las representaciones que pronto se cubrieron con tejados, disponiendo el resto con una suerte de toldo para resguardar del enérgico sol de las cinco de la tarde al considerado público. Los había esa tarde colocados de pie como los guardias de las Costas y otros tipos de soldadescas a la caza de alguna mirada cómplice o incluso algo más de las damas de las *casuelas*, o sentados en tablas de madera en lo que venía a ser el polvoriento patio, bajo ese toldo que tamizaba el brioso sol de la inicial tarde. La nobleza y los llamados «ciudadanos honrados» ocupaban los primeros lugares, quedando mezclados, aunque un poco más atrás representantes del clero y, las clases medias. Las ya citadas *casuelas*, que vendrían a ser lo que hoy entendemos como palcos en los teatros, eran ocupadas por la alta aristocracia, administradores, importantes canónigos, jueces y el virrey incluso. Bajo, en el patio, bullían los hombres de distinto calado, azuzando groserías y carcajadas. A todo aquel galimatías había que añadir la figura del apretador, que, con el fin de aprovechar el espacio, tenía como misión empujar a las mujeres que se encontraban en la entrada de la *casuela* para que cupieran más. Esa misma labor hacía, aprovechándose buenamente de cada uno de los apretujones, colocando en fuerte presión en la altura de las más apetecibles nalgas con libidinosa sonrisa de las damas como respuesta.

Tras la introductoria composición musical realizada con vihuelas, tamboriles, sonajas y arpas que anunciaron el comienzo de la función, un hombre mantecoso y cetrino voceó la posibilidad de naranjas o dátiles a razonables maravedíes. Un mosquetero lo silenció al instante con un coscorrón. Los presentes rieron. Un arranque súbito y elevado de energía y proyección mostró los importantes celos de un rotundo Pantaleón ante su

voluptuosa e infiel esposa Isabela. La función había empezado. No era difícil adivinar bajo aquella composición de personaje a Flavia, la temperamental amante matinal de Guillem de Castro. La actriz napolitana restallaba en escena vestida con aquella saya baja a la francesa con pliegues de tela de carmesí encarnada, largueada de caracolillos de plata y medias mangas de punta forradas de tela blanca. Trataba de hacer entrar en razón a su marido, que se mostraba al borde de la locura. Todos reían y aplaudían al indignado y crispado Pantaleón, como acalorado marido engañado. Era fácil incitar a las carcajadas del público valenciano de esa tarde teniendo como tenía esa apariencia alta y flaca como una extraña rama de curva forma. Su máscara de color castaño oscuro se prolongaba con una nariz también encorvada y larga. Llevaba un pañuelo y una bolsa de dinero sobre sus órganos genitales, una cadena de oro alrededor del cuello con un medallón grande y una daga que ya la agarraba con fuerza en su mano como un desvergonzado falo con el que amenazaba a su joven esposa.

Aun con lengua extranjera se entendía bien la trama, pues ya cuidaban los cómicos italianos en aquella época de ejercitar más las acciones visuales que los enredos de texto cuando actuaban fuera de sus fronteras. Tanto en la vida real como ahora en el escenario, esos actores napolitanos eran marido y mujer. El cómico italiano interpretaba el papel de un viejo mercante, señor inocente y crédulo, al que estaban los demás personajes tratando de burlar para tomar sus muchos reales. Vestía un traje veneciano básicamente en negro, las medias y un gorro de lana, todos ellos en rojo. Era muy vistoso en el escenario cuando comparecía tan solo junto a su elegante mujer, ya separado de los sugestivos Arlequín, capitán Matamoros o de Polichinela, pues a su firme chaqueta se unía una capa teatral, carnavalesca, negra, larga y suelta con las mangas llanas; todo ello contrastado por unas zapatillas turcas amarillas, y unos calzones rojos marcando unos genitales abultados para continuar haciendo reír a las damas de la *casuela* que pronto cubrían su risa o libidinosos labios con los abiertos abanicos, a los nobles que se veían reflejados en situaciones tan cómicas, e incluso a algunos clérigos para sorpresa de otros compañeros del Santo Oficio que los miraban con cara taciturna acompañados de alguna petición de compostura y regreso al comportamiento recto.

La mayoría de los espectadores no sabían que ese actor italiano estaba viviendo un momento catártico en el que se mezclaba ficción y realidad. De manera improvisada, el marido, mancillado en su más alto honor por su joven

esposa, agarró su daga que no parecía esa noche de *atrezzo* y sí de mortal consecuencia. Se acercó a su esquiva mujer interpretando una acción que tampoco pertenecía al texto de la obra. Flavia comenzó a protegerse con una silla a la altura de su rostro. Pero pronto le dio por huir de escena y protegerse en el interior del mismo tablado, porque aunque se diesen varias licencias de improvisación en todas las representaciones, la de esa tarde no figuraba como posible. Mientras, las risas atronaban en toda la corrala.

—¿Qué opináis vos, señor De Castro?, ¿es esto representación o la vida misma? —Don Gaspar Mercader hacía honor a su renombrada ironía.

—Representación de la vida misma, señor Mercader —apostilló don Bernardo Catalá de Valeriola.

—O vida misma representada —añadió concluyente el capitán Andrés Rey de Artieda.

Junto a Guillem de Castro, que se mantenía fijo en un analítico silencio, se encontraban en esa tarde de comedias italianas, en el mismo palco, don Bernardo Catalá de Valeriola, don Tomás Cerdán de Tallada, Gaspar Mercader, Gaspar Aguilar, el capitán Andrés Rey de Artieda y el doctor Jerónimo de Virués, todos ellos nobles acólitos del capitán de la Guardia de las Costas que ya ocupaban sus acostumbrados sitios en la *casuela* perteneciente a nivel nominativo a la familia Catalá de Valeriola, y que venía a ser la tercera a contar desde la parte derecha del tablado, junto al que se encontraba preparado el alcaide por si tenía que parar la representación por darse en el escenario momentos de dudosa moral cristiana.

—Bien, señores, regresando al grave asunto que nos ocupa —precisó Catalá de Valeriola—, todo programa concerniente a la instauración de nuestras próximas reuniones queda en suspenso hasta bien saber lo que haya sucedido al padre Tárrega.

—Sí, es lo más prudente —determinó el joven Gaspar Aguilar—. Incluso hallarnos como nos hallamos aquí juntos podría ser no muy bien entendido por algún alguacil con ganas.

—No seáis exagerado, joven señor Aguilar. Nada malo hay en reunirse para ver una trivial comedia, por ello solemos adecuarnos a las veces de las representaciones, para no levantar sospecha alguna —contestó el capitán Rey de Artieda, que dejaba entrever siempre un arrojo y temple fuera de lo común, forjado en largos años de contiendas.

Nuevos y atropellados personajes llenaron con prontitud la escena con unas

artes de improvisación tal que muy pocos de los presentes pudieron entender como fuera de la auténtica y pretendida trama. De todos era bien sabido que así funcionaban los cómicos italianos en las tablas cuando se ejercitaban en su naciente Comedia del Arte, donde cada actor poseía un repertorio de líneas de texto y gestos a los que recurría y distribuía de manera improvisada en cada uno de los tres actos que componían la estructura de las obras a partir de una narración predefinida.

—Yo no creo que tengamos que alarmarnos tanto, voto a Cristo —continuó exponiendo Rey de Artieda—. Estarán sirviéndose de su buen hacer para algún complicado caso.

—O igual han averiguado algo y le están interrogando —comentó sin alarma alguna Virués.

—Sí, y si es así tenemos un problema porque todos sabemos que el segorbino es testarudo, y eso gusta a los inquisidores para explayarse en sus interrogatorios —volvió a estipular don Bernardo.

—Yo todavía creo que no va hacia ese lugar que pensáis la intención de los de la Santa —apuntó Rey de Artieda.

—Ah, ¿no? y, ¿adónde creéis vos que va, capitán?

—Insisto en que el canónigo suele colaborar con los del Santo Oficio en puntuales casos donde se requieren esas argucias y dotes deductivas que tan clarificadoras resultan para la resolución de algún caso.

—¿Clarificación decís? —apuntó Mercader.

—Eso mismo valorábamos esta mañana, pero ya pronto comenzará a acercarse el fin del día y seguimos sin noticias, ni siquiera de sus ayudantes de la Seu —indicó una vez más con su característico tono poco circunspecto don Bernardo Catalá.

La conversación envuelta por vibración de cábalas de los caballeros continuaba desarrollándose bien diferenciada al paralelo tronar de risas desde el patio y la *casuela*, en absoluta complicidad con los actores que acontecían en las tablas. Y es que una atmósfera algo más grave reinaba en el palco donde se encontraban los caballeros que acompañaban a Guillem de Castro, que ya sin más demora se adelantó a precisar con una absurda y sobrada sonrisa.

—Si alguien contempla la gravedad de nuestros rostros ante tamaña hilaridad en escena, y sobre todo tales reflexivos semblantes, sí que comenzará a sospechar, y con razón, aunque se trate de un alguacil no muy docto o algún pueril espía de la Santa. Que no tengo por qué recordar a

vuestras mercedes que los tenemos bien mezclados entre nosotros. Cualquiera de estos mellados que se ríen bien pudiera ser confabulado de la Inquisición, así que, por lo que más quieran, continúen calibrando, pero háganlo como si fueran cómicos de esta misma comedia.

Fueron entonces girando sus rostros hacia el escenario, y aunque la conversación continuaba versando sobre el serio conflicto que les sugestionaba, elaboraron máscaras sonrientes en sus semblantes con las que hacer pasar desapercibida su general preocupación y alarma.

Todo espectador andaba en esos momentos centrado en sus risas. Los había que ya copulaban en algún rincón de la *casuela* con la pretendida dama, o hurtaban con delicados y furtivos dedos las bolsitas con maravedíes del ingenuo vecino. Nada ni nadie estaba al tanto de la reunión de los caballeros ni su motivo. Salvo una figura ya conocida, queda en lo alto del tejado de enfrente del palco de los insignes cómplices, que, pese a permanecer embozada en la amplia y montaraz tela con capucha, se cuidaba mucho de no contrastar sus amagadas líneas con el enrojecido cielo que ya pronto se vería disfrazado de noche y enigma.

En el escenario, y con no pocas dificultades, los cómicos italianos habían podido reorientar la trama teatral de la comedia, evitando los sinsabores de los celos del primer actor hacia su adúltera mujer, para poder concluir la con admisible grado de coherencia. Y ya embebidos todos por los fuertes aplausos, tras la conclusión de la farsa, saludaron tratando de olvidar personales rencillas como en tantas ocasiones sucede con los cómicos que ven curados sus males por los vítores de su público.

Se empezó a desalojar la corrala sin el ímpetu inicial con el que se habían llenado, al principio, los huecos y las *casuelas*. Todos regresaban a sus diferentes lugares con la confirmación de salir de allí con algo más de interesante equipaje en el reducto de sus almas.

Algunos pequeños diablillos ladronzuelos habían conseguido hurtar viandas. Ciertos gallardos y acanallados galanes, la honra de alguna grácil dama. Y los interesados por las tramas y las acciones en las tablas salían esa noche del lugar con el apetito saciado tras el espectáculo. Resultó ser una obra vistosa y colorista, con unos personajes vibrando en cómico conflicto, que siempre funcionaban cuando coleccionaban en escena las propias miserias de la presente audiencia que ya se retiraba por las malolientes y tortuosas calles y callejuelas.

—A pesar de estar bien tramadas y versificadas las comedias, que no todas lo están, nadie acude a los corrales si se suprimen las músicas y los bailes — comentó el doctor Jerónimo de Virués al tiempo que abandonaba el corral junto a sus ilustres camaradas.

—Y mientras continúen permitiendo los mismos, nuestra labor incidirá de esa forma que pretende y nos propuso el padre Tárrega —respondió Gaspar Mercader.

—El calado de los valores que pretendemos en las audiencias —precisó Cerdán de Tallada— será más difícil de descifrar por los foscos vigilantes de la férrea Inquisición si les servimos en medio de nuestras propuestas la superficie incuestionable del puro divertimento pagano.

—Y solo si continuamos trabajando en las líneas que apunta el padre Tárrega, mediante las cuales los obtusos guardianes de la no razón entiendan el arte de las comedias, como una especie de dosis de carnestolendas, iremos consiguiendo nuestro propósito.

—Caballeros —espetó alarmado don Bernardo Catalá—, no son estas palabras que deban ser dichas en medio de toda esta gente.

Siguiéndolos camuflado desde la altura de los ya anochecidos tejados, se encontraba el misterioso personaje. Desde su amagada visión cenital solo podía discernir las superiores partes de los sombreros de ala ancha de esos caballeros insignes que venía espiando y controlando desde tiempo anterior a la representación de la comedia italiana.

—A ver si guardamos cuidado de opiniones e ideas fuera del ámbito acordado.

—Bien decís don Bernardo —concluyó tajante Guillem de Castro—. De todo ello ya hablaremos, que ahora lo que nos apremia es que quede claro que toda actividad y reunión del grupo queda en suspenso hasta que sepamos qué le ha ocurrido al padre Tárrega.

—Que cada cual tire por su calle.

—Manténganse vuestras mercedes alerta en todo momento —sugirió el capitán—. Y de recibir alguno de nosotros nuevas del padre Tárrega, Dios quiera que halagüeñas, que con prontitud las haga saber a los demás.

—¿Qué pensáis hacer vos? —preguntó Rey de Artieda.

—Comprobar si el chico ha llevado sin problema la mercancía al estudio —respondió Guillem de Castro.

—¿Y qué hacemos mientras con los incunables y demás textos que teníamos

que portar mañana mismo?, ¿continuamos con su «viaje»?

—Ni hablar.

El joven capitán paró su paso de repente. Lo mismo hicieron los caballeros. Lo mismo, arriba en el tejado, la sombra espía.

—Todo queda en suspenso —apuntó con tono pertinaz el señor de Castro—. Nada se mueva hasta que sepamos de Tárrega. Y tengan vuestras mercedes previsto el plan convenido de emergencia. Mucho me temo que es por ese motivo por el que han apresado al padre. Y por el que bien pueden empezar a apresarnos a alguno de nosotros.

—¡Santo Dios! —pensó en alto Gaspar Aguilar.

—La no valoración de esa posibilidad sería del todo irresponsable. ¿No creen vuestras mercedes? —dijo don Bernardo—. Pronto saldremos de dudas. Buenas noches, caballeros.

—Buenas noches, capitán.

—Buenas noches, don Bernardo.

La sombra observó cómo los caballeros se distribuían en direcciones opuestas, quedando tan solo dos de ellos que a los segundos tomaron mismo recorrido. Con agilidad y silencio continuó su misma ruta como un gato azabache de mal augurio, observando cómo entraban en una callejuela de parca lumbre. Engullidos por una penumbra en la que todavía se distinguían sus formas, se detuvieron de improviso al toparse con otras cuatro figuras. Manteniendo un silencio macizo como los aceros aún por desnudar en sus respectivas vainas, cuatro golfos marchantes de felón puñal habían despegado sus espaldas de las respectivas paredes para ir cerrando paso al aristócrata y al capitán. Estos no se amilanaron como bien pudieran esperar los repentinos arrapiezos y, sin menguar demasiado su paso, continuaron caminando hacia ellos, que comenzaron a inquietarse hasta tenerlos tan pronto a sus carnes que uno de ellos tuvo que empezar a poner verbo de por medio.

—¿Adónde creen que van vuestras mercedes?

—A cruzar la calle, mal que le pese a unos tardíos desuellacaras que no saben bien con quién se juegan los cuartos —indicó firme y resuelto don Bernardo Catalá de Valeriola.

—Tendrán que pagar una tasa para eso —dijo el imprudente taimado al tiempo que sus secuaces comenzaban a despejar sus capas y meter mano a las espadas y dagas de sus cintos.

—¿Quién lo dice? —preguntó con calma Guillem de Castro.

—El jefe de Servicio de Vigilancia Aduanera —tras la pronta hilaridad los secuaces comenzaron a reír la gracia de su líder de manera mellada y negra— y sus tres parientes cercanos.

—Nada de tabaco de las Indias llevamos, nada pues nos deben cobrar unos rufeznos de media talla, con guantes descabezados, para cruzar el paso —contestó sonriente Guillem de Castro, continuando la broma.

—¿Y quién os ha dicho a vos que es tabaco de las Indias lo que queremos?

—Vos mismo al postularos como jefe de la Vigilancia de Aduanas. Ya que, según la regulación de vuestras competencias, sois los encargados de combatir el contrabando de este artículo, que como bien sabéis es de monopolio fiscal de nuestra serenísima majestad.

Los rostros de los secuaces coincidían con el desencaje de su propio líder.

—Sois buen conocedor de artículos y aduanas.

—Un poco.

—¿Secretario o jurista?

—Capitán... —dijo impertérrito y con un tono más grave que en las anteriores intervenciones— de la Guardia de Costas.

La cosa pintaba distinta en ese mismo momento.

—Y mi acompañante es un noble amigo del virrey y del propio arzobispo. ¿Aún pensáis que es buena idea obligarnos a un pago por cruzar esta callejuela?

—Seréis mucho capitán y vos mucho caballero, pero nosotros somos cuatro y vuestras mercedes, frente a nuestros aceros, solo dos.

—¡Tres!

La voz surgió desde lo alto. Giraron sus cabezas para encontrarse con una sombra que desde la noche parecía caer al suelo como expulsado por la afilada luna. Al acabar la figura encapuchada y recogida en la tierra oscura, ya los truhanes se encontraron acorralados. Y por un acto nervioso, tras escrutarse con miradas felinas, se oyó el primer desenvainar de filos y puntas y los consiguientes gritos bravucones, y mordidos al tiempo que las espadas se buscaron y hallaron en una confusa colección de chispas que destacaban en cada parar la espada al oponente. Los dos caballeros se mantenían concentrados a lo suyo, cada cual con un oponente, mientras observaban de soslayo el buen hacer de su repentino y misterioso aliado que con espada en una mano, daga en la otra y no sé si el diablo mismo de cómplice —tal era la celeridad en sus movimientos y retiradas—, también iba dando buena cuenta, a

base de ágiles fintas y perfectos casi alcances, a dos de los indeseables. Don Bernardo esquivó la pretensión de dos seguidas directas en punta a su rostro. A la tercera, parándola en segunda, respondió con una estocada certera en el brazo izquierdo del adversario, que ya quedó solo con espada y sin el puñal. Guillem de Castro se manejaba en el lance con presteza semejante a la de su sombra colaboradora, y no tuvo mayor dificultad en acabar con prontitud con su contendiente cuando, tras tres encuentros del acero del mismo en el sello cruzado por su daga y espada, remató girando sobre sí mismo para alcanzar la velocidad precisa con la que sorprender al confiado rival con un tajo en el rostro. Con la sangre a borbotones en su mejilla salió por piernas del lugar maldiciendo. Se volvió y pudo ver que don Bernardo concluía de similar forma con su contrario sin llegar a la herida o tajadura, y sí acorralándolo contra la húmeda pared con el filo de su noble espada a un centímetro de su cuello. El pobre diablo dejó caer sus aceros al suelo de tierra y noche, así como unas gotas que se filtraron desde sus calzones y que de haber sido de día el percance se hubiese comprobado de un tono amarillento. Don Bernardo le espetó con un ademán en la cabeza para que huyera de allí, perdonándole la vida. Se giró y contempló que ya solo quedaban dos de ellos que estaban siendo mantenidos a raya por el enigmático personaje embozado al que se dirigía don Guillem con tono relajado, apoyado como estaba de lado contra uno de los nocturnos muros.

—¿Dónde os habíais metido?

—Tenía esta misma tarde una reunión con un posible editor. —El misterioso personaje respondía sin dejar de atender a los amenazantes aceros de las dagas y espadas de sus oponentes moviendo con destreza sus hojas—. Por la mañana estuve siguiendo al chico.

—Sois muy terco. El teatro es para las tablas, no para los papeles —comentó don Bernardo.

—Señor de Valeriola —largó el bravo encapuchado—, la imprenta hace permanecer mucho más la obra de uno que la memoria de los hombres. Mirad, por ejemplo, lo bien que le vino a Lope de Rueda entablar amistad con Timoneda hace unos años aquí, en Valencia.

—¡Os veo demasiado preocupado con llegar a imprimir vuestras obras. Pero debería importaros más vuestra formación, todavía en forja!

—No veo qué cosa impide la otra.

Don Bernardo sacó su pistola y disparó a la noche, a bocajarro. Los

malandrines detuvieron sus no muy certeros aceros y mirándose entre sí un segundo concretaron que necesitarían otro más para ya encontrarse a dos calles de sus oponentes.

—¡Pues que gastáis una energía demasiado importante en cosas que deberían ser secundarias! —añadió don Bernardo guardando su humeante arma—. Habita en vos un notable ego y soberbia. Ya vendrán los tiempos del renombre y los laureles.

—¡La dramaturgia nuestra es aquella que habla de reyes justicieros, nobles malditos, campesinos humildes pero orgullosos, santos constantes y, sobre todo, jóvenes hidalgos con superficiales problemas amorosos —proclamó el embozado compadre envainando daga y espada—, ¡lo que un nuevo público pide ver magnificado, aquello que su conciencia de clase le ha enseñado o lo que sus apetencias eróticas pequeñoburguesas le han sugerido! ¡Tenemos que revolucionar de un modo silente y conciso eso mismo! ¡Es lo que nos enseña cada noche el padre Tárrega!

—Todo eso que vos apuntáis está muy claro y sabido por todos —dijo don Guillem de Castro al tiempo que el embozado concurrente despejaba la capucha de su rostro.

—Larguémonos de esta callejuela noramala —propuso don Bernardo.

—¿No vais a decirme qué es lo que está pasando?

—Unos alguaciles de la Santa han ido a por el padre esta misma mañana a la catedral. —El rostro del ahora no embozado acólito tornaba a su expresión más grave—. Y desde entonces nada de él sabemos, señor Lope de Vega.

El centro de Valencia lo marcaba la incorruptible presencia magnánima de la catedral, conocida como Seu. Al igual que en casi todas las ciudades, había hambre y picaresca, valientes instrucciones y cobardes formas. Había rencillas de juego o negocios frustrados concluyendo con acero bañado en caliente sangre. Había venganza de maridos ultrajados; porque había damas incorruptibles, pero también alcanzables, con la inestimable ayuda de alguna que otra vieja alcahueta, o de sobornables amas que bien pronto se hacían con una bolsa llena de maravedíes, o sencillamente con el virtuoso uso de la palabra. Y cuando la noche se cernía contundente y bruna sobre la plaza donde se ubicaba la catedral, pocas almas merodeaban por ella.

Alguna solitaria figura se dirigía al pronto recogimiento, mientras algún tullido mendigo trataba de encontrar otro improvisado rincón donde arrebujar su sueño o no sueño esa noche de incómodo auspicio. Ninguna dama, ni siquiera acompañada por su ama. Pero sí también algún embozado caballero dirigiéndose a algún amagado propósito o a recogerse a su palacio, tal vez con la compañía de otras hidalgas figuras, que al pasar junto a unos alguaciles de nocturna ronda solo habían de cambiar un saludo con calculado ademán consabido de sombreros, pues ya se sabe que el buen vestir siempre ha sido visado para los no problemas con alguaciles y otros policiales sectores más o menos religionarios. Eso mismo pensaba don Bernardo al pasar junto a la ronda cercana a su palacio, acompañado por Guillem de Castro y Lope de Vega, ya lejos del lugar de la nocturna emboscada.

A la llegada al mismo, un criado abrió el portal y los tres señores cruzaron el patio hasta dar con el pasillo bajo la cubierta de madera policromada en bandas azules y rojas. Las sombras de los caballeros se dibujaban titilantes y arcanas, sobre todo el linaje valenciano de los Catalá de Valeriola recogido en los sendos cuadros. Detrás de don Bernardo, Guillem de Castro y Lope de Vega, atravesaban también decididos el amplio pasillo para encontrarse con

una robusta puerta de cierta importancia que daba al amplio estudio de don Bernardo. Allí entraron solícitos. Don Bernardo se dirigió a su ventana para comprobar si alguien merodeaba por la calle.

—No he dormido nada en dos días, voto a Cristo —dijo Guillem de Castro dejando caer su cuerpo en un mullido asiento.

Lope de Vega dedicó una sonrisa cómplice a su amigo de corralas y tabernas.

—No hay nadie. Al menos eso parece —comentó don Bernardo, que se encontraba más preocupado en otros menesteres.

—Bueno, calmaos don Bernardo —le inquirió Guillem.

—¿Calmaos?... —le contestó no sin razón el señor Catalá de Valeriola.

—Sí, eso mismo digo, ya hemos acordado con los demás que toda reunión se suspende hasta no saber qué está sucediendo. Así que continuar en ese estado que vos tenéis es innecesario.

—Tiene razón. Deberíais beber un poco de vino —sugirió Lope de Vega—, o deberíamos.

—Decís bien —contestó el capitán.

—Y bien nos hará.

Lope de Vega se dirigió a una de las mesitas de caoba, en la que venía dispuesta sobre una bandeja de marquetería historiada una serie de copas de plata así como una jarra de cristal con vino de Canarias.

—¿Vos queréis?, ¿y vos?

—Ya sabéis que nunca decimos no al vino, y menos si es de los de las bodegas vuestras —comentó Guillem de Castro.

—¿Y vuestra señora esposa?, ¿acepta estas ausencias con buen ánimo? —preguntó don Bernardo al tiempo que Lope de Vega servía tres copas.

—Sabe, no sin cierta escama, que me encuentro trabajando en mis... —y aquí se detuvo un teatral segundo— textos. —Los dos caballeros rieron en esta ocasión—. No sé de qué os reís, pues es bien cierto. Todo lo que vivo es susceptible de escena o soneto.

—Y con eso la tenéis convencida.

—No. Pero luego comienzo a besarla y a acariciarla, y por ahí sí que asoma con más tiento el convencimiento.

Los hombres rieron y brindaron con una súbita pesadumbre al caer en la cuenta de que por unos segundos se habían olvidado del padre Tárrega. Durante un prolongado silencio que sirvió para apurar los vasos, Guillem de

Castro lanzó una mirada interrogativa a don Bernardo, después dirigió la mirada a la chimenea renacentista. Don Bernardo dio la espalda a sus compañeros y contestó.

—No creo que sea todavía el momento.

—¿El momento de qué? —preguntó Lope.

—Es uno de los nuestros, sin duda. Acaba de arriesgar su vida por vos no hace ni una media hora. Y a fe que volvería a hacerlo, don Bernardo.

—No dudo de su lealtad. Pero todavía no ha ganado el grado. Solo el padre Tárrega...

—¿El padre Tárrega?... ¡Dios sabe qué le puede estar pasando en estos momentos!

—Caballeros, cálmense y traten de exponerme de qué trata su repentina discusión —se adelantó a decir Lope de Vega.

—Su interés con nosotros es egoísta, se le apercibe a la mínima. Solo pretende llevar para sí cuantos conocimientos pueda y comenzar a trabajar en solitario su obra —explicaba con tono preocupado y firme don Bernardo a Guillem de Castro.

—Eso que vos decís cada uno de los días es algo que no va reñido con lo que quiero proponer —contestó el capitán—. Asumo la responsabilidad.

—¿Asumís, decís? Ni vos sois el cabeza ni el único responsable de esto. No olvidéis que os encontráis en mi casa, en mi estudio —dejó bien claro el señor Catalá de Valeriola—. Y si a eso mismo nos atenemos, la responsabilidad puede que sea solo mía.

—Él nos podría ser de mucha ayuda si tomara contacto con los mismos conocimientos que...

—¿Pueden vuestras mercedes explicarme de qué están hablando o tendré que...? ¡Santo Dios...!

Lope de Vega no pudo dejar escapar de sus labios tal expresión cuando comprobó con sus propios ojos que yo mismo comenzaba a salir del interior de la enorme chimenea renacentista. Mi aparición casi espectral castró de repente toda discusión y conflicto.

—... ¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Lope de Vega, esta vez con una sincera demanda seria de respuesta.

Al atravesar con cierto encogimiento la oscuridad de la garganta de la chimenea y encontrarme ya en el estudio a la vista de los presentes caballeros, cambié de súbito mi cara hacia una alegría indecible cuando contemplé algo

cuya procedencia apuntaba a la entrada del estudio. Hacia allí dirigieron las miradas confusas los presentes caballeros.

—¿Estáis seguro de querer respuestas, señor Lope de Vega?

—¡Padre! —exclamó don Guillem.

—Vamos, caballeros, parece que estén viendo a un alma del purgatorio en regreso a la vida. Walel, ¿todo en orden?

Asintió contento dos veces. El padre Tárrega se dirigió hacia mí y me acarició la cabeza.

—Bien. Regresa a casa y descansa. Nada temas ya. —Y como si de un pensamiento privado se tratara, añadió—: Todo comienza a estar muy claro.

—Supongo que tendrá a bien vuestra merced explicarnos qué es lo que...

—Eso mismo digo yo, voto a Cristo, que no comprendo nada de nada —se adelantó a señalar Lope de Vega, cortando la frase de don Bernardo, con el semblante algo más circunspecto.

El canónigo me dio un paternal beso en la frente. Abandoné el estudio bajo la atenta mirada de los presentes.

—Caballeros —comentó con enérgica decisión—, no sé si tienen vuestras mercedes muchos compromisos esta noche y durante las próximas horas de la siguiente mañana, pero será mejor que se olviden de todo ello —apuntó el canónigo segorbino dirigiéndose al interior de la chimenea.

—¡Pero padre...! —le advirtió don Bernardo.

—Que también nos acompañe Lope —atajó el canónigo sin girarse y entrando en la oscura garganta—. Tengo que darle indicaciones sobre sus últimos textos leídos.

—¿Ha podido echarle un ojo a los textos que le di, maestro? —preguntó Lope de Vega.

Guillem de Castro compartió una mirada con un no muy convencido don Bernardo. Luego sonrió cómplice hacia el desencajado rostro de Lope de Vega, y le hizo un ademán ofreciéndole primer paso. Poco a poco los tres escoltaron al canónigo hacia el interior de la chimenea renacentista.

Don Bernardo descendía el primero, iluminando con un farolillo las piedras y escalones acuosos. Le seguían el padre Tárrega y Lope, y por último Guillem de Castro, también con una lámpara de aceite.

—¿No creéis que deberíais dejar para otra ocasión estos asuntos? —comentó don Bernardo—. ¡Santo cielo, Lope!, ¿es que no podéis descansar ni un segundo con vuestros textos?

—No os preocupéis que tiempo hay en todo momento para el aprendizaje, don Bernardo —contestó relajadamente el canónigo segorbino al tiempo que continuaban con el descenso—. Veréis, Lope, en la composición de las escenas de vuestra merced yo he hallado una doble tendencia.

—Decidme, padre.

—Por un lado, en las escenas mayores, de situación, soléis acumular personajes. Figuran en ocasiones hasta nueve de ellos.

—Pero en las menores, de personaje, los antagonistas se encuentran más individualizados.

Como por acto reflejo, Lope detuvo sus pasos. El padre Tárrega también dejó de descender para dejarle clara la siguiente premisa a su discípulo.

—Sí, aparecen menos; dos, tres, cuatro es lo general —explicó el canónigo segorbino—. En todo caso se evita que demasiados intervengan a la vez.

—Suelen hablar uno, dos, tres.

—Pero en las escenas menores tendéis siempre a no aglomerar. No significa ello que vos procuréis individualizar los personajes.

—No lo procuro, en verdad.

—Ya lo sé. Por otra parte ha de predominar el cambio rápido. Eso me gusta. Aunque debéis ser consciente de que el público poco puede fijarse en ellos.

—Padre, por favor, os pido que dejéis la lección para otra ocasión, sigamos nuestro paso y contadnos qué ha pasado en la casa del Santo Oficio.

—Enseguida os hablo de ello.

Los caballeros y el padre Tárrega prosiguieron la bajada tras la lógica petición de don Bernardo.

—¿Y en cuanto a la arquitectura de los antagonistas? —insistía impetuoso Lope de Vega.

—Los antagonistas, recordarlo bien, no deben estar mucho tiempo en escena. Eso también va por vos, Guillem. Que prevalezca siempre la acción. Esto es fundamental. ¿Cuál es la máxima en el teatro?

—Que no es texto escrito —respondieron don Bernardo y Guillem al unísono, y este, tras apercibirse con mofa de la coincidente respuesta, le ofreció seguir contestando él solo.

—Que ha de ser concebido para ser vivido en escena. Que es acción —añadió don Bernardo con ironía a Lope de Vega.

—Buscad pues la claridad. Procurad evitar confundir al público. Y vos capitán, ya que estamos, en cuanto a los personajes y sus caracteres, dadlos a conocer mediante conversaciones de varios de ellos, porque la forma de hablar, de expresarse, dirá de ellos mismos. Que se autodefinan en algún momento no está mal, pero no uséis en exceso este recurso. Imaginad si todos los personajes saliesen a escena y, frente a la audiencia, empezaran en toda representación de igual modo, impostando la voz: «¡Yo soy el príncipe ultrajado y expulsado de su tierra que...!» —Lope y Guillem rieron esta ironía —. No, por favor, evitad el alto consumo de este recurso. Los hechos, las acciones de los mismos en escena ya nos hablarán por sí solos. Y sobre todo las reacciones ante sucesos en los que se hallan involucrados. Teatro es acción y reacción. Podéis recurrir a una alternancia entre teoría y práctica.

—No os entiendo —apuntó don Bernardo desde algo más abajo.

—Sí, por ejemplo, dejando que alguien explique de forma teórica su forma de ser —se adelantó a precisar Guillem de Castro— y luego su actuación corrobore la presentación previamente hecha, ¿no es eso maestro?

—¿Pero no será eso adelantar acontecimientos, servir en bandeja de un modo explícito al público la cuestión? —señaló Lope de Vega.

—Escuchadme y luego pensad por vos mismo. Si os complace mi propuesta la usáis, si no, al diablo con ella y conmigo. Sois vos quien debéis juzgar lo oportuno para vuestra creación, pues habéis de forjaros una personalidad propia que solo es posible con el cuestionamiento de los principios de la figura que yo para vos represento. Algo que como bien sabéis no es posible en

la sociedad que nos impera y envuelve. No especifiquéis mucho las características físicas. Dejad huellas en el texto para que los cómicos tengan que agilizar su imaginación e inventiva. Nuestro objetivo ha de ser tanto para los cómicos y autores como para el resto del público, que ejerciten la psique que dirían los griegos, que pongan en marcha el pensamiento, la crítica y la autocrítica en la nebulosa de sus cabezas, tal y como hicieron nuestros padres Eurípides, Aristófanes, Sófocles... Y esto va para todas vuestras mercedes.

Concluyeron los escalones dando el lugar pequeño, austero y de planta cuadrada, bajo la bóveda de crucería simple, con arcos torales y formeros y ojivas diagonales de estilo abasí. Lope de Vega quedó tan asombrado del lugar secreto que perdió el hilo de la conversación. Eso era fácil de discernir al contemplar su escrutadora mirada a los detalles de ese profundo rincón abovedado.

—Ah, y otra cosa —amplió el padre Tárrega sacando del súbito ensimismamiento a Lope de Vega—: No recurráis como hacen muchos a los soliloquios o monólogos interiores, ello produce un freno de la acción y el público comienza a desatender la escena. A la audiencia hay que agarrarla como con una especie de mano gigante enguantada y agitarle y no dejarle tregua hasta que concluya la función. Ved los italianos qué bien cumplen con ello.

—¿Que predomine el diálogo entonces? —preguntó Lope de Vega.

—Sí, eso mismo. No desestiméis tampoco la figura del gracioso. Pero, lo más importante: que los personajes de vuestras comedias sean unificados mediante el uso generalizado de un lenguaje culto, y no temáis que llegue a ser incluso artificioso, lleno de juegos de palabras, de alusiones históricas, mitológicas, bíblicas. Que alcancen la retórica que pretendemos. De este modo comenzaremos a lanzar el librepensamiento y la cultura desde los corrales a todo el pueblo. En esos lugares tenemos nuestra mejor arma de concienciación. Poco a poco el pueblo empieza a darse cuenta de muchas cosas, y los poderes oscuros permanecen ignorantes si aplicamos nuestras fórmulas en las comedias, de modo que no despertamos con lo evidente la censura, pero incendiamos la conciencia de los más desfavorecidos.

—Pronto habremos logrado sociedades librepensadoras e iluminadas con independencia de la clase social como sucedió en los tiempos clásicos —añadió Guillem con la mirada abandonada a lo más insondable de su ser—. Ese es nuestro secreto cometido, querido Lope.

—Comprendo —contestó con la mirada casi perdida.

—Si no descubren antes el verdadero motivo de nuestros encuentros para «juegos poéticos» —puntualizó don Bernardo.

Y con esas palabras que generaron juiciosa reflexión a Lope, se detuvieron frente a la robusta puerta de madera mudéjar con fuertes remaches de forja.

—Bien, padre, ¿estáis seguro de querer introducirle en el estudio? —cuestionó con prudencia don Bernardo.

—Querido Lope —contestó el padre Tárrega dirigiendo inicialmente la mirada a don Bernardo—, al cruzar esa puerta subiréis un importante grado en nuestra hermandad. Hasta el momento sois conocedor de lo que deseamos manejar y empezar a construir de un modo sutil sin despertar recelos de jerarquías oscuras que ya bien conocéis.

—Si llegaran a imaginar tan solo un gramo de la cantidad de nuestro propósito, nuestras carnes bien podrían ser materia de terribles celdas —apuntó don Bernardo.

—Eso, mi buen señor Catalá de Valeriola, no es nada nuevo para mí —precisó Lope, al tiempo que perdía su mirada durante la infinidad de un par de segundos en esa colección de recuerdos que quedaban suspensos en la no materia. La misma mirada que había poblado de súbito su rostro un par de años atrás, al escuchar aquella sentencia que todavía rebotaba en las paredes de su memoria:

«Este tribunal le condena a usted, señor Lope Félix de Vega Carpio, a cuatro años de destierro de esta corte, y cinco leguas, no le quebrante, so pena de serle doblado. Y en dos años de destierro del reino, y no le quebrante, so pena de muerte. Pero se confirma la sentencia de vista en grado de revista con que los cuatro años de destierro de esta corte y cinco leguas sean ocho demás de los dos del reino, y los salga a cumplir desde la cárcel los ocho de la corte y cinco leguas, y los del reino dentro de los quince días; no los quebrante, so pena de muerte los del reino y los demás, de servirlos en galeras al remo y sin sueldo, con costas.»

Tras abrir la puerta mudéjar del estudio secreto, Guillem de Castro dirigió su lámpara de aceite a cada uno de los canalillos circulares por el que comenzó a recorrer la conocida llama, como un hilo de luz, que ejercía de presentador de todo aquel catálogo de saber clandestino.

—¡Santo Dios! —exclamó también Lope de Vega al entrar al secreto estudio del grupo al que ya iba formando parte de un modo cada vez más afianzado.

—Index Librorum Prohibitorum et Expurgatorum —*precisó Tárrega.*

—*Expurgatorum?* —preguntó Lope de Vega.

—Libros perniciosos para la fe, Lope, aquellos que según la Iglesia, y por supuesto la Inquisición, contuvieran errores teológicos o morales que pudieran corromper la fe de los fieles —indicó con natural conocimiento de causa Guillem Castro.

—En el marco de la Contrarreforma, la Inquisición trabajó con fervor para evitar la difusión de ideas heréticas en España mediante la elaboración de sucesivos índices —continuó el padre Tárrega.

—Los índices —volvió a tomar el turno Guillem de Castro— son las listas de libros prohibidos por razones de ortodoxia religiosa que ya eran comunes en Europa una década antes de que la Inquisición publicara el primero de los suyos, que era, en realidad, una reimpresión del publicado en la Universidad de Lovaina, con un apéndice dedicado a los libros españoles.

—Incluían, en efecto, una enorme cantidad de libros de todo tipo, aunque prestaban especial atención a las obras religiosas y a las traducciones vernáculas de la Biblia, como esas de ahí —apuntó un maravillado Lope de Vega, señalando una parte de la circular estantería para asombro de los dos caballeros y del canónigo Tárrega, que sonreía complacido.

—Muy observador, querido Lope.

—Conozco de igual forma el castigo que se reserva a quienes guardan este

tipo de libros —apuntó—. Sin ir más lejos, tenemos el caso de fray Luis de León.

—Así es, cuatro años en prisión por haber traducido el Cantar de los Cantares del hebreo —continuó el canónigo—. Todo este saber y mucho más que vamos almacenando es para mejor ayudar al ser humano.

—¿Y de todo ello se puede disponer?

—De todo ello.

—Pero siempre sin salir de este lugar —puntualizó don Bernardo—, al igual que todos los hermanos del grupo.

—Debéis contrastar con los demás todo el conocimiento posible —puntualizó Guillem de Castro mientras Lope se perdía ensoñado hacia las estanterías llenas de papiros prohibidos y curiosos incunables.

—Lo que estamos tratando de fomentar como grupo, desde todos nuestros textos, es la dialéctica entre criado y señor, que sucedan como iguales a nivel retórico ante el pueblo entero en el corral —precisó el padre Tárrega.

—Eso activará las reflexiones de cada cual —agregó Guillem—. ¿Entendéis?

—La igualdad. Entiendo, Guillem. Claro que entiendo.

—Si el hombre padece es por ignorancia. La sabiduría derriba a los dioses —dijo don Bernardo.

—Esas palabras las debería usar en alguna de sus comedias, don Lope.

—O vos en alguna de las tuyas, señor De Castro.

—Son palabras que desde hace mucho sabe la Iglesia.

—Pero vos sois canónigo, padre —se atrevió a sugerir Lope de Vega.

—Para poder encontrarme cerca del conocimiento, con el beneplácito de los mismos que lo tratan de ocultar —precisó a su discípulo el padre Tárrega al tiempo que le ofrecía sonriente sentarse en su correspondiente silla del estudio—. Desde el principio, muchos somos los que nos unimos al camino del Señor para poder lanzar su luz a los que tanto la necesitan —prosiguió con categórica calma el canónigo segorbino cuando los tres caballeros tomaron también respectivo asiento—. Ahora no lo entendéis querido Lope, pero puede que sí en un futuro.

—O que él mismo se haga clérigo —apostilló con ironía Guillem de Castro.

—La oscura forma de esta Iglesia nada tiene que ver con lo que Cristo promulgó —prosiguió el padre Tárrega—. La nuestra es una labor secreta,

peligrosa, muy confusa para muchos, para nosotros mismos en algún momento.

—Pero muy gratificante —puntualizó con decisión Guillem de Castro.

—Sí, nuestra tarea es importante y peligrosa.

—Luchamos por traer luz, conocimiento a la gente sencilla, eso que tanto han evitado por todos los medios los poderes sombríos —indicó con pasión casi incontrolada el capitán.

—¿La Inquisición? —preguntó con tono afirmativo Lope.

—Cuando se instauró como oficial la nueva religión mal llamada cristiana, trescientos años después de Cristo —nuestro verdadero Señor, el más peligroso para los propios nuevos cristianos— comenzaron a cuestionarse cosas al acabar con el período de razón y lógica: ¿Qué había que hacer? ¿Permitir que el curso natural de la historia, apoyada en los conocimientos antiguos, acabase en unos años con la nueva religión o sumir a los pueblos en el miedo para que perdurase, tal vez no la palabra divina, sino las consabidas prebendas?

—Han sido siglos y siglos de dominio del miedo, de la imposición de diezmos, de todo lo contrario a la palabra de Jesús —continuó Guillem de Castro.

—Entre otras cosas, por esto nació la Inquisición.

—Mucho antes se optó por desoír las Sagradas Escrituras, que se tergiversaron para que sirviesen a los intereses de la nueva Iglesia —añadió don Bernardo—. Y crearon el infierno para infundir el temor en las conciencias de la gente, dominándola, no con amor, como predicó Jesús, sino con el miedo.

—La gnosis, como se sabe ahora, pudo haber llevado a la fusión de las religiones orientales y occidentales, y eso era lo que se intentó, pero no convino por razones en esencia antirreligiosas —precisó una vez más Guillem de Castro.

—Y por todo esto se fundó la Inquisición. Sí, querido Lope, que ha comprado y vendido vidas hasta nuestros días, utilizando el terror y la violencia, así como la muerte en vida en la hoguera, como instrumentos de coacción. Llegando a deformar y ocultar la historia para lograr sus propósitos.

—Todo esto que apuntáis es bien sabido por todos —se adelantó a detallar Lope de Vega—, pero ¿en serio, con nuestro trabajo en la escritura teatral, podemos luchar contra todo ello?

—Seguid con el amor como tema principal. Es amable para la censura y

eso está muy bien. Es popular, veneno o elixir que a todos alcanza, lo mismo que la muerte —continuó el padre Tárrega—. Y dadle al pueblo risa, dadle sensaciones alegres. Pero que se vayan a casa con alguna nueva idea, con un nuevo canal de pensamiento posible abierto. Tened esto presente. Vivimos tiempos en los que comienzan a prevalecer las ansias de libertad. Eso palpita en las calles. Eso hay que provocar en los corrales. Eso es lo que tanto está temiendo su Prudente Majestad y por ello se sirve de su brazo inclemente y negro con mayor insistencia y fuerza si cabe. Vos habláis de las pasiones en *El molino* o en *Belardo furioso*. Pero que sean los propios enamorados los que consigan sus propósitos. Nunca asignéis a un noble o poderoso una función resolutive para los enamorados o para el logro de ciertos valores. Ello también dará que pensar. Que el humilde comience a saberse infinito y poderoso, que el poderoso, humilde y finito. Creo que es en la tipificación de los personajes donde debéis hacer mayor mella. Aprended de los italianos también en esta cuestión en la que son maestros. Ya veis los continuos resultados.

—El teatro vuelve a ser poco a poco un fenómeno de masas. Tenemos que andar con mucho cuidado si queremos trabajar todas estas líneas desde esta plataforma. Si llegaran a saber nuestras pretensiones estoy seguro que el taciturno emperador sería capaz de prohibir las representaciones —dijo don Guillem de Castro.

—No creo que llegara a tal punto su extrema intransigencia —postuló Lope de Vega.

—No subestiméis en ese sentido jamás a un Austria —precisó tajante el padre Tárrega.

Al escuchar esto último, Guillem de Castro se quedó mirando la maqueta del corral de comedias. Don Bernardo se levantó de su asiento y quedó de espaldas a los presentes.

—¿Es entonces con el teatro con lo que debéis, quiero decir debemos trabajar para ir mermando esa oscuridad?

—Así es querido Lope —contestó el canónigo segorbino también con su mirada en la maqueta—. Existe una matemática secreta para incidir en el ánimo y las percepciones de los espectadores, una estructura que pasa por alto a los censores y que ya se utilizaba hace dos mil años... ¡Ahí!

Y al decir esto último el padre Tárrega señaló la otra maqueta, la del teatro griego. Don Bernardo se puso casi de soslayo. En su rostro se adivinaba una

clara tensión, como si necesitara decir algo a sus compañeros.

—Recuperar esas fórmulas —continuó— y aplicarlas en nuestros corrales es lo que vamos a conseguir para ir forjando una sociedad de librepensadores. Y ahora, sí sabéis de lo peligroso de nuestra empresa sabiendo en los tiempos que desde hace mucho estamos envueltos.

—El teatro como maquinaria productora de conciencias críticas, querido Lope —dijo Guillem.

—Por supuesto. Pero nada nuevo, por otra parte —manifestó el padre Tárrega—. Como os he indicado, un ejercicio que sucedía a diario ante quince mil espectadores en la Grecia clásica, y que quedó dormido durante toda la época oscura. Pero volviendo a vuestro trabajo, Lope, y esto también atañe a vuestras mercedes, si estructuráis de base los arquetipos, las líneas de encuentros y desencuentros, partiréis de una misma base, pues presiento que vos queréis vuestro nombre en amplias letras y ya sabéis que el público consume comedias como viandas y ya en menos de dos semanas precisan nuevas obras. —El padre Tárrega quedó unos segundos en silencio—. ¿Os pasa algo don Bernardo?

—Si comenzamos a entender el teatro como una importante fuente de modelos de comportamiento —prosiguió Lope ajeno a la pregunta hacia el señor Catalá de Valeriola. En los textos deben figurar unos determinados contenidos, unos concretos planteamientos y unas soluciones específicas para problemas y conflictos, ¿no es así? —preguntó Lope.

—Bien decís. La autocensura de los dramaturgos, deseosos de evitar cualquier escollo que ponga en peligro la obtención del visto bueno para el estreno de sus piezas, también influye en la selección de unas pautas de composición y el rechazo de otras.

—¡Por el amor de Dios!

—¿Qué sucede don Bernardo?

—¿Creen vuestras mercedes que es momento de pararnos a debatir acerca de la escritura teatral, de los griegos, de si este personaje, de si el otro...? —preguntó con contundente vehemencia don Bernardo—. ¡Lleváis ya una hora así y...!

—Tenéis razón, mas al ser la primera vez que Lope entra en el estudio...

—¡Circunstancias hay que merecen mucho más nuestra atención! ¡O nos estamos volviendo aquí todos locos!

—Lamento si...

—¿Vos lamentáis?

—¡Caballeros! —clamó el padre Tárrega—. Tome vuestra merced de nuevo asiento, don Bernardo.

Don Bernardo regresó a su sitio. Y, tras un instante de pausa, el padre Tárrega se levantó del suyo para calibrar cómo empezar a exponer la naturaleza del caso. Moviéndose por la estancia era como mejor se sentía a la hora de distribuir información y lanzar deducciones que ahora quería fomentar, como en tantas otras ocasiones, en grupo.

—Bien, caballeros —dijo una vez ya más calmado—, hace apenas veinticuatro horas un terrible suceso ha acontecido en nuestra ciudad, un asesinato de un calibre tal que de no resolverse a tiempo puede que desde el Escorial nuestro rey comience a ser denominado de distinta forma a la de Prudente. Por eso mismo he sido requerido por la Santa.

—Explicaos, padre —solicitó Guillem.

—En los subterráneos de la casa del Santo Oficio he estado esta mañana analizando el cuerpo yacente de la víctima. —Y aquí el canónigo Tárrega quedó en suspenso.

—¿Y de quién se trata, padre? —se adelantó a preguntar don Bernardo al no soportar la pausa.

—El cardenal Ortiz de Liñana.

—Por Cristo, uno de los hombres de confianza de Diego de Espinosa —comentó con preocupación don Bernardo.

—¿Diego de Espinosa no fue el brazo derecho de nuestro rey?

—Así es, don Lope.

—Y presidente del Consejo de Castilla —prosiguió Guillem de Castro.

—Cierto. Y del Consejo...

—Y del Consejo de la Inquisición —encabalgó sobre las palabras de Lope de Vega el canónigo Tárrega—. También formado en Salamanca y desde la muerte de su mentor, Espinosa, posible candidato para sucederle en la superintendencia de los asuntos de la Guerra, Estado, Hacienda.

—¡Cielo santo! —volvió a proferir en voz alta don Bernardo.

—¿Y qué demonios hacía el cardenal en Valencia?

—Buena pregunta, querido Guillem. Buena pregunta. Pero aún no lo sé. El cardenal Ortiz de Liñana —precisó Tárrega— ejercía en privado con el rey desde hacía un tiempo porque su Prudente Majestad ya no ha vuelto a estar dispuesto a confiar a otro tanto poder como había tenido Espinosa. Tras

analizar el cuerpo de la víctima en su general forma, he podido contabilizar ocho precisas heridas de daga y otras cinco más profundas incisiones del acero entero de las vizcaínas en los costados y garganta. Y en la espalda aparecía un signo marcado al rojo vivo, y que formaba una figura que podría describirse como una especie de S cruzada por una línea o palo en diagonal.

—¿Una S cruzada por una línea diagonal? —repitió interrogando con el ceño fruncido don Guillem de Castro.

—Un símbolo que empezó a aparecer en los primeros edificios construidos por Enrique de Navarra, y que alcanzó enorme difusión entre los herejes que quebrantaron la unidad del cristianismo hace unos años. Se había extendido desde Inglaterra, hasta la corte de los Pirineos. Un talismán antiquísimo empleado por alguno de los primeros enemigos de la cristiandad.

—Inglaterra... Enemigos de la cristiandad... —comentó inmerso en un posible pensamiento para sí Lope de Vega.

—Un momento. Creo que hay un volumen en este sector... —Don Bernardo se acercó a uno de los estantes que continuaban al de los papiros perdidos de la Biblioteca de Alejandría—. Este, creo que sí.

Tomó un enorme tomo con remaches y cerradura de cobre y lo llevó a la mesa circular. Lo abrió ante la expectante mirada de los demás por donde se encontraba uno de los varios separadores de pergamino.

—¡Aquí está! —dijo al hallar la página requerida—. ¡La serpiente que los gnósticos, como los teósofos habían venerado desde tiempos remotos!

—Excelente, don Bernardo —precisó Guillem de Castro.

—La misma serpiente que los pintores católicos representan desde hace siglos aplastada por el divino pie de la Madre de Dios.

—¿Queréis decir que son posibles enemigos de la cristiandad los ejecutores de este asesinato?

—O de alguien que quiere inculparles, dirigiendo nuestra atención hacia esos mismos signos, querido Lope.

—No os comprendo —dijo Guillem de Castro.

—Capitán, sé diferenciar cuando una herida ha sido realizada antes o bien después de estar la víctima fallecida y desangrada. Y a este cuerpo, el signo a rojo vivo se lo han realizado, digamos, algunas horas después de expirar su pobre alma.

—¿Cómo podéis saber algo así? —preguntó Lope de Vega.

—Es bien distinto sobre la carne humana el resultado de la herida

provocada por metal candente. Depende de si se produce en carne viva y fresca o en mortecina y seca. En la primera el metal se encuentra pronto con los fluidos sanguíneos y se forma una pústula sobresaliente. En el segundo caso el resultado es bien similar al de los artesanos que sellan con hierro los cueros en la elaboración de marroquinería. El signo en la espalda del cardenal semejaba esto último que os explico.

El padre Tárrega se quedó con cierto humor reflexivo al tiempo que juntaba las yemas de sus dedos tapando su boca.

—¿Adónde queréis llegar?

—Ya os lo explicaré cuando constate ciertas cuestiones. No obstante, recuerden vuestras mercedes que cuando más desviada es una cosa menos misteriosa suele resultar.

—¿Desviada?

—En el orificio anal habían introducido el propio dedo anular del cardenal —explicó con aire neutral y pensativo el canónigo—. Dedo que, obviamente, habían amputado para tal atrocidad.

—¡Santo Cristo!

—¡Por Dios!

—Y en el mismo permanecían íntegros dos importantes anillos de oro. Dos anillos pastorales. Y también mantenía el crucifijo de oro, perlas y piedras sutiles y preciosas.

—Es evidente que no se trataba de un grupo de malandrines.

—Bien cierto. Pero aquí viene lo más interesante. El sello de uno de esos anillos recoge un escudo con un signo que responde al mismo que el que tiene la víctima sellado a fuego en la espalda. Esa S con el palo cruzado en diagonal... Al inquisidor Zárate le he descentrado de mis reales pesquisas incidiéndole en que ese segundo anillo, a parte del ya consabido signo de honor y símbolo de los desposorios místicos entre el obispo y su Iglesia, puede corresponder también a un posible sello para documentos secretos.

—¿Y por qué habéis hecho eso?

—Por dirigir su atención hacia otros puntos.

Al decir esto último todos quedaron mirándose.

—Sí, caballeros —continuó el padre Tárrega—. Me temo que van a tener que ayudarme de un modo activo, pues no creo equivocarme al sospechar que nos enfrentamos a un enemigo numeroso y con unos planes confusos y diabólicos.

—¿Quién anda ahí?

Fingiendo un contundente aplomo, el anciano padre Matías Ricart, viejo cuidador de la Seu, lanzó con decisión la pregunta que quedó filtrándose en el amplio espacio oscuro y catedralicio. Acababa de oír un ruido de esos que hace a cualquiera pensar que no se trata de una puerta sacudida por el aire bronco. No, sin duda, aquel enorme ruido metálico, como de un martillo que hubiese caído de una nada desdeñable altura, no era propio del interior de una catedral, y mucho menos si era ya la noche y nadie, como era propio y bien sabido, debía de estar en el interior de la misma a esas horas quedas.

—¿Hay alguien ahí? —insistió una vez más adelantando a la oscuridad su pequeño farolillo.

Pero sucedió el silencio nada más. El anciano canónigo comenzó a caminar hacia la posible procedencia de aquel ruido. Junto a su lento paso, comenzó a suceder el dibujo rápido de varias sombras huidizas en sentido contrario a su dirección, proyectadas en la enormidad de las paredes y los santos barrocos por la lumbre de algunos escasos y persistentes cirios. No se apercibió de las primeras. Pero sí de las dos últimas al girarse, y al verlas desaparecer como inexplicables y silentes demonios profanadores de lo más sagrado. Aquellas titilantes y endemoniadas formas generaron un susto que se prolongó en una respiración entrecortada nada recomendable para un hombre de su edad. Optó tras unos segundos por seguir dirigiéndose hacia lo que él entendía como punto de origen del ruido metálico. Con el farolillo alumbró de un modo trémulo el suelo y encontró en él, al cambiar la dirección de su discreta lumbre un par de veces, lo que parecía ser una gran polea de hierro forjado. En cavilaciones se encontraba, cuestionando la presencia de un elemento de tales características si nada de restauraciones se efectuaban esos días en la Seu, cuando de repente comenzó a notar una especie de líquido que goteaba en su rugosa calva. Dirigió su mano izquierda hacia su cabeza, y al tocarse el cano pelo y la

anciana carne despejada confirmó que lejos de ser agua lo que caía a gotas, respondía a un elemento más viscoso y denso. Al acercar el farolillo a sus dedos, comprobó que se trataba de un líquido cárdeno. Confuso y algo temeroso de Dios y ya del mismo diablo, miró hacia arriba sin poder apreciar con exactitud cuál era el origen de ese goteo, pues la inmensa negritud de las alturas de la catedral sucedía magnánima para un diminuto farolillo. El viejo canónigo se encontraba justo en la entrada de la puerta de los Apóstoles, sobre la cual acontecía el enorme rosetón en el que parecía suceder una especie de mancha central que comenzó a determinarse en algo mucho más concreto y terrible a los ojos del padre cuando, al separarse de la puerta para alcanzar mejor perspectiva, pudo comprobar cómo la débil luna quedó liberada del telón de nubes pasajeras e iluminar así con algo más de definición la parte mencionada. Pronto cayó el sencillo hombre de Dios en el horror de una imagen que jamás había llegado a presenciar en todos sus largos años, ni en sus peores pesadillas. Un grito imposible de su anciano pecho rebotó contra las sagradas paredes, incluso arañándolas al tiempo que nuevas gotas de sangre caían desde lo alto.

El grito se filtró al momento por la puerta misma de los Apóstoles hasta dar con el exterior, donde me encontraba yo, en ese mismo instante, de regreso del palacio de Catalá de Valeriola. Detuve mis pasos horrorizada ante los casi apocalípticos alaridos. Hubo un súbito silencio de unos segundos en los que quedé petrificada ante la puerta cerrada. Regresaron esos gritos que precedieron a una contundente apertura de la misma. Quedé aterrorizada cuando vi al anciano canónigo salir de aquel lugar como alma que persiguiera el mismo diablo. Ese mismo que creyó contemplar el viejo, enloquecido como estaba, cuando se topó de súbito conmigo, nuevamente con mi aspecto de chico morisco.

—¡Luzbel!... ¡Luzbel!... ¡Luzbel!

El viejo padre con el rostro ensangrentado sintió un pinchazo en su débil y anciano corazón, y cayó en el suelo sin más, presa de una muerte espeluznante y nada suave. Reservó toda la fuerza posible para poder generar un solo gesto con su dedo índice hacia la entrada de los Apóstoles.

Pronto se oyeron voces. Algunas ventanas próximas se abrieron, y pasos de calzado marcial sonaron aproximándose de inmediato.

—¡Téngase preso a la Santa Inquisición!

Figuras oscuras me cercaron de súbito. Mi mirada pedía clemencia. Supe a

ciencia cierta que no la iba a encontrar en aquellos opacos rostros que me rodearon con cierta aversión. Eran cinco armados alguaciles del Santo Oficio. Uno de ellos levantó la mirada hacia donde miraba yo, justo al centro del rosetón. Apercibió a continuación el dedo extinto del viejo canónigo en dirección a la entrada de los Apóstoles. Se dirigió a ese mismo lugar con precaución. Traspasó la entrada. Observó en el suelo un pequeño charco de sangre que todavía recogía alguna nueva y solitaria gota desde arriba. Hacia allí mismo elevó la mirada.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó el alguacil.

## Interlude

En aquellos tiempos del miedo y las densas sombras, no solo el ser mujer vinculada a los conocimientos prohibidos suponía un fatal peligro. La mortandad de los recién nacidos no solo era posible, sino también fácil y numerosa. La hambruna acechaba en miles de ventanales humildes, a la espera de cebarse con otra pronta e infantil víctima. Pero la hambruna tenía otros tantos socios, no solo enfermedades de sencillo acudir, sino también peligros materiales en cada recodo de las ciudades, arrabales y otras tantas pedanías. En ocasiones, alguno de esos bebés en aquellos funestos tiempos de mugre en la razón y en los platos, podía llegar a tener la mala suerte de superar esa colección de muertes probables para encontrarse con una vida que no era sino infernal, mucho más infernal a medida que los años pasaban y se iba alejando la inocencia de las pupilas violentadas, de la luz interior ultrajada.

A cuatro lustros de distancia hacia atrás del terrible asesinato que investigaba el padre Tárrega con sus compañeros y pupilos, entre los que destacaban Guillem de Castro y Lope de Vega, sucedía un atardecer discreto, de cielo naranja y nubes violáceas. Permanecían dormidos los verdes matutinos de la huerta y el intento de bosque, y una casa humilde destacaba en la distancia de los arrabales. Afuera de la misma, un par de niños morenos y sencillos jugaban ajenos a la conversación o negocios que se fraguaban entre adultos en el interior de esa casa pronto quizá ya no tan rendida. Adentro de la misma, un matrimonio llevaba, sellada en el rostro, la inocencia y la desesperanza en sus miradas. Él era agricultor sin campo ni dientes. Ella una anciana de treinta años.

Frente a ellos un hombre de Dios, un casi santo, se había acercado al lugar tras varias jornadas de observación por medio de algún ambicioso ayudante que le pasaba informes de familias con niños posibles, sediento de ascenso jerárquico en el estamento más poderoso.

El hombre santo tenía una mirada límpida, como su rostro blanquecino, rollizo y casi etéreo. Sus labios eran carnosos y femeninos. Sus manos dibujaban el ademán acompasado y perfecto cada vez que explicaba a ese pobre matrimonio tan lleno de dudas las felices posibilidades de futuro para esos niños que pronto Dios adoptaría en sus delegaciones terrestres, esos niños mismos que jugaban inocentes afuera, mientras dentro se establecían

como una mercancía que eximiera de por vida la dotación de diezmos.

Hubo palabras precisas en esa tarde que daba paso a la pronta noche. Hubo justas sonrisas y el saber del poder del anillo con piedra cárdena que quedaba sellado en su rollizo dedo. Y aún más ante el reconocido y temeroso símbolo que colgaba de su cuello, el crucifijo de plata que todo lo podía en aquella época, sobre todo frente a los humildes y desarrapados. En casi todas las épocas posteriores mismo poder, mismo símbolo. Ese signo que podría ahorrar mucho verbo. Ese que el alto clérigo prefería que sucediera desde su boca para adornar el contenido que vestía la forja de su objetivo.

Las manos del hombre santo sudaban con facilidad, pero de un modo mucho más corrido cuando comenzó a sentirse sabedor del logro de su propósito, más o menos de común acuerdo. El hombre santo incidió con un gesto al pobre agricultor sin dignidad ni vergüenza ya, que calmara el llanto de su mujer. Sudaba el hombre santo. Y en sus faldones oscuros el sudor hallaba su destino al frotarse con pasividad y mucha seguridad, pues era un gesto que ya tenía trabajado.

Años después, con un gato famélico como único testigo, las mismas manos algo más ancianas sudaron antes justo de que su muerte le abrazara en forma de numerosos encapuchados en una callejuela teñida en Valencia de noche y emboscada.

## Secunda Itineris

El padre Tárrega continuaba con ese entusiasmo propio de quien olvida hasta el dormir cuando se encuentra cavilando con las herramientas del intelecto y la lógica, compartiéndolas con caballeros que venían a ser hermanos, aunque se denominaran con distinto apellido, título, nombre o fama. Todos habían hecho búsquedas en sus escritos para coincidir con que se encontraban frente a un signo de oscuros tiempos y propósitos todavía no concluidos. La mesa redonda era un galimatías de papeles con escritos de caracteres matemáticos, acompañados por esferas armilares y algunos compases y cuadrantes. El más cansado entre los nobles caballeros era, sin duda, el capitán Guillem de Castro, que desde la noche anterior, toda en vela para repeler el ataque de los piratas berberiscos y para agenciarse de otro ejemplar de matemática prohibida para sus teatrales proyectos, no había podido pegar ojo. Pero era un hombre entrenado para ello y mucho más, lo mismo que el propio Lope que había sobrevivido al desastre de la Armada Invencible y a tantas otras jornadas en las madrileñas mazmorras.

—Bien, caballeros —comentó el canónigo—. Hasta el momento lo que nos queda claro es que los autores de este aberrante crimen algo tienen que ver con los judíos. ¿No es así?

—No sé, padre, es una sensación, pero...

—¿Pero qué, Lope?

—Demasiado fácil. Algo me dice en el corazón que creo que alguien ha elaborado un compendio de signos para que creamos todos que hay que inculparles a ellos.

—Bien, Lope. Es ahí donde quería que llegaran vuestras mercedes. Eso mismo he pensado al examinar el cadáver y eso mismo es lo que he ocultado al inquisidor Zárata. Pero hasta el momento todo son teorías, nada está comprobado y, por tanto, deberemos contrastarlo.

—¿Con quién, padre?

—¿Con quién os imagináis, don Bernardo?

—No sé bien con quién, pero sí sé que para ello hemos de ser cautos y no levantar ningún tipo de sospechas. Pues si nos vieran aproximarnos al viejo cabalista y místico de un modo natural, pronto sabrían de otra de las fuentes de nuestra recepción de libros prohibidos.

—Nada temáis, don Bernardo, extremaremos el cuidado —apuntó don Guillem de Castro.

—Si vos lo decís, pero hasta que no sepamos a ciencia cierta la identidad de los verdaderos culpables, nada debe de intuir la Santa sobre nuestras averiguaciones, pues ya bien se conoce que sedientos van de culpar a quien sea, aunque sean inocentes, para dar al rey números para el fuego.

—Y seguir con la propagación de miedo a la población ignorante para perpetuar de ese modo, como bien sabemos, sus oscuros dominios y propósitos por nuevas y largas centurias —completó Guillem.

—Calmaos, capitán. Pronto las conciencias todas despertarán —agregó el padre Tárrega.

Al decir estas justas palabras se oyó una reconocida forma de golpear la puerta del estudio. Guillem de Castro se dirigió a la misma y al abrir se encontró con otros dos caballeros vestidos de pardo, con jubones de gamuza y sendos nobles herreruelos y el semblante algo desencajado.

—Señor Virués, señor Rey de Artieda, ¿qué demonios ha ocurrido para que portéis ambos esa oscura nube en el rostro?

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Virués sin apartar la mirada, lo mismo que Rey de Artieda de Lope de Vega, el nuevo.

—Tranquilos —respondió con tono fraternal Tárrega, pero sin separarse de su preocupación ante la alterada llegada de sus compañeros—. Ya ha llegado el momento en que se una del todo a nosotros.

—¿Estáis seguro?

—Un grado más —asintió el padre de un modo alentador—. Solo un grado por el momento.

—Si vos lo decís.

—Pero decidnos presto, ¿a qué ese semblante tan serio?, ¿qué ha sucedido?

—Algo terrible, padre —contestó Rey de Artieda.

—Un asesinato brutal —añadió Virués.

—¿Otro? —preguntó con preocupación y asombro Guillem de Castro.

—En la misma Seu —concretó Rey de Artieda.

—¿Qué estáis diciendo? —dijo el segorbino al tiempo que se levantaba con la tensión de quien ya es conocedor de todo el mal posible—. Hablad.

—Los alguaciles han cubierto la zona —se apresuró a puntualizar Rey de Artieda—. El Santo Oficio trata de ocultar la atroz escena. Pero, al parecer, ya han corrido las noticias. La gente comienza a conjeturar. Está muy asustada.

—¿Sabemos de quién se trata? —preguntó el capitán Guillem de Castro.

—¿El autor de la atrocidad?

—No, la víctima.

—Nada todavía —precisó Virués—. No han querido dar nombres ni explicaciones, solo han venido los de la Santa a por nosotros.

—¿Los de la Santa?

—Para que os localizáramos con urgencia, padre. Esperan a vuestra merced.

—¿Otra vez? ¿En la casa del Santo Oficio?

—No, en la catedral.

—Han preferido no tocar nada hasta que vos llegaseis.

—¿Algún testigo esta vez? —preguntó el capitán de la Guardia de Costas.

—Solo uno. El padre Matías Ricart —puntualizó Virués.

El padre Tárrega dirigió su atención hacia don Jerónimo al escuchar este nombre.

—Pero de nada nos servirá.

—¿Por qué decís eso?, el viejo cuidador de la catedral tiene en buena estima a nuestro canónigo Tárrega, ¿no es cierto, padre?

El padre Agustín se encontraba con el ceño fruncido y la mirada fija en Virués.

—Lo siento, padre, pero el viejo canónigo abandonó esta vida al descubrir el crimen.

—Sed más explícito —exigió el canónigo.

—Hay rumores que ya inundan las calles. Se habla de obra del maligno.

El padre Agustín quedó pensativo unos segundos dando la espalda a sus hermanos. Incluso a un hombre de paz, razón y lógica como el padre Tárrega podía alguna circunstancia inesperada generarle una vehemente vibración de energías en lo más recóndito de su ser.

—Vayamos rápido a la Seu —dijo.

Don Bernardo activó el mecanismo que apagaba el circuito de fuego en espiral para dejar una vez más en total oscuridad todo aquel tesoro clandestino

cuando ya todos salieron del estudio secreto.

Las campanas repicaban cuando el grupo presidido por el canónigo segorbino se adentró a paso decidido en una concurrida plaza de la Seu provenientes todos ellos del palacio de Catalá de Valeriola. Atravesaron ese mar o charca amplia de burgueses, mujerzuelas, chusma, estudiantes, alcahuetas, mercaderes y soplones de alguaciles de distinto rostro y calado hasta llegar a la puerta de los Apóstoles. El rosetón, de cara al exterior, se encontraba tapado por una enorme tela inquisitorial y negra. A los pies de la entrada varios alguaciles acordonaban la puerta.

—¿Arreglos en las vidrieras? A quién quieren engañar. Algo tremendo ha pasado ahí dentro —comentaba uno de los anónimos y mellados prójimos.

—Sí, y no nos lo quieren decir —añadió otro receloso andrajoso justo antes de escupir al suelo.

—Dicen que se presentó esta noche el mismo diablo. Por ello nos están protegiendo —puntualizó sin dientes una despeinada ramera.

—Esos no protegen nada más que sus arcas y sacas de dinero.

La gente arremolinada, en plena efervescencia de inquietud e interrogante ya no medía la distancia ni las palabras delante de los alguaciles. En medio de los rostros humildes, arrugados por la ignorancia, apareció el padre Tárrega con su séquito de fieles con rostros tales que ni la dignidad podía enmascarar el comprensible cansancio por tan intensas jornadas. Al atravesar el cordón el canónigo y alcanzar la puerta, los alguaciles sellaron su paso con la cruzada de dos lanzas. Uno de rango superior les espetó para que le dejaran pasar. Cuando los demás quisieron seguirle, el alguacil de superior rango se apresuró a ordenar:

—Solo vuestra merced, padre.

—Los necesito para mejor acometer mi trabajo.

—Está bien —dijo el alguacil sin apartar su recelosa mirada de la compañía del canónigo—. Pero que os acompañen dos. Ni uno más.

El padre Tárrega indicó a Lope de Vega y a Guillem de Castro que le asistieran con un gesto de su mano.

—Esperen aquí vuestras mercedes —comentó el canónigo segorbino con toda la privacidad posible a Rey de Artieda y Virués—. No tardaremos mucho.

Los tres hombres entraron en la catedral. El resto de los acompañantes quedaron a las puertas, rodeados de centenas de pobres y no tan pobres almas de Dios, indignadas en encendido interrogante ante lo que pudiera albergar el interior de la catedral que, por orden de la Santa Inquisición, acababa de ser sellada y acordonada con absoluta prohibición de entrada.

Una vez pasado el vigilado umbral, el padre Tárrega se encontró con un joven colaborador en la Seu entre otros varios canónigos con rostros apesadumbrados.

—¡Padre Tárrega! ¡Estábamos todos preocupados por vos!

—¿Qué ha pasado aquí, hermano Sebastián?

—No sabría bien decirle padre, todo es muy extraño. No sé muy bien...

—Empezad por lo que sí sabéis.

—El padre Matías —contestó titubeante el joven canónigo—. Lo hallaron muerto.

—Ningún rastro de violencia, he podido saber.

—Ninguno. Al parecer sufrió una conmoción al contemplar...

El joven canónigo miró hacia arriba. Lo mismo hicieron el padre Agustín y sus acompañantes, para encontrarse con una nueva tela negra que ocultaba la totalidad del rosetón.

—Han dispuesto un tablero de madera para poder observar desde arriba. Se accede mediante esa escalera.

—Comprendo. Han trabajado bien rápido los de la Santa, a fe. Al señor De Castro ya le conocéis —comentó el padre Tárrega sin dejar de observar hacia arriba—. Este es el señor Lope de Vega. Hablad sin temor delante de ellos.

—El padre Matías cuidaba esta noche de la catedral. En su ronda última antes de retirarse a dormir parece ser que descubrió lo que ahora la Santa Inquisición está ocultando.

—Lo tienen también cubierto por el interior —detalló Lope de Vega.

—Otra tela negra e inquisitorial cubriendo... No me gusta nada esto, a fe que no me gusta nada —comentó el capitán de la Guardia de Costas.

El alguacil al mando de la oscura guardia que vigilaba el lugar de los

terribles hechos se aproximó al canónigo y su compañía.

—¿Sois vos el padre Agustín Tárrega?

—Así es.

—Tengo órdenes de acompañaros hasta arriba. Hemos dispuesto unas escaleras de madera para que pueda acceder al rosetón. Vuestras mercedes pueden esperar aquí.

—Estos caballeros me acompañan en la investigación.

—Nada de eso me han comentado, y yo...

—Me acompañan, digo.

—Como guste vuestra merced. Solo una cosa antes de que suban. Van a presenciar algo para lo que igual no están preparados. En cualquier caso, excuso decirles que llevamos a cabo las diligencias de este suceso con la más extrema de las discreciones.

—Pues, si me lo permite vuestra merced, no demasiado extremada, pues toda la plaza empieza a hacerse incrédulo eco de lo que aquí dicen vuestras mercedes que ha sucedido —indicó Guillem de Castro.

—Puede ser. Pero no en la forma en que se ha realizado la diabólica atrocidad —contestó con aire desafiante el alguacil al capitán—. Y nuestra labor, como bien saben vuestras mercedes es la de mantener el orden y los valores cristianos por encima de todo.

—Veamos qué es lo que tan altamente cubre esa oscura tela —dijo con tono conciliador el canónigo segorbino.

El padre Tárrega se aproximó hacia la escalera de madera custodiada por otro oscuro guardia. Le observó hasta los pies y de súbito algo que contempló le hizo cambiar el rostro.

—¿Me permitís? —le preguntó al guardia indicándole con la mano que se moviera un poco hacia su derecha—. Desplazaos por favor.

El guardia miró al alguacil. Este asintió con la cabeza. El guardia se retiró de su posición y el padre Tárrega se acercó al espacio cedido por el guardia. Se inclinó y con el faldón a ras del suelo sacó su arqueta. De ella extrajo un vidrio redondo perfilado por una varilla de hierro que llevó a su ojo derecho. Con la lente se inclinó como un niño que jugase con hormigas hacia el rincón de la pared. Y de un modo muy delicado cogió con los dedos de su mano izquierda una diminuta porción blanca de algo irreconocible, un insignificante pedacito de papel o pergamino tal vez, eso pensaron Lope de Vega y Guillem de Castro que era lo que su maestro contemplaba, ya de pie unos segundos más

con aquella lente que aumentaba el tamaño de su ojo.

—Interesante. Muy interesante —dijo el canónigo segorbino como para sí.

—¿Piensa vuestra merced subir? —preguntó interrumpiendo el alguacil.

—Por supuesto —contestó resuelto el padre Tárrega.

Colocó en su arqueta la lente. También en ella, con cuidado y en una pequeña telita que tenía dispuesta para tales tipos de diminutos objetos en el interior, aquel trocito blanco. Guardó en el bolsillo interior la arqueta y se dirigió de nuevo a la escalera elevando su hábito a la altura del muslo para que no tropezaran sus sandalias con la tela, y comenzó a subir los primeros peldaños. Lope de Vega y Guillem de Castro observaban el ascenso de su tutor. Así mismo, el joven canónigo de la Seu, con rostro circunspecto y manos entrelazadas. De súbito el canónigo segorbino detuvo su paso y volvió su rostro hacia abajo.

—Señores De Castro y De Vega. ¿A qué están esperando vuestras mercedes? Suban también conmigo.

Se miraron un instante antes de cumplir la sugerencia de su maestro. Primero fue Guillem quien se dirigió a la escalera. Le siguió Lope. El padre Agustín les esperó en el tablero antes de descubrir la tela oscura. Una vez estuvieron los tres arriba, el canónigo tuvo un momento de silencio antes de decir:

—Mucho me temo que lo que esconde esta tela es una de esas cosas que no vamos a poder olvidar jamás. Una vez nos enfrentemos a ello tomaré nota de todo signo que pueda facilitarnos la comprensión de los hechos acaecidos en esta ciudad desde ayer noche. Limítense vuestras mercedes más tarde a mencionar si así fuera menester tan solo las cuestiones superficiales del asunto. Pero todo lo demás, lo que tal vez les comente, lo que veamos más allá de lo que se puede llegar a ver, eso es materia íntegra de nuestro secreto. ¿Queda entendido?

—Entendido padre —respondió con semblante serio Guillem.

—Entendido —añadió Lope.

—Bien. Pues vamos allá.

Abrió la tela por el lateral izquierdo, lo suficiente como para que pasaran los tres hombres sin mostrar a los que quedaban en la parte inferior nada más que su desaparición por el negro lienzo que les engullía para el posible hallazgo de respuestas. Abajo, el joven canónigo colaborador de la Seu, cerraba los ojos y sus manos se unían de un modo tal vez subconsciente, en

firme propósito de rezo.

—¡Santo Dios!

No era para menos. Hasta un hombre con las constantes dudas existenciales de Lope en aquel momento no podía sino recurrir a tal expresión ante tal atrocidad. A un metro y medio de los caballeros y del canónigo segorbino, un cadáver masculino, anciano y flácido, quedaba pegado a las vidrieras centrales del rosetón. Con ayuda de unas cuerdas bien atadas a unos ganchos de forja fijados a las piedras de la pared, las cuatro extremidades de la inerte y desnuda figura quedaban alineadas en tensión, de tal forma que pareciese el cadáver como flotando en el aire con los brazos y las piernas extendidos.

—¿Quién es capaz de algo así? —se preguntaba Guillem de Castro.

—La pregunta, querido señor De Castro, no es quién, sino por qué — corrigió el padre Agustín.

El canónigo se tomó un tiempo para escrutar a la nueva hedionda forma.

—Traten vuestras mercedes de separar sus emociones de la lógica.

—¿Es eso posible?

—Es eso necesario. Manténganse fríos y objetivos o no podrán ver ciertas cosas. Bien. ¿Qué tenemos aquí?

El canónigo segorbino lanzaba la pregunta a sus discípulos con intención de llevarles hacia donde tantas veces les había llevado en otro tipo de cuestiones en la corrala o en el estudio secreto.

—Un asesinato brutal, sin duda —contestó Lope de Vega contemplando aquella horrible mortandad.

—Eso es lo evidente, pero veamos más allá. Como si estuviéramos analizando una obra de teatro desde la *casuela*, o como cuando las analizamos ya escritas en el estudio.

—Es un hombre. Anciano. De unos sesenta años.

—Muy bien, señor De Castro. ¿Y qué más?

—Ha muerto por heridas de dagas y puñales. Varias.

—Por el acero también de algunas vizcaínas —sugirió Lope de Vega.

—Brillante, señor De Vega. ¿De la misma persona?

—No. Más de uno —se apresuró a contestar Lope—. Las incisiones son bien distintas.

—Y ¿qué opináis, Lope?, ¿se las han provocado aquí mismo?

—No sabría decir.

—Sí que sabría. Desde lo evidente. Regresemos ahora a lo evidente.

—Podría ser... —respondió tras unos segundos de valoración de posibilidades.

—No. No podría ser —corrigió el canónigo—. A no ser que un grupo bien dotado de cubos y trapos hubiese eliminado con esfuerzo regueros de sangre ahí abajo —se adelantó a precisar el canónigo—. Pero ahí abajo nada más había que un pequeño charco de sangre, ¿no es cierto, caballeros?

—Así es.

—El propio del goteo desde lo alto de las heridas. Pero ningún indicio más de restos de sangre en otros puntos del suelo.

—Eso es cierto —confirmó Guillem de Castro.

—La única sangre que ha quedado, y no han querido los alguaciles limpiar para que la comprobásemos, es la resultante del goteo de la última cantidad que albergaría esta pobre alma de Dios una vez lo hubiesen elevado al rosetón de esta increíble y espectacular manera.

—¿Adónde queréis llegar, padre?

—No pocos han podido realizar tal acto en un corto período de tiempo. Y que estaba ya premeditado.

—¿Cómo podéis saber algo así?

—Deduzco que esos ganchos de forja con los que han tensado las cuerdas han podido ser colocados poco a poco, un par por noche, y con una técnica nada desdeñable. Ni un informe hemos escuchado ninguno de los padres cuidadores de la Seu que notifique la colocación de estos elementos. Por tanto, quien los ha colocado...

—¿Sí?

—... sin duda, ha contado con la colaboración de alguien de dentro.

—¿Estáis seguro, padre?

—Querido Guillem, o mucho me equivoco o una vez más nos encontramos ante un asesinato que se ha realizado en otro lugar y que se nos muestra de esta teatral, atroz y espectacular forma para generar un mensaje.

—¿Qué mensaje?

—El del miedo, querido Lope. Aunque tal vez debería puntualizar: el del contramiedo.

—Creo que ya os entiendo —comentó pensativo el señor De Castro.

—Pues yo no sé adónde quieren llegar vuestras mercedes.

—Son solo suposiciones. Pero veamos. Nos encontramos ante numerosas similitudes con respecto al asesinato de la anterior jornada.

—¿Numerosas?

—Los asesinos están sistematizando sus terribles actos —prosiguió con ceño fruncido y mirada perdida el padre Tárrega, elevando un tono la voz, presa inconsciente del entusiasmo que siempre acudía al canónigo cuando se encontraba ante un nuevo desafío de deducción—. Mismo desnudo, misma colección de dagas en las carnes. Mismo tipo de víctima.

—¿Qué queréis decir con mismo tipo de víctima, padre?

—¿Todavía no se han dado cuenta vuestras mercedes de quién es este hombre?

—A fe que no sabría decir... —contestó confuso Lope.

—Observen las cuidadas uñas de las manos, exentas de todo indicio de labor rural o artesanal. Observen si existe algún callo en los dedos.

Los dos discípulos se aproximaron hasta poder percatarse con seguridad de lo que apuntaba su maestro.

—Es cierto, ninguno parece que... ¡Cielo santo!

—¿Ya os habéis dado cuenta señor De Vega?

—¡Le falta el dedo anular!

—Efectivamente, como a la anterior víctima, el *digitus anularis*.

—Se lo han arrancado.

El padre Agustín sacó del interior de su hábito una vez más su estirada arqueta, la abrió y, de entre los utensilios que guardaba en ella, tomó de su interior una pluma, un diminuto tintero y unas conocidas pinzas de acabado metálico con perfectos aros donde poner los dedos. A continuación, de uno de los bolsillos de su hábito se agenció de un pequeño cuaderno con cubierta de cuero.

—¿Pero quién es este pobre diablo?

—Es curioso que lo apreciéis como pobre, y como diablo pues...

—¿Todo bien por ahí arriba?

La voz del alguacil de superior grado llegó con contundencia desde abajo. Lope se apresuró a asomar la cabeza.

—Todo bien, alguacil. Enseguida bajamos.

—¿Necesitan vuestras mercedes ayuda?

—Necesitamos que no interrumpan al padre Agustín hasta que haya acabado.

—Comprendo, disculpen vuestras mercedes.

Lope de Vega regresó al amagado interior. El padre Tárrega tomaba notas

en su pequeño cuaderno. Acto seguido se dispuso a introducir las pinzas en el recto del cadáver. Lope y Guillem encontraron sus miradas entre incrédulas y sorprendidas. Los tres hombres se miraron a continuación entre sí un instante. Con cuidado extremo, el canónigo introdujo las pinzas para, tras unos segundos tanteando con sumo tiento, comenzar a extraer poco a poco del pestífero orificio un dedo anular que mostró con el rostro grave a sus dos acompañantes.

—Y una vez más, con dos anillos incluidos.

—¿Anillos pastorales? Santo Cristo, se trata pues de otro...

—Otro cardenal, para ser exactos —comentó al tiempo que extraía del dedo amputado el más grande de los anillos—. Sí, en efecto.

—¿Hay algo escrito en el interior del anillo, padre?

—Un nombre. De nuevo la víctima es alguien muy próximo a su majestad. Otro de sus hombres de confianza.

—¿De quién estáis hablando?

—Caballeros, tienen ante vuestras mercedes al cardenal Bartolomé de Borja, o al menos lo que queda de él —confirmó el canónigo entregando el anillo a Guillem de Castro, que también leyó su interior y lo pasó a su vez a Lope de Vega—. Al igual que la primera víctima, un hombre también muy influyente en asuntos de Estado. Me pregunto qué está atrayendo a tanto cardenal próximo al rey a Valencia.

—¿Por qué no los habrán extraído? —preguntó Lope.

—¿El qué?

—Los anillos. O uno de ellos al menos.

—Buena pregunta, Lope —precisó sin apartar la vista de aquella concreta atrocidad Guillem de Castro.

—Porque los coadjutores pretenden que sepamos que no les mueve nada relacionado con reales de plata en estos atroces sucesos —puntualizó el canónigo acariciando su barbilla—. Pero, en realidad, solo uno de los anillos es pastoral. El otro viene a ser el mismo que el que portaba el amputado dedo índice del cardenal Ortiz de Liñana. Una vez más el sello recoge, como bien pueden observar vuestras mercedes, un escudo con un sencillo signo: una S con un palo cruzado en diagonal... —El padre Tárrega quedó pensativo ante la hedionda figura colgada—: Sí.

—¿Sí?

—Mucho me temo que si le diésemos la vuelta a este cadáver nos

encontraríamos con el mismo signo sellado en la espalda a fuego. Présteme ayuda. Traigan vuestras mercedes, cada uno hacia sí por un lado, todo lo que puedan a esta pobre alma, de manera que pueda mirar por detrás, por su espalda, unos segundos.

Cumplieron la petición del padre Tárrega, y agarraron con cuidado pero con firmeza desde la parte elevada de las desnudas piernas del despojo del cardenal Bartolomé de Borja y tiraron hacia sí. El canónigo pudo asomarse entre el nuevo hueco de separación que procuraban los caballeros entre el cadáver y la vidriera, tapándose la nariz con la tela de su faldón.

—¡Ahí lo tenemos! ¡Ahí está el signo!

El padre regresó del hueco reflejando en el rostro la casi insoportable pestilencia de la nueva víctima.

—Dejen vuestras mercedes ya de sujetarlo. Con cuidado. Con mucho cuidado.

Los caballeros regresaron a la posición inicial al hediondo despojo del cardenal.

—Una vez más la S atravesada por el palo horizontal.

—¿Y a qué creéis que responde tal signo, maestro?

—Como ya hemos compartido con los demás, una S cruzando una línea es un signo que responde a los primeros gnósticos, cuando propagaron en Alejandría la manera de solucionar el problema del origen del mal —explicó el padre Tárrega—. No es que se me haya pasado apuntarlo a vuestras mercedes en el estudio, es tan solo que ahora que observo la repetición del signo es cuando más entiendo que hay que profundizar en ello. Verán, los oficias rendían culto a la serpiente —al nombrar esta palabra, con el dedo dibujó la misma forma de S del anillo— y sus iniciados recibían un sello y una cifra misteriosa. No aceptaban al Dios de la Biblia. Creían que existía el anillo totémico y una serpiente sagrada, que era el origen más antiguo y misterioso de la verdadera iniciación. La serpiente es un culto muy remoto y el Génesis recurrió a ella en el pasaje de Adán y Eva. Moisés recogió esta creencia en sus fuentes de iniciación, en Egipto, donde se instruyó.

—¿La serpiente habría ayudado al hombre contra... Dios?

—Interesante, ¿no es cierto, Lope? Muy provocador. Resulta, por lo tanto, simbólico, que la serpiente quisiera ayudar al hombre.

—¿Para perderlo y provocar la ira de Dios? —insistió Lope de Vega.

—A los exegetas no se les escapaba que este pasaje no se sostenía en sí

mismo. Sabían que la serpiente era un símbolo universal. Ha aparecido en varias ruinas y pirámides de las Indias. La serpiente emplumada de Quetzalcóalt. También en la *naja* de las divinidades de otros continentes. Pero, sobre todo, lo que no hay que olvidar es que una serpiente era el símbolo de Amon-Ra, de lo que ya os hablé en sesiones anteriores a vos, Guillem, y a los demás.

—¿En qué pensáis, padre?

—En Menandro, discípulo de Simón el Mago, cuando predijo aquello de: «Nadie puede pensar en ser superior a los ángeles creadores del mundo, si antes no adquiere la magia que yo enseño y no se participa en mi bautismo. Y los que se muestren dignos alcanzarán la inmortalidad, o sea que no morirán y permanecerán sin vejez en una vida inmortal.»

Lope de Vega y Guillem de Castro no podían ocultar la admiración por su tutor y mentor. Este sonrió sabedor del sentimiento de sus discípulos.

—Está claro que las víctimas están conectadas en un asunto que ha provocado sus propias muertes, mediante las cuales los asesinos nos están dejando un mensaje claro:

—¿Qué mensaje, padre?

—«Estos, los hombres de Dios, no son tan buenos como dicen ser.»

—¿Y quiénes nos envían este mensaje?

—No estoy seguro. Todavía. Pero lo que sí está claro es que tenemos a un grupo de asesinos que nos están lanzando un señuelo.

—¿Un señuelo?

—Tenemos el signo de la S cruzada por el palo en diagonal, pero también tenemos esto.

—No sé muy bien a qué os referís, padre.

—¿Dónde está colocado este cadáver?

—En el rosetón —contestó resolutivo Lope.

—Mirad más allá.

—No sé, padre. En las vidrieras —dijo Guillem.

—¿Y qué veis en esas vidrieras?

—¿Luz? Bueno, en estos momentos con las telas negras no, pero...

—Veis lo evidente. Ahora miren vuestras mercedes más allá.

Tras una pausa en la que los dos caballeros trataron de averiguar lo que el padre Tárrega les sugería, desistieron. Al mismo tiempo regresaron sus miradas al maestro segorbino.

—Ese cadáver se encuentra sellado en medio de la cruz de Salomón —  
precisó el padre Tárrega.

Tanto Lope de Vega como Guillem de Castro se quedaron contemplando la  
indicción del padre Tárrega.

—¡Cielo santo!

—¿Ya lo ven vuestras mercedes, caballeros?

—Sí —dijo Lope.

—La ven ahí, en medio, ¿no es cierto? Muy pocos son los que reconocen  
este símbolo en este lugar, en la catedral, pero ahí se encuentra, en medio del  
rosetón. La estrella de David. También llamado escudo de David, por estar  
compuesto de dos escudos triangulares que están uno encima del otro.

—Como es arriba es abajo.

—Efectivamente, querido Guillem. Como es arriba es abajo. ¿Y qué es lo  
que tenemos hasta el momento? Un asesinato abajo. Y un asesinato arriba.

—¿Creen vuestras mercedes que han colocado el cadáver aquí para que nos  
diéramos cuenta de eso?

—Todo tiene un por qué señor De Castro. En el tiempo de David, unos mil  
años antes de Cristo, esta era una forma común para los escudos militares. En  
la religión cáltica de los egipcios, la estrella de David era desconocida. No  
fue sino hasta dos mil quinientos años después de su inicio que comenzó a ser  
empleada para otros amagados objetivos.

—Queréis decir que...

—Que en nuestros tiempos la estrella de David está asociada con grupos  
ocultos.

—¿En la propia catedral?

—Son tiempos en los que todos debemos andar algo escondidos, como bien  
sabéis. Nuestra Seu está llena de símbolos y rincones paradójicamente ocultos  
para los propios católicos. Muy pocos lo saben.

—¿Y qué podemos hacer ahora?

—Ahora debemos bajar, con semblantes serios, tratando de no delatar más  
que preocupación y casi ningún hallazgo tras nuestras breves investigaciones.  
Nada digan vuestras mercedes ni siquiera a los de nuestro grupo.

—¿Ni siquiera a ellos? —cuestionó confuso Guillem de Castro.

—Ni siquiera a ellos. De momento. Bajemos. Aquí ya hemos concluido.

El padre Tárrega comenzó a descender primero por la escalera de madera.  
Le siguió Lope de Vega y en último orden Guillem de Castro, no sin antes

lanzar un último vistazo a aquel despojo de mortandad y culpa cosido a pequeños y medianos aceros. El alguacil esperaba ansioso de posibles respuestas. Una vez alcanzó casi el suelo, y mientras se recomponía la sotana, este se adelantó a preguntar.

—Y bien, padre, ¿habéis sacado algo en claro?

—En ello estamos. En ello estamos.

—Quedan dos hermanos de la Santa que valorarán y analizarán el cadáver. Después de lo cual lo trasladaremos junto a la víctima de ayer, en la misma sala mortuoria hallaréis a ambos por si fuera menester para vos otras horas de observación y comprobaciones.

—Os lo agradezco.

—Y Dios quiera que otro judío o moro resentido no nos haga revivir otra cruenta jornada mañana.

—¿Cómo estáis tan seguro de lo que decís?

—Perdón, padre.

—Me refiero a eso mismo que apuntáis. Estáis del todo seguro que se trata de un judío o de un moro.

—Hay cristianos de mala calaña, pero no de tan diabólica naturaleza. Ayer noche encontraron a un sospechoso justo en la parte posterior de esta puerta misma. El padre Matías falleció a sus manos.

—¿Qué estáis diciendo?

—Un chico, un niño morisco. Cada vez son más curiosas las formas que adopta el maligno.

El padre Tárrega sintió el frío intenso de hiel en su espalda al valorar cierta posibilidad.

—Bien, os dejo. Quede vuestra merced a fácil disposición nuestra, padre. El inquisidor Zárata así nos ha indicado que le digamos.

El alguacil salió en dirección a la plaza. Quedaron entre otros canónigos y más y más alguaciles en el interior el padre Tárrega, su joven colaborador en la Seu, Guillem de Castro y Lope de Vega. Todos comprendían lo que le estaba rondando por la cabeza y el pecho al canónigo segorbino. Y nada pudieron hacer por impedir que saliese a toda prisa de la catedral. Lo único que les quedaba a Lope y a Guillem era seguir a su embravecido maestro.

A la salida de la Seu se podía respirar un agitado y tenso ambiente propiciado por la numerosa presencia de alguaciles que acordonaban la entrada de los Apóstoles, o interrogaban a viandantes e incluso se llevaban preso a algún inocente lleno de purulencia en el ignorante rostro. El sol comenzaba a aposentarse regio y contundente sobre la plaza y el denso miedo de los ciudadanos de la Valencia de esa nueva y confusa mañana. El padre Tárrega se acercó a sus leales.

—¿Habéis sacado alguna conclusión ahí dentro? —se adelantó a preguntar don Bernardo.

—Más de una, pero no es lugar para comentáros las. Síganme vuestras mercedes. Tengo que cerciorarme con urgencia de algo.

El canónigo comenzó a atravesar los muros de personas seguido por sus acólitos. Una vez alcanzaron la parte más despejada de la plaza en dirección a la casa del Inquisidor y sin detener su acelerado paso, ofreció un brevísimo resumen de lo recién escrutado bajo las oscuras telas. Con prontitud alcanzaron la casa del Santo Oficio. El padre Tárrega detuvo sus pasos justo a unos metros de la entrada. Tras él, ni uno solo de los caballeros podía ocultar la evidente muestra de preocupación en sus nobles rostros.

—Espérenme aquí.

—Pero padre, ¿no sería más prudente que le acompañásemos?

—El señor De Castro tiene razón —dijo Virués.

—Es cierto, al menos alguno de nosotros debería...

—¡No! Voy a dirigirme a él a solas.

El padre Tárrega se dispuso a entrar una vez más en aquel lugar mal llamado santo. Uno de los alguaciles de la entrada le frenó el paso con la lanza de un modo cruzado. Con una mirada bastante alejada de las suaves intenciones, el padre segorbino dejó claro que ya empezaba a estar harto de este proceder.

—Decid a vuestros superiores que el padre Tárrega desea ver al inquisidor Zárate.

Hubo una incómoda pausa que pronto se vio quebrada por la rotunda e imperiosa voz del padre.

—¡Hacedlo!

El alguacil miró con respeto a los acompañantes del padre Agustín, luego regresó su mirada para encontrarse con la del padre, que recalcó con sus ojos serios lo poco en broma que estaba hablando. Apoyó su mirada en su compañero de guardia, y este se dirigió raudo hacia dentro. En el quicio permanecieron en un suspenso duelo alguacil y canónigo. A los pocos segundos apareció el joven inquisidor Jerónimo Díaz del Castillo, con su pulcra vestimenta negra, mirada azul y oscuro cabello. En su semblante ya no se hallaba aquella sonrisa límpida de la anterior jornada, más bien al contrario, su blanquecino rostro reunía una tensión amenazadora hacia el canónigo.

—Padre Tárrega. Mostrad un poco de serenidad y decoro ante el Santo Oficio.

—¡Llebadme ante vuestra excelencia, digo!

—Acompañadme —dijo tras una pausa que sostuvo con una media sonrisa — y, por favor, dejad afuera esa actitud ceñuda que bien poco os servirá, insisto, en esta casa.

El padre Tárrega entró en la casa del Santo Oficio. Una vez más caminaba por el tosco pasillo junto al joven inquisidor. Pero esta vez los ánimos del canónigo se encontraban mucho más tensos que en la anterior jornada como para entablar renovada conversación. Así mismo, los pasos de ambos hombres que llegaron pronto al conocido patio interior, el cual bordearon hasta dar con la presencia del inquisidor Zárate de espaldas.

—Aquí lo tenéis, Excelencia.

—No os marchéis, padre Jerónimo, quedaos esta vez, por favor.

El joven inquisidor inclinó la cabeza como asintiendo y aceptando la invitación y quedó junto a los dos hombres del Señor.

—Tiene el demonio, Luzbel, un aspecto peculiar y personalísimo —indicó el inquisidor Zárate sin dejar de contemplar la luz que se filtraba por uno de los ventanales del patio—. Y fácilmente reconocible, sí; pero goza también, por voluntad de Dios, de la facultad de incorporarse en animales y seres irracionales, para no ser reconocibles por los posibles pecadores. Sobre todo

cuerpos humanos, hombres o mujeres, e incluso niños.

—Abandonad esa reflexión, Excelencia. Os pido que me digáis dónde lo tenéis.

—¿Me pedís? ¿Vos me pedís?

El viejo inquisidor se volvió hacia el padre Tárrega. Este comprendió que tal vez debía medir sus palabras, y por supuesto sus actitudes.

—Decidme, padre, ¿quién adivinaría que una bellísima virgen adolescente, de mirada llena de ignorancia, limpia como la luz del alba, a la que acaba un pobre católico de conocer, no es sino un disfraz del demonio? ¿Cómo va a descubrir alguien en estos tiempos a Satanás en una pobre anciana que empuja un carrito con higos secos y castañas pilongas y se los ofrece por unos maravedíes a los ociosos y a los hambrientos? ¿Quién si no nosotros?

—Ese niño es inocente. Y vos lo sabéis.

—¿Creéis que voy a permitir más asesinatos de cardenales en mi ciudad? —El padre Tárrega guardó silencio—. ¡Yo solo sé lo que ha vuelto a suceder! ¡Y quién estaba junto a los diabólicos hechos! Tan solo he aplicado lo que vos llamáis... —volvió a recurrir a una de sus artificiales pausas— lógica. No sé si me explico con claridad.

—Os explicáis, sí, con clara oscuridad.

Ambos volvieron a equilibrar desde el silencio el verdadero alcance de esas últimas palabras.

—Puedo haceros detener. Puedo hacerlo ahora mismo.

—¿Con qué motivo?

—Sois el tutor del chico. O debería decir de esa bestia.

No era necesario ser un hombre de mente privilegiada para saber que el inquisidor hablaba con una sinceridad de milenaria piedra.

—Excelencia, detenedme si eso os place y tranquiliza, detened a ese chico, detened a cuantos ciudadanos quepan en vuestras celdas y salas de tortura, y al dejar pasar otra jornada, otra víctima quizá mucho más importante acontecerá sin remedio alguno.

—¿Qué tratáis de decir?

—No se trata de un asesino, ni del maligno. Estamos ante una fuerza de inhumano grupo. Un colectivo sanguinario que con sus terribles actos, con sus asesinatos, nos está dejando un mensaje.

—¿Qué mensaje? —se adelantó a preguntar el joven inquisidor.

—¡Es...! —El canónigo segorbino, víctima de las emociones casi desveló

sus elucubraciones, pero pronto recobró la poca frialdad que le quedaba para seguir con su idea de no establecer todavía al inquisidor lo que rondaba por su mente y sentidos—. ¡Es lo que estoy tratando de averiguar si vuestras mercedes me dejan un poco de tiempo!

—¡No tengo tiempo que ofrecerlos!

—¡Tres jornadas!

Se generó a la petición del canónigo un encendido silencio. El viejo inquisidor miró a su joven colaborador y respondió.

—Una.

—¿Una?

—Y recordad. Si no halláis al culpable tendremos que ofrecer uno.

—¿Ofrecerlo a quién? ¿A la ciudad?

—No, padre, no seáis tan ingenuo, a su Prudente Majestad, a Felipe II, nuestro emperador —se atrevió a especificar el joven inquisidor.

—¿Qué estáis diciendo?

—Supongo que habréis comprobado que la nueva víctima es el cardenal Bartolomé de Borja, otro hombre próximo a su majestad. Otro de sus hombres de confianza en asuntos de Estado —simplificó el joven.

—Ya os previne, padre Tárrega —continuó el inquisidor Zárate—. Cuando el rey sea conoedor de los terribles hechos acontecidos pedirá un alto castigo. Ambas víctimas no solo eran cardenales, sino hombres próximos a su majestad, como bien apunta el padre Jerónimo. Si comprueba que no hemos solucionado el problema tomará tales represalias que podrían derivarse en el origen de otras Germanías. Ya os lo dije ayer. Y eso sería un desastre. No quiero conflictos durante mi mandato en esta ciudad.

—Sabemos que los espías de los Austrias andan por todas partes. No contamos con tiempo para...

—Pero si me ofrecéis tan solo una jornada antes de que...

—No tendríais que preocuparos —se adelantó a precisar el padre Jerónimo cortando al canónigo—, una jornada es un tiempo más que razonable para un hombre de capacidad deductiva tan grande como vos.

—Resolved este asunto ya mismo —declaró el joven inquisidor con tono inquietantemente conciliador— o lo resolveremos nosotros mismos.

—¿Inventando un culpable?

—De cualquiera de las formas, padre Agustín —precisó sin titubeo alguno el inquisidor Zárate—. Lo resolveremos de cualquiera de las formas.

—Entren vuestras mercedes en razón. Excelencia, os lo suplico. ¿Walel? ¿Cómo puede un niño de diez años haber subido un cuerpo adulto y colgarlo en el rosetón? No es tarea posible de un solo hombre.

—¿Habéis hallado algún indicio aclaratorio en la puerta de los Apóstoles?

—De allí vengo con no muchas respuestas todavía.

—¿Y cómo habéis encontrado a la gente?

—No dejan de hacerse preguntas. Un mar de preguntas.

—Os dije, Excelencia, que ya se habla de ello en las calles... —El viejo inquisidor silenció con un gesto a su joven colaborador.

—Pero algo habréis deducido —le dijo al canónigo Tárrega.

—Lo mismo que vos cuando os traigan el cadáver y lo juntéis al del cardenal Ortiz de Liñana en la sala mortuoria.

—¿Qué queréis decir?

—Ya lo he comprobado, Excelencia.

—¿Vos?

—Sí —se excusó rápidamente el joven inquisidor ante su ilustrísima—. Yo mismo me acerqué a la Seu y ordené que ocultaran el cadáver. Di posterior orden de que no tocaran nada hasta que el padre Tárrega lo analizara.

—Se trata de un grupo de asesinos que sistematizan su acto de igual sanguinaria forma. Ese niño, Excelencia, soltadlo. Yo os traeré a los culpables. Es inocente.

—¡Ese niño adoptó una figura monstruosa y enorme, con capacidad de vuelo. Así ha podido. Ese niño es el propio Luzbel!

—¡Vuestra merced está cometiendo un enorme error ante los ojos de Dios! ¡Ese chico es totalmente inocente!

—¡Es el único sospechoso!

—Es cierto —puntualizó el joven inquisidor—. Un vecino lo vio por las inmediaciones. El propio padre Matías murió en sus brazos cuando huyó de la catedral ante el atroz descubrimiento.

—Deme algo más de tiempo para demostrar que él no tiene nada que ver. No creo que pueda resolver el asunto en una jornada.

—No es posible. El interrogatorio comenzará mañana. Y tendrá que decir lo que sabe.

—¡Ese chico es mudo!

—¿Cómo decís? ¿Es eso cierto?

—Me temo que sí, Excelencia —contestó el padre Jerónimo.

—Quedó sin habla —se adelantó a precisar el padre Tárrega—. El niño tenía cinco años cuando sus padres... —El padre Tárrega encontraba dificultad para encontrar las palabras precisas, tal agitación mostraban sus sentimientos—. Se encontraba con una hermana de su padre. Ella cuidaba de él mientras celebraban un auto de fe en el que quemaron a su madre y a su padre entre otras tantas pobres almas.

—Por herejía —apostilló fríamente el joven inquisidor.

—Tras haberlos encontrado en un conjunto baño —precisó el canónigo segorbino—. Pero en un descuido de la tía el niño se escapó. Siguió a la aglomeración hasta la plaza. Allí el chico trepó sobre uno de los ventanales enrejados. Alcanzó a ver cómo sus padres gritaban de dolor, siendo consumidos por las llamas. Su voz quedó castrada. También muchas otras cosas en su alma, por siempre. Un par de años después la providencia hizo que lo conociera en una callejuela. Estaba solo, asustado. Hablé con su tía. Acordó en entregármelo para cuidar de su formación, sabedora de que conmigo se encontraría más seguro. Le adopté como un hijo, como bien saben vuestras mercedes, y le he procurado su conversión, educación y disciplina cristianas. Ese chico no merece la atmósfera sofocante y enloquecedora de esta cárcel. ¿Dónde lo tenéis?

Los dos inquisidores se miraron entre sí.

—¡He dicho dónde lo tenéis!

El inquisidor Zárate volvió a apartar la mirada de su colaborador.

—En las Torres —contestó este.

—¿En Serranos?

—Ya sabéis que cuando las celdas de la casa del Santo Oficio se llenan de pecadores y herejes nos servimos de las de las Torres. Allí lo tenemos. Y nada temáis. Se le proporciona leche, pan y carne.

—¿Adónde vais, padre?

—Me acercaré a ver cómo se encuentra el chico. Ruego a Dios que no le hayan hecho nada vuestras mercedes.

—Nada le hemos hecho, padre... Todavía.

El padre Tárrega miró a los dos inquisidores en un segundo de esos en los que no se calibra más que lo animal que existe dentro de cada uno sin ser filtrado por razón ni mente, antes de salir de la estancia sin dejar de escuchar cómo le repetía el joven inquisidor...

—Una jornada, padre Tárrega. Una jornada.

—¡Ahí llega! —indicó don Bernardo viendo salir de la casa del Santo Oficio al padre Tárrega.

—¿Dónde tienen al chico? —preguntó Lope de Vega mientras recomponía su hechura cerbatana.

—En las celdas de las Torres de Serranos —respondió un compungido Tárrega.

—Hídeputas —pensó en alto Guillem de Castro.

—Cuidad vuestras palabras señor De Castro —apreció Virués—. Estamos frente a la casa y los alguaciles nos tienen buenas ganas.

—No tenemos tiempo —dijo el canónigo segorbino desde mitad de la calle—. Nos dan solo una jornada. Mañana, de no hallar a los verdaderos culpables comenzarán un juicio al chico. Ya saben vuestras mercedes lo que eso significa —puntualizó al tiempo que quedaba mirando en dirección a las Torres.

—¡Dios santo!

—¿Y qué podemos hacer?

—Resolver este caso, por supuesto. Aunque vaya la vida en ello.

El padre Tárrega comenzó a dirigirse hacia las Torres de Serranos con paso firme. Los demás le siguieron al segundo. Desde una ventana del primer piso, el joven inquisidor clavaba su mirada cerúlea en esos hombres que se alejaban por la calle. Luego regresó al interior de la estancia, sin poder apreciar a tres figuras encapuchadas saliendo de una sombría callejuela frontal, como casi entes transformados a partir de las piedras de las fachadas, que comenzaron a seguir al grupo presidido por el padre Agustín.

Los correligionarios mantuvieron la prudente distancia y separación incluso entre ellos mismos para no levantar sospecha alguna. Ya nada hacía dudar que, con respecto a los hombres que seguían, no temblarían sus manos y temple a la hora de desenfundar aceros, a la hora de desnudar alma, corazones y

vizcaínas.

¿Cómo podían aplicar desde la Inquisición el principio de que la sangre inspira horror a la Iglesia? ¿Cómo podían vivir bajo tamaña hipocresía? Una vez encarcelaban a los culpables, a pesar de que en muchos casos fuesen inocentes, la elección de los instrumentos de tortura era amplia y diversa. Pero el más común y más utilizado de los tormentos en Valencia era uno que consistía en elevar a un acusado a lo alto de una viga de madera con las manos atadas a la espalda por medio de una cuerda que sostenía al tiempo el cuerpo. Se le dejaba caer con velocidad hasta poca distancia del suelo con lo cual se dislocaban todos los miembros de su cuerpo, en concreto los hombros y los brazos. A esta demencial tortura se la conocía como la estrapada. El padre Tárrega no paraba de pensar en ello. Sus sandalias iban restando distancia hacia las Torres de Serranos, que ya vislumbraba al final de la calle. El borde de sus faldones rozaba el polvoriento camino sin preocuparse de posibles charcas ni otras inmundicias propias de las mefíticas callejuelas. Imaginar que me tenían bajo tales martirios generaba en el ánimo del canónigo una vehemente y desconocida energía que sus caballeros adjuntos percibían al acompañar a su maestro hacia las Torres.

—No podemos permitir que le hagan daño. Se lo debo a su padre.

—Todos se lo debemos. Sin él, sin sus capacidades no podríamos concluir nuestras obras —se apresuró a precisar Guillem de Castro.

—¿A su padre? —preguntó Lope de Vega.

—Yazid Temri y el padre Tárrega fueron muy buenos amigos —detalló Guillem a Lope—. Él le enseñó muchas cosas. Era un sabio astrónomo y astrólogo, un iluminado con el álgebra y la trigonometría.

—Pero para los ciegos que dicen llamarse cristianos: un pobre hombre negado, cerril, terco y peligroso hereje —añadió Rey de Artieda—. ¿Sabe vuestra merced lo que significa su nombre, Yazid?

—No —contestó Lope.

—«Dotado por Dios por buenas cualidades» —resumió don Andrés.

—Y esas mismas cualidades son las que nosotros empezamos a manejar en la escritura de comedias —concretó el doctor Jerónimo de Virués.

—Por ello, y de ser descubierto nuestro secreto trabajo, corremos el mismo peligro, en todo momento ante la Santa —advirtió Rey de Artieda—. Ellos nos toman por contaminantes de la palabra de Dios.

—Cada vez toman medidas más extremas para impedir la difusión de las obras del pensamiento —prosiguió Virués—. Cada barco que llega a un puerto de nuestro territorio es inspeccionado por los inquisidores en busca de libros prohibidos, que ya empiezan a ser traducidos y divulgados cada vez en más y mayor cuantía. El capitán de la Guardia de Costas bien os puede corroborar lo que os digo.

—Y en cuanto a los libros publicados en España, están sometidos a dos exámenes: uno antes de la impresión y otro posterior a esta —prosiguió Rey de Artieda—. Sin ambas aprobaciones está prohibido publicar ninguna obra. Os lo digo por vuestro enorme interés en la publicación de las vuestras, señor De Vega.

—Lo que está claro es que esta dogmática vigilancia, desprovista de todo juicio intelectual, permite desde hace tiempo a la Inquisición oprimir el pensamiento —indicó el doctor Virués continuando con su paso firme sin dejar de mirar al avanzado canónigo segorbino y a cada lateral con sospechoso rincón—. Y eso no lo podemos tolerar. Aunque sea de manera secreta.

—Como nosotros —prosiguió Rey de Artieda— ya florecen muchos grupos de hermandades que, ante los ojos inquisitoriales, se promueven como academias, para en realidad mantener un objetivo mucho más importante que el solo superficial ejercicio versal y poético.

—Hasta el papa Sixto IV, hace cien años, llegó a decir: «La Inquisición lleva tiempo actuando no por celo de la fe y salvación de las almas, sino por la codicia de la riqueza» —puntualizó Guillem de Castro—. Uno de los aspectos más llamativos de la organización de la Inquisición es su forma de financiación. Y es que, carentes de presupuesto propio, dependen de las confiscaciones de los bienes de los reos. No resulta sorprendente, por tanto, que muchos de los encausados sean hombres ricos.

—Hay algo mucho más peligroso en todo esto, si se llega a averiguar.

Ante estas palabras del padre Tárrega se generó un silencio cómplice. No sabían muy bien a qué se refería exactamente.

—¿Os preocupa algo, Lope? —preguntó entonces Virués.

—Creo que nos sigue un embozado —comentó Lope sin detener el paso.

—Tres —puntualizó con serenidad Rey de Artieda—. Nos vienen siguiendo desde la casa del Inquisidor. ¡No se gire vuestra merced todavía, señor Virués!

—¿Nos dividimos para mejor recibir a nuestras malas sombras? —preguntó Guillem de Castro.

—No. De momento, sigamos al padre Tárrega hasta las Torres.

—Hicimos bien en denominarle a vuestra merced como *Centinela*, don Andrés.

Rey de Artieda casi doblaba la edad de Lope de Vega y Guillem de Castro. No solo era doctor en *in utroque iure*, es decir, en Derecho Civil y Derecho Canónico. Su rostro afilado estaba presidido por profundas huellas de aquellos treinta pasados años en los que sucedieron irascibles lances como capitán de Infantería en Lepanto, sirviendo a Felipe II. Lanzó una mirada aguzada al otro capitán, a De Castro, de la misma forma que lo hiciera años atrás cuando pasó a nado el germánico río Elba con la espada en la boca a la vista del ejército enemigo.

Tanto a las Torres como al puente de Serranos se les otorgaba tal denominación por encontrarse situados en el norte mismo. De ese modo, recogían la llegada a Valencia de todos aquellos viajeros procedentes de la zona de la Serranía. Se trataba de la más importante entrada a la ciudad. Las Torres de Serranos habían comenzado a albergar desde hacía bien poco una de las cárceles de la capital, concretamente desde julio de 1586, cuando un incendio provocado en la cárcel de la Casa de la Ciudad obligó a trasladar a los presos nobles, caballeros y generosos a otras dependencias. Allí me encontraba yo en ese momento. Todavía no habían averiguado mi secreto. Todavía permanecía a los ojos de los carceleros como un niño. Pero en cualquier momento podrían requerir mi cuerpo para cualquier tormento y, entonces, descubrirían mi condición femenina que no solo me incriminaría a mí, sino también a mi mentor.

Esos pensamientos sucedían en mi cabeza de niña, en mi calabozo, sin saber que ya el padre Tárrega detenía en ese preciso momento su paso frente a la Torres. Tras él los cuatro caballeros. Durante unos segundos fijaron su pensamiento en el triste aspecto que ofrecían las magníficas torres convertidas en cárceles. Al canónigo se le erizó la espalda al imaginar las insalubres condiciones en que me hallaría. Al mismo tiempo, Rey de Artieda giró su rostro, pero ningún embozado se hallaba a distancia alguna. Mucho tenía que viajar en su memoria para encontrar unas formas tan precisas de ocultismo.

—Entremos.

—Yo prefiero quedarme aquí —dijo don Andrés.

—Me quedo con vos —replicó Lope de Vega.

—Como gustéis.

—Al parecer —le explicó Guillem de Castro al padre Tárrega— tenemos unos discretos acompañantes desde que salimos de la casa de la Santa. Podrán vuestras mercedes...

—Acompañad vos al padre —demandó Rey de Artieda a Guillem.

—Entremos, pues —propuso el canónigo.

—Entremos —contestó el capitán De Castro.

—No ha menester terciar capas ni herreruelo, pero tenga a pronto desabrigar el sobaco para encontrar las empuñaduras de su espada y daga — señaló Rey de Artieda a Lope de Vega al tiempo que Guillem de Castro y el padre Tárrega entraban en las Torres. O mucho me equivoco o de esta nos nace un pronto lance.

—Sea —dijo Lope de Vega.

Los padres de la Inquisición se disponían en el interior de las Torres como encorvados roedores que reclamaban el más húmedo y fresco rincón de piedras. El padre Tárrega, seguido de Guillem de Castro, se dirigió a uno de esos taciturnos y foscos semejantes que se encontraba sentado a una pequeña mesa, chequeando un listado de reos.

—Buenos días, padre. Venimos a ver a un preso, Walel Temri.

—¿El chico morisco?

—En efecto.

—Lo trajeron ayer noche. Sí, se encuentra en una celda aislada. ¿Quiénes son vuestras mercedes? Tengo que dejar constancia de vuestra visita.

—Soy el padre Francisco Agustín Tárrega. Me acompaña el señor Guillem de Castro, capitán de la Guardia de Costas.

El padre inquisidor escrutó con la mirada a ambos. No era muy común que un chico morisco recibiera tan importante visita a las celdas.

—¿Motivo de la visita?

—Hable con sus superiores de la Orden. Ellos les informarán.

El padre inquisidor quedó mirando durante unos desafiantes segundos al padre Tárrega.

—Vuelvo a preguntar a vuestras mercedes: ¿Motivo de la visita?

—Se lo diré de otro modo, padre —contestó el canónigo segorbino—: O nos lleváis presto ante el chico o informo de vuestra poca colaboración al inquisidor Zárata y tal vez seáis vos mismo quien paséis noche en una de vuestras celdas aisladas.

Con cierto resquemor el padre inquisidor trató de averiguar si el canónigo hablaba en serio. La sola posibilidad de que así fuera le generó una intranquilidad de mil demonios y, por tanto, se levantó para dirigirse a otro de sus hermanos.

—¡Padre Puig!

—¿Qué ha menester?

—Acompañad al canónigo y al caballero a la celda del chico morisco.

Aquel otro padre, más espigado y de semblante cenizo y caballuno, tomó un candil de parca iluminación y dispuso su paso acompasado, de esa forma en la que era fácil adivinar que ya por mucho tiempo se encontraba en las oscuras entrañas de ese lugar de quejumbre maloliente y húmeda. Guillem y el padre Tárrega le acompañaron en jactancioso silencio hasta pronto dar con la puerta de la celda donde un orondo carcelero sin pelo se encontraba casi dormido.

—¡Mal fatán del demonio!

Al grito del padre inquisidor se despertó y con prontitud se levantó para quedar firme.

—¿Otra vez te has quedado dormido, alma de Dios? Tanto procurarte vino en las tabernas de noche provoca vagancia en las labores del día. ¡Abre esta celda, gandul!

Con la inquietante y femenil sonrisa de un niño que se sabe favorito para el adulto, el carcelero asintió. Removió el manajo de llaves oxidadas enganchadas a su ancho greguesco hasta seleccionar una de las casi veinte que colgaban de la anilla. Mientras se dirigía hacia la celda, apartó de un puntapié a una solitaria y confiada rata que se cruzó en su camino. Quitó el cierre de la puerta para poder liberar el pestillo corroído. Un hedor comprensible salió de súbito de aquella celda infausta, mezcla de mortandad, orines y mierdas de varias semanas y distintos reos.

—Santo Cristo, ¿es que nadie limpia estas celdas nunca? —preguntó Guillem de Castro con su guante en la nariz y boca.

—¿No tiene luz ni respiradero esta celda?

—No la tuvo nunca.

—¿Y es aquí donde tenéis al chico? —volvió a preguntar tratando de contener una evidente exasperación el canónigo segorbino.

—Órdenes son órdenes, padre.

El canónigo lanzó una mirada al padre inquisidor olvidándose por un infinito instante de la diplomacia de los hábitos. Del interior de la celda, de su profunda e insondable penumbra llegó un ruido, un sonido gutural e infantil. El canónigo se volvió para encontrarse con ese vacío precedido de un suelo lleno de húmedas pajas.

—Nada teman vuestras mercedes, está bien encadenado —dijo el carcelero.

—¡Haga el favor vuestra merced de dirigir hacia el interior el candil! —  
pidió el padre Tárrega con una suave educación, tan difícil de ejercitar en ese áspero momento.

Guillem de Castro puso su mano en el hombro derecho del padre Tárrega para calmar los ánimos del canónigo. Su temple estaba más dispuesto a calibrar la situación, no tanto el padre Tárrega, presa del influjo emocional. El padre inquisidor, tras unos segundos, optó por iluminar el interior de aquella celda inmunda. El canónigo tembló al verme arrinconada en la oscuridad, tiritando de miedo y frío. Me encontraba inmobilizada, tanto por los pies como por las manos, por unas oxidadas cadenas que me impedían avanzar todo lo que hubiera querido, justo hasta los brazos de mi tutor.

—Quítenle las cadenas a este niño de inmediato.

—No podemos hacer eso que nos pide, padre.

—No lo pido. ¡Lo ordeno!

—Vos no sois quién para ordenar a nadie en este lugar.

—Tiene razón, padre, calmaos —insistió Guillem de Castro—. No obstante, padre —y ahora se dirigió al inquisidor con diplomático respeto—, podrían vuestras mercedes liberarle de las cadenas unos minutos tan solo, el tiempo en el que estemos con él.

—¡No podemos soltarlo! ¡Es la Bestia! —dijo atemorizado el carcelero.

—¿Cómo decís?

—¡El hijo de Luzbel! —continuó apreciando.

—Así nos lo han explicado desde la casa del Santo Oficio. Mirad si no cómo habla, qué sonidos diabólicos emite.

—¡El chico es mudo, ignorante del demonio! —rugió el canónigo segorbino.

—¿Mudo?

—No puede articular palabra —se apresuró a explicar Guillem de Castro—. Por eso emite esa suerte de sonidos. No es peligroso. Estará todo bien. Y si os calma más, tenednos encerrados con él al soltarle las cadenas.

—Os dejo con él, que ya es generosidad que empiezan vuestras mercedes a no merecer. Pero nada de soltar las cadenas.

—¿En serio creéis que si este chico fuera el mismo Luzbel no tendría el poder suficiente como para soltarse él mismo de vuestras cadenas?

La invitación al ejercicio de lógica que lanzaba el padre Tárrega dejó en absoluto jaque al padre inquisidor, y en mayor interrogante al babeante y

retrasado carcelero. Ambos comprendieron que era mejor dejar al canónigo y al capitán a solas conmigo. Una vez sin la molesta presencia de los lóbregos carcelarios el padre se dirigió con premura a abrazarme, lo cual no dejó de conmover a Guillem de Castro.

—No te preocupes, te vamos a sacar de aquí en una o dos jornadas. Nada temas, ya hemos hablado con quien procede para que agilicen al máximo las diligencias pertinentes para recobrar tu libertad, mi niña.

—¿Qué habéis dicho, padre?

—Os lo explicaré luego.

—¿Cómo que me lo explicaréis luego?

—¡No tenemos tiempo ahora!

Guillem de Castro tenía la cara desencajada, pero no tardó en comprenderlo todo. Yo no podía impedir que unas livianas lágrimas recorrieran mi infantil mejilla. El padre Tárrega comenzó a secármelas con una fraternal caricia. Su rostro luchaba por contener la misma emoción reflejada.

—Ya he deliberado con el inquisidor Zárate y ha comprendido tu inocencia —me dijo.

Al decir estas palabras el capitán trató de mantener la neutralidad en su rostro a pesar de ser consciente que el canónigo se servía de una mentira para poder generar eso tan improbable en aquellos oscuros y húmedos rincones llamado esperanza. El padre le miró. En el suspenso de sus solas miradas se entendieron. Pidió a Guillem que controlara la entrada a la celda. El capitán de la Guardia de Costas hizo lo propio y asintió.

—Dime una cosa —prosiguió el canónigo segorbino esta vez susurrando su voz franca—, ¿llevabas por fortuna alguno de los textos prohibidos cuando fuiste apresado?

Negué con la cabeza.

—¿Qué pasó anoche? Aparte del suceso con el padre Matías, ¿viste algo? ¿Algo más? ¿Antes de que los de la Santa te prendieran?

Ya un poco más calmada, hice un ademán acompañado de un sonido gutural.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Guillem de Castro.

—Está pidiéndome escribir —contestó el padre Tárrega al tiempo que, resuelto, buscaba dentro de su sotana la arqueta con los utensilios precisos.

El padre Tárrega dispuso la pluma, el tintero y el cuaderno, mientras Guillem controlaba que ningún celador pudiera descubrirnos. Moje la punta de

la pluma y comencé a escribir, más bien a perfilar, algo breve y conciso. Guillem de Castro se quedó expectante desde la entrada. El padre Tárrega le mostró desde la distancia, y todavía inclinado en el suelo, lo que había dibujado el chico en la página del cuaderno. Se trataba de una gran S cruzada en diagonal por un sencillo palo.

—¿Dónde viste eso? —me preguntó.

Indiqué entonces con mi infantil dedo el anillo de Guillem de Castro.

—¿En el anillo? ¿De quién?

Señalé temeroso hacia fuera.

—¿De uno de los hombres que te apresaron?

Asentí.

A las puertas mismas de las Torres, en la parte interior de la ciudad, se comenzó a percibir una inquietante sensación. Se había esfumado cualquier tipo de presencia de los consabidos transeúntes y holgazanes dispersos a esa hora del casi mediodía en la que el sol gobernaba en lo alto de las Torres como un metal al rojo.

—Esto no me gusta nada —comentó Rey de Artieda articulando los dedos de su enfundada mano derecha.

—A mí tampoco, a fe —añadió Lope de Vega—. Vos, don Jerónimo, permaneced a mi lado.

Virués no era hombre de lances con afilados aceros, sus doctos saberes estaban alejados de los del arte de la guerra que se habían establecido en las partículas todas de don Andrés y don Lope. No era fortuito que se hubiera adjudicado para Virués, dentro de la hermandad que comenzaba a profesar con los otros caballeros ilustres, el nombre secreto de *Estudio*.

—¿Qué es lo que sucede don Andrés? —preguntó temeroso Virués.

—Nada que no puedan manejar con pronta respuesta nuestros aceros. Será mejor que no permanezcáis aquí. Salid fuera de la ciudad. Alcanzad el portal de Roters. Y una vez allí dirigíos con diligencia y premura a vuestra casa hasta nuevo aviso.

—Pero...

—¡Idos ya en hora mala!

Don Jerónimo de Virués se alejó de allí con aire atribulado por las puertas de Serranos, como le acababa de indicar Rey de Artieda. El propio don Andrés y Lope de Vega quedaron hombro con hombro. Tercieron sus respectivas capas para pronto echar buena cuenta de sus dagas y espadas.

—¿La oléis?

—¿A qué os referís, don Andrés?

—A la puta y vieja muerte —contestó tras respirar con los ojos cerrados.

Lope de Vega sonrió a su camarada, reconociendo con admiración su espíritu de guerrero curtido en campo de batalla.

—Ahí están—dijo Lope.

Por cada una de las callejuelas aparecieron extraños y balandrones hombres embozados. La cosa no pintaba nada bien. Eso pensaban ambos para sus adentros, aferrando sus manos con mayor fuerza las empuñaduras de sus respectivas espadas.

—Esta vez vienen esos hideputas en mayor número —comentó sin apartar de sus inminentes oponentes la felina mirada Rey de Artieda.

En efecto, un total de seis intrigantes tapados formaron un semicírculo amenazador tratando de rodear a don Andrés y a Lope.

—Bien, señor De Vega, ¿estáis preparado? —preguntó Rey de Artieda a su compañero, desnudando daga y espada con ambas manos sin apartar la mirada de sus numerosos oponentes.

Con el rostro apenado, Lope de Vega separó sus brazos. Los oponentes pudieron comprobar que sus manos quedaban liberadas de cualquier arma. Totalmente sorprendido y con desencanto, Rey de Artieda no podía creer la súbita actitud cobarde de su compañero. Su párpado derecho titubeó como acto reflejo de rabia. Lope se inclinó. Los seis embozados iban aproximándose con las armas templadas al viento y hambrientas de carne de caballero. Casi de rodillas comenzó a girar los brazos hacia atrás y, en lo que se puede medir una exhalación, dos pequeños puñales amagados en la trasera de su jubón fueron expulsados al aire dando con precisión de dioses furiosos en las amagadas gargantas de los dos primeros oponentes que cayeron de súbito en la tierra de la calle.

—¡Dos, pues, para cada uno, señor de Artieda! —aclaró Lope de Vega a su sorprendido amigo.

Ahora sí, y sin apartar la mirada de sus no ya tan numerosos oponentes, desnudó correspondiente daga y propia espada de su tahalí con ambas manos. Porque no se amilanaron los cuatro encapuchados restantes y corriendo se dirigieron, gritos en alto, hacia Lope y Rey de Artieda desenvainando los contundentes filos que hallaban en su raudo blandir destellos del enérgico levantino sol de las doce de la mañana. Esas eran las veces que sonaban las campanas en ese preciso momento en el que los caballeros saltaron valerosos en un buscar las amagadas carnes del adversario para alcanzarlas con filos o puntas de sus respectivos aceros. Se medían cruzando metales en casi

estocadas. Algunas no muy certeras en el pecho de Rey de Artieda protegido como estaba por su colete de piel de búfalo con forro guateado, que le había servido en numerosas ocasiones como coraza defensiva contra agresiones de puñales, espadas o dagas. En esas se encontraba ahora don Andrés, cuando el calor se multiplicaba en cada movimiento, en cada ataque, en cada guardia. En los avances y retiradas se tropezaban con los dos cadáveres que ya mordían tierra. No había hueco para la reflexión y tan solo el fluir con los aceros como extremidades propias, con nervio adecuado conectado al corazón bravo, podía sacar de las dificultades a los hombres de guerra. Quien ha librado batallas deja perenne aunque tal vez dormido en sus partículas el denuedo de un guerrero pronto al ataque o a la defensa. Se agitaban al vuelo los enemigos aceros con reflejos canallas del sol, que como una especie de arma añadida debían driblar sin dejar de accionar, a dos manos, espadas y dagas que centelleaban contra las otras espadas o vizcaínas bravuconas de los encapuchados. En medio del violento encuentro de metales acontecía alguna patada no muy elegante, o algún empujón improvisado y canalla, que en medio de lances donde va la vida pendiendo de una errónea finta o un certero alcance no hay tiempo para los protocolos del comportamiento fino y gentil, y sí para las argucias, del tipo que sean. En esas estaba Lope cuando, tras un arremeter rudo con brazo y hombro contra uno de los encapuchados que le había tocado en suerte, estampándolo contra la pared, y retirándose para dibujar perfecta estocada, le atravesó el pecho con su espada de esa forma en la que quien lo recibe ya siente esa paz penúltima previa al último viaje. Quedaba así pronto con tan solo un oponente, que no tardó en lanzar ataques mortales al pecho del señor De Vega. Este recurría veloz a precisas retiradas, midiendo algo más rápido y enérgico al último que le quedaba frente al oscuro acólito al que acababa de dar cristiana cuenta. Encontró su momento el señor De Vega para devolver el ataque mordiendo los dientes con rabia hasta no poder impedir su rival una vigorosa estocada certera de espada en las tripas, a la que acompañó con un acertado y sañudo movimiento mortal de la daga al encuentro de la garganta oculta. El encapuchado cayó a tierra con un brutal reguero de sangre. Lope de Vega se volvió para ver en qué situación se encontraba don Andrés. Comprobó al segundo que Rey de Artieda todavía se batía a dos manos contra sus dos respectivos hombres. Uno de ellos con tan solo dos dagas que le hacían no jugársela a distancia corta, sobre todo al haber comprobado en segundos cómo se las apostaba don Andrés con su noble espada, con la que

acababa de comulgar con dos tajaduras al pobre diablo encapuchado que pretendía encabritarse también con su espada. Don Andrés no le había provocado la muerte, pero sí que lo tenía a merced. Ya tenían solo un adversario para cada uno. El chirriar de aceros era cada vez más intenso y decidido, mientras ya cuatro de esas sombras yacían besando tierra y alguna charca donde el meado de los caballos se mezclaba con la caliente sangre de la derrota.

—No te preocupes, mi niña —me dijo susurrando y con firme tono paternal el padre Tárrega—. Conocemos a renombrada gente en la Orden y en otros estamentos, así que nada podrá impedir liberarte en cuestión de horas o una jornada a lo sumo. Mientras, ordenaré que te cambien de celda y que te procuren mejor alimento. Y pase lo que pase, óyeme bien, que no sepan que no eres un niño.

El padre Tárrega sentía una contundente sombra al lanzar estas palabras, pues era consciente de que no existía la total seguridad de que pudiera el asunto resolverse como en verdad querían. El poco tiempo con el que contaba, la tozudez del inquisidor Zárata, el calibre de los crímenes eran obstáculos suficientes como para dudar de sus propias admirables aptitudes deductivas. En esas cavilaciones se encontraba cuando unas voces se filtraron de súbito hasta la húmeda y fría celda del chico morisco.

—¿Qué es esa algarabía que se oye? —preguntó el canónigo.

—Algo pasa, padre —contestó Guillem mirando con interés hacia el pasillo.

—¿Qué queréis decir?

—Hay un revuelo, a fe que no sé bien si...

En ese momento regresó a la celda el orondo y retrasado carcelero.

—¿Qué está pasando? —preguntó el canónigo.

—Fuera, en la calle, hombres se baten con espadas con unos caballeros que...

Antes de que pudiera concluir la frase el carcelero deforme, Guillem salió como un relámpago, presto a la ayuda.

—Te sacaremos pronto —me dijo mi mentor.

Besó mi frente y siguió con premura a Guillem, quien se adelantó con urgencia endemoniada, no tardando en alcanzar la puerta de salida y la misma calle donde, tras un segundo de confusión por la cegadora luz del abrasivo sol,

observó que Lope mantenía en firme a su oponente, pero que Rey de Artieda, más cansado, y soportando los ataques continuados del suyo, recibía un tajo considerable en el brazo derecho, quedando así sin espada y cayendo a los escalones, donde sintió que su fin llegaba, por lo que decidió cerrar los ojos para recibir lo inexorable. De súbito, un ruido atronador, acompañado de un fognazo contundente, provocaron que volviera a abrir los ojos para presenciar la muerte. No la suya, sino la de su oponente encapuchado que, con el rostro humeante por el impacto de la bala de la pistola de Guillem de Castro, caía al encuentro de la tierra y otras inmundicias, momento en que aprovechó el último de los amagados truhanes para huir de posible igual mala fortuna.

En lo que dura un segundo se generó un suspenso en el tiempo entre todos los hombres. Llegó hasta ellos el canónigo. Lope siguió con la mirada cómo se alejaba de allí su oponente. Contempló a unos metros cada una de las callejuelas. Guillem ayudó a restablecerse a Rey de Artieda.

—Esos hideputas no luchaban como españoles —dijo don Andrés. Observad las dagas. Relativamente más largas. La tercera parte de una hoja de espada. Y punzantes. Así se usan como último recurso. Yo he visto muchas de estas, bien lo saben los cielos. Son dagas inglesas.

El padre Tárrega se dirigió a por una de esas dagas junto a uno de los cadáveres. Quedó contemplando las características de la misma que coincidían con lo que acababa de puntualizar Rey de Artieda. Varios rostros anónimos comenzaron a asomarse con recelo y miedo por ventanas y portales, o a aparecer por las esquinas próximas. De repente, el inquisidor de la cárcel salió también de la oscuridad de las tripas de las Torres y, tras contemplar la confusa y múltiple disposición de muertes en la calle, dio la orden a uno de los guardas de que vigilara a los caballeros. El inquisidor se dirigió con prisa en dirección a la casa del Santo Oficio.

—Vayámonos de aquí enhoramala —alertó Guillem de Castro con premura.

—Un segundo —reclamó el padre Agustín mientras quedó mirando con interés las manos y rostros de otros dos cadáveres.

—¡Padre, no podemos quedarnos aquí más tiempo!

—¡Vuestras mercedes no van a ir a ningún sitio! —advirtió el guarda.

Solo con las afiladas miradas de Guillem y Lope generaron en el guarda esa sensación que en ocasiones acude a cualquier alma de Dios como de tal vez no haber dicho lo adecuado en un momento determinado. Hizo un gesto a

los caballeros como de disculpa y arrepentimiento.

—Lo que acabo de comprobar ahí adentro no le gustará nada a su ilustrísima —aclaró el padre Tárrega al inquisidor con la daga inglesa en su mano—. Mantened en mejor cuidado al chico, y nadie le ponga una mano encima o él mismo se personará aquí para relegarle a vuestra merced a tareas menores y más acordes con su capacidad. ¿Me he explicado bien?

El inquisidor de las Torres guardó silencio. Guillem de Castro apremió al canónigo a abandonar con premura aquel lugar. El canónigo lanzó al suelo la daga inglesa. Los tres caballeros y el padre Tárrega cruzaron presurosos las puertas de Serranos, saliendo de la ciudad.

—Don Andrés, ¿cómo os encontráis? —preguntó conociendo la respuesta Guillem de Castro, al observar el blanquecino rostro de pesadez de Rey de Artieda.

—Saldré de esta, pero me ha hecho el hideputa una buena tajada.

—Deberíais ir presto a vuestra casa y que os curaran esa herida —comentó Guillem.

—No, me quedo con vuestras mercedes.

—Nosotros acompañaremos al padre Agustín. Vos, insisto, id a vuestra casa.

Don Andrés valoró unos segundos la razonable sugerencia de Guillem de Castro.

—¿Necesitáis que os acompañemos? —preguntó Lope de Vega.

—No, ya me he visto en peores también a solas y en tierras de no castellana lengua.

—Id con Dios, don Andrés —dijo el padre Tárrega.

—Que él os proteja —contestó Rey de Artieda mirando con camaradería a sus compañeros justo antes de separarse de ellos en dirección contraria.

—Bien, padre, ¿adónde nos dirigimos? —demandó Lope de Vega.

—Alcancemos presto el portal de la Trinidad —sugirió mi mentor.

—¡Vamos enhoramala! —profirió Guillem de Castro, no sin antes cerciorarse de que nadie les seguía.

Hacia el portal referido por el canónigo marcharon los tres hombres, bordeando las murallas. Corrieron entre los humedales y cañizos del entonces caudaloso río Turia, driblando busconas, tunantes y un grupo de mendigos. Y fue justo al pasar por esa caterva de harapientos cabizbajos que fueron rodeados por estos mismos. Los andrajosos recompusieron sus espaldas hasta

generar una sorprendente rectitud.

—¿Otra vez? En esta ciudad salen encapuchados como setas —prorrumpió Guillem de Castro preparándose para otro pronto y desigual lance.

—Caballeros, calmen sus ánimos y guarden sus aceros en las vainas. No van a necesitarlos. Por ahora.

Mostraron un claro desconcierto ante las palabras serenas que surgieron con rasgada voz metálica de la capucha y sombra de uno de los mendigos. Fue retirada por unas manos que nada parecían corresponder a un necesitado o menesteroso.

—Venimos siguiéndoles desde hace un par de jornadas —dijo el hombre ya con rostro al descubierto.

—¿Quién sois vos? —preguntó con inquietud Guillem de Castro.

—Pronto lo sabréis, capitán —contestó el hombre de rostro afilado y enjuto, con barba gris perfilada y nariz aguileña—. No tenemos mucho tiempo. Será mejor que nos acompañen vuestras mercedes.

—¿Y si no lo hacemos? —inquirió Lope de Vega.

—Si no lo hacen puede que haya otro alto representante de su Iglesia asesinado esta noche. O algo mucho peor, mañana.

El enigmático personaje se volvió y uno de sus hombres indicó con un amable gesto que le siguieran. Todos comenzaron a andar detrás de aquel hombre, menos el padre Tárrega que, tras haber permanecido en todo el encuentro en silencio, se aventuró a decir...

תאו םהינפ תא וסיכ םג םיעגר המכ ינפל קר תוומה תא ונל תתל נצרש םירבג—  
[1] םימוד םיסדרבו תובכש םע ףוגה

A lo que el hombre misterioso al que todos los demás seguían y escuchaban de esa forma en la que es fácil deducir como jefe respondió.

ירכ םירתסומ םירחאה ומכ תושצל ירכ לבא ריתסהל קר דרוצשי הלא םימיב—  
[2] רתוי בוט ריתסהל

—¿Nos acompañáis entonces, padre?

—Por supuesto, nunca negaría una invitación de la familia Santángel.

El padre Tárrega dibujó una leve sonrisa antes de iniciar el paso con el que siguió a los demás. Se podía adivinar cierta sorpresa por parte de algunos acompañantes del hombre misterioso y, por supuesto, el rostro desencajado de este mismo. Pero sobre todo, en ese momento, lo que sí era tangible en cada semblante era la constatada admiración hacia su maestro por parte de Guillem

de Castro y de Lope de Vega.

—Esto no me gusta —profirió entre dientes Guillem de Castro.

—¿Adónde nos llevan, padre? —preguntó continuando el disimulo Lope de Vega.

—A por respuestas, querido Lope. A por respuestas.

Nada más pronunciar estas palabras el nuevo grupo de encapuchados llegó a una discreta compuerta de rejas de forja en la parte baja de la muralla. Habían dejado atrás, a una distancia de unos treinta metros, el portal de la Trinidad. Uno de los adjuntos se apresuró a abrir el candado, y tras el consabido chirriar de la puerta entraron tres de los encapuchados. El resto, en actitud de espera, otorgaron el paso a Guillem de Castro, Lope de Vega y al padre Tárrega. Estos se miraron no sin cierto resquemor antes de adentrarse con premura hacia las húmedas, insondables y oscuras entrañas subterráneas de la ciudad de Valencia.

La luz del candil se extendía por las bóvedas de las alcantarillas. Guillem miró a Tárrega. No necesitó palabra o gesto alguno para entender que aquel era incluso peor momento para tratar el asunto de mi verdadera identidad de niña.

—Empiezo a estar harto de tanto paseo por los subsuelos, voto a Cristo — comentó por lo bajo Lope de Vega cuando estuvo a punto de pisar a una de las enormes ratas.

—No os quejéis, don Lope —dijo el padre Tárrega.

—¿Adónde nos llevan?

—Estamos acercándonos, si no me equivoco, a la zona subterránea del templo de Santa Catalina.

—¿Santa Catalina Mártir? ¿Por qué allí, padre? —preguntó Guillem de Castro.

—El templo está levantado sobre una mezquita anterior, de eso hace ya mucho tiempo. Pero lo importante y que muchos desconocen es que bajo los cimientos de la iglesia se levantaba, hace ahora ocho siglos, la judería.

—Ya hemos llegado, caballeros —indicó el jefe del grupo encapuchado.

No había puerta alguna, tan solo las paredes de piedra. Lope y Guillem se miraron desconcertados. Se volvieron hacia el padre Tárrega como precisando una posible respuesta. Este les indicó con la mirada un punto de la pared en el que, de tamaño muy pequeño, venía sellada en la piedra una pequeña estrella de David. Los discípulos permanecían fríos, sin exteriorizar ninguna nota de posible lectura para sus oponentes. Uno de los acólitos sacó una extraña llave o sello de David de igual forma y tamaño, que introdujo en el signo de la pared. Dio un par de vueltas hacia la derecha. De súbito, una perfecta porción de la pared de piedra se abrió a modo de puerta. Tras empujarla hacia dentro comenzaron todos los integrantes del nuevo grupo a introducirse en la entrada secreta.

Se encontraron con una escalinata no muy pronunciada y acotada en un delgado pasillo abovedado, tras la entrada secreta. Era fácil deducir que las piedras de ese lugar habían sobrevivido a varias centurias. La desmedida humedad de aquel sector, y el hallarse en medio de tanto hombre anónimo, en tan poco espacio, generaba una sensación nada tranquilizadora en las espaldas y carnes. El pasillo se torcía en un momento determinado, continuando la escalinata por un espacio no mayor a veinticinco metros, al final del cual había una pequeña puerta de madera, sencilla y cuadrada, sin historiados remaches ni cerrojo posible. Al llegar a ella, el jefe del grupo dio unos golpes acompasados en la misma. Y tras unos segundos esta se abrió. Un rostro joven, receloso, pero no asustadizo, observó con suspicacia a los recién llegados. Vestía con una túnica blanca ancha. Indicó que podían pasar y estos entraron en el habitáculo circular secreto.

—Pasen vuestras mercedes —comentó una voz tranquilizadora y rasgada.

Se trataba de un viejo templadamente sentado, apoyado en la pared, envuelto en la suave penumbra de tal forma que era no fácil vislumbrar su rostro.

—Sin miedo, os lo ruego —insistió.

Lope, Guillem, el canónigo segorbino y los demás acólitos fueron introduciéndose en la circular estancia, la cual les recordaba en su estructural forma a la de su propio estudio secreto. A diferencia de aquel, la presente cámara contaba con otra puerta, y acontecía abovedada, por medio de unos arcos cruzados que concluían en su vértice con un orificio también en forma de estrella de David por la que se filtraba la luz del día de forma afilada; la misma estrella venía sellada con remaches dorados en el suelo en un tamaño considerable, de tal forma que las puntas de la estrella tocaban el límite del suelo donde una bancada circular de obra rodeaba la estancia. Sobre la misma descansaban parejas de columnas delgadas unidas en su parte superior por

unos arcos. La bancada circular quedaba separada de la pared por una distancia aproximada de un metro y medio, espacio que podía servir para acomodarse dentro, para dejarse cubrir por la penumbra, tal y como se encontraba el misterioso viejo, también con una túnica blanca como única vestimenta.

—Bienvenido sea, padre Tárrega. Hace tiempo que no nos veíamos.

—Mucho, señor Santángel.

—Aquí ya sabe vuestra merced que bien puede llamarme Natán.

El padre Tárrega ofreció con un gesto su respeto y agradecimiento.

—Siéntense vuestras mercedes.

Guillem de Castro y Lope de Vega miraron a su maestro no muy confiados. Los jóvenes discípulos tomaron asiento en un hueco que quedaba tras haberse sentado la casi totalidad del nutrido y mezclado grupo.

—Este lugar es más pequeño que el que solíais tener.

—Con los años un hombre va comprendiendo que no necesita grandes tamaños ni cantidades de cosas, querido padre Tárrega.

—Sí, todos tenemos que ajustarnos a los tiempos.

—Pero a diferencia de vuestras mercedes, como ya bien sabe, cada vez más aislados, los judíos conversos hemos devenido en un reducido grupo social que se dedica sobre todo a la confección de calzado, a la orfebrería y al comercio de productos agrarios. Nada más.

—¿Nada más? —se atrevió a preguntar el capitán De Castro.

—Siempre hemos sido una importante fuente de ingresos para el reino. Mucho antes, el propio Jaume I no dudó en concedernos toda una serie de privilegios como recompensa a las ayudas prestadas en la guerra contra los musulmanes. Pero aquí nos tienen una vez más, escondidos, ocultos frente al horror de la Inquisición. Así nos sucede en este despiadado reino católico. Sois un hombre de ímpetu casi mordaz, señor De Castro.

—¿Me conocéis?

—Vuestra incipiente vida social transcurre en un selecto círculo de las familias más ilustres del reino valenciano, capitán. Los Borja, los Palafox, los Mercader o los Pardo de la Casta. Es fácil por tanto saber de vos. A todas esas familias se ha venido vuestra merced aproximando dado su pronto ingenio literario. Y por ello se movieron los pertinentes hilos para establecerle como capitán de la Guardia del Grao.

Guillem de Castro no podía esconder su asombro e inquietud ante las

serenas, indiscretas y acertadas apreciaciones del viejo judío que continuaba recostado.

—De familia noble —prosiguió desde su cómoda penumbra con inmutable tono—, sois joven de vida azarosa e inquieta, ocupada sobre todo en aventuras y amores, que al parecer reflejáis luego en esas comedias que aprendéis a escribir con vuestro maestro, el padre Tárrega. Prima en vos un cierto carácter pendenciero. En ocasiones os puede vuestro deseo de aparentar, lo cual os hace vivir por encima de vuestras posibilidades no sabiendo administrar con cordura vuestros bienes. Por otra parte sois poeta lírico muy notable, de genio rebelde a las reglas, espontáneo e impulsivo.

—¡Dejémonos de charlas! —se atrevió a decir levantándose con ímpetu el capitán de las Costas—. ¡Dos cardenales asesinados! ¿Qué sabéis de esos crímenes?

El viejo cabalista miró de súbito al padre Tárrega.

—Nada referente a esos crímenes nos concierne —se atrevió a puntualizar el segundo del cabalista.

—Más bien yo diría que todo os concierne —indicó desafiante Guillem de Castro.

—En el fondo de vuestro arrebatado corazón sabéis que no somos los culpables de esos crímenes. Y debería vuestra merced dejar apartados los resentimientos o malquerencias posibles hacia nuestra condición, para poder esclarecer en vuestra mente las posibles nieblas de este asunto.

—¿Qué queréis decir con esas palabras?

—Lo que deberíais empezar a preguntaros es: ¿Quién podría tener interés en culparnos a nosotros?

—¡Dejaos de juegos si sabéis la respuesta!

—Calmaos, señor De Castro.

Esta vez el tono del padre Tárrega llevaba cargado un claro indicio de imposición.

—Querido padre Tárrega, es propio del temperamento juvenil del capitán reaccionar de esa intensa forma. Sentaos, capitán, por favor.

Guillem de Castro vaciló unos segundos antes de hacer lo que le sugería, mientras los demás hombres del judío le miraron con no buenos propósitos.

—Todo está bien —les indicó el viejo cabalista apaciguando sus ánimos—. Veréis, señor De Castro, nosotros hemos sido desde hace miles de años los culpables de cualquier mal en la tierra para los poderes establecidos.

—¿Qué queréis decir?

—Lo que ya todas vuestras mercedes saben. Que, aunque podamos intuir o incluso acertar con la respuesta, debemos permanecer en el más absoluto anonimato. Mucho más herméticos que vuestras mercedes con su grupo.

—¿No es esa una actitud cobarde, propia de vuestra condición?

—Abandone ese empeño en quebrar mi paciencia —dijo incorporándose por vez primera de su lugar en penumbra para adelantarse hacia la luz con semblante serio—. Muchos lo han intentado desde hace mucho tiempo y nada han sacado con ello. Desde niño he sido forjado en el secretismo para no sufrir lo que sufrió mi familia, mi gente, mi pueblo.

Tenía unas pronunciadas cejas, grises como su extensa barba, y absolutamente llena la piel de arrugas del tiempo y otras tantas heridas.

—Si una epidemia o el hambre general se abatía sobre una región —prosiguió—, los campesinos y los ciudadanos han buscado en nosotros mismos en todas la épocas las causas de estas plagas. Nos han denunciado y nos han asesinado en alto número y vehemencia en cualquiera de los tiempos y las geografías.

—Más de un siglo antes a la llegada al trono de los jóvenes reyes Isabel y Fernando y, por supuesto, Torquemada a su sombra —añadió Guillem de Castro con la mirada perdida en el suelo.

—Me congratula saberos bien informado, aunque es razonable dado su estatus de aprendiz junto al padre Tárrega. Aquella fue una de las ocasiones en las que se manipuló la verdad con un fin mucho más sencillo. Porque siempre los fines son mucho más sencillos de lo que parecen.

Se generó un silencio en el que el viejo cabalista esperó respuesta de Guillem de Castro.

—Me defraudáis, señor De Castro. Bien claro está —continuó—, acabar con todo el sistema de préstamos que habíamos concedido a la Corona, quedarse con nuestras posesiones y riquezas. Lo mismo hicieron con nuestros hermanos musulmanes. Justificando el por qué de ese católico robo en la acusación de haber envenenado el agua y contaminado los alimentos.

—¿Y acaso en algún momento no fue verdad?

En ese instante se generó un tenso olor a enfado y resarcimiento en el aire. El viejo cabalista calmó una vez más con un gesto a sus encendidos acólitos.

—¡Nos han vilipendiado, robado, expulsado, denigrado! —se adelantó a precisar con un grito mordido Astruc, el segundo del cabalista—. Incluso los

mudéjares, nuestros hermanos musulmanes de hace tiempo que vivían también bajo el dominio cristiano, eran más respetados en un principio que nosotros mismos.

—Quizá porque ellos han vivido siempre de su trabajo y no de la usura — adelantó a precisar con impetuosa falta de tiento el capitán Guillem de Castro.

—Tenéis suerte de estar pronunciando aquí estas palabras, capitán, si en otro lugar fueran dichas probaría su sangre el frío gusto de mi acero —profirió el segundo del viejo judío.

—Calmaos, Astruc. Como ve, padre Tárrega —dijo el cabalista—, nuestro problema se arraiga y prolonga generación tras generación.

—Cálmense vuestras mercedes —pidió el canónigo segorbino—. Todos los aquí presentes somos hermanos ante el desafío al que nos enfrentamos.

—Nuestras prácticas prestamistas durante muchos años han facilitado la prosperidad de innumerables familias cristianas que no contaban en un inicio con el capital preciso para emprender sus negocios, señor De Castro —puntualizó con inquietante calma Santángel—. Mi propia familia fue durante tiempo el banquero de los Reyes Católicos, contribuyendo con altas sumas a la expedición de Colón a las Indias. No somos adoradores de demonios, destructores o sacrílegos de imágenes cristianas. Nos han inundado durante siglos de falsas acusaciones, leyendas y mitos que han provocado que nos asesinaran. Tanto el actual rey Felipe como su padre, el germano emperador Carlos, nos mintieron en las capitulaciones. Nos convertimos al cristianismo y aun así nos asesinaron, siguieron quedándose con nuestros bienes. No solo se trata de una cuestión de religión. Todo lo mueve el oro que precisan para más y mayor conquista allende los océanos. Ningún problema queremos ya. Y de hecho en todas las antiguas juderías ya solo se encuentran nuestras viviendas y sus negocios, pero ya no las sinagogas.

—No, todos esos espacios los tenéis ahora subterráneos y bien amagados.

—Como vuestras reuniones y trasvases de conocimientos, sí, señor De Castro. Desde que expidió ciertas bulas el papa Benedicto XII en la ciudad de Valencia en 1415, hemos sido obligados a llevar signos distintivos en nuestras ropas. Hemos tenido que sufrir la deformación de nuestra figura. Se muestra una imagen negativa de nuestra condición con fines, claro está, católicos y moralizadores. La Iglesia cristiana, y vos lo sabéis muy bien, creó una imagen alterada y una vil iconografía nuestra para destruirnos. Y vuestras biblias se han encargado de difundir las imágenes de los judíos relacionadas con la

crucifixión de Cristo y con una serie de falsas leyendas sobre destrucciones de símbolos cristianos, profanaciones, asesinatos y engaños. Todo ello como excusa para poder quedarse con nuestras propiedades y riquezas. Tenemos muchas razones para cometer posibles venganzas, para responder a los altos cargos eclesiásticos con igual moneda. Pero nosotros no hemos asesinado a esos cardenales. Creedme cuando bien os digo que ninguno de nuestra comunidad ha sido el causante de esas muertes.

—Empecemos por lo que sí sabéis vos de esas muertes —emplazó firme y sin apocarse una vez más don Guillem de Castro.

—En esta ciudad toda información discurre subterránea y posible, como el agua en la red del alcantarillado. Retener en silencio lo que pronto se sabe prolonga la vida, capitán.

—¿Pero qué sabéis vos?

—Lo mismo que vuestras mercedes en estos momentos, que los asesinatos acontecidos no serán los últimos.

El capitán De Castro miró al padre Tárrega.

—¿Le gusta a vuestra merced viajar, capitán? —preguntó con cierta ironía el viejo judío.

—¿Adónde queréis llegar? —preguntó Guillem.

—Atrás —dijo el cabalista—, atrás en el tiempo. Regresemos si os parece a aquellos años en los que se vivía en una constante sospecha generalizada de sediento recelo.

—No sigo vuestro juego.

—No se trata de un juego. Os propongo llegar cuanto antes de un modo deductivo a la posible raíz del asunto que nos concierne, capitán. No pierdan el hilo. Vayamos un siglo más atrás, casi un siglo, justo cuando, en 1492, el rey Boabdil el Niño entrega las llaves de la capital a los Reyes Católicos.

—Momento a partir del cual la política de la Corona en lo que se refería a la población musulmana no había dejado de ser incumplida —añadió el padre Tárrega dejando entrever en su tono que sabía adónde quería ir a parar Santángel.

—En las capitulaciones que se firmaron en el campamento de Santa Fe —prosiguió el viejo cabalista— se estipuló que los vencidos practicarían con libertad su religión y se mantendrían sus escuelas, costumbres, lengua...

—Y, en un principio, el tratado se respetó.

—Pero solo en un principio padre Tárrega, como bien sabéis. Porque, muy

pronto, la jovencísima reina Isabel siguió los consejos y las abjuraciones del futuro y sombrío cardenal Cisneros. Se dejaría convencer de que su elevada, sagrada y divina misión exigía la conversión absoluta de los mahometanos, y autorizó así a las órdenes predicantes católicas a introducirse a destajo en los barrios musulmanes para convertir en masa a los infieles a golpes de espada y crucifijo si fueran o no necesarios. De ese modo, con escoltas de brutales soldados, los misioneros de la religión única y verdadera profanaron con vehemencia las mezquitas, quemaron ejemplares del Corán, se entregaron a toda suerte de excesos y colocaron crucifijos y estatuas de la Virgen en las mezquitas para celebrar misas católicas en ellas como el más sabido daño a su honor y su orgullo. Profirieron, de igual modo, todo tipo de amenazas y condenaron a los recalitrantes a los peores castigos. Como es comprensible, tras la visión de tanto horror, miles de buen corazón y callado ímpetu aceptaron bautizarse con la esperanza de escapar así de las atrocidades católicas y las confiscaciones y embargos. Por lo que se convirtieron en cristianos con todo el pesar de su alma, quizás ahora corrupta, siendo los que se quedaron en la península denominados moriscos, y conversos o nuevos cristianos nosotros, los judíos.

Reinaba un respetuoso silencio en la pequeña estancia secreta. Todos escuchaban de un modo ahora hermanado al viejo cabalista en su exposición.

—Veo que me van siguiendo vuestras mercedes.

—Es una bien construida lección de historia. Pero no sé adónde queréis llegar con todo eso.

—Vos quizá no, señor De Castro, pero esa es una pregunta que no se está haciendo el resto, por lo que desprenden sus rostros.

—Continuad —solicitó el padre Tárrega.

—Prosigamos con el viaje. Los nuevos moriscos se creyeron a salvo, pero no tardaron en comprobar el insaciable apetito de los oscuros católicos, cuando mediante la Santa Inquisición, cuya jurisdicción afectaba a los cristianos, los comenzó a perseguir con una despiadada crueldad. El Santo Tribunal de la Fe dedicó décadas al envío de miles a galeras, apresando al resto. Continuaron con su política económica de confiscar sus bienes para riqueza de los católicos reyes, y, como es bien sabido, sometieron a infinitud de torturas inhumanas y quemaron en la hoguera a unos miles de convertidos.

—Fue entonces cuando la indignada población, pacífica hasta entonces, se volvió violenta —agregó el canónigo segorbino.

—Porque nunca aceptó la derrota, la humillación ni las torturas a las que habían sido sometidos miles de hermanos y hermanas inocentes —explicó el viejo cabalista—. Por ello focalizaron su pasión en una sola idea: reconquistar algún día un país que consideraba por mucho tiempo suyo.

—Esperaron con impaciencia los refuerzos de sus hermanos de Marruecos o de la Puerta Sublime. Oraban en sus mezquitas secretas para que Alá acudiese en su ayuda.

—De eso ya tenemos en la costa buena cuenta —indicó el capitán De Castro.

—Las brutalidades y profanaciones de los misioneros cristianos les precipitaron a la lucha —continuó el cabalista Santángel.

—Sí, y se reorganizaron en las sierras —puntualizó el padre Tárrega—, donde incluso los agricultores y los cultivadores de gusanos de seda, con la ayuda de su gran conocimiento del terreno, tomaron las armas para librar una guerrilla feroz. Descendieron por las noches de las montañas en las que se ocultaban para incendiar y masacrar. Pero, como nos ha enseñado siempre la historia, ante semejante salvajada ya imaginada en el diseño de su estrategia por los cristianos, ahora se les podía responder con mayor brutalidad, acabando de ese modo con cualquier atisbo, por muy diminuto que pareciese, de posible represalia hereje. Los Reyes Católicos se harían viejos, y pronto, como cualquier emperador o mendigo, encontrarían su última jornada. Pero fueron teniendo una descendencia cuyo legado de persecución y muerte al no católico se extendería de hijos a nietos.

—¿Adónde pretendéis llegar? —inquirió Guillem de Castro.

—A que si mal no me siguen ya tenemos dos posibles grupos de sospechosos: ellos, los musulmanes, o nosotros los judíos.

—Deberíamos descartar a los musulmanes, pues en cada una de las víctimas se encuentra sellado al fuego un mismo signo que les excluye —afirmó Guillem de Castro.

—¿A qué os referís?

—A una S cruzada con diagonal palo. Un signo en ocasiones utilizado por judíos.

—Me defraudáis, capitán.

—¿Eso pensáis?

—Sí, pues confirma eso mismo lo que les expongo a vuestras mercedes. Un «grupo» trata de hacer dirigir las sospechas de otro «grupo» como el de

vuestras mercedes hacia un «grupo» como el nuestro, a partir de señuelos con los que confundir su lógica y razón que tanto fomentan en sus privadas y también secretas y nocturnas reuniones.

Se generó un silencio en el que todos calibraban con absoluta consideración las coherentes reflexiones recién expuestas por el señor Santángel.

—Es razonable que tendamos a pensar que puede que un grupo de judíos se encuentre tras todas estas atrocidades.

—¿Eso creéis realmente, capitán? —preguntó el viejo cabalista—. ¿O ciertas cuestiones tal vez personales no os dejan razonar con claridad?

—Yo no creo que falte claridad a sus razonamientos —se aventuró a precisar Lope de Vega—. Y tampoco descartemos la posibilidad musulmana. Si seguimos con vuestro viaje en el tiempo, y si bien es cierto que la intolerancia y persecución respecto a los judíos y a los musulmanes que caracterizó la Europa bajomedieval fue adoptada por los Reyes Católicos, Carlos V, su nieto, continuó con mayor vehemencia su trabajo, extendiéndola a los musulmanes de la Corona de Aragón, que habían sido incluso respetados por su abuelo, el rey Fernando, quizá porque los lugares suelen ser sus gentes y, como ya bien sabemos, sus gentes sus propios climas; y el del Levante, desde siempre ha sido propenso a la fácil libertad y la pronta lisonja. Pero en 1525 el emperador prohibió la religión de Mahoma en el Reino de Valencia, donde se practicaba desde el siglo octavo. Los antiguos musulmanes valencianos que prefirieron quedarse pasaron a ser nuevos convertidos, más o menos a la fuerza, a la fe católica. Durante ocho siglos todos habían convivido en absoluta armonía y mezcla de cultura, y de repente los valencianos tuvisteis que preocuparos de construir sólidas barreras contra ataques de vuestros propios hermanos musulmanes, al tiempo que, de acuerdo con los deseos del emperador, se alzaban otros muros, de carácter espiritual, para aislar a los que no fueran cristianos con la execrable ayuda de la Inquisición, que no cesaría en su férreo objetivo de represión contra los judíos y proscripción del Islam.

—Veo que vuestro nuevo discípulo también discurre en reflexiones parejas al señor Guillem de Castro, padre Tárrega.

El canónigo mantenía desde su silencio varias líneas de pensamiento. Calculaba las pocas horas que les quedaban para hallar a los culpables de los crímenes y por tanto liberarme de la Inquisición; valoraba la situación de casi imposible fuga en el recinto en el que se encontraban, acotados como estaban

por los hombres de Natán, ya convertido desde hace años en Santángel. Ponía en orden los datos obtenidos, todos los signos se acumulaban en un caos que a una velocidad portentosa colocaba en orden en diferentes compartimentos de su prodigiosa mente, lo cual no le impedía continuar con el hilo de la conversación y el mandato a su rostro de permanecer con la tranquilidad precisa para encontrar posibles respuestas que les allanaran el camino a tan dificultoso enigma.

—Es por tanto muy lógico pensar que la raíz de estos crímenes nace en estas valoraciones que compartimos —prosiguió Lope de Vega con un tono conciliador y acorde con su estrategia de aunar esfuerzos.

—Sí, pero eso no es lo que vos pensáis —afirmó con seguridad el cabalista.

Se produjo una incómoda pausa en la que el joven caballero De Vega escrutó al viejo judío que permanecía indiferente a su mirada.

—Vos no podéis saber qué estoy pensando —indicó Lope de Vega con seguro tono desafiante en esta ocasión—. No me conocéis.

—Al parecer, en este grupo vuestro, querido padre Tárrega, todo joven comete la misma imprudencia de menospreciar nuestro conocimiento e información. Conozco vuestro nombre, señor Lope de Vega. ¿O debería llamaros Félix Lope de Vega Carpio? No hace mucho fuisteis detenido en el corral de la Cruz, en Madrid, y trasladado a la cárcel de la Corte. Sufristeis un proceso que concluyó en el mes de enero del año pasado, con una sentencia adversa por haber sido considerado culpable de escribir y difundir unos textos injuriosos contra el autor de comedias Jerónimo Velázquez, tras haber quedado enamorado de Elena Osorio, su hija, la cual no os correspondió como vos queríais porque se encontraba casada. Pero vuestra merced no escatimó en elogios en prosa y verso, de mil maneras y artificios, hasta conquistarla y comenzar a vivir su amor de manera furtiva, aunque sin mucho obstáculo encontrándose como siempre se encontraba ausente el marido de ella.

Lope de Vega permanecía callado y tenso. El judío cabalista le desarmaba con su exposición. Su sorpresa era grande, pero cubierta por una rabia interior perceptible en su mirada bronca.

—Empujada por su padre, Elena zanjó la relación, y vuestro orgullo fue tocado de un modo tal que comenzasteis a componer unos poemas ofensivos para la familia Velázquez que pronto recorrieron todo rincón de Madrid. Esto fue lo que inició el proceso que concluyó con el encarcelamiento de vuestra

merced. Pero tal era vuestra empecinada jactancia que, incluso desde la cárcel, continuasteis con la escritura de injuriosos versos a partes iguales para todos los Velázquez y todas las Osorios. Los ultrajados volvieron a quejarse de un modo más enérgico, y los jueces intervinieron para...

—¡Yo quería bien a Elena Osorio! —interrumpió Lope al judío cabalista, provocando que algunos de los hombres del viejo se levantaran para concluir tamaña afrenta en lugar privado y secreto, pero el viejo Santángel les calmó con un gesto y Lope prosiguió—: ¡Le di las comedias que hice a su padre, y ganó con ellas de comer y, por cierta pesadumbre que tuve, todas las que hice después se las di a Porres, y por esto me sigue; que si yo le diera mis comedias no se querellara de mí!

—Así va el mundo —dijo el judío cabalista con una extraña sonrisa paternal.

—Tras larga y renovada comisión, el tribunal dictó sentencia, sí —continuó Lope de Vega—. Y a la mañana siguiente comenzó mi destierro.

—Os irá bien el exilio a nuestra ciudad.

—Me gustaría, si vuestras mercedes lo tienen a bien, seguir con las deliberaciones en las que nos hallábamos —sugirió el padre Tárrega—. No tenemos mucho tiempo, como bien saben vuestras mercedes. Creo que queríais proponer que analizáramos la posible causa musulmana, para dar quizás una respuesta a estos dos crímenes. Y aunque bien sabemos que generaciones después de los Reyes Católicos el problema no solo ha continuado candente, sino que se quedó asentado como una especie de tumor en el espíritu del nieto emperador —prosiguió el padre Tárrega con aire abandonado al territorio intangible de sus pensamientos—, no estoy seguro de que debamos dirigir hacia esa posibilidad nuestras deducciones.

—¿No, decís? —cuestionó el cabalista—. Pensad por un momento en un hecho importante de esos años. Cuando antes de encenderse a posibles revueltas, y de un modo sincero y respetuoso, una delegación de *aljamas* valencianas viajó a la corte de Carlos V para entrevistarse con él y convencerlo de cambiar de opinión o, al menos, conseguir condiciones favorables para la emigración a tierras del Islam.

—¿Y bien? —preguntó Guillem de Castro.

—Pues que no consiguieron ni una cosa ni otra y su fracaso precipitó la rebelión —contestó el viejo cabalista—. Solo pudieron arrancar al incommovible rey algunas condiciones que hicieron menos trágico su ingreso

forzado a la Iglesia, como, por ejemplo, que sus comunidades seguirían vigentes y que conservarían el derecho a usar su lengua, vestidos y ciertas conductas. Quedó estipulado de ese modo que la Inquisición no arremetería contra ellos por cualquier motivo, sino que serían permisivos con aquellas costumbres musulmanas que obedecían más a hábito que a práctica religiosa. De este modo, más allá de estas concesiones, los moriscos valencianos pudieron mantener, en una relativa clandestinidad, su fe; y las *aljamas*, con sus jerarquías y sus mecanismos de solidaridad y representación, se mantuvieron intactas.

—Todos sabemos que esa cohesión social es la que garantizó la supervivencia de los *alfaquines* o dirigentes religiosos de la comunidad, que siguieron con el ejercicio de sus funciones durante algún tiempo, gracias a la benevolencia de los inquisidores carolinos —aclaró el padre Tárrega.

—O tal vez la no benevolencia, pues es bien sabido en todo momento histórico que, ante el objetivo de acabar con un pueblo, es necesario una pauta de capitulaciones, no una aniquilación a destajo que provocaría la incompreensión de tantos —añadió el señor Santángel.

—No, claro que no —contestó el canónigo segorbino.

—Así, concedores del carácter lleno de orgullo de los musulmanes, sobre todo en lo concerniente a sus creencias religiosas, prohibirles sus prácticas de fe de manera súbita les colocaba a los católicos castellanos en la certidumbre de que nacerían renovadas represalias y, sobre estas, ellos se verían justificados para el empleo de una mayor, sangrienta y deplorable respuesta. ¿O acaso me equivoco?

—No os equivocáis, Natán. Carlos V sabía muy bien que todo emperador hasta sus presentes tiempos nunca había dado un paso importante frente a un enemigo sin antes conocer el espíritu del mismo, y que para justificar la aniquilación de los diferentes debía diseñar una perfecta y magnánima divulgación del miedo entre todos sus cristianos seguidores, indicando dónde se encontraba ese eje del mal que tanto le preocupaba eliminar. Pero más allá de cualquier cuestión de Estado y al igual que a cualquier otro emperador anterior, tampoco algo fundamental se le escapaba como hombre... —Hizo una pausa antes de concluir—: La llegada algún día de su propio fin inexorable. Aquel César todo poderoso, ante su propia muerte no era más que otro sencillo hombre que ardía en pena y sufrimiento ante un concreto miedo. En el último aliento de su poderosa vida agarró con extrema y última fuerza el brazo de su

taciturno hijo Felipe, le llevó hacia la hedionda podredumbre de su propia carne, hacia su atormentado espíritu incluso, para indicar al próximo emperador, al oído, su labor a cumplir, su última petición como padre pronto a la otra vida. Una exhalación perecedera más que un conjunto de fonemas filtraba las siguientes palabras que quedaron selladas en el corazón tímido y oculto de Felipe: «Nunca permitáis que herejías entren en vuestros reinos. Favoreced a la Santa Inquisición.» Esas palabras últimas serían el testigo de un emperador hacia otro. Con ese ruego de su padre, un Felipe de rostro asustado pasó a denominarse Segundo.

—¿Y si no se quisiese más que generar el caos? —dijo en ese momento de un modo reflexivo y calmado Lope de Vega.

—Explicaos —demandó ligeramente sorprendido el cabalista.

—Tal y como exponen vuestras mercedes, si nos remitimos a nuestra más reciente historia, dos son los grupos que más motivos tienen para acabar con unos cardenales como signo de repulsa hacia la Iglesia que ha permitido durante más de un siglo afrentas, asesinatos, usurpación de títulos, propiedades, de la dignidad de un pueblo y de otro. Bien, pero... ¿Y si los autores de los crímenes, a partir de la forma en que están llevándolos a cabo, quisieran generar que todas las miradas, todas las sospechas y fundamentales deducciones nos llevaran a pensar en musulmanes, judíos y cualquier posibilidad justificada?

—Pero ¿por qué?

—Quizá para ganar tiempo, no sé. Para diluir por distracción los posibles obstáculos de su cometido.

—No creo que vayáis mal encaminado, señor De Vega —evaluó el cabalista—. Proseguid.

—Tenemos dos cadáveres con varias similitudes, ¿no es cierto, padre?

—Así es.

—Bien. Mismos signos, mismas formas, mismas atrocidades. Como si se tratase de un sistemático castigo o venganza.

—¿Adónde queréis llegar a parar, Lope?

—A que deberíamos concretar qué une a esos dos hombres asesinados. Porque en una o en algunas de esas conexiones encontraremos el motor de los asesinos.

—A fe que habla con propiedad vuestro nuevo discípulo, padre Tárrega.

—Sabemos que estamos ante dos altos cargos del clero, ambos cardenales

y próximos a su majestad. Y ambos han aparecido con el dedo anular amputado e introducido en el recto.

—¿Qué decís? —preguntó contrariado el viejo cabalista.

—Así es, Natán.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes? —preguntó con el semblante desencajado.

—Porque vuestra merced andaba más preocupado en aleccionarnos con sus conocimientos de historia y de las privacidades de nosotros dos —precisó irónicamente Guillem de Castro—. Al parecer hay cosas que no conocéis.

—Dejad ya vuestro sonsonete apartado. Lo que acabáis de decir puede esclarecer ciertas cuestiones. Puede que me equivoque, pero no es la primera vez que un asesinato se perpetúa de esta misma atroz manera. Hace unos años, ¿no os acordáis?, dos caballeros nobles de Aragón sufrieron una muerte de iguales características a las que exponéis.

—Sí, es cierto. Al parecer se encontraban de viaje camino a Valencia, por motivo de la compra de unas tierras —añadió el padre Tárrega totalmente absorto ante estas nuevas pesquisas.

—O eso es lo que se prefirió decir al pueblo.

—Encontraron sus cuerpos separados, con una jornada en medio de los dos cadáveres. Ambos cuerpos presentaban innumerables y profundas heridas de daga y puñal.

—Y sus dedos anulares amputados e introducidos en sus respectivos rectos —concluyó el padre Tárrega.

—Pero jamás se supo identidad alguna de los causantes de tales muertes. A pesar de lo cual, como bien sabe vuestra merced, se torturó a decenas de moriscos y judíos sospechosos de los asesinatos. Ese es el problema que tenemos en estos tiempos. Nuestra memoria. Nadie recuerda nada. Por muy terribles que sean los acontecimientos. Y el Santo Oficio cuenta con ello. Un grupo de mucho poder ejecuta cardenales cercanos a Felipe II. Creo que el desafío al que se enfrentan vuestras mercedes es difícil y peligroso.

—Yo más bien diría desafío al que nos enfrentamos todos.

—Me temo, querido capitán —dijo el judío cabalista, al tiempo que ordenaba con un suave gesto a su segundo que abriese la puerta—, que, de tales problemas, nosotros nos quedamos eximidos por el momento.

Hubo un segundo de confusión y espina en el aire, justo antes de que el joven colaborador vestido con límpida túnica abriese la puerta opuesta por la

que habían entrado hacía unos minutos. De un modo imprevisto y agitado, una docena de oscuros guardias entraron como truenos traidores en la estancia secreta, con la firme amenaza de sus aceros en las gargantas y los jubones de Guillem y Lope, así como en el pecho sin protección alguna del padre Tárrega.

—¡Ténganse presos al Santo Oficio! —profirió con tono mordido y complacido, el alguacil.

—Lo siento, padre Tárrega —dijo el judío—, pero llegaron antes que vuestras mercedes.

—¡Rata malnacida! —profirió Guillem de Castro.

Los oscuros guardias del Santo Oficio desarmaban a sus detenidos cuando el judío cabalista se aproximó a Tárrega y, cogiéndole de las manos, le dijo:

—Con esta acción salvamos la vida de seis de los nuestros. Vuestras mercedes hubieran hecho lo mismo. Espero que lo entendáis.

—Es una lástima que así penséis Santángel —concluyó con calma el canónigo segorbino al recibir en sus manos lo que le acababa de pasar de un modo furtivo el cabalista.

—Bien, vayámonos de aquí presto —dijo el alguacil mayor quebrando el momento.

Con buena cuenta de los cautivos, los guardias comenzaron a abandonar la estancia por la puerta opuesta a la de acceso secreto a los alcantarillados por la que habían accedido hacía unos minutos a la estancia secreta del cabalista. Quedó el alguacil con dos de sus hombres. Estos miraban con firme suspicacia al viejo judío y al resto de sus ayudantes.

—No hace falta que nos acompañen —indicó el alguacil entreviendo ahora sí un ligero acento de no fácil localización.

—Nosotros hemos cumplido con nuestra parte del trato.

—Vuestras mercedes han cumplido con su obligación. Nada más que eso.

—Pero nuestros hermanos... —apuntó con ceño fruncido Astruc—. Dijisteis que quedarían liberados.

El alguacil lanzó una mirada neutra y clarificadora a Astruc. Este comenzó a respirar encendida rabia al tiempo que su mano se dirigía a la empuñadura de su daga. El viejo cabalista truncó su propósito con un calmo gesto con su anciana mano sobre el enérgico brazo del impetuoso ayudante. Tanto Astruc como el resto de los judíos calibraron en la incómoda quietud de un instante que no era el lugar ni el momento. Así pues, el alguacil salió acompañado por dos de sus acólitos por la puerta, y el cabalista quedó a solas con sus hombres.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer ahora —dijo sin casi mudar la serenidad de su rostro en un tono venerable—. Obrad como os he indicado. Hacedlo de inmediato.

Todos los hombres siguieron a Astruc. Desalojaron la estancia por la puerta contraria, la que sí daba al pasillo secreto hacia el alcantarillado. Una vez más quedaban a solas el viejo cabalista y su joven acompañante. En vez de refugiarse en la penumbra elevó su rostro justo hacia la estrella de David que coronaba la cámara. Su rostro recibió el haz de luz, que ya sucedía con el tono penúltimo del atardecer, como si se tratara de un bocado de requerida esperanza, como en tantas ocasiones había desde niño ese viejo cabalista necesitado o proyectado, con los ojos abiertos, con el alma abierta.

Se abrió la puerta de uno de los pequeños portales pegados a la torre de Santa Catalina. Comenzaron a salir de ella los oscuros guardias que los custodiaban. El cielo cárdeno se dejaba acariciar por alguna pasajera nube violácea. Lope y Guillem se miraron de soslayo y calibraron el modo de poder deshacerse de los guardias y del alguacil. Guillem miró al padre Tárrega. Sabían que no era un hombre de armas, y lanzarse a la posibilidad de recuperar aceros y emprenderla a cuchilladas dejaría al canónigo segorbino a merced de un seguro tajo o mortal estocada. Con el lenguaje de las miradas comprendieron que era mejor continuar al paso obligado. Pisaron la tierra con algún añadido de estiércol de los caballos y otras inmundicias de algún famélico perro o de incluso de ciertos sucios e indiscretos esportilleros de hacía unas horas. Tendrían que esperar ocasión más propicia para su propósito.

El tiempo se les había pasado rápido e imperceptible entre tanto acometer entradas secretas y encuentros en sótanos, celdas, alcantarillados y estancias amagadas donde atar cabos, donde averiguar la complicada maquinación de la que ya formaban, lo quisieran o no, fundamental parte impugnada. En esas cavilaciones se encontraba el padre Tárrega mientras sus manos valoraban el tacto de dos bolas como de arcilla que guardaba por separado en cada uno de los bolsillos de su faldón. Esas que le había pasado el cabalista, de un modo preciso y disimulado, para que nadie reparara en ello.

Continuó con sus valoraciones, con la mirada perdida en el suelo húmedo y sucio en el que sus sandalias acontecían paso a paso. Sumaba deducciones. Ordenaba cada uno de los signos y elementos, cada una de las palabras escuchadas al inquisidor Zárata, a su colaborador, a Natán, el judío cabalista. Saltaba de momento a momento, de segundo, palabra o imagen. Su cuerpo estaba cansado. No así su mente viajando en ida y vuelta a cada una de las variaciones, posibilidades, de un modo veloz e intenso hacia todos los

recodos posibles y lógicos que le llevaran a... De súbito se paró el canónigo.

—¡No se detenga! —inquirió uno de los guardias a su lado.

Alarmados por las palabras del guardia, Guillem y Lope se giraron y detuvieron su paso.

—¡Continúen también vuestras mercedes!

Guillem de Castro pudo observar en el rostro de su maestro una mirada en suspenso y una sutil y casi imperceptible sonrisa ya conocida, antes de continuar el paso.

—Conozco bien esa expresión en su rostro.

—¿Qué le pasa al padre Agustín? —preguntó Lope.

—Que puede que ya haya encontrado una posible respuesta —contestó Guillem.

El grupo giró a la izquierda para introducirse en una callejuela mucho más fosca y estrecha. Tras avanzar unos metros se detuvieron junto a una puerta cerrada de una discreta fachada. Uno de los guardias que encabezaba el grupo se dirigió solícito a abrir la puerta con una de las llaves que guardaba colgadas bajo el jubón. Con dos vueltas de llave, la puerta se abrió, y tras el paso de un par de sus compañeros, el alguacil ordenó con un gesto a Lope, Guillem y al canónigo segorbino que se introdujeran rápido. Cuatro de los guardias encendieron farolillos. Al quedar iluminado el lugar, comprendieron que se encontraban en un antiguo almacén utilizado por mercaderes de hacía años. Alrededor se podían contar innumerables tinajas de barro para aceites, así como toneles de vino ya evaporado o rancio, si es que quedaba alguna líquida porción de los mismos. Dos de los guardias con farolillo encabezaban ahora el grupo junto al alguacil. Lope de Vega y Guillem de Castro, así como el padre Tárrega, eran conducidos como prisioneros flanqueados por detrás por otros tantos guardias del Santo Oficio. Pasaron por salas de antiguo almacenaje. Ya el lugar era solo un cúmulo de polvo, telarañas y alguna rata que rebuscaba con débil esperanza alguna podrida vianda. Nada bueno hacía presagiar aquellas estancias a las carnes de los tres hombres que ya comenzaban a confirmar las más funestas sospechas. Tras pasar por cuatro salas más, dieron con la última. Sin demora, dejaron los farolillos en manos de sus compañeros. Dos guardias movieron hacia un lado uno de los grandes toneles. Al apartar de su sitio el barril, justo en el hueco, se hallaba una apertura cuadrada en el suelo. Pronto no tuvieron que deducir que se trataba de un nuevo acceso hacia un subterráneo.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó Guillem de Castro al alguacil—. Este no es el camino hacia la casa del Santo Oficio.

—¡Vamos, adentro!

Los caballeros y el padre Tárrega mantuvieron una intranquila actitud queda. El alguacil sacó la pistola y apuntó al rostro de Guillem.

—¡He dicho adentro! —insistió el rudo alguacil con su curioso acento.

El capitán sopesó el instante. No le quedaba otra. Miró a sus compañeros. Claudicó. Una vez más, y con un recelo en aumento, Lope, Guillem y el padre Tárrega descendían a las insondables entrañas acuosas de la ciudad, escoltados por los guardias oscuros. Pronto alcanzaron la empapada superficie subterránea. Tomaron con resolución el corredor de la derecha tras la orden del alguacil. Prosiguieron con solvente paso por las húmedas y laberínticas callejuelas, donde mojaban sus calzas en las líquidas inmundicias.

—Tenemos que deshacernos de estos guardias —sugirió en disimulado tono.

—¡Estáis loco! —se apresuró a evidenciar Lope de Vega—. ¡Son doce, y armados! —puntualizó con el mismo susurrante y parco tono discreto—. Calmaos, Guillem —añadió—. Es mejor esperar a ver adónde nos llevan.

—Está bien claro. Nos llevan a las celdas del Santo Oficio por otro camino.

—Estos caballeros no son, en realidad, guardias de la Santa —determinó el padre.

—¿Qué queréis decir? —preguntó extrañado Lope de Vega.

—Nuestros escoltas no son portadores del calzado propio de los guardias o alguaciles del Santo Oficio. Sus manos, para ser más concreto, no responden a la rudeza en los dedos propia de quienes manejan a diario lanzas o espadas. Por el contrario son finas y elegantes, y con sutiles manchas de tinta en los dedos, propias de quienes dedican su labor a cuestiones caligráficas. Pero hay algo más, al igual que esas pobres almas a los que dieron buena cuenta en la entrada de las Torres, llevan en sus palmas unas cicatrices propias del filo de un puñal o daga.

—Cielo santo, padre, entonces ¿quienes son estos hombres?

—Me temo, querido Lope, que no queda mucho tiempo para hallar respuesta a vuestra pregunta.

El grupo se detuvo. Habían llegado a un rincón semicircular y sin salida. El alguacil se acercó a los cautivos, deteniéndose en el último momento ante la

mirada serena y afilada del padre Tárrega. Ordenó con un gesto que dos de sus hombres comprobaran que no vigilaba nadie amagado en las inmediaciones de ese insondable y amplio rincón semicircular del alcantarillado. Nada había ante ellos excepto las húmedas piedras de las paredes y los techos, así como el tránsito de algunas renovadas y pestilentes ratas y el casi turbador goteo de las inmundas aguas filtradas por doquier. El alguacil, o al menos el hombre que se hacía pasar por tal, dirigió su oscura mano enguantada a una de las piedras de la acuosa tapia. Presionó sobre ella y un mecanismo comenzó a accionarse. En el suelo que pisaban se liberó una especie de compuerta secreta, mimetizada con las piedras mismas de la superficie. En la nueva y fascinante apertura se adivinaba el comienzo de unos escalones de piedra. Tres de los misteriosos hombres comenzaron a introducirse en ella. Habían encendido previamente otro farolillo que guardaban en sus capas. Tras una nueva orden del alguacil, obligaron a que se dirigieran al interior de esa entrada secreta. Así lo hicieron, forzados como estaban. El padre Tárrega quedó el último, mirando fijamente al alguacil que permanecía con otros de sus hombres esperando su turno para el descenso. El canónigo, anclado en las pupilas de su vigilante oponente, comenzó a descender sin dejar de calibrar con preocupación el poco tiempo que le quedaba para librarme de la posibilidad de un tormento injusto e insufrible para las carnes de un niño, para el alma de cualquier persona. Sobre todo si descubrían que el niño realmente era una niña.

A poca distancia de la capital, se encontraba un municipio de origen musulmán, donde el mismísimo Cid había batallado contra los almorávides. Un lugar que no era sino una gran alquería, y que Jaime I, tras luchar por la Reconquista cristiana, utilizó para repartir casas y tierras como pago a la ayuda en su levantina cruzada. Mucho más tarde, y ya en el año 1589, aquella zona estaba dividida todavía en dos núcleos diferenciados e independientes: la Morería, donde se ubicaban los ahora moriscos; y la cristiana, denominada Mislata.

La noche ya cubría las inmediaciones cuando se aproximaron furtivas figuras encapuchadas a la importante alquería. Pronto alcanzaron las paredes de cal de aquella alquería también llamada entonces El Cerdanet, como cariñosa deferencia hacia su ilustre habitante, un antiguo discípulo de Luis Vives que cavilaba en ese preciso momento la redacción de una posible nueva ley que mejorara condiciones de presos de baja suerte. Desde fuera, los encapuchados contemplaron con cautela al pensativo jurista Tomás Cerdán de Tallada, notable doctor en leyes, pero ante todo poeta y humanista, que caminaba de un lado a otro de su estudio tratando de dar con las palabras precisas que condensaran el espíritu de su nueva idea. A muchos de su condición y alcurnia les molestaba aquella preocupación suya tan dirigida hacia los derechos de los menos afortunados. Por ello le denominaban «Abogado de los pobres». Él, a sí mismo, solo se consideraba un hombre sensible que quedó impactado por las execrables condiciones carcelarias a las que sometían a todo tipo de presos. Y esto, como bien fácil era de suponer, colocaba en alta preocupación a los altos mandos y nombres de la Santa Inquisición. Influida por sor Margarita Agulló, amiga de juventud, había puesto de manifiesto la denuncia continua del mal trato a los encarcelados, las pocas seguridades y su mal acomodamiento. El Santo Oficio se la tenía jurada. Pero al igual que con otros nobles de la época, poco podían hacer dada su

excelente y directa relación con su majestad Felipe II.

Cerdán de Tallada detuvo su paso al oírse unos golpes en la puerta de entrada. Emergió de las profundidades de sus internos discursos y lógicas, y tras quedarse quieto miró hacia la puerta de su estudio, que permanecía cerrada. Comenzó a escuchar el conocido ruido de unos zapatos apresurados que pronto se convirtieron en los reconocibles golpes de nudillos de cortesía.

—¿Sí?

La puerta se abrió. Un criado de edad avanzada, pero de regia forma, asomó con un gesto de acatamiento.

—Señor, unos hombres preguntan por vos.

—¿A estas horas?

—Dicen que es urgente que les reciba.

—¿Van armados?

—Van medio ocultos en capas. Eso he podido observar escondido desde una ventana.

—Eso no es novedad en estos tiempos. Todos andamos así cuando salimos de noche de nuestras casas.

—Pero, aun así, no creo que debería vuestra merced...

—¿No os han dicho nada? ¿El motivo de su visita?

—Tan solo que os diera esta carta sellada que han pasado por debajo de la puerta —dijo entregándosela.

—¿Siguen ahí fuera o ya se han marchado? —preguntó Cerdán de Tallada al tiempo que abría el sobre.

El jurista desplegó el papel y en su rostro su fiel criado pudo percibir un claro signo de preocupación al leer para sí el contenido del mensaje.

### *Los hermanos necesitan a Trueno*

Guardó la nota con ceño fruncido. Se dirigió con premura a la entrada de su casa seguido de su fiel y asustadizo criado. Al alcanzar la puerta le ordenó abrirla. Así lo hizo el viejo lacayo. Fuera, a un metro de la entrada, un nutrido grupo de enfundados esperaban al jurista. El que se encontraba en primer término elevó su cabeza encapuchada.

—¿Os conozco? —preguntó don Tomás.

—Mi nombre es Pedro Vallés, pero podéis llamarme Astruc Abraham. Nos envía la familia Santángel. No tenemos mucho tiempo, señor.

—Ya hemos llegado —dijo el alguacil deteniéndose ante una nueva y pequeña puerta oscura y cerrada.

Acababan de dejar atrás un serpenteante y claustrofóbico pasillo cuyos orígenes se remontaban incluso más allá de la presencia musulmana en la ciudad. Eso dedujo el padre Tárrega, pues sabía diferenciar con una sola mirada, con un liviano tacto en las paredes, el verdadero cimiento y sello de piedras indescifrables. Aquellas, no cabía duda en los resueltos razonamientos del canónigo segorbino, se trataban de ruinas romanas, de cuando aquel lejano imperio convirtió la ciudad en Valentia Edetanorum, uno de sus fundamentales asentamientos.

Uno de los guardias de avanzadilla se dirigió tras la pertinente orden del alguacil a abrir esa tal vez última puerta. Al entrar se encontraron ante una inquietante y no muy descansada situación. Distribuidos de manera circular en un sótano abovedado húmedo, acontecía un misterioso, callado y turbador grupo formado por unas diez arcanas figuras mimetizadas con enormes vestimentas oscuras con capucha para ocultar sus indescifrables rostros. Parecía que les esperaban como fase penúltima a un ritual macabro. Eso se podía deducir respirando la infausta atmósfera del lugar, aquel aterrador silencio. Las propias sombras se dibujaban distorsionadas y titilantes en las húmedas paredes en curva, proyectadas por la luz de cirios de tamaños grandes y distintas formas. Estaban instaladas las candelas en el centro de la congregación, en otros tantos pequeños recodos de piedra. También en la misma especie de púlpito en el que descansaban, sobre una tela de seda negra, un lóbrego cáliz junto a un puñal de cuchilla reluciente y una bandeja de plata con restos de una especie de vegetal recién quemado, que despedía aún el consabido efluvio que perfilaba diferentes finas formas de humo hacia el abovedado techo. Los guardias dirigieron a los tres presos junto al grupo de cirios centrales de la sala. Allí los dejaron arrimados e iluminados por las

débiles y cálidas llamas. Sintieron sus carnes erizadas al saberse escrutados desde un cada vez más perturbador silencio por los oscuros encapuchados a los que cada uno de los guardias y el alguacil se les acababan de unir. Mimetizaron las actitudes de los misteriosos sacristanes, y regresaron las capuchas a sus cabezas que habían mostrado destapadas durante todo el trayecto amagado. El padre Tárrega trataba de ocultar su turbada esperanza. No dejaba de recordar en ningún momento, pese a todo, el poco tiempo que les quedaba si querían salvarme. La quietud ardua fue quebrada por un nuevo enigmático encapuchado que apareció detrás del púlpito que presidía la estancia.

—Los primeros templos de iniciación se levantaron en Egipto —dijo con misteriosa voz metálica y ronca el destacado encapuchado desde detrás del púlpito—. Se sabe que en el templo de Ptah, donde se adoraba a Osiris, el sacerdote poseía una extraordinaria sabiduría. Allí se invocaba al Sol de los Muertos, el cual guiaba a los difuntos hasta su última morada.

—Y también se dice —se atrevió a añadir el padre Tárrega— que el fundador de la dinastía veintitrés egipcia, Cambises, por haber conquistado el país con ayuda de la flota fenicia, estuvo en Tebas y quiso ser iniciado por los sacerdotes en los misterios de Osiris, porque temía ofender a Dios... — Detuvo su aclaración con un tono en suspenso, tal y como resolvían los cómicos en las tablas cuando ejecutaban ciertas pausas dramáticas antes de añadir—: Pero los hizo asesinar a todos.

La densidad del silencio se multiplicó en la secreta estancia tras estas palabras.

—El rey de los persas se dirigió entonces a Menfis —prosiguió el padre Tárrega—, en donde estaba el templo de Sais. Pero allí le sumieron en un sueño letárgico, por medio de drogas, y se cree que pudo salir, ya perdido el juicio, refugiándose en el desierto, donde puso fin a su vida con su propia espada.

—Esta trágica historia revela que no es posible adquirir la fase suprema del conocimiento sagrado sin antes no haberse sometido a una larga y tortuosa preparación, según algunos. Padre —prosiguió el maestro de la misteriosa congregación—, nada de dolor o tortura se le procurará a vuestras mercedes, ya que no pretendemos que se unan a nuestra hermandad.

—Entonces ¿qué es lo que pretendéis hacer con nosotros? —se aventuró a preguntar el arrebatado capitán Guillem de Castro.

—De momento retenerles —contestó el maestro—. Como habrán adivinado, no somos ni guardias ni alguaciles de la Santa.

Lope de Vega y Guillem de Castro miraban alrededor con esa mirada que a todo soldado acude cuando valora la posibilidad de un último acto de valentía o temeridad absoluta para entregarse no sin feroz lucha —aun sin armas— a su certera muerte.

—Se han aproximado demasiado a la raíz de ciertos asuntos nuestros —prosiguió el maestro— y es necesario que nada ni nadie impida nuestro justo propósito.

—¿Justo, decís? ¿Llamáis justo al asesinato de cardenales? —preguntó tal vez sin medir demasiado sus palabras Guillem.

—Nosotros no asesinamos. Purificamos. En un mundo sin justicia es preciso acometer decisiones que lleven a acciones significativas. Hemos trabajado años, muchos años, para conseguir que, por fin, se haga justicia.

—¿Justicia, decís?

—La Inquisición, y permitidme que no la denomine ahora como santa, lo que ansía es impedir algo inaplazable e irremediable, que no es sino el curso natural de la historia —dijo el maestro con tono inalterable desde su elevado púlpito—. Hace todo lo posible para mantener a los hombres en la ignorancia y en la superstición —continuó con su extraña voz metálica y afónica—, en tanto que los predicadores de Cristo se afanan en poseer el máximo de conocimiento. Y conocimiento es sinónimo de riqueza en todos los aspectos. Vuestras mercedes bien saben todo esto que digo. ¿O acaso me equivoco?

—El conocimiento se extiende ya incontenible —se apresuró a indicar Guillem de Castro.

—¿Y qué se consigue con ello? —le preguntó el maestro—. El campesino se subleva —añadió—; la cultura invadirá al pueblo, sí; y el escepticismo se convertirá en negación absoluta.

—Así se profundizará en la verdad histórica —dijo Guillem.

—Y así saldrán a relucir muchas más hogueras de la Inquisición cuando el creyente dude e intente despejar incógnitas más complejas —concluyó el maestro.

—Dicen defender a Dios y su palabra, cuando, en realidad, lo que pretenden defender no son más que intereses terrenales, tanto políticos como económicos —añadió Guillem de Castro de esa forma en la que uno entiende en quien pronuncia esas palabras que no se quiere dar por vencido.

—Eso ya lo sabemos todos, capitán. Nada nuevo hay en sus reflexiones — aclaró el prócer—. Vos, padre Tárrega, sois un hombre de razón y lógica, pero no nos olvidemos que sois hombre religioso. Y la religión se apoya en una circunstancia natural y esencial que es la muerte, como todas vuestras mercedes saben.

—La religión vuestra tal vez. Hablad por vos, pues la mía solo se apoya en la vida, en el aquí y ahora.

—No me hagáis reír, padre.

—No pretendo provocar vuestra risa.

—Vos no podéis comprender el dolor, la humillación a la que puede ser sometido un ser humano.

—He visto el dolor. He conocido sus consecuencias.

—Vos únicamente habéis visto y analizado sus consecuencias como bien decís. Pero jamás habéis vivido ese dolor mismo en el aquí y ahora. Nosotros, sí. Y ha llegado el momento de que los culpables paguen, de que se haga justicia.

—Lo que vos denomináis con tanta insistencia como justicia puede que no deje de ser una anodina venganza.

—Hay venganzas que son justas. Y vos bien lo sabéis, padre Tárrega.

—Lo que yo bien sé es que hay venganzas que provocan injusticias. Vuestras acciones —prosiguió el canónigo— generan el miedo en quienes queréis, sí, es cierto. Pero inocentes pueden pagar por vuestras ejecuciones. Incluso niños. ¿O es que acaso ya no os conmueve esa palabra, esa condición?

—¿A qué os referís?

—Al amanecer, dentro de muy pocas horas, un niño inocente será juzgado por el Santo Oficio y, si no dice ninguna palabra en su favor, condenado a la pena máxima. El chico es mudo. Y por tanto su suerte está echada, a menos que haya entregado yo mismo antes al inquisidor Zárata a los verdaderos culpables.

El maestro no pudo reprimir una terrorífica risa que rebotó en forma de metálico eco a lo largo de la estancia.

—¿Adónde se dirigen ahora vuestros pensamientos, padre Tárrega?

Todas las figuras embozadas y lúgubres que rodeaban la cámara clavaron su mirada en el canónigo. Lo mismo Lope de Vega y Guillem de Castro, que permanecían en un silencio de piedra observando a su maestro, que ahora comenzó a caminar pensativo. Detuvo de súbito su analítico paso, clavó la

mirada en un punto fijo del suelo que pisaba, respiró una vez, elevó con los ojos cerrados su cabeza y alzó entonces su mano como si fuese a detener el tiempo.

—Es interesante esa serie de orificios que suceden alrededor, justo en el vértice del escalón circular de la sala. Un sistema muy práctico para desalojar el agua al llenarse esta antigua terma romana, o tal vez otro tipo de líquido rojizo y más denso a juzgar por los bordes —y aquí se inclinó un poco para asegurarse en uno de los pequeños orificios—, sí, en efecto. Es interesante el aroma que se respira en esta estancia —dijo incorporándose con la cabeza erguida y los ojos cerrados—. Margaritas secas, incineradas. —Abrió en ese momento los ojos y dirigió su mirada al rostro oculto del maestro—. ¿Me equivoco? —El maestro permaneció en silencio, el canónigo prosiguió—: En esa bandeja que tenéis en el púlpito quemáis las margaritas como parte de vuestro privado ritual, supongo. Unas flores sugestivas, sí. Muy sugestivas, a pesar de su indiscutible sencillez. No solo son excelentes para el aparato respiratorio, sino que simbolizan la belleza eterna y la suavidad pastoral. La devoción. Pero sobre todo —y aquí matizó la palabra— la inocencia. La inocencia de un niño —concluyó esta frase como si depositara en toda la estancia una sentencia de mayor y contundente forma y peso—. Un niño y su inocencia... —quedó en suspenso en esta última reflexión o deducción en abierto—... que es quemada aquí. Hecha cenizas. Como digo, interesante este aroma. Y por cierto, ya conocido.

—Imagino que sí. Las margaritas son flores comunes —comentó el maestro como restando importancia a las deducciones últimas del canónigo.

—Pero no las margaritas secas que son quemadas. Eso ya no es tan común. Y a fe que este aroma me viene acompañando en varios momentos desde las dos últimas jornadas. Si me permitís...

El padre Tárrega introdujo su mano derecha dentro de su faldón, lo cual provocó una alarma en alguno de los encapuchados.

—No se preocupen vuestras mercedes, solo quiero mostrarles una cosa. ¿Puedo?

El canónigo pidió permiso con una cumplida mirada al maestro. Este asintió. A continuación, y sirviéndose con lentitud del consentimiento, sacó de su faldón la conocida arqueta que procedió a abrir. Entre sus venerables instrumentos de investigación ubicados en el interior, cogió con esmerado cuidado una tela pequeña que envolvía algo delicado, pero todavía

desconocido para los presentes en la sala. Incluso Lope de Vega y Guillem de Castro se encontraban en el más absoluto desconocimiento de todo lo que el padre Francisco Agustín compartía en la inquietante y húmeda estancia. El canónigo cerró de nuevo su arqueta, la guardó y abrió la pequeña envoltura oliendo el contenido. Se aproximó a continuación, afirmando con la cabeza hacia el púlpito. Con ceremonioso y cuidado paso subió dos de los peldaños hasta alcanzar con su visión la bandeja de plata, pero a una prudencial distancia del propio maestro que permanecía imperturbable y más alto. Escuchaba con suma atención sus palabras, y observaba, de igual modo, sus lentos movimientos y precisas acciones, e incluso silencios. Tras contemplar la bandeja de plata y los restos quemados de las margaritas, el canónigo segorbino colocó el pequeño envoltorio que acababa de sacar de su arqueta junto a la bandeja misma. Sobre la negra seda que cubría el púlpito, desenvolvió su pequeña y austera tela para dejar a la vista restos incinerados iguales a los que descansaban en la bandeja de plata, así como el diminuto pedacito blanco de algo parecido a un pedazo diminuto de papel que cogió con suma delicadeza con sus dos dedos derechos para mostrárselo al maestro con fina prestancia.

—Un pétalo. O mejor dicho, una porción. Procedente de una margarita, por supuesto. Y hallado justo debajo del cadáver de la segunda víctima, en el interior de la Seu, junto a la puerta de los Apóstoles.

Dejó con suavidad el pedacito de pétalo en la tela de seda negra del púlpito. Y tras anclar unos segundos su mirada en la sombra del semblante encapuchado del maestro, comenzó a bajar los peldaños.

—En cuanto a esa pequeña muestra de restos incinerados, y como podéis perfectamente comprobar —señaló el padre Tárrega ya junto a sus discípulos Lope de Vega y Guillem de Castro—, se trata de los mismos tipos de fracciones quemadas que los que tenéis en vuestra bandeja. Una muy pequeña porción en este caso, bien es cierto, pero el mismo tipo de margaritas, sin duda.

El canónigo se sentía poseedor de ese estatus tantas veces conquistado en el que comenzaba una vez más a sentirse cómodo.

—La ciudad de Valencia —prosiguió— se ha despertado estas dos últimas jornadas con terribles acontecimientos muy parecidos, aunque en diferentes localizaciones. El primer acto criminal se ha ejecutado a un ilustre cardenal, Ortiz de Liñana; el segundo, también a otro cardenal no menos ilustre,

Bartolomé de Borja. Ambas víctimas coinciden en varios puntos significativos. El más importante, y por lo que el inquisidor Zárate ha requerido mis servicios, es que los dos cardenales son hombres de extrema confianza de su majestad, el rey Felipe II. Las similitudes en cuanto a lo concreto de las acciones emprendidas con las víctimas no son pertinentes en este momento, pues vuestras mercedes, como ejecutores de las mismas, nada nuevo hallarían en ellas. Al igual que nada nuevo hallarán en lo que a continuación me dispongo a exponer.

—¿Y entonces a qué tanto ceremonioso alarde de vuestras facultades deductivas, padre Tárrega? —preguntó el maestre tratando de desarmar al canónigo segorbino.

—Porque, tal vez, apelando a sus corazones aún vivos, a pesar de tanto sufrimiento y muerte anidando en ellos, puedan replantearse su última acción para así evitar la condena de un niño inocente.

En el mutismo que siguió a las últimas palabras del padre Tárrega, se podía entender que tenía el beneplácito de los oscuros acólitos para continuar con su disertación.

—Es de todos bien sabido que ciertas costumbres castigadas por la propia Iglesia, por el Santo Oficio incluso con mayor y más brutal vehemencia, son actos que de un modo amagado, y más o menos escondido, propios nombres de las diferentes órdenes religiosas, y sobre todo altos representantes de las mismas, realizan de un modo metódico bajo una condescendiente disculpa o peor indiferencia por parte de sus allegados, conocedores de esas denunciabiles, repugnantes prácticas.

—¿Por qué no os explicáis con mayor claridad, padre? —sugirió el maestre con un tono retador que se dejaba apreciar más allá de la ronca y metálica voz que surgía de aquel rostro ocultado por la sombra de la capucha.

—Como gustéis. Dos delitos sexuales, que se consideran según el derecho canónico *contra naturam*, son la sodomía y el bestialismo. La sodomía se supone es una práctica censurable, castigada incluso con la muerte por los tribunales civiles. Sobre todo si se practica con niños.

Lope de Vega y Guillem de Castro cruzaron sus miradas con absoluta seriedad y desasosiego al escuchar estas últimas apreciaciones del padre Tárrega.

—Es competencia de la Inquisición —prosiguió el canónigo— en los territorios de la Corona de Aragón, desde que el papa Clemente VII, en un

breve papal, concediera a la Inquisición aragonesa jurisdicción sobre la sodomía, estuviese o no relacionada con la herejía. Pero suceden los casos, llevados a cabo por altos cargos de nuestra Iglesia. Y aunque han recibido acusaciones y denuncias varias casas del Santo Oficio, en diferentes poblaciones y ciudades han hecho la vista gorda ante tales cuestiones de un modo deplorable y retraído. A los dos cardenales asesinados les unía la práctica de esas acciones funestas. Con niños.

Guillem y Lope miraron a su alrededor. De un modo extraño pudieron sentir que todos los correligionarios se mostraban algo más unidos al canónigo.

—¿Y por qué creéis que así sucede, padre?

—Porque hay muchos intereses. Porque implicaría a gente como estos dos mismos cardenales, que, para mayor gravedad, son cercanos hombres del rey.

—¿Y qué creéis que les unía a su majestad?

El padre Tárrega, al escuchar el categórico tono del maestro en esta última pregunta, comprendió que acababa de llegar el turno de permanecer en silencio para dejar a este que prosiguiera, pues sus palabras emanaban un ligero apetito de querer continuar con datos o información al que un sencillo canónigo de la Seu no podría jamás tener acceso.

—Desde la inmediatez de la muerte de su padre, ha reinado en España y sobre los dominios más vastos que se han conocido jamás en la historia, su católica majestad Felipe II, hijo de Carlos V, bisnieto de los Reyes Católicos —sentenció el oscuro maestro con cierta pompa e ironía en su metálica voz—. El llamado Prudente se ha convertido en el continuador de un enfermizo propósito familiar, que como una especie de amarga y terrible herencia genética pasa de monarca a monarca como legado último antes del fallecimiento de su predecesor. En el transcurso de una de sus primeras apariciones en público, un auto de fe, en Valladolid, estaba ya acompañado por un apuesto mancebo de nombre Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Parma, al que había traído, referían que para educarlo, de los Países Bajos. Todas las campanas de Valladolid inundaron el cielo, como os podéis imaginar, alcanzadas las seis de la mañana. Se formó la gran procesión de los reos. De dos en dos, desfilaron entre guardias montados, seguidos por una larga fila de nobles y clérigos, hacia el lugar dispuesto para la ceremonia en la plaza pública. Hidalgos, estudiantes, golfantes, hacendados, hombres y mujeres de campo, taberna o retiro espiritual llegaban de todos los pueblos y pedanías a cien leguas a la redonda, no solo para ver el castigo de los

enemigos de Cristo y de los hombres, sino para conocer al nuevo monarca. Llenaron la plaza y las callejuelas todas que a ella conducían. Con el propio Felipe, su hijo y su sobrino en el trono y los reos en la plataforma. Enfrente, el Gran Inquisidor, don Fernando de Valdés, dijo en voz alta: *Domine adiuva nos!* Y al escuchar esa súplica, clavada la mirada del Gran Inquisidor en su taciturno rostro, Felipe se puso en pie en su trono y tomó la espada de la Justicia en señal de que defendería la fe y la civilización y el orden cristiano contra todos sus enemigos. El inquisidor se volvió hacia él —los cercanos apreciaron cierto matiz de sonrisa en la comisura húmeda de sus labios— y dijo: «Como ordenan los decretos apostólicos y los santos cánones que los reyes juren favorecer a la Iglesia católica y a la religión cristiana, ¿vuestra majestad jura por la Santa Cruz, en la espada que mantiene su mano derecha, que prestará toda la ayuda necesaria al Santo Oficio de la Inquisición y a sus ministros, contra los herejes y apóstatas y contra aquellos que los defienden y ayudan contra todas las personas que estorben la acción del Santo Oficio; y que obligaría a todos los súbditos y ciudadanos a que obedezcan y observen las cartas y constituciones apostólicas dadas y publicadas en defensa de la santa fe católica contra los herejes y contra todos aquellos que lo favorezcan?» Felipe puso su mano sobre el puño de la espada y dijo: «¡Así lo juro!» El inquisidor leyó la lista de los míseros delincuentes. Había un total de veintiocho aquel día, de los cuales, catorce estaban y, por fin, reconciliados en el último momento, aunque dos fueron penitenciados. Los catorce restantes, vestidos con el consabido sambenito amarillo y la caperuza cónica, pasaron ante el estrado real camino del quemadero. Doce de ellos se retractaron en la hoguera y fueron así estrangulados antes. Pero dos persistieron en su herejía hasta el fin y fueron quemados vivos. Uno de estos dos reos era miembro de una familia de judíos secretos, muy relacionada con la nobleza, y cuyo nombre respondía a don Carlos de Sesa. Al pasar ante el rey, este apartó avergonzado la mirada. El reo se dirigió al joven monarca: «¿Cómo podéis permitir que vayan a quemarme? ¡Contestadme!» Felipe miró a su alrededor. Los inquisidores clavaron su mirada en él, haciéndole sentir como niño en la escuela que no tiene otra salida posible que responder a un nuevo desafío. «Yo traeré leña para quemar a mi hijo si fuera tan malo como vos.» Eso dijo sin atreverse a mirarle a los ojos, con el miedo de sus pupilas abrazado a la mirada del Gran Inquisidor, como si este lo manipulara de un modo incomprensible. No existe mayor ejemplo que explique en manos de quién se

encuentra todo un imperio. Ahora, aferrado a un sentimiento de brutal responsabilidad, la soledad de Felipe II es absoluta. Sabe, enfrentado a la Cruz, que su misión, por encima de cualquier cosa y tal y como su venerado padre lo estableció y el Señor le ha impuesto, es mantener la unidad de la fe.

—«Antes que permitir ningún desvarío en materia de religión o tocante al servicio de Dios, prefiero perder todos mis dominios y cien vidas, si las tuviese, porque no quiero ser nunca rey de herejes» —añadió el padre Tárrega.

—Así es, padre —afirmó el maestro—. Todos sabemos que la religión y sus manifestaciones son fundamentales en nuestra sociedad. Lo religioso se halla presente en cualquier acto personal, social o político. Vos mismo, abrazasteis la fe como tantos otros por tener acceso a la cultura y el conocimiento. Y a mayor alimento, os alejáis cada vez más de vuestra Iglesia misma, aunque sigáis vistiendo esos faldones. Todos representamos alguna importante hipocresía por interés en esta vida. Pero dejadme continuar. La relación de nuestro imperio con Roma tiene tintes especiales y una clara supremacía basada en tres derechos: el de la colación de beneficios, revisión de fallos de los tribunales eclesiásticos a través de los recursos de fuerza y la retención de bulas. Pero, a su vez, los papas procuran restituir a la jurisdicción eclesiástica su antigua autoridad y se quejan del aumento que Felipe II otorga a la potestad real sobre la eclesiástica.

—Veo que estáis bien informado.

—«Ningún respeto humano, ninguna consideración de Estado podrá jamás hacerme desviar un solo paso del camino que sigo y me propongo seguir en esta materia, y con firmeza tal que no acogeré ningún consejo o sugestión contrario.» Estas fueron palabras del rey. Pero su pueblo es muy desmemoriado. Ahora en El Escorial se respira un ambiente tenso; esa oscura y atemporal dama llamada tristeza reina en todo el palacio. Su majestad soporta unos terribles dolores. Sin ya casi poder caminar ni tan siquiera con la ayuda de bastones, se desplaza con una especie de sillón de ruedas que se acciona por medio de un mecanismo. Pero el rey es de una estirpe que no se amilana nunca ante las adversidades. Su atormentada alma le informa que cualquier sufrimiento viene a ser una prueba del Dios elevadísimo y, por tanto, un maravilloso regalo del mismo cielo, porque Él está de alguna forma con su majestuosa persona terrenal en contacto. El Prudente se agarra ahora más fuerte al poder en esta época suya penúltima. Y, como siempre pasa en los

albores de todo mandato, comienza a desconfiar de todo el mundo. De ese modo ha tejido innumerables redes de espionajes para saber lo más recóndito, incluso de sus más íntimos cortesanos. Él mismo incluso se dedica a escuchar las deliberaciones del Consejo de Castilla a través de un secreto agujero horadado en la pared. Sí, no me miréis así. Con gran regocijo, como si fuera un niño ilusionado con un nuevo juego, desde sus sombras espulga con gran apetito los informes de los confidentes, deleitándose sobre todo con las intimidades de alcoba y con los detalles más escabrosos, como suele ocurrir con todo aquel puritano que se ha vuelto impotente pero que asume una gran autoridad frente a los demás. De ese modo, Felipe satisface también su apetito o curiosidad carnal. Contempla en sus cámaras privadas de El Escorial pinturas flamencas o de Tiziano en las que restallan la opulencia de la carne, la sensualidad de los desnudos cuerpos, e incluso bacanales satánicas en las que criaturas fantásticas se entremezclan en impúdicas contorsiones con mancebos.

El maestro detuvo aquí su discurso. Acababa de matizar la última palabra de un modo categórico que produjo en el padre Tárrega, en Lope de Vega y Guillem de Castro una incómoda sensación. Los tres hombres sintieron de una extraña forma en lo más hondo que aquello que estaba sugiriendo el oscuro principal era una postulación razonable y veraz.

—Sí, padre —continuó embravecido—, con mancebos. ¿O es que acaso no sabíais que es eso precisamente lo que ha venido realizando de manera furtiva desde adolescente? ¿También a vos os incomoda cierto tipo de información? ¡Más allá de cuadros o representaciones artísticas —prosiguió en un tono en el que denotaba una clara implicación doliente y emocional—, su majestad ha gustado de poder contemplar desde bien pronta edad ciertas actividades prohibidas con auténticos niños que, engañados por altos representantes del clero, han sido forzados a actos impúdicos y aberrantes para poder ser contemplados por el Prudente rey Felipe, en secretas reuniones herméticas! ¡Decenas de niños, padre! ¡Centenares desde hace años! ¡Y nunca nadie ha pagado por tales funestas acciones! ¡Nunca ningún responsable de súbitas desapariciones, torturas, asesinatos incluso de pequeñas criaturas que incluso se han llegado a quitar la propia vida, tal era el grado de vergüenza que sufrían jornada a jornada para satisfacción de los poderosos e intocables hombres de Dios, que les explicaban que entre ellos eso no es pecado, sino algo permitido por pertenecer a una estirpe y delegación divina!

El superior detuvo su discurso en este momento sabedor de que su implicación estaba delatando sus emociones. Tomó un respiro de unos segundos para encontrar el tono neutral preciso. En ese mismo instante Guillem de Castro permanecía en silencio junto a Lope de Vega, tocado en lo más hondo a partir de estas nuevas informaciones. Vivían este particular viaje sin mirarse. Lo mismo el padre Tárrega, que permanecía con la mirada fija, tratando de alcanzar los escondidos ojos del oculto rostro del maestro.

—Con el tiempo —prosiguió— algunos niños se hicieron poco a poco hombres, aun sufriendo cómo asesinaban su propia inocencia. Sabedores que el sufrimiento tendría un fin, que había que esperar con paciencia, a que la edad infantil abandonase sus carnes, y entonces esos hombres santos prefirieran otras pieles y carnes más frescas. Sí, sé bien lo que es arrebatarse la inocencia a un niño. Lo sabemos más o menos todos los que aquí estamos reunidos.

—Lo que decís es muy grave —dijo el padre Tárrega—. Y nada probado.

—¡Lo que digo es cierto! Bien lo sabe vuestro noble corazón. Escuchadlo como tan bien sabéis hacer a vuestra razón y hallaréis respuesta. Escuchadlo como decís, aquí y ahora, y podréis contemplar, cuando le organizan a su majestad esas reuniones, cómo las disfruta desde el discreto y cobarde orificio secreto en un rincón indescifrable de la pared o de algún cuadro. Veréis también cómo se dirige después, ayudado por su artefacto extraño, hacia el frescor de las cúpulas, hacia el silencio celestial donde los aromas de incienso, madera y mansedumbre le envuelven de esa manera reconfortante donde poder expurgar sus pecados iluminando sus susurrantes súplicas y sus ojos llenos de angustiadas lágrimas con la imagen del más sufriente y sangrante Cristo, ese que parece tener un sutil encogimiento cada vez que la luz trémula y suave que proyectan los cercanos cirios acarician su delgadez torturada. Y cuando ya se cierne la noche, con dolorosa dificultad se tiende sobre su estrecha cama. Abre el postigo de madera que da al altar de la iglesia para seguir los oficios. Recita sus oraciones, tal vez con el susurro mimetizado de las últimas palabras que le dedicó su padre. Así, poco a poco, el rey se queda dormido, tal vez buscando inútilmente en sueños el consuelo que no halla a diario. Y lejos de la serenidad pretendida, comienza a desfilar una vez más una nutrida colección de insondables pesadillas, de las cuales la que con más fuerza se erige en su corazón, en su alma, tal vez es la de un grupo de niños que fueron violentados brutal y sistemáticamente por sus obispos y

cardenales para su particular, privado y retorcido placer de fisgón cobarde, aun sabiendo que algunos de ellos se quitaron tal vez después su propia vida por no poder soportar tal afrenta en sus infantiles carnes. Pero los niños que sobrevivieron a aquellas atrocidades tal vez cumplieron un secreto pacto, tal vez formaron una hermética hermandad, y hoy regresan a esas pesadillas inexorables como hombres sedientos de venganza. Y el rey que se cree a salvo en sus dominios vaga, sin embargo, entre nebulosas como un niño abandonado que llora, que llama desconsolado a sus hombres de confianza. Pero no le escuchan. Ya no los tiene al lado. Tampoco al despertar. Porque han sido ajusticiados como debían ser. ¿Nada decís padre? ¿O es que acaso ya no os agrada el aroma de la verdad?

—Sin duda, es mortificante y cruel lo que os hicieron en su día —dijo con el tono más serio posible el padre Tárrega—. A vos y a vuestros discípulos.

—Hay cosas que le acompañarán a uno incluso más allá de la muerte. Porque hay muertes que se sufren en vida. Esos cerdos hijos de mala madre asesinaron nuestra inocencia, nuestra niñez. Nos compraron a todos. Pagaron a nuestras pobres familias con el vil motivo de forjarnos en la educación católica.

—Lo sé.

—¿Qué sabéis?

—Que la mayoría de los aquí presentes, pese a portar capas y embozarnos en sus particulares capuchas, sois hombres de Dios. En diferentes cometidos y órdenes, pero sacerdotes y ayudantes de altos jefes del clero. Al igual que habéis acertado con mi condición de hombre abrazado a la fe para disponer con facilidad del conocimiento y la cultura, vuestras mercedes se han unido a la misma Iglesia, aun en diferentes maneras, para cercar poco a poco a sus elevados torturadores, esos cardenales ya ahora fallecidos. Como os he dicho, yo ya he olido este particular aroma. Y estos mismos restos de margaritas incineradas me he encontrado también en varios momentos con anterioridad. La primera de las veces, junto a los restos de la primera víctima, el cardenal Ortiz de Liñana, en una sala mortuoria en la que pude inspeccionar su cadáver hace casi dos jornadas. Lo extraño del asunto es que se encontraban en un lugar de no fácil acceso, pues esa sala que os comento se halla en los subterráneos de la casa del Santo Oficio. —Hubo otro tenso silencio ante esta última apreciación—. Pero sigamos. La segunda ocasión fue en la puerta de

los Apóstoles, en nuestra Seu, justo en el suelo, más o menos bajo el cadáver que examinamos colgado en el centro del rosetón. Esas han sido las dos ocasiones que he podido ver, como os digo, esas cenizas, esos restos de margaritas incineradas. Pero en cuanto al aroma. Eso es otra cosa. La primera vez que acudió a mis sentidos fue al entrar hace dos jornadas en la casa del Santo Oficio. Debo reconocer que también me sorprendió contemplar en el patio de la casa del Inquisidor, tras las vidrieras, toda esa considerable y nueva plantación y cuidado de margaritas. Porque nunca antes habían optado los padres por esa flor. De hecho, por flor alguna. Siempre ha permanecido austero y sin plantas ese patio.

—No sé de qué me estáis hablando.

—Lo sabéis.

Un sutil movimiento en seco hacia atrás desveló la turbación del maestro ante las últimas palabras del padre Tárrega. Se generó un contundente silencio en la estancia.

—Vuestra virtud será vuestro verdugo, padre —sentenció el superior con un claro matiz de contenida rabia—. No debíais haber llegado tan lejos.

Fue a dar una orden a uno de sus acólitos y, en ese preciso instante, se oyó un enorme estrépito proveniente de la puerta. Una detonación de varios pistolones al tiempo acababan de destrozar la cerradura de la puerta, dejándola abierta de tal forma que con un simple empujón ya se tenía acceso a la misma. En un segundo, no un hombre, sino una docena de armados rivales entraron en la secreta estancia, capitaneados por Rey de Artieda, don Bernardo Catalá, Gaspar Mercader, Gaspar Aguilar y Cerdán de Tallada, que como una ronca tempestad con violentos gritos y formas se dirigieron a la salvaguarda de sus hermanos Lope de Vega, Guillem de Castro y el padre Tárrega, lanzándoles a los dos primeros sendas dagas y espadas, al tiempo que los oscuros sacristanes de la sanguinaria logia saltaron de su estática posición para enfrentarse al nutrido grupo armado que en ese momento ya tomaba fuertes posiciones en la secreta estancia. En la confusión de aceros desenvainados y ya pronto a encontrarse, el padre Tárrega metió sus manos en los bolsillos de su hábito para agenciarse de las extrañas bolas de arcilla que le había pasado en secreto el judío cabalista. Las sacó fuera, teniéndolas en el puño sin dejar de clavar su mirada en el todavía encapuchado maestro. Lope y Guillem habían podido distinguir a Astruc, el ayudante del cabalista, asintiendo con la cabeza como ofrecimiento junto a sus hombres de diligente

ayuda.

En lo que dura un segundo o dos, todo así sucedió, tras pillar al vuelo las armas Lope y Guillem para empezar a defenderse de la pronta lluvia de cuchilladas que comenzaron a cernirse sobre ellos. Rey de Artieda paró una estocada aún teniendo solo un brazo libre para uso de espada. El derecho ya lo tenía con una venda tras la herida sufrida en el anterior lance en las Torres de Serranos. A pesar de ello, había que verlo batirse en ese preciso instante para bien saber que no se dejaría sorprender en esta ocasión por otro enemigo acero. El humanista Cerdán de Tallada tenía a dos en ralla con sus ataques a dos manos. Manejaba espada y vizcaína como diablo recorriendo las brasas. Gaspar Mercader desarmó con facilidad a un oponente oscuro y lo mismo hizo Gaspar Aguilar al driblar una estocada traicionera y dar muerte al que acudió por su flanco izquierdo. Don Bernardo Catalá acabó con un acólito que a punto estuvo de alcanzar con su daga a Lope. Disparó su pistolón al pecho del ya pobre diablo encapuchado. Pero los oscuros misarios doblaban en número a los compañeros del padre Tárrega y, en medio del desconcierto, algunos protegieron a su maestro con un casi infranqueable muro humano delante de él. El padre Tárrega alcanzó a ver con dificultad cómo desaparecía por detrás de la barrera humana, seguido de algunos de los suyos, y justo cuando aquello se ponía cada vez en segundos más feo, el canónigo lanzó contra el suelo, delante de ese muro de encapuchados, las dos bolas del cabalista, provocando una explosión de denso humo que generó unos segundos de perplejidad, y escozor insufrible en los ojos de los rostros amagados de los peligrosos acólitos, ocasión esta que supo aprovechar para amagarse bajo el intenso humo y apresurarse al segundo por los escalones con el faldón en la boca. Pasó entre las confundidas toses de los misarios agenciándose el puñal del púlpito. El padre Tárrega comprobó que el maestro acababa de desaparecer junto a otros de sus hombres. No solo los foscos sacristanes, también el grupo de conversos y los caballeros quedaron merced a las carraspeas y la dificultad de distinguir entre los propios o los oponentes.

—¡A los orificios! —gritó el padre Tárrega.

Lope de Vega, así como Guillem, comprendieron al segundo la advertencia del padre Tárrega, ayudaron a sus hermanos Rey de Artieda, los Gaspares y don Bernardo a alcanzar las aberturas que filtraban agua o sangres, y que ahora usaron como improvisados respiraderos. Todos los mezclados encapuchados caían en toses, detenidos por el grupo de judíos encabezados

por Astruc, que ya también desalojaban en medio de ese galimatías de gritos y humo la estancia secreta.

El canónigo segorbino observó la dirección del humo que todavía quedaba flotando en el aire. Una porción aún no consumida del mismo se filtraba con la ayuda de una corriente por debajo de un segmento de pared a su izquierda. Se aproximó a ella, escrutó con sus dedos y palmas la superficie y dio enseguida con una clara piedra saliente que presionó para accionar un sistema de apertura de una secreta oquedad horadada en la pared misma, que a buen seguro acababa de ser utilizada por el maestro y varios de sus acólitos para huir del lugar con la confusión del momento. Pronto el humo fue quedando disuelto.

—¡Mantenedlos con vida! —gritó a los judíos conversos—. ¡Y vuestras mercedes, cojan esos cirios!

Tras esta orden, el padre Tárrega entró como una exhalación en la nueva entrada secreta. Tras él saltaron con la velocidad de diez centellas los dos Gaspares, Rey de Artieda, Cerdán de Tallada, don Bernardo y, por supuesto, Lope de Vega y Guillem de Castro, todos ellos agenciándose de los cirios grandes que quedaban próximos a la nueva e inesperada entrada, que ya sobrepasaron para pronto correr por un delgado y claustrofóbico pasillo. Recorrida una considerable distancia, comenzó a escucharse el ruido del mecanismo de la compuerta secreta de piedra. Aquello no presagiaba nada bueno. Eso pensó Lope, que iba al final del grupo. Se giró para constatar sus temores.

—¡La entrada! ¡Se está cerrando!

El grupo se detuvo para comprobar lo que decía Lope.

—¡Esto no me gusta, voto a Cristo!

—¡No se detengan vuestras mercedes! —clamó desde su primera posición el canónigo segorbino.

El mandato del padre Tárrega fue cumplido al instante. Apresuraron con mayor urgencia sus pasos por el estrecho corredor. Suerte que se habían agenciado de unos velones encendidos nada más salir de la estancia. Esos pensamientos sucedían en sus mentes ya no muy claras, cuando dieron con unas escaleras dragadas en la misma piedra y de altura significativa. El canónigo dejó entonces paso a los demás, que comenzaron a subir sin pausa alguna hasta dar con una trampilla de madera que don Bernardo no pudo abrir pese a empujarla con toda la fuerza con sus hombros.

—¡Maldita sea, no abre! ¡Y tampoco tiene cerradura alguna!

—¡Dejadme a mí, don Bernardo! —propuso Guillem de Castro.

El capitán trató de abrir sin fortuna. Empujó también con todas sus fuerzas. Pero pese a esforzarse con mayor tensión, nada pudo con aquella trampa. De súbito se oyó un ruido fuerte, acuoso y cada vez más insistente y próximo. Rey de Artieda se volvió y, alumbrando como pudo la oscuridad del corredor, no pudo ver nada. Notó en sus botas un pequeño pero significativo golpe. Dirigió su vela hacia el calzado y vio un torrente de agua que fluía con rapidez hacia su encuentro.

—¡El pasillo! ¡Se está inundando! —dijo alarmando a sus compañeros—. ¡Es una trampa!

Todos supieron al instante qué les deparaba el destino si no conseguían abrir esa trampa. El agua crecía con rapidez notoria. Subieron todos los peldaños posibles para tratar de abrir la trampa entre varios. Nada pudieron, al tiempo que, poco a poco, el tramposo y mortal torrente iba tragándose escalón tras escalón, alcanzando los respectivos calzados, tobillos, rodillas...

—¡Dejadme ver! —demandó el padre Tárrega.

Alcanzó la trampa y comenzó a estudiarla con toda la celeridad posible. Recorrió con la yema de sus dedos los bordes y movió de un lado a otro sus pupilas encendidas. De pronto pareció como si su cabeza en pleno bulliese entre sombras y diese con una posible respuesta. Se giró hacia atrás. Contempló esa agua que ya alcanzaba casi el pecho de los que permanecían apelotonados arriba, casi el cuello a los que se encontraban en escalones inferiores. Todos contemplaron al canónigo segorbino, que quedó unos segundos con la mirada perdida en el agua, justo antes de sumergirse en ella con colérica prisa, para desconcierto y turbación de sus compañeros.

Buceó hacia abajo, empujándose con los escalones en la oscuridad de las letales aguas removidas. Permanecía con los ojos cerrados, pero reunió toda la concentración en sus manos y en un punto cardinal concreto. Sabía que esta valerosa acción que ahora acometía era su única oportunidad. También la de sus hermanos. Llegó con ese pensamiento al principio de la subida de las escaleras. Buscó con tiento con sus manos la esquina de la pared. Al dar con ella comenzó a palpar hacia arriba, pero no dio con nada diferenciado. Supo que no le quedaba mucho aire antes de sufrir esa agua inmunda que entraría irremisiblemente en su garganta, y anegaría de muerte sus pulmones. Aun así

probó suerte en la otra esquina. Palpó de igual forma que había hecho. Y justo cuando ya comenzó a arremeter esa intensidad en los adentros al precisar urgente una toma de aire, cuando entendió que no le quedaba mucho, sus dedos alcanzaron a rozar una piedra de igual característica que la que había presionado desde el interior de la secreta estancia. Forzó toda su fe en ella y la piedra dio de sí hacia dentro. Con toda la premura posible, y con los ojos cerrados, comenzó a emerger por las escaleras. Soltó el aire y supo que, de no haber funcionado el mecanismo, en unos segundos hallaría su muerte junto a la de sus nobles hermanos. Los brazos lucharon con fuerza por llegar a la posible superficie, pues el faldón le hacía dentro del agua mucho más pesado. De repente sintió un cambio de textura inconfundible, donde sus pulmones pudieron respirar de forma amplia. Abrió los ojos. Había emergido del agua. Lo había conseguido. Aquella piedra, en efecto, había abierto el mecanismo de la trampa clandestina. Miró empapado con el consecuente desconcierto inicial a su alrededor.

—¡Nos ha salvado la vida, padre! —dijo Guillem de Castro sacándole a la superficie con la ayuda de Lope.

Una vez ya incorporado y en pie en la alcanzada nueva estancia, no pudo disimular su desconcertado semblante al saberse en el interior de la capilla de San Antonio Abad, en la misma Seu, la propia catedral de la que él mismo era cuidador.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? —dijo el padre Tárrega tras perderse unos segundos en cierto impenetrable lugar de sus pensamientos.

Contempló la trampa ahora inundada de agua como si fuera una balsa, con la apertura de madera sellada a un fino azulejo de mármol que quedaba, al cerrarse, disimulada en el suelo.

—No deben de haber ido muy lejos —masculló Guillem de Castro clavando su mirada a través de las rejas de la puerta de la capilla hacia el vasto espacio casi a oscuras de la Seu.

—Los encontraremos —contestó Lope, seguro de sí mismo, y agarrando su hambrienta espada de otros aceros.

—Será mejor que nos dividamos —propuso Guillem—. Vos, padre, no os despeguéis de mí. Lope y Cerdán por allí, hacia el altar. Vos don Bernardo y vos don Andrés vayan hacia el fondo. Vuestras mercedes —dirigiéndose finalmente hacia los dos Gaspares— a la puerta de la Almoina.

Abrieron la puerta de la capilla. A su izquierda dejaban atrás la puerta de

los Apóstoles. El rosetón ya estaba destapado y sin los restos del cardenal Bartolomé de Borja, que a buen seguro ya habrían colocado en la sala mortuoria del Santo Oficio junto al cadáver de Ortiz de Liñana. Cumplieron las direcciones a tomar marcadas por Guillem, y Lope de Vega y Cerdán de Tallada se apresuraron a bordear por detrás el altar, donde escrutaron con sigilo y premura cada una de las capillas. Era dificultoso apereibir cualquier atisbo del oculto maestre ayudado por tanta oscuridad reinante en aquel momento de la noche, eso pensaba Lope al pasar por la capilla de San Dionisio y Margarita, de San Jaime Apóstol o del Cristo de la Buena Muerte. Guillem y el padre Tárrega quedaron juntos en la esquina izquierda del altar antes de dar un solo paso. Observaron desde esa amagada perspectiva con minuciosidad cada rincón posible, y controlaron las sombras de sus compañeros desde las respectivas posiciones.

—Lo que hemos escuchado en esa estancia, padre es algo que...

—Sí, lo sé —contestó tajante el canónigo.

—¿Qué piensa vuestra merced que debemos hacer con esa información?

—Yo solo pienso en salvar a Walel.

—Pero...

Se oyó un ruido y el padre Tárrega alzó un dedo a Guillem para que guardara silencio. Quedaron en suspenso unos instantes. Concentraron todos los sentidos en la negritud difusa del magnánimo interior de la catedral. Los destellos de la luna se filtraban débiles por las centenarias cristaleras, de forma que permitían a la visión de los caballeros y del padre perfilar columnas y otros concretos detalles.

—Venid —ordenó con un mordido susurro el padre Tárrega.

El canónigo segorbino arrastró encorvado sus húmedos hábitos, seguido de igual forma por Guillem. Subieron los escalones hasta llegar al púlpito de San Vicente. Quedaron escondidos. Con discreción asomaron por los calados geométricos góticos, obteniendo así una mejor perspectiva de la planta de la Seu. Guardaron silencio durante unos densos segundos. Observaron desde sus posiciones cómo las sombras de don Bernardo y de Rey de Artieda regresaban con sigilo y premura unos metros buscando dónde amagarse. Aquello alertó al canónigo y a su discípulo Guillem. Este pudo lanzar un camuflado silbido para que Gaspar Aguilar y el conde de Buñol se giraran y pudo hacerles una señal conocida entre ellos para que se escondieran. Los Gaspares así mismo avisaron de igual forma a Lope y a Cerdán de Tallada, que ya se encontraban a

la vista de ellos tras su inspección por las capillas, para también apresurarles a que se ocultasen.

Al cabo de unos tensos segundos, la lumbre de unos farolillos proyectó enormes y titilantes sombras al final de la Seu. Provenientes de la sala capitular, un grupo de oscuros revestidos portaba a la fuerza, atados, desnudos y amordazados a una quincena de hombres de edad avanzada. Desde cada una de sus encubiertas posiciones continuaron en silencio, con las carnes erizadas, mientras aquella comparsa terrorífica de cofrades avanzaba resuelta por la nave hacia el altar con seguras no muy blandas intenciones para con sus prontas víctimas. Aunque quedaron dos cofrades encapuchados al principio de la planta, justo delante de la puerta de los Hierros, el grupo avanzó hasta llegar al punto desde donde se elevaba el cimborrio hasta llegar a la capilla Mayor. En ella se dispusieron de manera circular. Dirigiéndose al ábside, el maestro se colocó en el ambón. Desde allí indicó con un claro gesto de urgencia al centro de la capilla, donde colocaron a los quince hombres desnudos y amordazados en medio de un montón de troncos, ramas y pajas.

—Todos ellos llevan anillos pastorales en sus dedos —indicó a Guillem el padre Agustín.

Los sacerdotes encapuchados rodearon a aquellas pobres almas que no dejaban de emitir patéticos bufidos, jadeos y destemplanzas con sus bocas amordazadas, pidiendo clemencia con sus débiles rodillas sobre las ramas y troncos.

—¿Van a quemarlos dentro de la catedral?... No podemos permitir esto, padre —susurró Guillem de Castro.

El canónigo calibraba las casi inexistentes posibilidades de acción. Reconocía en sus adentros que su joven discípulo tenía toda la razón. El número de cofrades era mayor que todos los caballeros distribuidos en la planta de la catedral. El maestro alzó los brazos como señal. Uno de los condiscípulos elevó un farolillo y lo movió de izquierda a derecha en dirección a los dos sacerdotes que habían quedado al principio de la planta. El padre Tárrega observaba con alta preocupación, adelantándose a los acontecimientos, pero sin saber muy bien cómo reaccionar. Así mismo a cada uno de los caballeros en sus diferentes guardadas posiciones. Los dos sacerdotes encapuchados dieron unos pasos hacia el interior. Se detuvieron a los cinco pasos y se inclinaron para llevar delante de sí las lumbres en un punto unido en el suelo. Al terciar los farolillos, cayeron restos de aceite prendido que

originaron una rápida y pronta reacción en el suelo de la catedral. Una enorme línea de fuego comenzó a avanzar por la planta de la Seu en dirección a la capilla Mayor. Llegada la línea de fuego al punto de crucero, comenzó el fuego a bifurcarse hasta completar una enorme y perfecta S, cruzada por una enorme línea diagonal. Eso mismo podían contemplar, amagados desde el púlpito de San Vicente, tanto el canónigo segorbino como su discípulo Guillem de Castro. Y cuando se dirigía el fuego con hambre al encuentro de las víctimas en suplicantes llantos, saltó el padre Tárrega como un irreconocible huracán, quitándose su húmedo hábito para lanzarlo en la misma dirección y obstruyendo así el discurrir de las llamas. Provocó un desconcierto en el grupo de cofrades, que no pudieron lanzarse a por él, pues como poderosas centellas habían acudido al tiempo sus hombres protegiéndole con sus espadas, dagas e incluso pistolas, como era el caso de don Bernardo. Los dos cofrades que habían iniciado el fuego corrieron en dirección a los oponentes, pero se encontraron con el acero del conde de Buñol, que había girado para cubrir ese flanco templando con firmeza espada y daga.

—¡No vamos a permitir que se cometa este atroz crimen dentro de la casa del Señor! —dijo el canónigo.

—¡Vuestras mercedes pueden haber salvado la vida en el corredor, pero no lo harán aquí, ya que en tanta estima tienen a estas piedras! ¡Es la última vez que se interponen en el camino de la justicia! —gritó enfurecido el maestro.

—¡Esto no es justicia! —puntualizó el padre Tárrega, ya sin su hábito y cubierto solo con la camisola interior—. ¡Es una insana manera de cobrar venganza..., padre Jerónimo Díaz del Castillo!

Algunos de los encapuchados se giraron en ese momento hacia su maestro. Este quedó en inquietante silencio observando al canónigo. Tras él, tras los otros caballeros, el fuego acontecía generando una imagen apocalíptica en el interior de la catedral. El maestro se apartó con lentitud la capucha, desvelando el rostro.

—¡Regodeándose de sí mismo y de su capacidad deductiva hasta el final! ¿No es así padre? —dijo el joven inquisidor Díaz del Castillo ya sin su fingida voz metálica y rasgada.

Se trataba del joven ayudante del inquisidor Zárate. Sus ojos, azules como puñales, se clavaron en el padre Tárrega al tiempo que el resto de los encapuchados desvelaron también sus rostros finos y limpios.

—¡Ni vos, ni cien como vuestros acompañantes impedirán que estos

criminales paguen por los sucios y repugnantes actos que han venido cometiendo desde hace tantos años!

—Aquí se juega mucho más que solo el castigo a estos obispos y cardenales —respondió el canónigo—. Estos hombres recibirán su castigo. Pero no esta descomunal ley vuestra.

—¡Estos hombres están protegidos por los suyos, por el propio rey ante sus depravadas culpas! ¡Nadie les castigará! ¡Jamás lo han hecho! ¡Pero esta noche todo va a cambiar!

—Detened vuestro justificado ímpetu, os lo ruego —advirtió el padre Tárrega con comprensivo tono conciliador—. Lo que habéis sufrido es terrible. Vos y quienes os acompañan en este viaje apocalíptico. Sé muy bien cómo os sentís. Sé muy bien que perder la inocencia de ese modo es algo terrible. Muy condenable.

—¡Vos no sabéis nada, aunque creáis saberlo todo!

—Sé al menos que de tanto querer vengarse de quien hizo cierto daño acaba uno convertido en el ser opuesto, en ese uno que tanto mal hizo. Sé que vuestra alma ya conoce esto que os digo, y que cada vez que os encontráis con un nuevo niño, como vos fuisteis en su día, también surge un demonio que os habita dentro desde que vilipendiaron vuestra inocencia, de un modo tal que incluso tenéis el apetito de ejercer vos mismo sobre ese infante las mismas atrocidades que cometieron sobre vuestro infantil cuerpo.

Era fácil comprobar el calado que generaban las contundentes palabras del canónigo en Jerónimo Díaz.

—El odio aparta del camino de la luz —prosiguió con tono apaciguador el canónigo—. Introduce a quien lo sufre en una oscura senda que en ocasiones no tiene retorno posible.

—Tal es nuestro caso, padre. De esa misma suerte.

—No. Aún tenéis una oportunidad para librar vuestra alma de este tormento. Entregaos. No cometáis este crimen.

—¿Con qué objeto?

—¡Tal y como os he explicado antes, por salvar la vida de un niño inocente!

—¡Demasiado tarde!

—¡No es tarde! ¡Por Cristo!

—¡Ni por él siquiera, padre! ¡Estos hombres van a morir! Y si tratan de impedirlo morirán también vuestras mercedes. Tenéis en parte razón al decir

que nos convertimos en lo que tanto odiamos. Pero os equivocáis en cuanto a la manera de redimirnos. Los aquí presentes fueron quienes nos sometieron durante años a vejaciones y sodomías que ellos mismos castigaban cuando las ejercían otros hombres. Nunca castigan a los de su condición. Pero aquí hallarán las llamas purificadoras a sus pecados. Y nosotros mismos nos abrazaremos a ellas para concluir por fin este tortuoso viaje.

El ya desvelado joven inquisidor Díaz del Castillo se volvió hacia uno de sus correligionarios, que se aproximó con un farolillo a su superior, y comenzó a prender su oscuro hábito desde abajo.

—Ha llegado la hora —dijo, y poco a poco fueron cubriendo su hábito las llamas.

Pronto los demás hicieron lo mismo, prendiéndose entre ellos y dirigiéndose al centro donde permanecían atemorizados los hombres desnudos en medio de las ramas y troncos. Pero justo en el momento de unirse a las desnudas víctimas para prender las ramas, un certero balazo impactó en uno de los sacerdotes con el fuego.

—¡Acabad con ellos enhoramala! —ordenó el padre Jerónimo Díaz del Castillo mientras las llamas empezaban a envolverle en medio de los hombres amordazados.

Don Bernardo echó atrás el perrillo de la otra pistola que tenía su mano izquierda y disparó sin titubeos al pecho de otro de los cofrades que se dirigía en llamas hacia él con la espada en alto. El resto de los cofrades sacaron pies para ganar espacio. Comenzó la colección de hojas de acero, estocadas y ataques de los correligionarios, cuyas capas ya reunían un fuego determinante. Con tanto fuego alrededor no era hora para tanteos, por lo que en segundos hubo tajos en rostro y pecho, sangre e improperios. Todos los cofrades comenzaban a gritar de dolor y pronto no hubo de hacer mayor esfuerzo con las espadas, porque el propio fuego ya cumplía con su redentora función.

Se abalanzaron los hombres del padre Tárrega entonces con coraje de cien leones hacia los troncos que ya prendían, consiguiendo liberar con magulladuras y quemazos a los quince obispos y cardenales, mientras ya los cofrades acababan con su vida. Aunque tal vez sus vidas acabaron hacía ya muchos años.

Sometidos a un dolor inmenso, tal podía traducirse en cada uno de sus rictus, los cofrades fueron siendo engullidos por las llamas en una agrupación organizada. Entre ellos también el padre Jerónimo Díaz del Castillo, que

sucumbió al fuego no sin antes lanzar con su semblante en tensión una última mirada purificada al padre Tárrega. El canónigo pudo diferenciar en aquel hombre, pronto a morir, unas lágrimas entre todo el sudor inexorable de su rostro. No pudo soportar más aquella imagen y apartó su mirada. En segundos, todos acabaron por ser solo mortecinas carnes en concluyente crematorio. Sin ninguna queja. Sin ningún grito. Sin ningún lamento.

Despuntaba el alba cuando sonaron fuertes golpes en la puerta de entrada. Dos de los jóvenes asistentes del arzobispo Juan Ribera se dirigieron presurosos a la entrada del palacio. Al abrir, se encontraron con el desaliñado grupo del padre Tárrega con claros síntomas de cansancio. Los greguescos se encontraban ensangrentados y los jubones sucios, quemados e incluso arañados por los anteriores aceros. El rostro de mi maestro y mentor se encontraba en ese estado que delata que, a ciertas edades o dedicaciones, uno ya no resiste igual las adversas circunstancias. Volvía a vestir su hábito, ennegrecido e incluso rasgado. En el rostro de los congregados se podían adivinar claros signos de confusión y aturdimiento. Sobre todo al comprobar que, junto al padre y sus acompañantes, se encontraban los quince obispos y cardenales. Estos cubrían sus vergüenzas con los dañados herreruelos, prestados por los gentilhombres, así como con algunas oscuras capas enormes chamuscadas.

Don Bernardo Catalá de Valeriola se adelantó al resto para dirigirse a los dos sirvientes.

—Decidle a su ilustrísima que el padre Tárrega y otros nobles caballeros traen a salvo a los obispos y cardenales.

Con el rostro mudado, titubearon un segundo. Luego se miraron y uno de ellos lanzó un contundente gesto para que fuera su compañero con premura a notificar lo escuchado. Quedó así el otro concluyendo en dejarles paso para que entraran al cobijo del palacio arzobispal.

—Entren vuestras mercedes. Deprisa. Haremos que les preparen un baño y ropa limpia.

—Sirva ese baño y esas ropas a sus excelencias. Nosotros, por el contrario, deseáramos ver ahora mismo a su ilustrísima —dijo el padre Tárrega mientras accedían todos al patio.

—Avisaré a su excelencia mientras descansa vuestra merced, padre, y le

preparamos ropa limpia a vos y a sus...

—Quiero verlo ahora. —Su mirada confirmaba que aquella demanda no admitía otra posibilidad.

—Como gustéis. Esperen vuestras mercedes aquí —le dijo aproximándose al grupo de obispos y cardenales.

Guillem y Lope miraron a su maestro. Así mismo los dos Gaspares, don Bernardo, Cerdán de Tallada y Rey de Artieda. El sirviente organizó al grupo de obispos y cardenales para dirigirles hacia el baño y las pertinentes curas, en alguno de los casos en los que habían sufrido algunas quemaduras. Uno de los cardenales se volvió hacia el padre Tárrega y a sus acompañantes.

—Una vez más, y aunque a sus vuecelencias no les agrade, quiero transmitirle mi agradecimiento y el de todos mis hermanos. En todo lo que podamos ayudar a vuestras mercedes no duden en hacérselo saber. Esos criminales endemoniados no solo acaban casi con nuestras vidas, sino que han difamado de un modo execrable nuestros nombres. Todo lo que han escuchado vuestras mercedes no es sino...

—Vaya vuestra merced a limpiarse junto a sus hermanos, Excelencia.

El canónigo acentuó «limpiarse» de un modo esclarecedor para el cardenal. Este guardó un serio silencio. Así mismo el resto de su grupo. Tapándose con la chamuscada tela se dirigió con sus compañeros que ya cruzaban el claustro camino a la ablución de sus pieles, que no de sus actos. Contemplaron todos el palacio, todavía en obras. Tras unos instantes de particular silencio y reflexión en el que los hombres intercambiaron miradas, regresó el joven sirviente.

—Sígueme ahora vuestras mercedes por aquí. Y vayan con cuidado. Como bien saben, estamos en obras y podrían resbalar o tropezar con alguna de las piedras o cuerdas que hay por todas partes.

Acompañaron resueltos al asistente por un pasillo de considerable distancia. Sortearon un galimatías de cuerdas, poleas, sacos y herramientas de construcción, distribuidos por el suelo todavía de polvo y tierra, hasta llegar a una zona del palacio ya habilitada. Eso pensaron al dirigirse hacia una elegante puerta cerrada, coronada con el sello arzobispal.

El asistente abrió la puerta. El padre Tárrega siguió sus pasos. Detrás de él, Lope de Vega, Guillem de Castro y el resto de sus hombres. Al final de la sala se encontraban sentados el patriarca en su silla arzobispal, el inquisidor Zárate a su derecha, y un cardenal a su izquierda. Y un poco más separados, un par de alguaciles custodiaban el encuentro, así como dos secretarios, también vestidos con hábitos del Santo Oficio, quedaban dispuestos en una mesa administrativa con papeles y todo el instrumental preciso para la redacción y transcripción de lo que fuera menester a la Iglesia, tal y como tantas veces había vivido con anterioridad el canónigo segorbino. La luz matinal comenzaba a filtrarse con su anaranjado, cálido y casi brumoso inicio por los ventanales de la amplia sala de recepción arzobispal.

El asistente se detuvo, dirigió un suave ademán impositivo para dejar claro que ahí debían permanecer frente a sus excelencias. Se retiró hacia su izquierda dejándoles una vez más frente a una situación no muy desconocida.

—Padre Tárrega, nobles caballeros —dijo el arzobispo—. Es un alto orgullo y un gran honor recibirles. Vuestras mercedes han ofrecido un valeroso y arriesgado servicio no solo a la Iglesia, sino a toda la ciudad y me atrevería a decir a la Corona. Ya conoce vuestra merced al inquisidor Zárate.

—Sí, nos conocemos.

El inquisidor y el canónigo quedaron mirándose de un modo en el que era fácil reconocer un privado y sutil duelo.

—No sé cómo agradecerle lo que ha hecho —dijo el inquisidor.

—Yo creo que sí lo sabe, Excelencia.

Se pudo percibir un incómodo silencio entre el padre Tárrega y el inquisidor. Los secretarios que habían empezado a anotar en sus respectivos papeles detuvieron la caligrafía.

—Vamos, vamos, hermanos —se apresuró a decir el arzobispo Ribera con tono conciliador—. Todo será conforme a vuestras peticiones. Nada os

preocupe eso. Ahora mismo hablaremos de ello. —Se quedó mirando sus ropas deshechas, sus aspectos desaliñados—. ¿De verdad no querrían vuestras mercedes que les prepararan un baño, que les proporcionaran ropa limpia? En verdad que tiempo hay para todo lo demás.

—Gracias, Excelencia, estamos bien así —contestó el padre Tárrega.

El patriarca miró al canónigo. Hizo lo mismo con cada uno de los hombres que le secundaban. Sabía que, aunque con un poder notable, no debía subestimar la situación y a los caballeros que ahora tenía ante sí con una henchida dignidad a pesar de sus aspectos lacerados. Optó por llevar la conversación lejos de la seriedad que proponían los semblantes y actitudes de los recién llegados.

—La verdad es que estos terribles, estos fatales sucesos, estaban siendo una locura para todos. Ha podido salvar a nuestros hermanos y yo...

—A todos no, Excelencia —se apresuró a concretar el canónigo segorbino.

—¿Cómo? Me ha dicho mi asistente que han llegado vuestras mercedes con los quince.

—Hay uno al que no hemos podido salvar.

—¿No entiendo a quién os referís?

—Al padre Jerónimo Díaz del Castillo. Su mano derecha, ilustrísima —al matizar esto último miró sin pestañeo alguno al inquisidor Zárate.

—¿Él también estaba en...?

—Él fue el causante de los brutales asesinatos —atajó la pregunta el canónigo.

—¿Cómo?

—Junto a un grupo extenso de correligionarios.

—¿Qué estáis diciendo?

—¿Vuestro segundo? —preguntó el arzobispo al inquisidor.

—Lo que oís —contestó el canónigo.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

El padre Tárrega prefirió contestar con un significativo silencio.

—¿Muerto?

—Así es, en la Seu.

—¿En la catedral?

—Junto con varios de sus correligionarios. Coadjutores todos ellos de los crímenes que se me encomendaron investigar hace dos jornadas. Los mismos que hace unas horas estuvieron a punto de ejecutar un último y múltiple crimen

de magnitud extraordinaria, tal y como os previne, ilustrísima. Por suerte pudimos impedirlo justo en el último momento. Y dentro del único plazo que vuestra ilustrísima me concedió. —Y aquí el canónigo imitó una reconocida y teatral pausa—. Una jornada.

El arzobispo miró afectado al inquisidor Zárate. Después reconoció una vez más con escrutadora mirada a los caballeros que acompañaban al padre Tárrega.

—¿Los mataron vuestras mercedes? —preguntó.

—No, nosotros solo tratamos de impedir un ritual apocalíptico: la quema en la capilla Mayor de los quince cardenales y obispos —contestó Guillem de Castro.

—¡Santo Cristo!

—Lo que ha escuchado vuestra Excelencia —apuntó el canónigo segorbino—. Los cardenales y obispos podrán constatar lo que os refiero.

—¿En la capilla Mayor?

—Donde todavía queda una considerable y virulenta montaña de brasas y restos carbonizados de los ejecutores. Eso mismo se encontrarán vuestros guardias y alguaciles cuando los enviéis a comprobar y asegurar que nadie se aproxima a la zona. Orden que ya deberíais dar, si me lo tiene bien a permitir su ilustrísima.

—¡Virgen santísima! ¡Debemos impedir que alguien contemple esa atrocidad! —profirió con exaltación el arzobispo.

Con un nervioso gesto ordenó entonces el inquisidor Zárate a uno de los alguaciles que saliera de la sala. Comprendieron todos los presentes que se disponía a emprender lo que acababa de sugerir el canónigo segorbino.

—Padre Tárrega, contadnos qué ha sucedido, os lo ruego.

El canónigo se tomó unos segundos antes de comenzar su exposición. Se le notaba cansado, pero firme en su propósito. Miró a un punto fijo de los azulejos donde perdió la vista para regresar al momento.

—¿Cuán grande, incalculable, puede llegar a ser la capacidad de sufrimiento de un hombre provocado por otro hombre? —El padre Tárrega quedó en silencio, así mismo todos los presentes que fijaron su atención en el canónigo—. ¿Hasta qué lugar último del más impensable de los infiernos se puede estar dispuesto a llegar? ¿Qué le han podido hacer a un pobre hombre, cuándo, dónde, por qué, para llegar a convertir su alma hacia el propósito más enajenado y satánico?

—¿Por qué no dejáis de dar rodeos, padre? —espetó el inquisidor—. Al arzobispo le gustaría que fueseis más concreto.

—Justo en el momento de prender fuego a sus hábitos —prosiguió tras una pausa tensa— y dirigirse hacia el montículo de ramas y troncos preparados para consumir con el mismo fuego de sus carnes a las desnudas víctimas, pude contemplar, en sus ojos azules, la mirada recuperada del niño que un día fue. Justo al perecer por voluntad propia en las llamas pudo recuperar esa mirada límpida e inocente que sé que me acompañará todos mis días y noches hasta el último segundo de mi existencia. Lo mismo cada uno de los correligionarios que se entregaron a ese fuego hermanado que...

El padre Tárrega detuvo su discurso, o tal vez fueron sus emociones las que lo interrumpieron al contemplar ese amanecer que se filtraba desde los amplios ventanales hasta sus acuosas pupilas y sus cansados párpados. Al instante retomó el aliento preciso para seguir.

—Cuánto dolor. Cuánto daño... Mis acompañantes pudieron impedir con sus corajes y bravos aceros que las llamas se cebaran con los obispos y cardenales. salvaron así a las quince víctimas de la quema, aunque algunas de ellas, como comprobaréis, sufren importantes quemaduras. Dieron muerte a algunos de los priostes asesinos, o dejaron que a ella se entregaran de forma voluntaria en ese fuego para ellos purificador de tanto sufrimiento y tormento.

—¿Sufrimiento decís?, ¿tormento? —preguntó el inquisidor Zárate.

—¡Sí, ilustrísima! ¡Digo sufrimiento! ¡Tormento digo! —respondió mi valedor sin dejar de clavar su acuosa mirada en el viejo inquisidor—. ¿O es que acaso os suenan a lengua incomprensible esos términos?

Detuvo aquí una vez más su exposición. Momento que aprovechó el inquisidor Zárate para alzar la mano a los secretarios, significándoles que detuvieran su ejercicio de transcripción. Todos los presentes comprendían que el padre Tárrega era presa de una casi incontrolable emoción, sensibilizado como estaba ante tanta atrocidad acontecida en tan poco tiempo. Hizo lo posible por no separarse de la razón y la lógica, sus más firmes brújulas en todo momento, y continuó ya en ese tono que tanto conocían los que mucho o poco le frecuentaban.

—El padre Jerónimo Díaz del Castillo y algunos de los hombres que le secundaban formaban parte de una secreta hermandad que desde hace muchos años perpetró estos crímenes a los que ellos mismos consideraban como una purificadora venganza. Estuvieron, como os digo, años y años preparándola.

Se introdujeron en la Iglesia, donde empezaron a crecer en formación y estatus en cada uno de sus más fundamentales estamentos. Escalaron peldaños en las pretendidas jerarquías de manera que alcanzaran la proximidad requerida a sus víctimas. Lo que tienen que calibrar vuestras ilustrísimas es que las edades de esos hombres no alcanzaban en ninguno de los casos los treinta años. Y, tal y como nos explicaron, su venganza estaba jurada, hermanada, proyectada, desde su conjunta infancia, momento en el cual fueron comprados a sus padres, en un principio salvados de sus lamentables situaciones, para darles cobijo, alimento, formación. Pero pronto descubrieron que aquello no era sino una trampa. Y aquellos niños eran cada noche arrebatados de sus celestes e inocentes sueños, llevados desde sus camas a una sala privada donde les esperaban varios de sus respetables superiores que les obligaban a las más atroces entregas de sus cuerpos castos, infantiles y puros a los más deleznable de los actos.

—¡Padre Tárrega! ¡Sus acusaciones son muy graves!

—¡Pero, como ya aquí todos los presentes saben, verdaderas!

Hay ocasiones en las que incluso un hombre de razón olvida de un modo casi suicida delante de quién se encuentra, tales pueden llegar a ser de incontrolables e intensas las vibraciones de su alma. Y el padre Tárrega una vez más así lo demostraba.

—¡Os jugáis mucho al hablar de ese modo en esta sala!

—¡No, Excelencia! ¡Os jugáis mucho vos al permitid estas acciones execrables con vuestros silencios e indiferencias!

Lope de Vega y Guillem de Castro miraron al maestro, también los demás presentes en la sala. Todos ellos pudieron comprender que el canónigo se encontraba en ese punto al que llega todo hombre cuando lo vivido sobrepasa de tal manera lo conocido, que ya no calibra el precio de ciertas acusaciones o palabras. O por el contrario, sí los sopesa y llega a ese momento trascendental en el que ya uno siente que sucede por encima de ciertas consecuencias funestas.

—¿Qué pretendéis al pronunciar todas esas acusaciones falsas en este lugar, padre Tárrega? —preguntó el inquisidor Zárate.

—¿Falsas decís?

—Comprendo que vuestra merced...

—¿Falsas?

—... y sus compañeros han debido de sufrir momentos difíciles y grandes

presiones durante estas dos jornadas —se adelantó a decir el arzobispo haciéndose valer de un tono relajado y suave.

—Bien cierto es. A fe que cuando un hombre se encuentra en ciertos estados de alteración, su corazón puede llevarle a dirigir su razón hacia lugares de confusas y erróneas conclusiones —dijo el inquisidor dirigiéndose al arzobispo.

—Yo solo sé que os he entregado al verdadero culpable —concluyó el padre Tárrega—. Cumplid vos con lo acordado y liberad de las Torres al niño.

Tras unos segundos en los que calibró las palabras y también el silencio del canónigo, el arzobispo miró al viejo inquisidor, respuesta única que necesitó para entender que debía dar la orden al alguacil. Este asintió con la cabeza y salió de la sala arzobispal.

—Padre Tárrega —dijo el arzobispo Juan Ribera—. Tal y como os dije al principio, las cosas se harán como vos deseáis. Pero quiero dejar a vuestras mercedes algo muy claro: lo acontecido en la ciudad estas jornadas, así como lo referido en estas paredes, será algo que jamás habremos visto o escuchado los aquí presentes. ¿Cuento con vos y con vuestros caballeros para tal pacto de silencio?

—Siempre y cuando el niño esté a salvo.

—Esto no es una negociación, padre Tárrega —dijo el inquisidor.

—¡A salvo hoy, y a salvo siempre! —matizó categóricamente el canónigo.

—Sea —contestó el arzobispo—. ¿Algo más que desee vuestra merced o alguno de los caballeros que le acompañan?

—Solo eso. Por escrito —matizó—. Y vuestra palabra de que castigaréis cualquier delito de sodomía y violación por parte de algún obispo, cardenal o cualquier otra categoría de la Iglesia hacia un niño.

El arzobispo sonrió de un modo paternal y no muy grato para el canónigo.

—A ese respecto haré todo lo que esté en mi mano, padre Tárrega.

—Eso no me convence ni a mí ni...

—A ese respecto, he dicho, haré todo lo que esté en mi mano —recalcó el arzobispo de un modo severo, tajante y de alguna forma con el mismo tono categórico que acababa de emplear el padre Tárrega hacía unos segundos—. Vuestra nobleza es única. Y la de vuestras mercedes —añadió con recuperado tono conciliador y fraterno—. Han hecho un servicio enorme a la Iglesia. No olvidaremos nunca tan grande valor. Pero también quiero que, de esa misma

forma, sea vuestro silencio.

El pacto quedó sellado con las miradas de todos los caballeros y del padre Tárrega con el inquisidor y, por supuesto, con el arzobispo en esa estancia en la que el silencio se presentó frío e implacable, como cuando uno sabe con la certeza más clara del alma que no se hace lo verdaderamente correcto. Pero, al fin y al cabo, salvarme era lo único que movía a esos hombres audaces, sobre todo al canónigo segorbino —tales suelen ser los grandes propósitos de los genuinos hombres de bien—, más allá de cuestiones de poder, dinero o conquista de territorio, que siempre han sido mucho más afines a los hombres de la Iglesia o del Estado.

Un intenso azul comenzaba a restallar en una nueva mañana. Pronto la algarabía propia de la capital del Turia comenzaría a suceder barruntando mercaderes, estudiantes, golfantes y todo tipo de condición y calaña con sonrisas libidinosas y vocerío propio del Mediterráneo.

El padre Tárrega, llegó a la plaza de la Seu, acompañado por don Bernardo Catalá, el conde de Buñol, Gaspar Aguilar, Cerdán de Tallada, Rey de Artieda, así como por Lope de Vega y Guillem de Castro, todos ellos con claros signos de comprensible cansancio.

Desde la distancia podían contemplar a un par de guardias de la Santa que franqueaban la puerta cerrada de los Apóstoles, así como cada una de las entradas de la Seu, tal y como habían podido comprobar al regresar del palacio del arzobispo Juan Ribera.

—Bien. Han sido unas jornadas muy intensas y largas —dijo el canónigo segorbino—. Todos merecemos descansar.

—¿Creéis padre que deberíamos seguir con la idea de redactar este mes, como acordamos, las actas fundacionales de nuestro grupo?

—No. Creo que deberíamos seguir reuniéndonos en secreto, sobre todo ahora tras todo lo acontecido; y que cuando se calmen las cosas podríamos emprender todo tipo de gestión administrativa, así como la redacción de actas.

—¿Entonces espero a vuestras mercedes este próximo miércoles? —preguntó don Bernardo.

—A la misma hora, sí señor Catalá.

—Bien. Queden con Dios, pues. Yo me retiro a dormir. Puede que dos días seguidos.

—Lo mismo pienso hacer yo, si no lo impide otro ataque berberisco —apuntó con una leve sonrisa el capitán de la Guardia de las Costas.

—Hasta el miércoles entonces, caballeros —dijo Rey de Artieda.

Los hombres se abrazaron con sincera firmeza y vínculo.

—Don Andrés.

—Sí, padre.

—Una cosa que me gustaría que me confirmaseis.

—Decid.

—Mirad bien este puñal. —Sacó del interior de su hábito el puñal que se había agenciado horas antes en el púlpito negro de la sala secreta de Jerónimo Díaz y los demás oscuros correligionarios, y se lo pasó a Rey de Artieda.

—Este es un *scramasax* —dijo sin despegar su escrutadora mirada en el puñal, valorando su peso, su forma y textura por varios lados.

—¿Cómo decís?

—Sí, un arma supletoria que suelen llevar arqueros británicos.

—Gracias, don Andrés. Ahora está todo muy claro.

—¿Qué es lo que está claro?

Pero justo cuando el canónigo fue a contestar a Guillem de Castro...

—¡Padre, mirad allí! —dijo Gaspar Aguilar.

Se giró como el resto para encontrarse con un par de guardias de la Santa y un alguacil que se dirigían hacia ellos, acompañándome. Al ver a mi maestro y al resto, corrí imprudente e infantil, saltándome la guardia. Sin poder contener la emoción, mi mentor me recibió con un paternal abrazo. Recogió después con ternura mi cabeza a la altura de su pecho.

—Ya pasó, mi niño. Ya pasó.

—¿Padre Tárrega? —preguntó llegando el alguacil—. Me han ordenado liberad al chico y llevarlo ante vos.

—Gracias.

—Bien. Pues ya resuelto está. Queden con Dios.

—Y vuestras mercedes.

El alguacil y los dos guardias de la Santa regresaron por donde habían venido en dirección a las Torres de Serranos.

—¿Estás bien? ¿Tienes hambre?

Asentí a ambas preguntas del canónigo, sobre todo a la segunda.

—Vente conmigo, Walel, haré que te preparen una enorme taza de chocolate.

—Cuidad de él, don Bernardo. Me reuniré con vos más tarde en vuestra casa. Allí te recogeré Walel.

—Bien está lo que bien acaba.

—En efecto, señor Mercader.

—Nos vemos entonces el miércoles.

—El miércoles, sí.

—Os acompaño, don Andrés —dijo Cerdán de Tallada—. Me viene de camino.

—Voy también con vuestras mercedes —dijo Gaspar de Aguilar.

Se despidieron todos con abrazos fraternales y marché con don Bernardo hacia su palacio, a dos calles de la Seu. Cerdán de Tallada y Gaspar Aguilar con Rey de Artieda en dirección al carrer de Cavallers. Y quedaron con el padre, Lope de Vega y Guillem de Castro. Este miró al maestro. Entendió que todavía no era momento para que Lope o cualquiera de los demás supieran el secreto de mi condición de niña.

—Asunto resuelto, padre —dijo Lope de Vega.

—¿Qué queráis decir con que todo estaba muy claro, padre? —insistió Guillem de Castro.

El canónigo segorbino sonrió. Se dirigió, con paso firme, hacia la puerta de los Apóstoles. Tras mirarse desconcertados Lope y Guillem, siguieron sus pasos hasta alcanzarle. Los guardias que custodiaban la puerta de acceso dejaron pasar al padre Tárrega y a sus dos discípulos. Al entrar en la Seu, pudieron comprobar cómo una veintena de alguaciles y guardias del Santo Oficio terminaban con la limpieza de todo rastro de los macabros actos acontecidos en ese mismo lugar. Miró en suspenso los restos de cenizas que todavía quedaban por quitar y regresó de sus pensamientos.

—Por aquí —dijo a Lope y a Guillem.

Los operarios de la Santa miraban a los tres hombres dirigiéndose hacia la puerta de Hierros. Ya conocían de sobra al padre y a sus acompañantes, lo cual no les generó ninguna alarma y prosiguieron así sus faenas. Guardaron en sacos todos los restos carbonizados. Guillem de Castro y Lope de Vega contemplaron de soslayo la dantesca imagen. Aquella acción eliminadora de los conocidos actos macabros se guardaría en secreto por los siglos.

—Lope, acercaos a aquel guardia que custodia la puerta de acceso a la torre del Miguelete. Decidle que vamos a subir —dijo el padre Tárrega.

—¿Al campanario?

—Sí, debemos comprobar una última cosa —respondió el canónigo.

—Como gustéis.

Una vez comprobó que Lope se encontraba lo suficientemente alejado, y no escatimando cuidado en el tono de su voz, el maestro se dirigió a Guillem.

—Hasta ahora no hemos podido tener el momento preciso para explicaros lo que habéis descubierto. Y, aunque tampoco contamos con el tiempo, efectivamente, Walel es, en realidad, una niña. No sabéis lo que le hubiera llegado a pasar cuando quedó huérfana. Los inquisidores se estaban poniendo más férreos que nunca con la limpieza étnica. Sobre todo con las mujeres, con las niñas.

—Todos los cálculos matemáticos y trigonométricos que aplicamos a nuestras obras de teatro son tan solo posibles con sus conocimientos y espectaculares facultades —dijo Guillem—. Pero vivimos en una época en la que no solo no se entendería que un niño de descendencia árabe estuviera ayudándonos en la elaboración de un plan de toma de conciencia, sino que correríamos todos un gran peligro de saberse que el niño es, en realidad, una niña.

—Sobre todo ella misma. Por tanto os pido, os ruego, que este secreto lo mantengamos incluso ante nuestros hermanos.

—Esto es demasiado serio como para ocultarlo a los demás.

—Por lo menos que así sea por el momento.

En ese momento regresó Lope de Vega.

—Podemos subir.

Se dirigieron hacia la puerta de acceso. El guardia abrió entonces la puerta angular adornada de arquivoltas que daba acceso al interior de la torre. Lope y Guillem desconocían qué pretendía en ese momento su maestro, qué nueva idea flotaba en la insondable nebulosa de sus pensamientos. El padre Tárrega cruzó por el paso cubierto con curiosas voltas nervadas y comenzó a subir por la escalera circular. Sus discípulos le siguieron en silencio. De repente el canónigo se detuvo y giró.

—Comprueben vuestras mercedes que nadie nos sigue —pidió con cauteloso tono.

Guillem y Lope se volvieron, descendieron un par de peldaños y se detuvieron para guardar total silencio. Volvieron a girarse hacia el canónigo y le negaron con la cabeza. El padre Agustín continuó entonces con decisión la ascensión de peldaños en círculo. Tanto el canónigo como Lope y Guillem, a pesar de ser estos dos más jóvenes, resentían en sus cansadas piernas el esfuerzo que suponía conquistar los más de doscientos escalones de la torre de prisma octogonal que separaban las campanas de la superficie de allí abajo, cada vez más y más abajo. Aquel hueco helicoidal de la escalera semejava

mucho al del acceso desde la chimenea del palacio Catalá de Valeriola al estudio secreto. Eso mismo pensó Lope de Vega al tiempo que comprobaba que en los últimos la escalera de caracol se hacía más y más angosta. Por fin alcanzaron la puerta de acceso a la terraza octogonal. Los tres hombres tardaron unos segundos en adaptar sus ojos a la restallante luz del enérgico sol, a la vez que trataban de recuperar el aliento, sobre todo el canónigo, tal era la premura con la que habían subido los escalones. Aún apoyado de espaldas en la barandilla de piedra, algo inclinado y con las manos descansadas en su destrozado hábito, justo a la altura de las rodillas, miró a Guillem de Castro y en silencio le hizo un gesto para que comprobara una vez más las escaleras. Guillem le pidió lo mismo a Lope indicándole la campana. Lope rodeó esta asegurándose de que no había nadie. Guillem regresó del inmediato interior del hueco helicoidal de las escaleras, y negó con la cabeza. El padre Tárrega se incorporó. Respiró hondamente y contempló las impresionantes vistas de la ciudad desde aquella magnánima altura.

—Se ve el mar —dijo Lope.

—Se ve todo, Lope —respondió el canónigo.

—Y bien, padre —expresó Guillem—, ¿por qué ha querido vuestra merced que subiéramos aquí? Imagino que no solo por las vistas.

—No. No por las vistas —contestó con una media sonrisa el padre Tárrega.

—Aquello debe ser el corral de la Olivera, ¿no? —preguntó Lope—. Perdón —añadió al darse cuenta de que no tocaba quizás en ese momento tal comentario.

—Este es el puñal de Jerónimo Díaz del Castillo —dijo el padre Tárrega, ajeno a la apreciación de Lope y con el arma que mencionaba en la mano—, segundo del gran inquisidor Zárate y, como bien saben vuestras mercedes, secreto maestro de la oscura hermandad que ha perpetrado los asesinatos de los dos cardenales y hombres de confianza de nuestro rey, y que a punto estuvieron de concluir una masacre dentro justo de nuestra Seu. Este puñal lo tenía en el púlpito negro de su secreta sala, para los rituales macabros iniciáticos. Le he preguntado a don Andrés su procedencia hace un rato ahí abajo, pues bien sé lo mucho que ha vivido y luchado en tierras y mares ingleses, algo más que vos Lope, que no llegasteis a abandonar en aquellos tremebundos tiempos los navíos. En efecto, el puñal es de procedencia inglesa, tal y como han podido escuchar vuestras mercedes hace un momento,

justo antes de despedirnos en la plaza. Pero si miran con atención la parte inferior de la empuñadura... —Y aquí mostró a sus discípulos eso mismo que estaba explicando—: Se darán cuenta de que viene sellado en un tamaño muy pequeño, pero visible...

—¡La S con el palo en diagonal!

—Efectivamente, Lope.

—Este signo nos ha acompañado en cada uno de nuestros pasos —dijo Guillem—. Quiero decir que nada me sorprende al encontrarlo aquí.

—Se refiere al factor inglés.

—Muy bien apuntado, señor De Vega.

—¿El factor inglés?

—Algo que he tenido en constante sospecha desde el principio pero que he preferido mantener oculto hasta este momento. Sobre todo al inquisidor y al arzobispo.

—Explicaos, padre.

—Muchos de los correligionarios que apoyaban a Jerónimo Díaz del Castillo en sus crímenes eran antiguos niños que sufrieron vejaciones y actos execrables en sus inocentes cuerpos. Pero no todos formaban parte de este grupo vengativo. Como apunté a vuestras mercedes, algunos de ellos, tras observar sus manos, tras analizarlas, cumplían sus características a las de los hombres que proceden a actividades caligráficas, de escribanía, administrativas. Si bien es cierto que iban todos amagados con las capuchas que ocultaban sus rostros, algunos de ellos, como pude comprobar en el exterior de las Torres de Serranos cuando Rey de Artieda y vos mismo, Lope, dieron buena cuenta de esos bellacos, algunos de ellos, como digo, respondían a rasgos nórdicos, anglosajones para ser más exactos. Momentos después, tras ser sorprendidos en la sala del judío cabalista confirmé mis sospechas cuando observé que el que se hacía pasar por alguacil de la Santa trataba de ocultar con mucha dificultad un claro acento propio de las islas británicas.

El padre Tárrega suspendió su mirada y pensamiento en el vuelo de una cercana y elegante gaviota. Lope de Vega y Guillem de Castro parecieron apercibir un ligero atisbo de sonrisa en el noble perfil de su maestro. Este dirigió su mirada a un punto de la ciudad que quedaba allí abajo. Sus discípulos miraron en esa misma dirección.

—Muy pocos saben que su ilustrísima, el arzobispo Juan Ribera —prosiguió el canónigo—, tiene orden del rey de organizar una colección de

libros prohibidos, así como conocimientos, de los que se supone niegan y tildan de herejes para llevarlos a El Escorial. Esa es una de las razones de que haya puesto en marcha las obras de este nuevo palacio del arzobispado — hacia allí dirigieron sus miradas—, cuyos planos y diseños de obras se guardan y ocultan con un hermético celo. En las pronto acabadas estancias, se servirá el patriarca de almacenar material fundamental para su majestad.

—¿Estáis seguro de lo que decís, padre?

—Por eso mismo se encontraban con el arzobispo esos quince cardenales y obispos. Por eso mismo también los dos cardenales muertos. En una secreta misión para el rey. Estaban en Valencia para comprobar las obras de construcción del mayor almacén de libros prohibidos que serviría de enlace para la auténtica biblioteca secreta que se prepara en las secretas tripas del monasterio. Y por eso mismo tuve que cuidar mis palabras en todo momento. Porque bien saben vuestras mercedes el hambre que les entraría a los de la Santa, y ahora al rey mismo si supieran lo que albergamos nosotros en los disimulados subterráneos de la casa de don Bernardo.

—¿El rey Felipe reúne, colecciona libros prohibidos? —cuestionó Lope de Vega.

—Nada le ha hecho más desgraciado a su majestad que la pérdida de toda su Armada Invencible en las costas británicas. Y eso vos mismo bien lo sabéis, querido Lope. Nada ni nadie podían presagiar tal descomunal desastre. Todo estaba a su favor. Entonces ¿por qué le abandonó Dios? ¿Por qué? ¿Por qué?... Todos estos años no ha dejado de preguntarse de un modo atormentado esto mismo. Ha enfermado aún más si cabe, tal grado alcanzan sus preocupaciones. Esto es bien sabido. En esa lucha de su razón por comprender el porqué de esa derrota ha consultado a todo lo impensable incluso para un acérrimo católico como él mismo es. Tal fue el arranque por saber qué le diferencia de su oponente, la reina Isabel, que le empezaron a informar sobre conocimientos que ella tiene en sus islas británicas, pero que en el territorio español quedan prohibidos. El rey Felipe se siente culpable de traición al legado de su padre, a todo lo que juró condenar. Aconsejado por sus cercanos, como los difuntos Ortiz de Liñana o Bartolomé de Borja, se aventuró en recopilar todo el conocimiento posible con que la reina británica cuenta para poder conocer mejor a su adversario y así por fin vencerle. Tal es el calor que siente ante esta misión, que llega incluso a creer que por cuestiones alquímicas se pudo interceder en la voluntad de los cielos para que se desatase una

tempestad que estrellara su flota contra los acantilados de las costas inglesas. El propio cardenal Ortiz le sugirió que fuera en Valencia donde se almacenara todo el material posible de incunables y papiros prohibidos para clasificarlos y trasladarlos al monasterio de San Lorenzo. Ese es el motivo de que se encontrase Ortiz de Liñana, así como Bartolomé de Borja y el resto de los obispos y cardenales de confianza del rey aquí, en Valencia, como os digo, para supervisar las obras, asegurándose que era en esta ciudad en un principio el mejor lugar para desarrollar tal secreta y conflictiva misión: hombres que prohíben con las más tortuosas muertes el conocimiento y adquisición de ciertos libros, los adquieren ahora para su conocimiento... ¿Cómo respondería el pueblo ante tal paradoja?...

Guillem de Castro y Lope de Vega no podían sino guardar silencio ante tal coherente exposición.

—Todos y cada uno de estos cardenales y obispos que el arzobispo ha auspiciado en su palacio —prosiguió el canónigo—, no son sino los hombres que su majestad ha escogido para la misión de recolecta y archivo de los libros prohibidos. Y a todos ellos, además, les une una debilidad común. Son tiempos en los que diferentes grupos se reúnen de manera llamémosle privada, por motivos diversos. La razón de sus ilustrísimas, como imagino no desconocen vuestras excelencias, es la de celebrar encuentros para placeres prohibidos de la carne. Y esta sí que es una preocupante paradoja. Entre ellos no hay mayor pacto de silencio y secreto. Son hombres que hallan en el pecado de su carne el sello de su hermandad desde hace años. Y, hasta ahora, nadie les ha culpado. Es más, han estado mucho más protegidos por cumplir esos actos aberrantes, que son, por otra parte, los que con más vehemencia reciben castigo en las casas del Santo Oficio. No, ningún castigo se les infringe por ello.

—Pero no contaron en que un día ciertos niños que fueron recluidos de familias que padecían hambre u otras adversas circunstancias, para posteriormente, jornada tras jornada, ser sodomizados por hermanos de altos cargos en nuestra Santa Iglesia, se revelarían clamando sus inocencias rotas, sus puras almas violentadas, la mayor de las venganzas.

—Así es, señor De Castro. Esa que se urde de un modo silente durante años. Los años suficientes en los que queda asegurada la constitución de una fuerza concreta y notable, hermanada para un solo propósito: la más alta y rotunda de las venganzas. Esa que provocará la catarsis definitiva de sus

almas, tras abandonar sus cuerpos a las purificadoras llamas. El grupo de poderosos hombres de la Iglesia y el estado de su majestad Felipe II no lo calibraron, pero sí los servicios secretos de la reina Isabel de Inglaterra.

—¿Los servicios secretos de la reina de Inglaterra?

Unos graznidos estridentes fueron lanzados por dos gaviotas que cruzaron cerca del campanario en ese momento.

—Así es —afirmó el canónigo a Lope de Vega—. Inglaterra financió en secreto el ascenso de esos niños dentro de los estamentos eclesiásticos. Sí, no me miren con esa cara de asombro. Nada mejor que introducirse dentro del Santo Oficio para conocer como nadie el arte de la tortura y del sufrimiento del alma y de la carne. La reina Isabel tiene los mejores servicios secretos del ancho mundo. Forjan a esos hombres en la razón, no en el sometimiento al dogma, y sus cavilaciones y objetivos son llevados a cabo con admirable éxito. Felipe II todavía no es del todo consciente que en los estamentos más fundamentales de su imperio se encuentra una piedra de toque oculta, como una especie de partícula con suficiente poder como para ir pudriendo un estamento entero poco a poco, con suma paciencia. Así está ganando Inglaterra a España el mando del mundo, caballeros. Nos encontramos en los principios de una transición a un nuevo orden mundial. Es un signo inconfundible ver a nuestro rey apoyado en mecanismos para poder andar, desplazarse. Si analizáramos una pieza de teatro, como bien saben vuestras mercedes, contemplaríamos el principio del final de un emperador, de un imperio. Y él es consciente, y todos sus hombres de confianza también. Y la expansión de la razón, del protestantismo y sus ramificaciones es un hecho incontrolable, aunque de un modo silente y amagado en ciertos lugares. Y la reina de Inglaterra tiene una voracidad inmensa de cambios a través de la Gran Logia.

—No os sigo, padre Tárrega —farfulló Guillem de Castro—. ¿Está vuestra merced tratando de decir que los asesinatos cometidos en nuestra ciudad son obra de la reina de Inglaterra, a través de una... logia? Ella misma persigue esas agrupaciones.

—Permítame Vuestra Excelencia que me explique. Hace años, un pariente de la reina Isabel, sir Thomas Sackville, para ser más concretos, un conocido autor de teatro, fue nombrado gran maestro de la Gran Logia, noticia que no tardó en llegar a los oídos de la reina, que se encontraba como sus ilustrísimas pueden imaginar temerosa por conspiraciones contra su vida y su trono, tal y como apuntáis, Guillem. La reina, haciéndose servir de sus servicios secretos,

supo averiguar el lugar de encuentros de las asambleas secretas. Localizado el sitio en cuestión, envió una fuerza armada para disolver la Gran Logia. Pero Thomas Sackville se encargó de que todos los que tomaron parte en la asamblea hicieran una comunicación hermética a la reina. Un pacto secreto. Nadie supo nunca qué venía escrito en cada una de ellas, pero lo cierto es que la reina Isabel nunca más intentó disolverlos ni molestarlos, sino que, por el contrario, los consideró como una clase especial de hombres que cultivaban la paz y la amistad, las artes y las ciencias, sin mezclarse en los asuntos de la Iglesia o el Estado.

—¿Y cómo es que vos tenéis conocimiento de este asunto?

—Porque sé cosas...

Lope y Guillem no pudieron reprimir una casi risa que no llegó a fluir al comprobar que el asistente los miraba con ojos severos.

—Con todo el respeto —dijo el canónigo segorbino—, no se hagan los sorprendidos. Vuestras mercedes saben que, aunque se niegue su existencia, las logias existen desde hace un siglo en Inglaterra. Y que la tradición de las mismas se manifiesta en todas partes como los judíos, protestantes, templarios y otros enemigos de la Iglesia católica. El Santo Oficio es alto conocedor de esta información. E incluso tiene archivos que contienen relaciones de grupos y asociaciones secretas que, en algunos lugares, suelen ser más sañudas. Por eso guardamos con tanto celo la existencia de nuestras reuniones. Pero lo más importante, lo que nos ocupa la atención en este momento, es que las hay que anuncian una organización mundial única, sin dejar de expresar el viejo odio a la Iglesia católica, y la constatación de que, con el tiempo, se asesinaría a sus obispos y cardenales.

—¿Qué diablos decís?

—Que precisamente la reina Isabel de Inglaterra pertenece como hermana a una de las sociedades secretas más cercana a esto que ahora digo y que responde al nombre de Compañía de los Merceros. Una sociedad en la que cada una de sus misivas aparece sellada con un símbolo en el que destaca una S cruzada por una línea diagonal.

En este momento, Lope de Vega y Guillem de Castro se miraron desconcertados.

—En un principio, y tal como les he explicado a vuestras mercedes durante estas angustiosas jornadas, se trata de un símbolo que hasta el momento ha alcanzado importante difusión entre los herejes que quebrantan la unidad del

cristianismo. El símbolo que ha acompañado cada uno de los crímenes que han sido cometidos en esta ciudad guarda un contenido mucho más peligroso e importante. Tanto el cardenal Ortiz de Liñana como Bartolomé de Borja llevaban sellado al fuego vivo ese signo en sus desnudas y mortecinas espaldas.

—Y cuando los alguaciles y guardias regresen de la Seu les comunicarán al inquisidor y al arzobispo que toda la planta de la propia catedral ha sido utilizada para generar con fuego esa misma señal.

—Ellos pasarán por alto eso.

—¿Vos creéis?

—¿Sugiere vuestra merced que, apoyado por la sed de venganza de esos hombres que fueron sodomizados de niños, el gobierno de la reina Isabel de Inglaterra ha querido...?

—Frenar la sed de conocimiento de nuestro rey, en efecto —atajó a Lope de Vega—. Para truncar su curiosidad lejana a sus preceptos. Y tambalearse por siempre nuestro ya sesgado imperio.

—¿Cómo sabe vuestra merced todo esto?

—Porque sé pensar como él.

—¿Cómo el rey?

—No. Como quien ha diseñado todo este fascinante juego maquiavélico.

—¿De quién habláis? —preguntó Guillem de Castro.

—De sir Francis Bacon.

—¿Quién diablos es ese Francis Bacon?

—De él aquí poco sabemos. Pero sí les puedo decir a sus mercedes que, al igual que nosotros, se dedica a llevar sus formulaciones e ideas a obras de teatro.

—¿Es autor teatral? —preguntó Lope de Vega.

—Esa no es ahora la cuestión. Lo que nos interesa es que es el hombre próximo a la reina Isabel. A la cual no le deja de transmitir que la verdad no se deriva de la autoridad y que el conocimiento es fruto de la experiencia. Todo lo contrario a lo que les aconsejan a nuestros reyes Austrias. De hecho la reina Isabel, quien ha vencido a nuestro rey Felipe, resulta ser influida por hombres cuyos conocimientos se encuentran mucho más allá del umbral de lo prohibido por nuestra Iglesia.

—¿En qué sentido?

—En el que ya conoce vuestra merced, querido Lope. Los ingleses

comienzan a potenciar el razonamiento deductivo, destacándolo a expensas del inductivo. Esto es muy peligroso según todos los preceptos que defienden nuestra Iglesia y el Santo Oficio. Bacon cree que, al eliminar toda noción preconcebida del mundo, se puede y debe estudiar al hombre y su entorno mediante observaciones detalladas y controladas, sin dejar de realizar generalizaciones cautelosas. Para ello, defiende, el estudio que el hombre de ciencia hace de los particulares se ha de realizar mediante observaciones que deben validarse. Esto mismo aconseja a la reina Isabel, asegurándole que los científicos, esos que en nuestro amplio territorio están perseguidos por la santa ley con penas de hogueras, deben ser ante todo escépticos y no aceptar explicaciones que no se pueden probar por la observación y la experiencia sensible. Ese pensamiento, esa forma de entender el mundo y sus misterios es lo que hace vencedora a Inglaterra sobre España. El Prudente rey Felipe ya lo sabe. Pero no puede ponerse en contra con ciertos centenarios preceptos que ya bien conocen vuestras ilustrísimas. Por ello se encuentra frente a una gran debacle porque vencer a la reina Isabel, con sus mismas cartas, le convertiría a él y a todos sus antepasados como unos traidores hipócritas frente a su pueblo entero, que no dudaría en lanzarse a una revuelta tras tantos años sometido al miedo por los consabidos castigos y torturas... —y aquí hizo una ligera pausa antes de proseguir— por pensar. Solo por eso. El asunto no trata de si vence Inglaterra o España. Esta es una lucha del libre pensamiento o del dogma impuesto por la autoridad, la tortura y el fuego. El rey Felipe en su desesperación ha encontrado este punto de inflexión que empieza a generar una enorme fisura en los fundamentos de su imperio. Nos encontramos próximos a los albores de un nuevo siglo. Y hay quien le aconseja que para salvar el imperio ha de pensar como el oponente. Por ello se encuentra ante la necesidad de acaparar en el más absoluto de los secretos todo el conocimiento prohibido posible. Para poder anticiparse al enemigo. Y ya por fin ha comprendido que para jugar a ciertas serias apuestas, se ha de intimar con lo que se censura.

—¡Cielo santo!

—Ahí no acaba el asunto, Lope. Como pueden ver vuestras mercedes, nosotros también nos encontramos ante una encrucijada, pues desvelar este conocimiento a la Iglesia sería desvelar lo que a su vez con mucho celo guardamos: el proyecto de nuestro grupo.

—Reforzaremos, pues, el secreto de los Nocturnos —dijo Guillem.

—¿Pero por qué nosotros y no los demás? —preguntó Lope.

—El resto de los compañeros y hermanos de nuestra sociedad secreta están muy próximos al rey, a las instituciones, a la Iglesia. Yo mismo. Vuestras mercedes son jóvenes. Son el futuro. Y tengo fe en sus nombres y corazones. Por eso. La Inquisición en estos momentos —prosiguió el padre Tárrega—, y por orden de Felipe II, está poniéndose muy recelosa con todo tipo de reuniones y grupos secretos. Presta cuidada atención a una sociedad secreta denominada la del Gran Oriente de Francia. También llamada la de los Iluminados o *Illuminati*.

—¿Illuminati?

—Un grupo que viene siendo difamado desde la Iglesia. Dicen que hacen como los primeros priscilianos y albigenses, una campaña de difamación contra el clero y la Iglesia; que seducen a viudas ricas, que comprometen a las doncellas en sus orgías nocturnas, que asesinan y que se entregan a toda clase de actividades subversivas con la ayuda de productos alucinógenos con los que se liberaban para proceder a la acometida de aberraciones sexuales aborrecidas por los oficiales de la Suprema. De todo ello nos pueden llegar a acusar a nosotros si descubren nuestras reuniones en la casa de don Bernardo. Por ello, ya le he dicho, que hasta que no encontremos el momento adecuado, seguiremos con sumo cuidado y celo en nuestras reuniones. Y cuando llegue el momento, realizaremos la fundación de nuestra Academia de los Nocturnos. Llevaremos el seguimiento de la misma en actas que pasaremos con puntualidad y obediencia al inquisidor y a nuestro arzobispo. Yo mismo lo haré desde mi función de consiliario.

—¿Qué es lo que decís, padre? ¿Os habéis vuelto loco?

—Mi querido Guillem, calmaos. En esas actas solo vendrán recogidas actividades poéticas y algún apunte teatral. Nada, por supuesto, sabrán de nuestro verdadero cometido. Pero dándoles ese aperitivo, que ellos creerán como el menú completo, saciaremos su apetito de tener controlado toda sociedad o secreto grupo. Está todo pensado. Como que las mismas fórmulas que os explico en teatro yo no las aplicaré en mis obras para no levantar sospechas y figurar de un modo amable ante mis hermanos de la catedral y otras órdenes. A nosotros no nos podrán culpar de nada, pues varios son los miembros de nuestro grupo que son familiares de la Inquisición así como cercanos a nombres de la Corona, incluido el propio rey. Esto mismo ya está hablado con don Bernardo, que esperará mis indicaciones para la fundación de

nuestra academia. Que no será como les digo hasta que el tiempo sea propicio.

—Sí. Ahora están los aires muy revueltos en nuestra ciudad de Valencia.

—Así es, Guillem. Esperaremos lo que haga falta, como si se trata de un año o incluso de algo más.

—Entendido, padre.

—Bien. Pues todo dicho está. Queridos Lope, Guillem, yo regreso a mi alcoba a descansar un poco. Más tarde recogeré a Walel en casa de don Bernardo. Que pasen vuestras mercedes una suave jornada.

—Y vos, padre —dijo Guillem, pero el canónigo detuvo su paso—. ¿Os pasa algo?

—Los antagonistas.

—¿Sí?

—Que no suelen estar mucho tiempo en escena.

Lope de Vega y Guillem de Castro se miraron aguantando la risa.

—Porque de hacerlo... —El canónigo se apercibió al ver a sus discípulos que mal disimulaban la risa—. ¿Esto ya os lo he comentado?

—Sí, padre.

—Y que prevalezca siempre la acción.

—Esto es fundamental —dijo Lope imitando a su maestro—. Porque, ¿cuál es la máxima en el teatro?

—Que no es texto escrito —respondió rápidamente Guillem de Castro, también imitándolo con notable arte—. Que ha de ser concebido para ser vivido en escena. Que es acción.

—No sé como autores, pero como cómicos podrían vuestras mercedes ganarse la vida.

Ahora ya no pudieron aguantar la risa. Ni siquiera el padre Tárrega, que regresó a la entrada para descender por la escalera circular bajo la atenta mirada de sus discípulos.

—Es un hombre extraordinario —dijo Guillem de Castro.

Al no recibir respuesta volvió la cabeza para encontrar a su compañero con la mirada perdida en las magníficas vistas de la ciudad de Valencia. Estaba de espaldas, con un azul intenso envolviendo su gallarda figura.

—Los comediógrafos no tendremos más remedio que extremar precauciones —dijo Guillem acercándose y contemplando también las elevadas vistas de la ciudad—. Tendremos que cuidar el planteamiento de determinados temas y el uso de determinados recursos y hábitos de

composición.

—Nos emplearemos en la elaboración de una serie de códigos secretos — contestó Lope sin apartar su mirada en el espectacular horizonte—. Elegiremos aquellos rasgos que se han comprobado y que el espectador admite, pero que también sortean la censura.

—Pero tendremos que cubrir el tema del amor con más platonismos, recatos y, por qué no, con finales basados en el matrimonio para todos.

—Y con el tema del honor, ya convenido en uno de los pilares de nuestro teatro, con sus venganzas, duelos y sobre todo muerte ejemplarizante del ofensor.

Guillem de Castro notaba en Lope de Vega un aire ausente, como si sus cavilaciones se encontraran en lugares lejanos al contenido de sus palabras.

—Me gusta cómo huele Valencia —dijo Lope de Vega tras una generosa bocanada de ese magnífico aire—, me gusta su aire, su cielo. Pero no dejo de pensar en Madrid, querido Guillem.

—Pero vuestra formación todavía está en ciernes.

—No. Considero que ya he aprendido lo suficiente —contestó con ligero aire de suficiencia—. Siento que mi tiempo aquí se acaba.

—¿Por qué decís eso?

—No sé. Un presentimiento.

—¿Un presentimiento, decís?

En ese momento Lope de Vega se volvió para encontrar la mirada de Guillem de Castro. Valoró unos segundos sus palabras antes de proseguir.

—Algo me dice —respondió Lope de Vega— que, aunque esta ciudad reúna posibilidades importantes para la formación, para una carrera teatral considerable habrá que irse fuera.

Guillem escuchó con reflexión seria las palabras de su hermano Lope.

—¿Fuera de Valencia?

—Es lo que siento. Y vos Guillem deberíais plantearos lo mismo. Si queréis dedicaros al teatro, tendréis que marchar a Madrid.

Lope de Vega se dirigió en ese momento hacia la puerta de acceso a las escaleras circulares. Un abstraído Guillem de Castro quedó en silencio tras esas últimas palabras. Contempló una vez más esa ciudad suya desde la altura misma de las nubes. Jamás había visto su ciudad, sus raíces, desde esa elevada perspectiva, pensó. Dirigió su mirada allá a lo lejos, donde el mar se confundía en el horizonte con un cielo límpido y azul, como tal vez deben de

acontecer los cielos cuando alguien de improviso lanza una señal que el corazón recibe como mensaje claro y concreto. Las gaviotas sobrevolaron de súbito la terraza del campanario, sin graznidos, y el capitán prefirió quedarse unos segundos más, esta vez con los ojos cerrados, para recibir la caricia o bálsamo de ese aire matinal tan fresco y puro.

# Epilogus

En los albores del siglo XVI, Felipe II comenzó a considerar un peligro para las buenas costumbres el auge que fueron alcanzando las representaciones teatrales profanas. Su fosca y enferma mente caviló como diabólica la nueva diversión del teatro, por lo que no tardó en resolver, mediante un severo decreto, en toda la extensión de sus dominios, la representación de comedias, justificando tal medida con razones morales y religiosas. Cuatro meses más tarde del cierre de los teatros falleció Felipe II.

Numerosas peticiones, suplicatorios, instancias, solicitudes en favor de la vuelta de los espectáculos teatrales, muchos de ellos provenientes de conventos y cofradías, fueron enviadas entonces a su sucesor, con tal acometida que no tardaría en ser levantada la prohibición de representar comedias, demostrando una vez más que el teatro ha sobrevivido siempre a recortes, cierres y prohibiciones, incluso del más oscuro y poderoso de los emperadores.

Entre 1591 y 1594, promovieron en Valencia, don Bernardo Catalá de Valeriola y el padre Francisco Agustín Tárrega, una academia constituida por un total de ochenta y ocho sesiones académicas, en las que predominó el verso, en las que hubo prosa y se trataron temas de escritura teatral e incluso científicos. Esta academia estaba compuesta por cuarenta y cinco sujetos autorizados por su nobleza y alcurnia, los cuales se reunieron todos los miércoles en la casa palacio de Bernardo Catalá de Valeriola. Tomaban por nombre una metáfora nocturna, lo cual derivó en la denominación de Academia de los Nocturnos.

Mi maestro, el padre Francisco Agustín Tárrega, consiliario de la Academia de los Nocturnos, con el sobrenombre de *Miedo*, ya contaba con varias obras de teatro antes de la llegada de Lope de Vega a Valencia, en las cuales ya había experimentado con nuevas formulaciones que luego emplearía en su trabajo el propio Lope y que derivaría en la comedia barroca. Entre sus obras, *El enemigo favorable* sería citada con elogio por Miguel de Cervantes en su *Quijote*. Aunque el canónigo y cuidador de la catedral decidió defender en sus obras teatrales los poderes establecidos en su tiempo, enseñó a sus discípulos cómo generar conciencia en el público a partir de comedias amables para la terrible censura de su tiempo.

Lope de Vega participó en varias reuniones de la Academia de los Nocturnos. Tras dos años de formación, y una vez aprendidas en Valencia ciertas nuevas fórmulas para la escritura dramática, regresó a Madrid convirtiéndose en el autor teatral más importante del Siglo de Oro y en el más prolífico de la historia en cualquier tiempo y geografía, alcanzando la autoría de casi mil ochocientas obras teatrales, renovando e impulsando el teatro

como fenómeno de masas.

Guillem de Castro, capitán de caballería de la costa del reino, participaría en la Academia de los Nocturnos con el sobrenombre de *Secreto*. Tras varios años pensando en las palabras de Lope de Vega, decidió trasladarse a probar fortuna en la escena madrileña. El valenciano Eurípides, como le denominó Pérez de Montalbán, también recibió elogios de Miguel de Cervantes. Y, aunque se convirtió en el único de los Nocturnos que llegó a tener un reconocimiento nacional como dramaturgo, murió en Madrid a la edad de sesenta y dos años, dicen que tan pobre que de limosna lo enterraron.

En cuanto a mí, aprendí mucho al lado de todos aquellos hombres, al lado de mi maestro. Jamás se desveló el secreto de mi condición de mujer a ninguno de los Nocturnos. Tan solo al Fénix de los Ingenios, como ya empezaban a denominarle. Eso fue unos años más tarde, cuando acompañé a Guillem de Castro a Madrid, tal y como fue deseo de mi mentor. Ciudad que pronto abandoné, dirigiéndome a El Escorial, donde entré a formar parte de los encargados de su majestad, para el análisis, clasificación y cuidado de los libros prohibidos, guardando por siempre mi auténtica identidad, viviendo como un casto siervo del Señor, gracias a las recomendaciones de Lope de Vega. A quien seguiría ayudando en la elaboración de su obra. Pero eso es otra historia.

En la soledad de uno de los sótanos secretos y oscuros de El Escorial, cuando mis años casi doblan la edad que tenía mi maestro durante aquellos días de funestos acontecimientos en Valencia, y soy consciente que pronto me reuniré con él, he querido dejar escritas estas palabras. Lo hago con el deseo de que mi cuerpo sea enterrado junto a la pequeña arqueta del padre Tárrega y todos sus instrumentos, regalo que me ofreció al marchar a Madrid y que he cuidado como el más valioso tesoro toda la vida. Pero, sobre todo, dejo concluido este escrito como contribución para que, en un tiempo por venir, ninguna mujer tenga que disfrazarse de hombre para huir de una muerte segura o poder acceder al conocimiento.

Sergio Villanueva (Valencia, 1972) es actor, director y escritor, miembro de la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España. Aunque su formación académica ha discurrido por el camino de las artes escénicas, nunca dejó de lado su faceta literaria. Mientras desarrollaba su carrera interpretativa y directiva, alzándose en 2016 con el Premio del Público del Festival de Cine de Málaga con su primera película como director, *Los comensales*, compaginaba la escritura de textos teatrales, relatos y poesía. Con solo veintitrés años consiguió acabar su primera novela, *Ausencias*, la cual fue publicada en 1998, y que inicia una trilogía en homenaje a sus memorias y raíces que continúa con *Laberinto de celuloideas* y concluirá muy pronto con *Los adioses póstumos*. Su último texto para el teatro, *Lavinia*, ha sido galardonado en 2018 como mejor obra en el Certamen Internacional del Corredor Latinoamericano.

## Notas

[1] Los hombres que han querido darnos muerte hace tan solo unos instantes también cubrían sus rostros y cuerpos con capas y capuchas semejantes.

[2] En estos tiempos que corren no solo es necesario ocultarse, sino hacerlo como se ocultan los otros, para mejor esconderse.